



LA
MAGA
DEL
OLVIDO

MAR LEDEA

LA MAGA DEL OLVIDO

© Mar Ledea 2018
Editoras: Lourdes Cairo
Margarita Mosquera

© de las imágenes: Fotografías de los archivos personales de la autora y de familiares y amigos utilizadas con previo consentimiento de los titulares de los derechos de las imágenes. Concepción estética de la ilustración: María Elena Soto y Jacqueline Zerquera.

Editora de proyecto: María Elena Soto

Corrección de estilo: Josefina de Diego

Diseño de cubierta: Alina Guerrero Morgade

Fotografía de la cubierta: ©Jacqueline Zerquera

Esta obra está protegida por los derechos de copyright. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios -incluidos los electrónicos- sin permiso expreso por parte de los titulares de los derechos.

Mar Ledea/Martini Azul Productions
1101 Brickell Avenue #310853
Miami, Florida, 33231
www.martini azul.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres propios, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora.

© Maquetado 2016 BookDesignTemplates.com

La maga del olvido/ Mar Ledea. -- 1st ed.
ISBN 978-1-7329141-4-8

LA MAGA DEL OLVIDO

Mar Ledea



*A la memoria de Amelia Goyri de Adot (1877-1901)
y Nidia Fajardo Ledea (1958-2011).
A mi hijo Pablo.
A Frank.*

Para aquellos que creemos en la física, la diferencia entre el pasado, el presente y el futuro es solo una obstinada y persistente ilusión.

Albert Einstein

Índice

[Martini azul](#)
[Primer boceto de los doctores](#)
[Una familia poco común](#)
[Fuerza de gravedad](#)
[Tiempos de cambio](#)
[Concierto disonante](#)
[Jaque mate](#)
[Más de amores enajenados](#)
[Aplausos prolongados](#)
[Desencuentro](#)
[Causa y efecto](#)
[La caja de sombreros](#)
[Matices de azul y el filo de una cuchara](#)
[Dicotomía](#)
[Al desnudo](#)
[De gris a negro](#)
[Enigmas](#)
[As de corazones](#)
[Andar en círculos](#)
[Ascenso y caída libre](#)
[Sinfonía *Patética*](#)
[Trastorno catatónico](#)
[Las palabras locas](#)
[La asimetría del amor y el efecto residual](#)
[Estrategia y tácticas](#)
[Daño colateral](#)
[El enemigo invisible](#)
[Mala sangre](#)
[El camino del retorno](#)
[Afonía](#)
[Adiciones y subtracciones](#)
[Amores tempranos](#)
[Calidoscopio](#)
[Laberinto](#)
[Dibujos rotos](#)
[Ruido](#)
[El crimen perfecto](#)
[Secretos y misterios](#)
[Otro Martini azul](#)
[Fotos de familia](#)

PARTE I
Las Cisneros y los Infante



Martini azul

Mi madre y mi tía nacieron unidas por una membrana verde, pero tan inusual suceso no parece tener relación con el trastorno que padezco. Sufro de una enfermedad mental que se caracteriza por la tendencia desmesurada y progresiva a distorsionar la realidad. Sin proponérmelo y bajo cualquier circunstancia, trueco fechas, cambio colores, niego afirmaciones. En síntesis, soy incapaz de reproducir los acontecimientos que vivo sin alterarlos. Y de tanto trastocar y dislocar la vida, ya no soy capaz de diferenciar lo real de lo imaginario.

Lo que me ha ocurrido hoy es muy extraño y me ha provocado un estado de erupción emocional. Me encanta el Martini azul. Suelo tomarme uno (bueno, a veces más de uno) cada tarde cuando me siento a escribir. Disfruto de ese sabor extravagante (ácido y dulzón con un ligero toque amargo) en combinación con el azul vibrante de la mezcla y la nitidez del vidrio. Pero hoy, justo antes de llevarme la copa a los labios, vi que el líquido se trasmutó en un conjunto de cristales de varios colores, predominando los tonos naranja y amarillo vibrante. Las paredes de la habitación se tornaron cóncavas y los objetos comunes se duplicaron. No había probado aún el primer trago, cuando noté la alteración de la perspectiva, al parecer motivada por el azulear de la copa. Nunca antes algo así me había sucedido.

Esto pudiera ser un nuevo síntoma, o el resultado de la fatiga que me provoca mi mal o este comportamiento, siempre inusitado e imprevisto. Al parecer la química de mi cerebro es la responsable. Por causa de esas sustancias que se llaman neurotransmisores mi cabeza está repleta de falsas memorias y mis recuerdos no son más que fragmentos dispersos, deformados, como manojos de retazos. Por supuesto que sé mi nombre. Me llamo Camila, Camila Infante Ferrero, para ser exacta, pero con respecto a mí misma y a mis orígenes no estoy segura de casi nada. Y estoy sufriendo una seria crisis de identidad. Sé que no es común en personas de mi edad el cuestionarse quién eres, pero hay muy poco de ordinario en mí. Por eso no me molesta ser como soy, creo que esto de cambiar las cosas constantemente es peculiar e incluso divertido, aunque mi esposo, mi hijo y sobre todo mi nieta Sofía, no estén de acuerdo conmigo.

El caso es que en medio de uno de mis arrebatos un amigo muy querido me recomendó escribir un libro, o mejor dicho, realizar una investigación retrospectiva sobre mis orígenes y proponerme como meta ser lo más fiel posible a los hechos que descubriera. Según él, si me esforzaba de forma consciente por mantenerme dentro de los límites de la objetividad, podría recobrar a la persona que una vez fui. (Si en algún momento he hecho o hago un planteamiento que niegue la afirmación anterior o cualquier otra, recuerde que padezco de un trastorno mental).

Yo no estaba muy segura de que mi amigo tuviera la razón, y mucho menos de querer reencontrarme, pero la idea me entusiasmó, por pura curiosidad morbosa (una no muy elegante cualidad que me caracteriza). Aunque mi memoria es un caos, tengo la certeza de que en mi familia hay más de un secreto. Y a mí me encantan los misterios, los tabúes, lo inconfesable, lo silenciado. Entonces, sin la racionalidad que la tarea merecía y con toda la magia de mi cordura, me imbuí en la investigación genealógica con una pasión obsesiva.

Como me es difícil diferenciar entre recuerdos y fábulas, para mi tarea de redescubrimiento me basé en cuanto elemento tangible pude recopilar: cartas, diarios, historias clínicas, artículos periodísticos y documentos legales, para al final recrear un pasado que se me escapaba de las manos. El primer paso consistió en tratar de localizar mis primeras memorias, lo cual se opone a la metodología de cualquier búsqueda objetiva. ¿Y quién dijo que necesito ser objetiva?

No tuve que esforzarme demasiado para comenzar a devanar la madeja de mi vida. Mi primer recuerdo está relacionado con mi hermana Amaya. De niña solía decir las cosas como si develara axiomas. Una de sus sentencias que nunca olvidaré la dijo cuando tenía cinco años y yo cuatro, más o menos, a propósito del nacimiento de una prima lejana.

—Los niños nacen desnudos.

Dicen que a tan tierna edad se retienen las vivencias más que las palabras, pero estoy segura de que recuerdo esa frase exacta, aderezada con una mezcla de asombro, una excitación inexplicable y el olor a chocolate del desayuno que preparaba la abuela (o a lo mejor esto es otra historia que me he inventado). ¿Cómo podría saberlo? Lo cierto es que en aquella época vivíamos en una casa con suficientes habitaciones y recovecos para albergar una legión de fantasmas, además de mis padres, mi tía y mis abuelos maternos.

¿Conté ya que mi madre y mi tía nacieron pegadas? El doctor dijo que eran siamesas. Nunca hemos sabido si el término es el correcto desde el punto de vista de la teratología, que es la ciencia encargada de estudiar las monstruosidades humanas, las del cuerpo, porque las del alma quién las va a clasificar.

Un apunte al margen. A veces soy un poco pedante y empleo términos no conversacionales. No lo hago por presumir de erudita, ni por culpa de mis obsesiones, sino por costumbre. Soy, ¿o era? Doctora en Ciencias, Profesora de Química Farmacéutica y Farmacología. Y ahora dicen que tengo este trastorno mental en el que los compuestos de mi cerebro desempeñan un papel significativo. ¡Qué clase de disparate!

En fin, siempre estuvo claro que mi madre y mi tía no eran simplemente gemelas. Cuando nacieron el médico descubrió que estaban unidas por una membrana verde y viscosa. El hecho fue todo un acontecimiento en la ciudad donde mi familia echó raíces y que es mi pueblo natal. Se llama Cabo Azules, y no es un error ortográfico ni invento mío. Dicen que en sus orígenes lo bautizaron como el Cabo de los Dos Azules, porque el mar tenía dos tonos diferentes, bien delimitados, a ambos lados de la porción de tierra: una parte azul turquesa y la otra azul añil. Al parecer, el nombre resultó demasiado largo, así que con el tiempo se redujo a Cabo Azules.

Por cierto, para realizar mi investigación me fui hasta allá, después de innumerables años de ausencia, y me quedé durante catorce meses buscando evidencias y testimonios. Cuando llegué allí me sentí desconcertada. Nada me era familiar. Si mi hijo no me lo hubiera confirmado, habría pensado que mi mente me estaba jugando una mala pasada. Me impresionó mucho la luz, tan blanca, y el mar, que me pareció más bien verdoso, a pesar de su fama de dos tonos de azul. Pero entonces sentí aquel olor penetrante, a pescado fresco y algas podridas. Un olor picante. Y en ese momento pensé que quizás mi amigo tenía razón y, aparte de satisfacer mi morbo, tal vez podría ser bueno recuperar algo de mi yo perdido.

Hoy es un día importante para mí, por eso me ha molestado tanto el incidente del Martini azul y la perspectiva distorsionada. Por fin he concluido mi investigación. He disfrutado cada segundo que he invertido en ella. Descubrí algunos secretos, otros misterios no los resolví, quizás no los resuelva nunca. Cuando lea este documento tenga en cuenta que no soy una fuente confiable. Le aseguro que intenté aferrarme a los hechos, pero no puedo negar mi naturaleza.

Ya usted me dirá.



Cabo Azules, 1930. Así era el paisaje de la playa pocos años antes de que ocurriera la tragedia que cambió la vida del pueblo y de mi familia.

Primer boceto de los doctores

El doctor Leónides Carranza acababa de cumplir los cincuenta años cuando conoció a la única mujer a quien le contaría su secreto. Fue en 1936, después que un ras de mar arrasara Cabo Azules, a raíz de la fundación de la Asociación Médica de Cooperación en Emergencias y Desastres. Aquellos fueron tiempos difíciles. La catástrofe natural acarreó una epidemia de disentería que afectó a más de la mitad de la población. Pero eso no fue todo. Once días después de que levantaran una enorme cruz de madera en la entrada del puerto, para perpetuar el recuerdo de las víctimas del desastre, una ola de calor sumergió al pueblo en un sopor inaguantable. A las temperaturas calcinantes les siguió una oleada de frío, completamente inusual en el trópico, que sumió a sus habitantes en un estado de languidez durante veintitrés días. Después el sol salió y las temperaturas alcanzaron los valores normales.

Nadie podía explicar el porqué de aquel tiempo de perros, pero Leónides Carranza no era hombre de cuestionarse los designios de Dios. Era un galeno y un hombre de acción. Algo había que hacer ante tanta enfermedad y muerte. Dada la envergadura del fenómeno y la complejidad de la situación, se imponía realizar acciones coordinadas, rápidas y eficientes, y los médicos tendrían un papel protagónico. Fue entonces que pensó en crear la Asociación Médica de Cooperación en Emergencias y Desastres de Cabo Azules. Reunió a varios colegas, se autoproponió como presidente y designó un tesorero y un secretario. El objetivo era aunar los esfuerzos de los médicos activos de la zona y pedirles su contribución académica para combatir las epidemias.

Leónides Carranza estaba satisfecho con su iniciativa. Siempre había tenido la certeza de que había venido al mundo para dejar una huella, que estaba destinado a barrer los límites del olvido con alguna obra grandiosa. Primero había soñado con ser el precursor de la fotografía médica del país. Aquella vocación había surgido del recuerdo de cuando, siendo niño, su padre consintió en que fuera aprendiz del fotógrafo del pueblo, el señor Amador I, por aquella época el único retratista de Cabo Azules. Ayudaba a preparar el estudio para tomar las fotos según la moda de aquel momento. Nunca olvidó el olor de aquellas primeras placas, que captaban las glamurosas imágenes de niñas sentadas en sillas de mimbre y bellas mujeres con collares de flores y sombreros de pajilla. Siempre conservó los viejos daguerrotipos de la familia y alguna vez había soñado con tener su propio estudio.

Durante sus años de estudiante de medicina en París, había observado con atención cómo las tradicionales ilustraciones de las publicaciones médicas eran sustituidas por fotografías de los propios enfermos. Le fascinaban las imágenes de tejidos y órganos, y también las que mostraban los signos clínicos. Una vez graduado, se fue a Suramérica y trató de combinar su profesión de médico con su vocación de recolector de imágenes. Sus incursiones en la fotografía psiquiátrica y forense no tuvieron repercusión alguna.

En 1920 Leónides Carranza decidió regresar a Cabo Azules. Recién había contraído nupcias con una joven bonaerense, corta de vista y con aires de grandeza. Una vez instalado, decidió que había llegado la hora de hacer realidad otro de sus grandes sueños: crear una colección de imágenes de sus casos más notables. Para esto decidió asociarse con Amador II, fotógrafo local

de segunda generación. Después de meses de arduo trabajo, el proyecto fue cancelado, a raíz de que la *Revista Médica Iberoamericana* rechazara la publicación de las primeras fotografías (un caso de tumor facial, uno de elefantiasis y otro de hipertrichosis o síndrome del hombre lobo) por considerarlas de mal gusto. Quizás fue porque el señor Amador usó representaciones mitológicas como decorado de fondo o por las rígidas poses de estudio impuestas a los enfermos. El caso es que los expertos consideraron las fotos grotescas e incluso macabras. A Leónides Carranza le costó trabajo digerir el fracaso. Entonces dedicó gran parte de su tiempo libre a escribir, mas sus proyectos científico-literarios tampoco tuvieron el éxito que esperaba.

El doctor consideraba que la comunidad médica iberoamericana se había mostrado elusiva e irreverente con él durante largo tiempo, pero estaba seguro de que con los estragos causados por el ras de mar había llegado la hora de demostrar su valía. La Asociación Médica de Cooperación en Emergencias y Desastres de Cabo Azules sería un éxito rotundo, aunque le fuera la vida en el empeño. Con un entusiasmo digno de sus años mozos, Leónides Carranza acometió su labor de líder. Creó primero las normas y después el reglamento de la asociación, estableció la cuota de la membresía y definió la cumbre constitutiva de la organización. Había designado como secretario al doctor Alfredo Montalván, conocido por ser el director del hospital municipal, y como tesorero al doctor Enrique Infante, un cuarentón que ejercía la práctica privada y que tenía reputación de poseer un ojo clínico privilegiado.

El día de la primera reunión de la Junta Directiva de la Asociación Médica de Cooperación en Emergencias y Desastres, el doctor Montalván leyó, en presencia de los doctores Carranza e Infante, la lista de los siete médicos que ejercían la profesión en Cabo Azules y otros que atendían los poblados aledaños. El secretario había recopilado sus direcciones y redactado una carta introductoria donde se expresaban los propósitos científicos y civiles de la naciente asociación, que sería discutida por los miembros de la junta, antes de ser enviada a los médicos.

—Caballeros, discúlpenme —interrumpió cortésmente el doctor Infante—. He notado un error de omisión. No se ha mencionado a la doctora Amalia Cisneros.

Leónides Carranza hizo un gesto de disgusto que pasó inadvertido para sus colegas. La doctora Cisneros, por supuesto que sabía de su existencia. En los círculos profesionales la llamaban la doctora de las mujeres. Nunca la había visto, pero le resultaba incómodo escuchar su nombre. Le habían dicho que cuando aparecieron los primeros casos de la epidemia de disentería, la doctora trataba a los pescadores pobres sin cobrar sus honorarios. También había escuchado que era una negra clara con algunos rasgos distintivos.

Aunque el doctor Carranza se enorgullecía de su origen vasco y no estaba de acuerdo con la mezcla de razas, su rechazo hacia la doctora Cisneros no tenía exactamente un motivo racial. Al final, siempre lo repetía, aquel era un país de mestizos. La raíz de su animosidad se centraba en un problema de respeto a la profesión. Curar es un arte y como tal se paga; esa era su máxima. Para él la doctora Cisneros era médico de pobres y por tanto no podía ser una buena profesional. Por otra parte, el doctor era de la vieja escuela; estaba convencido de que la medicina era un asunto de hombres. Consideraba a las mujeres seres emocionales, incapaces de tener un pensamiento lógico y racional. No obstante, se reservó su criterio.

—Con todo respeto señores, a la doctora Cisneros me unen vínculos profesionales y familiares. Puedo dar fe de sus credenciales —continuó el doctor Infante.

—Perdone la omisión, caballero, incluiremos a la doctora Cisneros.

Así zanjó el incidente Leónides Carranza. Justo en aquel momento, tan importante en su carrera, no le convenía que se produjeran divisiones en la junta directiva. No iba a permitir que una mujercita insignificante empañara el éxito de su misión.

La inauguración de la Asociación Médica de Cooperación en Emergencias y Desastres de Cabo Azules se efectuó en el salón de socios del Casino Español. La doctora Cisneros llegó acompañada del doctor Infante, caminaba con seguridad y no parecía estar cohibida entre tantos hombres. Se sentía bien, a pesar de haber crecido rodeada de mujeres, pues era la menor de cinco hermanas. Su único hermano varón murió cuando ella tenía apenas cinco años, y perdió a su padre poco antes de comenzar a estudiar la carrera de medicina.

Desde joven Amalia había descubierto que tenía una habilidad particular para conectar con los demás, especialmente con los del sexo opuesto. Quizás fuera en parte por su físico que los hombres se sentían cómodos con ella. No era bella, al menos en el sentido tradicional. Era pequeña y delgada, con aspecto de adolescente, a no ser por los senos grandes. Tenía una deformación de la columna vertebral —una cifosis— que aceptaba como un hecho inevitable y llevaba con dignidad su joroba. Tenía unos ojos intensos, una boca carnosa y unas piernas que causaban sensación. Usaba al vestir colores sobrios, con un estilo simple, ajeno a las tendencias de la moda. No abusaba del maquillaje y por joya solo llevaba una fina cadena de plata con una medalla y unos diminutos pendientes. El pelo peinado hacia atrás y recogido en un moño le resaltaba la frente ancha y los ojos brillantes. Por el contrario de lo que pudiera pensarse, la sencillez del vestuario y la falta de afeites no le restaban éxito social. Era una mujer auténtica con un extraordinario carisma, a la que había que mirar dos veces.

Amalia era también locuaz y apasionada, pero el día de la asamblea constitutiva la doctora no tenía un buen día. Tal vez se debía a la tensión y al exceso de trabajo que había demandado el desastre natural. Aunque sabía que la reunión de la asociación era importante pues el pueblo había quedado devastado después del ras de mar y actuar era imprescindible, el estado de ánimo no la acompañaba. Por supuesto, no iba a faltar, era su deber profesional, pero mientras se ponía el vestido azul marino, pensaba en cómo habría sido su vida si las cosas hubieran ocurrido de otro modo. Contemplaba su imagen al colgarse los pendientes. Qué bien si se pusiera un vestido diferente, rojo o verde botella. No para una reunión profesional, sino otro apropiado para salir a bailar, y que alguien le pasara la mano sobre la espalda y la apretara. Se rió de sus propios pensamientos. Nunca se atrevería a hacer algo semejante.

El doctor Enrique Infante, su amigo y colega de muchos años, pasó a recogerla en su nuevo auto marca Ford de color negro, que era su mayor orgullo. Estaba entusiasmado con la participación de los médicos en la recuperación de Cabo Azules y durante el trayecto estuvo hablando del asunto de la potabilización de los pozos de agua. Amalia oía la enardecida disertación solo a medias, y no tenía deseos de debatir, cosa inusual en ella. Sus pensamientos se habían desplazado hacia el polémico doctor Leónides Carranza.

“No sé cómo voy a aguantar al señor altanero y fastidioso. No puedo soportar tanto tradicionalismo”, pensó, ya resignada a que pasaría una tarde aburrida y difícil.

Amalia conocía los criterios profesionales del doctor Carranza y también tenía una opinión preconcebida sobre él. Nunca habían sido presentados, es más, nunca habían compartido el mismo espacio, pero sabía de él, al igual que todos en el pueblo. Leónides Carranza era célebre por sus conocimientos y habilidades como médico, su conservadurismo extremo y por la forma inusual en que murió su esposa.

“¡Qué extraño incidente aquel!” pensó Amalia, distraída.

El caso había sido en realidad intrigante. Cuando Amalia regresó de la capital graduada de medicina, en el pueblo no se hablaba de otra cosa. La señora Encarnación Martínez de Carranza había muerto, poco después de su llegada a Cabo Azules, de una manera insólita. La encontraron en el patio, tirada a lo largo sobre la tierra, bocabajo, con la cabeza dentro del recipiente de beber

del perro, que contenía menos de un cuarto de litro del líquido. Se había ahogado, literalmente, en un vaso de agua. ¿Cómo semejante suceso pudo ocurrir?, era algo muy difícil de explicar. Las sospechas recayeron de inmediato en el esposo, pero Leónides Carranza tenía una coartada sólida. El doctor alegó que había estado el día entero en el hospital y que varios de sus colegas podían atestiguarlo. No se pudo probar que hubiera provocado o tuviera el más mínimo grado de participación en la muerte de su esposa.

El doctor Carranza hizo traer de la capital a un especialista en jurisprudencia médica, quien buscó una explicación al raro incidente y declaró la muerte como accidental. La gente decía que cualquier otra persona, en una situación similar, hubiera dado con sus huesos en la cárcel. La coartada nunca fue verificada en detalle y se corrió la voz de que el doctor tenía un motivo: debía mucho dinero y su esposa se negaba a utilizar el patrimonio matrimonial para pagar esas deudas. Aunque nunca se pudo comprobar que el doctor estuviera en verdad en una desventajosa situación económica, los rumores persistieron. Lo cierto es que inocente o culpable, el doctor había continuado con su vida. Enfrentó el vendaval con estoicismo y al final las habladurías se aplacaron, pero nunca del todo. A cada rato alguien sacaba a colación el asunto y el tema era objeto de intensas discusiones, ya fuera en bares o en distinguidas reuniones sociales. Después de más de quince años, eran más los que apostaban por su inocencia que por su culpabilidad.

Al entrar al salón donde se celebraría la reunión inaugural de la Asociación Médica de Cooperación en Emergencias y Desastres, Amalia sintió que el estómago le daba un vuelco; la entusiasmó el aire de erudición que se respiraba. El podio estaba decorado con la bandera nacional y guirnaldas de flores. Un óleo de un enorme caduceo, combinado con fragmentos del juramento hipocrático en griego, creación de un artista local, presidía la sala, colgado de la pared del fondo. Al frente se hallaba un busto de Asclepio sobre un pedestal. Los presentes conversaban animadamente y Amalia se asombró al ver al alcalde de Cabo Azules y al presidente del Partido Conservador entre los invitados.

El doctor Infante no tuvo que decirle a Amalia quién era el famoso doctor Carranza, ella lo supo de inmediato. Saludaba a los invitados en calidad de anfitrión y hacía las presentaciones entre los asistentes que no se conocían. Leónides Carranza destilaba confianza en sí mismo. Era un hombre alto, ancho de espaldas y de pecho. Se decía que en su juventud había practicado la natación y hasta había sido considerado para participar en los Juegos Olímpicos de San Luis, en 1904, como miembro de la delegación nacional. A Amalia le llamaron la atención sus manos de dedos largos y los ojos oscuros y brillantes. Tenía la mandíbula prominente y una nariz fina de corte aguileño. Llevaba el pelo engominado y vestía un impecable traje marrón con chaleco de doble botonadura. Muy a pesar suyo le agradó su aspecto elegante y su voz grave. También tuvo que reconocer que era un hombre apuesto.

Cuando Leónides Carranza vio entrar a Amalia en la sede de la naciente Asociación Médica de Cooperación en Emergencias y Desastres lo primero que notó fue su apariencia juvenil. Debería tener alrededor de cuarenta años y aparentaba cuando más treinta. El doctor Infante hizo las presentaciones.

—Doctor Carranza, es un placer presentarle a la doctora Cisneros.

Amalia le extendió la mano, pequeña pero fuerte, mirándolo a los ojos con la cabeza erguida. Con más fuerza de la que se esperaba de una mujer de su talla, Amalia apretó su mano y Leónides se estremeció. Había sentido una descarga eléctrica. Amalia y el doctor Infante se miraron con expresión de mutuo entendimiento y sonrieron.

—Le cogió el rayo, doctor Carranza. Es una característica de Amalia, tiene carga eléctrica. Y es curioso, no le pasa con todo el mundo.

—Encantada de conocerlo.

Terminadas las presentaciones Leónides subió al estrado y comenzó su discurso.

—Tengo el privilegio de inaugurar la Asociación Médica de Cooperación en Emergencias y Desastres de Cabo Azules, gracias a la gentileza de mis colegas aquí presentes, quienes me propusieron el alto honor de dirigir su creación.

Amalia no pudo dejar de sonreír por lo bajo. Sabía bien que el doctor se había autopropuesto como presidente, Enrique se lo había contado. El discurso duró cuarenta y cinco minutos, en los cuales Leónides hizo un recuento de la función de la medicina, sobre todo en los desastres naturales y también habló sobre la filosofía de la terapéutica. Fue premiado con una cerrada ovación. Concluido el discurso se sirvió un refrigerio y los doctores comenzaron a comentar sus puntos de vista entre ellos.

Amalia se acercó a Leónides Carranza, quien compartía con sus colegas y recibía con gusto las felicitaciones. Aprovechó un momento en que se quedó solo y lo abordó de frente.

—Mis felicitaciones, doctor, excelente discurso. Solo un apunte al margen, si quiere que la asociación dé resultados positivos, busque la manera de ocuparse del asunto de la calidad del agua y el manejo de las excretas.

Por supuesto que Leónides sabía de la existencia de esos problemas, pero poco después de la sonada inauguración se percató de que no tenía la menor idea de cómo abordar la monumental tarea de resolverlos. Le faltaba experiencia en epidemiología. Pensó en convocar una primera reunión y solicitar de los miembros de la nascente asociación sugerencias para crear un plan de acciones, pero la idea no lo convencía. Prefería llevar una propuesta concreta y centrar la discusión sobre aspectos preformulados. Se dio cuenta de que necesitaba ayuda. Entonces fue cuando se le ocurrió acudir a la doctora Cisneros. Era médico de los más necesitados. Conocía de primera mano las plagas, la insalubridad y las consecuencias de la pobreza. Todo lo cual a él le era ajeno y muy diferente al entorno de su aséptico consultorio.

Tres días después de la apertura de la asociación, un emisario llevó una esquila del doctor Carranza a la clínica que Amalia compartía con el doctor Enrique Infante. Invitaba a la doctora Cisneros a su despacho para sostener una conversación científica y práctica sobre asuntos médicos de interés. El emisario traía instrucciones de esperar respuesta.

—Dígale que será un honor visitarlo.

El día que Amalia pisó por primera vez el consultorio de Leónides Carranza tuvo el presentimiento de que no sería la última. La asistente del doctor, una mujer alta de mediana edad, vestida de blanco, la recibió con suma amabilidad y le dijo que el doctor la esperaba. Amalia estaba intrigada. El despacho ofrecía un ambiente cálido con los muebles de caoba antiguos y los estantes abarrotados de libros encuadernados con cuero. Leónides la recibió en una salita privada colindante con el cuarto de examen. En las paredes colgaban reproducciones de *El hombre de Vitruvio* y *La lección de anatomía del doctor Nicolaes Tulp*. Un enorme reloj de péndulo parecía moverse al ritmo de las palabras del doctor Carranza.

—Mis respetos. Bienvenida.

La conversación fluyó fácil y Leónides fue directo. Era necesario organizar la campaña para combatir las epidemias que proliferaron después del desastre natural. Sabía que había atendido a los pacientes del manglar, el barrio de pescadores, y que tenía nociones de cómo manejar las epidemias. Como presidente y líder de la asociación, se veía obligado a presentar una propuesta concreta y la doctora Cisneros reunía las condiciones para desarrollar el plan. Amalia aceptó gustosa la invitación a colaborar. No solo lo ayudó a crear un programa de manejo de los aspectos de salud ambiental que incluía el agua, las excretas y la prevención de enfermedades

transmisibles, sino que estableció una guía de colaboración entre la asociación las organizaciones civiles y gubernamentales.

El programa fue un éxito, las epidemias se controlaron y el doctor Carranza fue considerado el precursor de la epidemiología en la región. Por fin había alcanzado su obra grandiosa. Para honrarlo, una sala del Hospital Municipal fue bautizada con su nombre y años después su apellido sería cavado en la piedra de la pared frontal del edificio del ayuntamiento, junto con los de los ilustres de la política y la sociedad civil.

El doctor Carranza olvidó reconocer en público la participación de la doctora Cisneros en la creación del plan, pero Amalia no le dio al hecho demasiada importancia. Durante el tiempo que había trabajado junto al eminente doctor también ella había ganado. Él le había abierto su mundo repleto de experiencias y para Amalia aquello era más importante que cualquier reconocimiento.

A petición del doctor Carranza, Amalia comenzó a visitar su consultorio dos veces por semana. Pasaban una hora exacta conversando y bebiendo café, después del trabajo. Discutían sobre los nuevos medicamentos que los vendedores de farmacia anunciaban, los procedimientos quirúrgicos modernos que leían en las publicaciones de los Laboratorios Lederle y los casos complejos de la práctica de cada cual. También discutían sobre fotografía, música, literatura y filosofía. La mayoría de las veces tenían criterios opuestos. Pero Amalia consideraba que aunque los amigos se escogen por afinidad, siempre que existiera respeto por las diferencias y los principios humanos universales, era válido e incluso saludable, darle cabida a concepciones antagónicas, para ganar una visión más amplia de la vida.

Una tarde, Leónides le comentó a Amalia sobre una de sus pacientes. Se llamaba Lidia Leiva y vivía en el Barrio de la Cruz, la parte exclusiva del pueblo. Se decía que el marido tenía cierto linaje. La mujer sufría de unas crisis que comenzaban con la pérdida del conocimiento; luego despertaba de súbito y comenzaba a moverse de forma irregular, con los músculos agarrotados, mientras gritaba frases inconexas. Las facciones parecían desdibujarse con las contracciones faciales. El período de contorsiones podía durar varios minutos. Después parecía caer en trance, para al final recuperar la consciencia sin recordar nada de lo que había experimentado.

—Es simple, doctor, Lidia Leiva está enferma de amor.

—¿Cómo lo sabe?

—Conozco a las mujeres, también sé de amores.

—Doctora, creo que su lado emocional está dominando su pensamiento científico.

—Está usted equivocado.

—Ya me habían comentado que como doctora sabe usted mucho de la naturaleza femenina.

—Y también de la masculina. Sé que usted tiene un secreto y que a veces se le hace insoportable el peso de mantenerlo escondido. No me ha dicho por qué me invitó a visitarlo la primera vez. No me dirá que fue por lo de las epidemias. Al final usted hubiera podido resolverlo sin mi ayuda. Si alguna vez se decide a contármelo, quiero que sepa que estoy dispuesta a escuchar.

El doctor Leónides Carranza la miró con una mezcla de espanto y estupor.



Amalia Cisneros en la época de la fundación de la Asociación Médica de Cooperación en Emergencias y Desastres.

Una familia poco común

La característica de transmitir corriente eléctrica de Amalia era conocida entre sus familiares y amigos. Decían sus hermanas que cuando niñas, era la única que podía despertar a su madre, Doña Paula, mientras la señora caminaba dormida. En aquella época, todos los días a las nueve de la noche, cuando Doña Paula se iba a la cama, comenzaba en la casa el ritual nocturno. Se cerraban la puerta principal y la de la cocina y se aseguraban con candados. Las llaves se guardaban cada día en un lugar diferente. Luego se escondían las tijeras, cuchillos, fósforos y cuanto objeto pudiera dañar a la sonámbula. A las doce en punto se levantaba Doña Paula y empezaba a deambular por la casa. Abría gavetas y armarios, cambiaba los adornos de lugar y la mayoría de las veces terminaba el recorrido en la cocina. Las hijas mayores decidieron tomar todas las precauciones posibles después de que una noche Doña Paula causara un incendio, al dejar una sartén encima del fogón encendido. Las llamas se propagaron y fue necesario llamar a los bomberos, pero ni siquiera con tanto alboroto Doña Paula despertó.

Agobiadas por el sonambulismo de la madre, las hijas probaron los más diversos métodos para sacarla del espeso sueño: ruidos, sustos, chorros de agua. Nada había dado resultado. Un día, todavía siendo muy niña, Amalia, que no podía dormir por el revuelo de sus hermanas tratando de despertar a la madre, se levantó y la tomó de la mano.

—Vamos mamá, está usted dormida.

El simple contacto con el cuerpo de su hija le produjo un sobresalto y la hizo despertar.

—Esta niña tiene un rayo adentro— dijo Doña Paula completamente espabilada.

Aquella fue la primera vez que Amalia asombró a su familia con su capacidad conductora. Esta cualidad, por fortuna selectiva y transitoria, le trajo algunas complicaciones en su vida, pero siempre la ayudó a sacar a su madre de tan angustioso estado.

Los episodios de sonambulismo de Doña Paula habían comenzado después de la muerte de Eugenio, su hijo mayor. Eugenio padecía de una extraña enfermedad que le había hecho envejecer desde una temprana edad, a una velocidad inusitada. Falleció a los trece años. Al final de su corta vida tenía la piel arrugada, había perdido el pelo y la visión y caminaba con un bastón por causa de sus pies inflamados. Sufría de dolores en todo el cuerpo, tenía las manos deformadas y a pesar del calor tropical siempre andaba envuelto en una manta. Desde los cinco años comenzó a perder el pelo y su padre, Don Manuel Cisneros, decidió que no iría a la escuela, para evitar las burlas, y se dedicó en cuerpo y alma a darle la mejor educación posible.

Don Manuel era el propietario de una plantación de tabaco situada en las afueras de Cabo Azules. Aunque la mayor parte de la cosecha se destinaba a las tabaquerías del puerto, Don Manuel dirigía una pequeña fábrica de puros llamada La Hoja de Yara, ubicada en su propia finca. Allí se producía un tabaco especial, cuya mezcla de hojas solamente él conocía, y a donde iban a recalar los hijos descarriados de las familias de bien y los jóvenes sin futuro. Don Manuel era un hombre severo que les transmitía a sus discípulos sus valores de trabajo y respeto, usando métodos tan poco ortodoxos como efectivos. Entre ellos creció el niño-anciano. Don Manuel lo introdujo en los placeres de la lectura y Eugenio se convirtió en un adicto a las palabras. A los siete años ya había leído los doscientos ejemplares de la incipiente biblioteca del pueblo y su

padre comenzó a encargarle los libros a la Editorial Cristal, la mayor del país.

Eugenio tenía una inteligencia asombrosa. A los diez años era capaz de memorizar pasajes completos de *La Iliada*, que recitaba cuando estaba inspirado, mientras los discípulos de su padre torcían los tabacos. A los doce podía disertar por horas sobre el barroco español, la química de Lavoisier o cualquier otro tema de las ciencias o el arte. Casi al final de su vida y a pesar de su reclusión, su fama de sabio se había propagado más allá de Cabo Azules. Eugenio se había convertido en una leyenda. Sin embargo, sus cinco hermanas, Alma, Amada, Almira, Amparo y Amalia, poco sabían de él.

Tres días antes de la muerte de Eugenio, Amalia se paró delante de su madre y le dijo:

—Mi hermano se va a morir el martes.

Pero murió el lunes. La noticia sorprendió a Doña Paula planchando el traje del funeral de su hijo y a las hijas mayores preparando la sala de la casa para el velatorio. Los habitantes de Cabo Azules se aprestaron a despedir al niño sabio y a darle las condolencias a la familia. Durante los tres días que duró el velorio, la sala de la casa permaneció abarrotada y eran muchos los que esperaban afuera para brindar sus respetos al famoso niño-anciano. Al tercer día, ante los ojos asombrados de los presentes, el cuerpo de Eugenio rejuveneció. Fue tan sorprendente su transformación, que en el momento de enterrarlo, tenía la apariencia de un niño que dormía apaciblemente, vestido de domingo.

En medio de su dolor, Doña Paula no podía sacarse de la cabeza la idea de que su hijo había muerto en la fecha equivocada. Amalia no fallaba cuando de premoniciones se trataba. Su primera adivinación había ocurrido un año antes, a propósito de un sueño. Aquella mañana la niña estaba sentada en un taburete en la cocina, esperando que su madre preparara el café con leche del desayuno. Le contó que en el sueño ella iba por un sendero de piedras doradas que atravesaba un campo de azucenas, montada sobre un elefante. De pronto, un soldado en un caballo blanco se acercó al galope y los detuvo, espada en mano. El soldado se bajó del caballo, se acercó y le hizo una reverencia. Luego sacó del bolsillo un pequeño estuche y se lo dio. Dentro había una medalla.

—Guárdala, te va a dar suerte —le dijo el soldado antes de desaparecer.

Pudo describir la joya con todo detalle: una mujer desnuda, sentada con las piernas dobladas y la cabeza ladeada con dos alas de mariposa. Era de oro con pequeñas piedras rojas y azules engarzadas en las alas. Doña Paula no dijo nada, pero registró entre las reliquias de su madre y encontró una medalla idéntica a la que su hija había visto en sueños. A partir de aquel momento Amalia nunca se había equivocado.

El día de la muerte de Eugenio, Doña Paula tomó dos decisiones: la primera, que la fecha de defunción de su hijo sería registrada el día después en que ocurrió el deceso, y que a Amalia no se la quitaba nadie, ni siquiera su padre.

Doña Paula tenía razones para estar preocupada. Si Don Manuel se había llevado a Eugenio de la casa por ser distinto, bien podía llevarse a Amalia a cualquier otra parte. Pocos días después del entierro, agarró a Amalia de la mano y decidió enfrentar a su marido, cosa no solo inusual, sino irrespetuosa, dadas las normas de la casa. Se paró resuelta frente al cabeza de familia.

—Con todo respeto señor, a esta niña no me la va a encerrar, es especial y tiene muchas ganas de vivir.

Don Manuel no permitía que se socavara su autoridad, pero para sorpresa de su esposa, le contestó sereno, mirando a la niña con ternura.

—No se preocupe Paula, que no la voy a mandar a un convento, aunque no le niego que sí lo había pensado. He decidido que va a ser médico. Es inteligente y la voy a educar bien. Lo único que le pido es que no me la vista de colores chillones. Ya bastante que llama la atención.

Así fue como el futuro profesional de Amalia y su apariencia siempre sobria se decidieron cuando apenas había aprendido a leer.

Don Manuel Cisneros valoraba mucho la educación. No compartía los criterios casi generalizados de la época sobre el rol meramente doméstico de la mujer y procuró que cada una de sus hijas aprendiera una profesión, para que fueran independientes y pudieran valerse por sí mismas.

La cuidadosa educación que su padre les proporcionó a las hermanas Cisneros rindió frutos. Con el tiempo se convirtieron en mujeres capaces y encantadoras. Las cinco eran talentosas. Alma, la mayor, era pianista. Cuando en 1910 se inauguró la primera sala de cine de Cabo Azules, Alma comenzó a tocar el acompañamiento musical de las películas silentes. Su padre la llevaba cada noche a la función y la esperaba afuera conversando con sus paisanos. Amada, la segunda, era enfermera y trabajaba en el Hospital Municipal. Almira, la tercera, era una reconocida modista y bordadora que trabajaba para La Cigüeña Dorada, la más selecta casa de canastilla de la región. De sus manos salían juegos de sábanas para bebés con delicados bordados, mosquiteros de tul y encaje para proteger las cunas y la más fina ropa infantil. Amparo, la cuarta de las hermanas, estudiaba para ser maestra, aunque en realidad le interesaban más los bailes que las clases. A los dieciséis años había sido reina de belleza de la Sociedad de Negros y Mulatos de Cabo Azules y durante mucho tiempo su rostro anunció el estudio fotográfico del pueblo. Tenía fama de coqueta y estaba dispuesta a casarse con el mejor partido, costara lo que costara. Amalia, la más pequeña de todas, sería doctora, así lo había dispuesto su padre y por tanto era considerado por la familia un hecho. Las Cisneros eran además unas negras lindas, con cuerpos despampanantes.

A principios de 1914, Amalia estaba inmersa en los preparativos del viaje que cambiaría su vida. En menos de un año iba a matricular en la Escuela de Medicina de la capital. Iba a volar con alas de mariposa, como la mujer de la medalla que siempre traía consigo. Una de esas tardes de débil invierno tropical, Amalia salió con su hermana Alma a comprar una caja de polvos, único elemento de presunción que se permitía. Por la mañana había ido a probarse dos vestidos nuevos que Edelmira, la costurera de la familia, había hilvanado para ella. Estaba tan entusiasmada con su viaje, que hasta le había permitido a Amparo intervenir en el diseño de su ropa y había agregado un detalle de encaje blanco en el cuello del traje gris. No sabía qué pensaría su padre. Después de almuerzo fueron a la quincalla del señor Severino, la mayor de Cabo Azules, donde podían encontrarse los últimos adelantos de la cosmética americana. Estaba mirando un pote de *Pond's Cold Cream* y pensando en si valdría la pena comprarlo, cuando sintió un dolor punzante en la sien derecha. Se sujetó la cabeza con las manos, sus rodillas se doblaron y cayó al piso. Luego pareció perder la conciencia. Durante varios minutos el señor Severino trató de reanimarla con sales de amonio, mientras que Alma le sostenía el cuello y la abanicaba con su sombrero de fieltro. Después de algunos angustiosos minutos Amalia abrió los ojos y se incorporó.

—Vámonos, Alma. Papá ha muerto.

Efectivamente, a las cuatro y treinta y cuatro minutos de la tarde del día 17 de enero de 1914, Don Manuel Cisneros se quitó la vida disparándose un tiro en la cabeza, después de haberse tomado una taza de café mientras leía el suplemento sabatino del periódico local.

La llegada de Alma y Amalia puso un poco de orden en el caos reinante en la casa. Alma se encargó de mandar a sus hermanas a la sala de costura e interrogó a la madre. Nada sabía Doña Paula, nada diferente a la rutina diaria había ocurrido. Como siempre, se tomó una taza de café mientras leía el periódico. Ella regresó a la cocina. Al instante oyó el disparo.

Amalia mandó a buscar al alguacil y entró al despacho donde estaba tendido el cuerpo de su

padre, con el rostro cubierto de sangre. Ahogó un grito, y durante unos minutos luchó por controlar su respiración agitada. Se enjugó las lágrimas y buscó en el bolsillo interior del chaleco. Allí encontró la nota.

Querida Amalia;

Sé que serás tú quien vendrá primero. Eugenio está solo, me voy con él. Ustedes se acompañan, son fuertes. Dispongo que en esta casa no reine la tristeza después de mi muerte. Quiero un velorio digno y que me entierren junto a Eugenio. Si Paula quiere poner el crespón en la puerta puede hacerlo, pero salgan del luto riguroso lo más rápido posible. Me voy por mi voluntad y porque sé que van a estar bien sin mí. Que Alma se haga cargo de la casa, pues ya Paula está cansada. Y tú, Amalia, hazte médico y regresa.

Las amo a todas.

Un beso,

Papá

Amalia acarició y besó las manos callosas de su padre. No se explicaba qué había podido suceder para que Don Manuel tomara tan extrema decisión, su padre no parecía ser del tipo de persona que se quita la vida.

Tendrían que pasar muchos años para que lo comprendiera.



Tomada alrededor de 1900, esta instantánea es la única foto que se conserva de la Familia Cisneros casi al completo: solo falta Eugenio.

Fuerza de gravedad

Alma Cisneros hizo la declaración después de recoger los platillos del postre. Estaba de pie, detrás de la silla vacía de su padre, en la cabecera de la mesa de comer, cuando sus hermanas y su madre todavía hacían la sobremesa. Habían transcurrido diez días desde la muerte de Don Manuel.

—No me caso. Está decidido.

Sus cuatro hermanas la miraron perplejas. Doña Paula intentó ponerse de pie y derramó la copa de agua. Nadie se inmutó. Después de algunos segundos de pesado silencio Amalia intervino:

—Me parece que has tomando una decisión precipitada. La muerte de papá nos ha afectado a todas...

Sin levantar la vista Alma la interrumpió.

—La última voluntad de un fallecido se respeta, sobre todo si es el padre de una. Papá me encargó cuidar de la familia y eso es lo que voy a hacer.

Nadie se atrevió a contradecirla.

Alma Cisneros y Juan Infante habían estado comprometidos durante casi un año. La fecha de la boda estaba señalada para finales de noviembre.

Los Infante y los Cisneros se conocían de toda la vida. Ambas familias se habían establecido en Cabo Azules tres generaciones atrás, cuando el pueblo era solo un pequeño caserío. Juan era abogado y el día del velorio había asistido acompañado de sus hermanos Enrique y Luis. Enrique estudiaba medicina y había estado fuera del pueblo por largo tiempo. Luis recientemente había cumplido los veinte años, era integrante del cuerpo de bomberos y soñaba con ser poeta.

El velorio de Don Manuel había durado tres días, tiempo suficiente para que Enrique se sintiera morir de amor por Amparo y Almira por él. Pero el joven estudiante manejó la situación con habilidad. Como Amparo le dejó bien claro que pretendía casarse con un hombre rico y que no le interesaba para nada un simple aprendiz de médico, Enrique decidió traspasar su interés hacia Almira, que si bien no tenía la belleza arrolladora de su hermana, tenía las mismas caderas de potra bravía.

Amalia conocía a los hermanos Infante, aunque no había tenido mucho roce con ellos, excepto con Juan, cuando venía a la casa a hacerle la corte a Alma. Siempre le había llamado la atención Luis, el menor, quien, por cierto, era el menos agraciado de los hermanos. Aun así, era el más exitoso en asuntos de faldas. Amparo siempre decía que algo debía tener escondido. Los tres hermanos eran unos mulatos altos. Luis, además, era muy delgado y desgarbado. Se movía con un desenfado que, al parecer, era el secreto de su atractivo y se comentaba que era ducho en las artes del amor. Pero Amalia tenía los pies bien puestos en la tierra: Luis Infante era inalcanzable para ella. No obstante, durante el velorio no dejó de perseguirlo con la mirada.

Que la muerte de Don Manuel había trastocado a la familia era una verdad irrefutable. Doña Paula no había vuelto a pronunciar palabra desde el día del suicidio de su esposo. Durante una semana estuvo en cama, debatiéndose entre episodios de angustia y síntomas de paludismo. Alma sufrió una crisis de insomnio que duró cinco días. Cada una de aquellas noches, machacó el

concierto número uno de Chaikovski hasta quedar exhausta. Almira sufría una doble pena: el dolor por la inesperada muerte de su padre, mezclado con un sentimiento hasta aquel momento desconocido para ella, un sentimiento rabioso, un sentimiento asfixiante: los celos. Había sucumbido al magnetismo de Enrique Infante, pero no podía olvidar que el blanco de la atracción inicial del estudiante de medicina no había sido ella, sino su hermana Amparo. Forcejeaba contra el olvido o el rencor, indistintamente. Tan difícil decisión, unida a su tristeza, le provocó un entumecimiento en las manos y los pies que la dejó postrada durante una semana. Por su parte, Amada se sentía tan afligida por la culpa que no podía ocuparse de sus labores de enfermera. ¿Cómo no pudo detectar señal alguna de que su padre estaba sufriendo? ¿Cuál era el peso que lo agobiaba? Tres días después del entierro tomó una decisión vital: tampoco ella iba a casarse ni tener hijos. Todo aquello acarrea demasiado sufrimiento. A Amparo el infortunio la había sumergido en una inquietante irrealidad. Caminaba como posesa durante el día y por la noche se enfrascaba en la febril lectura de los cientos de cartas de amor que había recibido en los últimos meses, como tratando de encontrarle sentido a su vida. Solo Amalia parecía sufrir un dolor sereno. Dos meses después del entierro del patriarca Cisneros, reunió a sus hermanas y les dijo:

—La decisión de papá fue enteramente suya. El sufrimiento es inevitable. Pero, solo les pido que no mueran en vida. Por lo menos yo, no estoy dispuesta a hacerlo.

Doña Paula, sin pronunciar palabra, retiró el crespón de la puerta, Amada retornó al Hospital Municipal, Amparo sorprendió con un nuevo corte de pelo y Alma echó a la basura la partitura del concierto número uno de Chaikovski.

Varios días después, una señora vestida de negro tocó a la puerta de las Cisneros y preguntó por Amalia. La señora era una desconocida, mas su rostro le resultó algo familiar. Aunque mucho se esforzó, no pudo precisar dónde la había visto antes. La señora le entregó una carta y se marchó sin dar explicaciones. El sobre estaba dirigido a la señorita Amalia Cisneros y contenía un pliego de papel perfumado con un poema escrito con buena letra.

*Para Amalia
Pasaba arrolladora en su hermosura
y el paso le dejé;
ni aun a mirarla me volví, y, no obstante,
algo a mi oído murmuró: «ésa es».
¿Quién reunió la tarde a la mañana?
Lo ignoro; sólo sé
que en una breve noche de verano
se unieron los crepúsculos, y ... fue.*

Lo firmaba Luis Infante. Amalia volvió a leer el sobre. Estaba dirigido a ella, no a Amparo o a Almira o a Amada. Luis le había dedicado la *Rima XXXII*, de Gustavo Adolfo Bécquer. Había recibido su primera carta de amor. No salía de su asombro. Primero se sintió desfallecer y luego, casi sin tránsito, la invadió una alegría tan grande que le dieron deseos de bailar. Se contuvo por respeto, la casa estaba de luto. No obstante, salió corriendo a contarle a Alma.

—Ten cuidado, es un pico dulce y un cabeza loca.

No era la respuesta que quería escuchar. Alma estaba desolada por la muerte de su padre, la ruptura con su novio y la tozudez de Doña Paula de no pronunciar palabra. Entonces decidió acudir a su hermana Amparo. Ella se alegró con la noticia y abrazó con ternura a su hermana menor.

—Más de una se va a morir de envidia cuando se sepa en el pueblo que Luis Infante te corteja.

—¿Qué le contesto?

La ansiedad de Amalia era cercana al pánico.

—Nada. No te des por enterada. Te quedas tranquila y esperas. Y nada de guiños ni sonrisas si te lo encuentras por la calle. Hazme caso, que yo sé lo que te digo.

Después de recibir la esquila de Luis Infante, Amalia devoró cuanto libro de poemas encontró en la biblioteca de Eugenio. Podía repetir de carretilla los treinta y cinco primeros poemas de Rimas y leyendas, de Gustavo Adolfo Bécquer, que de la noche a la mañana, se había convertido en su poeta favorito. Vivía inmersa en un mundo de sensaciones, donde transitaba entre la euforia y la desesperación, sin que pudiera controlar sus emociones. Las pocas veces que salía a la calle le parecía ver a su amado por todas partes. El corazón le daba un vuelco y la tristeza la invadía cuando se daba cuenta de que él no estaba. Con el paso de los días su ansiedad se transformó en angustia, no podía dormir, no tenía apetito y le costaba trabajo respirar.

Quince días habían pasado desde que Amalia recibió la esquila que le había trastornado la vida. Aquella mañana no se levantó temprano como siempre y no quiso ni siquiera tomarse el café recién colado que su hermana Alma le llevó a la cama.

— Me duele el pecho y me tiembla el cuerpo.

— Quiera Dios que no hayas pescado un resfriado — le dijo su hermana Alma y le aconsejó quedarse en la cama.

Tarde en la noche, llorando sin consuelo, fue a ver a su hermana Amparo y le dijo que no sabía qué le estaba sucediendo, no comprendía la razón de aquel extraño padecimiento, de su desesperación.

— No estás enferma Amalia, estás enamorada.

Entonces le explicó los síntomas y el sentido: el amor, en sus inicios, es una especie de dolencia, que asfixia, abrumba y debilita al enamorado, y puede, incluso, llevarlo a la muerte. Es algo sublime y a la vez peligroso, que puede producir una inmensa felicidad o ser una condena. Por eso hay que conocer el sentimiento, para protegerse de sus posibles daños. También le dijo que Luis, como buen experto en conquistas, le había mandado la primera esquila y había esperado el tiempo suficiente para llenar sus pensamientos.

— Entonces lo logré... No puedo dejar de pensar en él, ni de día ni de noche.

— Verás que pronto recibes noticias. No va a correr el riesgo de que te canses de esperar.

Amalia no entendía de juegos de amor. Ya había descubierto lo que le pasaba y quería disfrutarlo, o sufrirlo, a plenitud. Deseaba ver a Luis, de inmediato, para decirle lo que sentía por él. Pero su hermana no estuvo de acuerdo.

— Si quieres llegar a algo con él, ignóralo. Ya verás cómo pronto lo tendrás a tus pies.

No se equivocó. Al día siguiente apareció de nuevo la mujer. Alma le abrió la puerta y le dijo que Amalia no estaba en la casa. No era cierto, pero así se lo había pedido la enamorada a su hermana mayor. Temía sufrir un desmayo o una crisis nerviosa delante de la emisaria. La señora le dejó un sobre y le dijo que era un encargo, que la señorita sabía de qué se trataba. Alma se lo entregó a Amalia con desgano, quien lo abrió con manos temblorosas. El sobre contenía un pañuelo de hilo con las iniciales LI bordadas con letra gótica en una esquina. Dentro del pañuelo

había cinco azahares.

Sin decirle una palabra a su hermana Alma, Amalia salió corriendo en busca de Amparo, con el preciado sobre entre las manos. La encontró junto a Almira, bordando en el cuarto de costura. Les mostró el sobre, como quien exhibe una joya rara, con los ojos brillantes y el corazón al galope. Almira contemplaba perpleja el obsequio, mientras que Amparo procedió a analizar el presente.

— Es el lenguaje del amor, Amalia, aquí todo tiene su motivo. El envío del pañuelo significa que pretende que no lo olvides. El azahar es la flor de la inocencia y el amor eterno, el número cinco es una alusión a los sentidos. No le respondas.

Alma y Amada se incorporaron a la reunión, preocupadas por el estado de la niña de la casa. Alma la alertó sobre las trampas del amor. La recomendación de Amada fue que se protegiera del sufrimiento y Almira le aconsejó que investigara cualquier segunda intención en el mensaje. Amparo opinó que se trataba solo de un cambio de estrategia. Algo grande se avecinaba.

— Ahora su táctica es no darte tregua. Prepárate que te va a proponer algo.

Durante las semanas siguientes llegaron varios sobres dirigidos a Amalia: uno con una flor seca envuelta en papel de arroz, en otro una postal con la imagen de dos tulipanes, luego llegó una paloma de papel plegado y una caja con una polvera de nácar.

Amalia vivía como hipnotizada; durante el día vagaba por la casa con expresión perdida, en bata de dormir, pálida y con el cabello revuelto, y por las noches contaba estrellas, mientras acariciaba los presentes de su amado. Amparo consideraba que era un caso de enamoramiento agudo y sus hermanas la trataban como a una enferma.

Veintiocho días después de que Amalia recibiera la *Rima XXXII* de Gustavo Adolfo Bécquer, la señora del rostro vago le entregó a Amparo un sobre azul con una carta escrita en papel con olor a vetiver. Ella se lo dio enseguida a Amalia, quien lo leyó con una mezcla extraña de gozo y pavor.

Mi bien amada Amalia:

Creo que ya estará usted enterada de que la amo. Quizás sea una presunción de mi parte anhelar que corresponda a mis sentimientos. Pero confío que un corazón sensible y una clara inteligencia como la suya, permitan germinar ese generoso sentimiento que pretendo cultivar, como caballero leal y sincero que soy.

Suyo,

Luis Infante

P.D: Me daría usted una satisfacción si mañana sábado, en la noche, dejara la ventana de su cuarto abierta. Quisiera darle una sorpresa.

Amalia fue de nuevo a pedir consejo a su hermana confidente. Pero Amparo no se mostró dispuesta a cooperar.

— No puedo ayudarte más, hermanita. Lo que hagas de ahora en adelante, tiene que ser fruto de tu corazón y de tu conciencia. Que Dios me la proteja de amores equivocados.

La noche siguiente Amalia se fue a la cama más temprano que de costumbre y dejó la ventana entreabierta. Su habitación quedaba en el extremo opuesto a la de su madre y justo al lado de la de

Amparo. La calle era oscura y el laurel de la esquina protegía la vista de los vecinos desvelados. No correrían peligro. A pesar del calor, se puso una bata encima del ropón de dormir y se soltó el pelo. Luis Infante apareció a las diez en punto. Como su hermano había sido novio de Alma, sabía que a las doce de la noche Doña Paula solía levantarse y el sueño de la familia sería interrumpido. Al menos por un rato, todos en la casa estarían tratando de aprovechar las primeras horas de descanso. Llamó por lo bajo a Amalia, quien corrió hacia la ventana.

— Sé que lo que estamos haciendo es arriesgado y no quiero ponerla en una situación incómoda. Solo quiero saber si me corresponde y darle este presente como testimonio de mi amor por usted.

Le entregó una pequeña caja de regalos. Dentro había un relicario de plata con una rosa tallada al relieve. Amalia estaba deslumbrada. Sin acordarse de los consejos de Amparo y apretando el relicario contra su pecho le dio rienda suelta al tumulto de emociones que la ahogaba.

— Hasta mi vida daría por usted.

Entonces Luis le tomó la mano por entre los barrotes de la ventana. Amalia no opuso resistencia. Muy despacio y mirándola a los ojos, Luis comenzó a acariciarle la palma de la mano, describiendo círculos con las yemas de sus dedos, luego subiendo hasta alcanzar la punta y bajando muy despacio hacia la palma de la mano, una y otra vez. Amalia tenía la vista clavada en el hombre como se mira al péndulo del hipnotizador. El gesto quizás duró segundos, pero lo que experimentó lo recordaría hasta el día de su muerte: como mil rayos en su cuerpo, enervando sus sentidos. Luego, Luis se puso los dedos sobre los labios, le envió un beso y desapareció en la noche.

Regresó cada sábado a las diez de la noche. Volvió a tocarle las manos, y también la boca, el cuello y los senos, con sus dedos expertos y luego con sus labios, sin importarle los barrotes de la ventana. Con sus caricias Amalia descubrió un universo claroscuro, donde él, el alquimista, la transmutaba y la convertía en un ser frágil, cristalino y al mismo tiempo feroz e irracional. De no haber sido por el sonambulismo de su madre, Amalia hubiera cedido al asedio de Luis. Pero muy a pesar suyo le negó la entrada a su cuarto.

Una noche, mientras trataba de sobrevivir al caos que le provocaban sus besos, Amalia le preguntó a Luis si debía contarle a su madre de la relación y así podría visitarla.

— No es el momento oportuno, su casa todavía está de luto.

— Me voy pronto, a la capital.

— No se preocupe, yo la espero.

Por primera vez Amalia sintió el pinchazo de la desconfianza. Era cierto que la familia estaba de luto, pero pocas semanas atrás Enrique, el hermano de Juan y Luis, había pedido permiso para cortejar a Almira, con quien había mantenido una intensa relación epistolar desde la muerte de Don Manuel. Aunque las normas sociales exigían un año de duelo, los Cisneros nunca había sido demasiado conservadores. Entonces, ¿por qué Luis se negaba a hacer pública su relación? Desterró de inmediato el pensamiento intruso. Si amaba a Luis Infante tenía, ante todo, que confiar en él. Sus razones tendría para actuar de aquella manera. Se juró a sí misma que nunca más se permitiría dudar de su amado. Y así lo hizo, tozudamente, durante muchos años.

Las hermanas Cisneros salían poco a poco del aturdimiento emocional que les había producido el suicidio del padre. Alma se había volcado al cuidado de la casa y la familia, resignada y segura de estar cumpliendo con su deber. Juan Infante pensó que la ruptura del compromiso había sido una decisión revocable, tomada a consecuencia de la tragedia. Pero el tiempo pasaba sin que las cosas cambiaran. Alma se negaba a recibir a su exnovio y devolvía sus cartas sin siquiera abrirlas.

Por su parte, Almira había formalizado su compromiso con Enrique Infante. La boda se fijó para finales de año, lo cual levantó sospechas injustificadas en el pueblo. Almira se dedicó con entusiasmo a preparar su ajuar. Ella misma cosió el traje de novia con la más fina organza blanca que pudo encontrar. Le bordó a mano, en el corpiño y el ruedo de la falda, cientos de margaritas con pequeñas perlas en el centro y remates con hilos de plata. Su hermana Alma le regaló el velo de tul que había decidido no usar. Sin embargo, Almira no llegó a estrenar tan suntuoso traje. El compromiso fue roto poco tiempo después, sin que mediara explicación alguna. La verdadera razón de la ruptura era que Almira sentía unos celos feroces de su hermana Amparo. No podía olvidar aquel primer encuentro, en el velorio de su padre. Lo triste del caso era que Enrique amaba a su novia y por la hermana solo había sentido un deslumbramiento pasajero.

Mientras que Alma y Almira luchaban por olvidar a Juan y a Enrique Infante, la relación de Amalia con Luis se tornaba cada día más intensa. Las visitas nocturnas fueron más frecuentes a medida que se aproximaba la fecha de la separación. Él le recitaba ardientes poemas de amor y la inflamaba con sus caricias entre las rejas. Dos noches antes de la fecha del viaje, Luis se presentó cabizbajo y le dio un ultimátum.

— Usted se va, por mucho tiempo. Si estamos comprometidos, el uno con el otro, debe darme una prueba de amor. Solo le pido una hora de su tiempo, se lo ruego.

Amalia no lo pensó dos veces, amaba demasiado a aquel hombre y no estaba dispuesta a perderlo.

— Mañana es mi última noche en Cabo Azules. Venga a las once.

Pero aquella noche Doña Paula tuvo una crisis de insomnio y nadie en la casa se pudo acostar. Quizás por el nerviosismo de la partida de su hija, la madre pasó la noche entera deambulando por la casa, despierta, agobiada por su incapacidad de expresar con palabras el cúmulo de emociones que sentía.

Luis Infante llegó puntual, mas no pudo acercarse a la casa, la puerta estaba abierta y las luces encendidas, era evidente que todos estaban levantados. Amalia le escribió una carta explicándole lo sucedido. Se la dio a Amparo para que se la hiciera llegar y ella decidió no hacerlo. Dudaba que Luis Infante amara a su hermana. A fin de cuentas, lo que ella atesoraba como pruebas de amor, no eran más que un puñado de cartas y un relicario de plata que muy bien pudo hallar el romántico bombero entre las cenizas de un incendio. Amalia no supo que la carta nunca llegó a manos de su novio.



Las hermanas de Amalia. En la parte superior y de izquierda a derecha, Alma y Amada. En la inferior, Amparo y Almira.

Tiempos de cambio

El último día de agosto de 1914, con un calor infernal, Amalia les dijo adiós a sus hermanas y a su madre y tomó el tren que la conduciría a la capital. Llevaba una pesada maleta de madera con sus pertenencias y un neceser de cuero con un frasco de agua de colonia; una caja de polvos; un ejemplar de *Orgullo y prejuicio*, su novela favorita; y las cartas de Luis Infante. El viaje fue azaroso e incómodo, pero Amalia no reparaba en complicaciones mundanas. Se disolvía en un caldo agridulce de recuerdos, que regurgitaba con un placer enfermizo.

En la estación la esperaba el primo de su padre, en cuya casa se alojaría y a quien prácticamente no conocía. El hombre portaba un cartel con su nombre — no la veía desde que era pequeña — y un ramo de claveles blancos un poco marchitos. Se llamaba Cristóbal Cisneros y era un negro alto y fornido.

— Bienvenida niña.

Le gustó su sonrisa — como de abrazo — y la apariencia pulcra y familiar.

Amalia conservaba un vago recuerdo de la última vez que Cristóbal los visitó en Cabo Azules, pero eso había ocurrido muchos años atrás, cuando su hermano Eugenio aún vivía. Sin embargo, no había olvidado que Doña Paula siempre decía que Cristóbal era un padre admirable, que se había dedicado a su hijo y lo había convertido en un hombre de bien.

Poco antes de su partida, su hermana Alma le reveló un secreto concerniente a la familia que la acogería en la capital. Doña Paula se lo había contado hacía muchísimo tiempo y ella había jurado no exponerlo jamás. Pero considerando que Amalia iba a convivir con ellos y que Doña Paula no podía dar su aprobación o disconformidad con respecto a revelar el secreto, pues seguía muda, Alma decidió que lo mejor sería desvelarlo. Amalia no podía creer lo que su hermana le contó. La madre del hijo de Cristóbal Cisneros estaba emparentada con los Villareal, una de las familias aristocráticas de la capital. Era la hija menor del caballero que había contratado a Cristóbal como su calesero. Según se descubrió más adelante, la pareja había mantenido una apasionada relación, que terminó de forma abrupta, cuando ella no pudo esconder por más tiempo su embarazo y entonces estalló el escándalo.

A Cristóbal lo despidieron y lo culparon de ser el responsable de la pérdida de ciertos objetos de la caballeriza. Aunque no se trataba de enseres de valor y no había evidencias en su contra, estuvo cuatro meses en la cárcel, sin que ni siquiera se ventilara en la corte el supuesto delito. A partir del momento en que salió de prisión, Cristóbal quedó atrapado en el laberinto de su mala fortuna. Una noche le dieron una paliza de la cual salió muy mal parado. Tuvo que dormir en las calles, porque no encontraba ni trabajo ni abrigo. No le quedó otro remedio que pedirle ayuda a Don Manuel Cisneros, quien les escribió a algunos de sus amigos influyentes de la capital para que intercedieran por él. Pero el golpe más fuerte estaba aún por llegar. La mujer a la que amaba murió poco después de traer al mundo a su hijo. Antes de fallecer, la moribunda le pidió a su madre que, si el recién nacido sobrevivía, se lo entregaran al padre, en vez de llevarlo a la Casa de Misericordia. La familia accedió, bajo la presión de que la petición fue considerada un acto de última voluntad. Sin embargo, los aristócratas impusieron sus condiciones: Cristóbal Cisneros nunca revelaría la identidad de la madre de su hijo y bajo ninguna circunstancia trataría de

contactar, en el futuro, a ningún miembro o allegado a la familia materna. Cristóbal estaba destrozado por la pena y accedió a cuanto exigencia se le impuso. Su vida había cambiado para siempre. El apuesto y saleroso calesero estaba en la ruina y tenía un bebé a quien cuidar y procurar el sustento.

Amalia sentía curiosidad por conocer al hijo de su pariente, debían tener más o menos la misma edad y sabía que estudiaba en la universidad. Pudieran tener intereses afines. Al llegar a la casa, se llevó una tremenda sorpresa cuando por fin lo conoció. Esteban Cisneros, el hijo de Cristóbal, no tenía el aire de la familia. Por uno de esos peculiares episodios genéticos que les ocurren a los descendientes de padres de diferentes razas, Esteban había heredado la piel blanca y el pelo lacio de la madre y la complexión robusta y los ojos negros brillantes del padre. A pesar de ser un joven bien dotado físicamente, Amalia no se sintió deslumbrada. Algo en su actitud la puso en guardia.

Después de las presentaciones, Cristóbal le dijo a Amalia que se acomodara y descansara un poco. Debía estar exhausta después de tan largo viaje.

— Le voy a traer un vaso de agua fresca, niña, debe estar seca, con este calor —dijo Cristóbal y se dirigió a la cocina, arrastrando los pies.

Esteban aprovechó la oportunidad de que su padre no podía escucharlo y se dirigió a Amalia, acercando su rostro al de la joven.

— Si me ve por la calle no me salude, no quiero que sepan que la conozco.

—¿ Y quién te dijo que a mí me interesa conocerte? —replicó Amalia.

Esteban la miró de arriba abajo con desdén.

— Ni se le ocurra volver a tutearme, que no somos iguales.

Cristóbal regresó con el vaso de agua y notó la tensión entre los dos jóvenes. Aunque sus próximas palabras estaban dirigidas a Amalia, las pronunció mirando de frente a su hijo, quien permanecía con las manos en los bolsillos y la vista baja.

— Esta es su casa niña. Su padre fue como un hermano para mí. Cuando me nació el hijo y me quedé solo, fue él quien me ayudó con el dinero necesario para abrirme camino y luego comprar la casita. Su señora madre me mandó la canastilla completa. ¿Qué sabía yo de criar niños en aquella época? Gracias a Don Manuel, Esteban pudo estudiar. Todo lo que hay aquí es suyo, niña. Lo que sus padres hicieron por mí nunca lo voy a olvidar.

Cristóbal no pudo contener el llanto. Amalia se sintió conmovida y le dio un abrazo, pero no podía darse el lujo de dejarse llevar por las emociones, el dolor era demasiado intenso para dejarlo aflorar. Trató de cambiar el rumbo de la conversación hacia asuntos prácticos y preguntó dónde podía acomodar su maleta. Esteban recogió sus llaves de encima de la mesa de centro y salió sin despedirse.

La casa era modesta y estaba ubicada en un barrio tranquilo en la periferia de la ciudad. Tenía una sala pequeña, una habitación amplia, una cocina-comedor y un baño. Cristóbal le explicó que Esteban y ella compartirían la habitación, con cortinas para separar el espacio de cada cual. Él dormiría en el comedor, en un catre. Amalia protestó, no quería ser un estorbo. El primo de su padre no la dejó terminar.

— Usted se queda aquí hasta que se haga médico, con el favor de Dios, y yo estoy a su disposición para lo que necesite. Y por Esteban no se preocupe, si es soberbio es por la pinta que tiene, pero es más bueno que el pan. A usted la va a respetar como a una hermana, de eso doy fe.

Amalia no estaba preocupada por Esteban, había decidido que no se dejaría provocar por su insolencia. Se acomodó en la esquina de la habitación donde Cristóbal había colocado para ella una cama personal y un escaparate pequeño. Era más que suficiente para ayudarla a cumplir la

meta que se había trazado. Iba a estudiar medicina y se iba a graduar, le gustara a Esteban Cisneros su compañía o no.

Tres días después de su llegada, Amalia fue a oficializar su matrícula. La Escuela de Medicina se hallaba en una extensión de terreno que colindaba con una de las principales calzadas de la ciudad. Tenía varios pabellones pintados de color blanco, que se conectaban mediante pasillos de piedra, escoltados por enormes laureles. Los primeros edificios estaban destinados a la enseñanza, mientras que en la parte posterior se ubicaba el hospital universitario y la morgue.

La mañana en que se decidía su futuro, Amalia tuvo que preguntar varias veces para encontrar el Departamento de Admisión, donde se realizaban las entrevistas a los futuros estudiantes. Esperó a que le tocara su turno, paseando de un lado a otro del pasillo, mientras repetía en su mente, como una letanía, el nombre de Luis Infante. El recurso había probado ser efectivo en más de una ocasión para calmarle los nervios. Finalmente, un hombre vestido con traje negro, que sostenía una pluma de fuente y una tablilla de madera, la llamó por su nombre. Concentró toda su energía en disimular el temblor de sus manos.

El tribunal estaba formado por tres hombres de aspecto culto, vestidos con largas batas blancas. Uno de ellos le recordó a su padre; tenía la misma mirada cálida. Llevaba una barba bien cuidada y fumaba una pipa de ámbar que terminaba en una figura que asemejaba una cabeza de mujer. Después supo que era el director del colegio médico y el presidente del tribunal. Quizás fue el aroma del tabaco o la serenidad de la mirada del doctor de aspecto afable lo que le dio seguridad para contestar, sin titubear, la más difícil de las preguntas.

— Me propongo procurar alivio y esperanza, ayudar a los enfermos y necesitados, y entender los misterios de la vida y de la muerte. Quiero ser médico para que mi padre, que en paz descansa, esté orgulloso de mí.

Dos de los miembros del tribunal hicieron comentarios por lo bajo, pero el presidente no dejó de mirarle a los ojos, mientras jugaba con su pipa. Amalia le sostuvo la mirada. Luego de algunos segundos de silencio el presidente habló en tono bajo y firme.

— Bienvenida a la clase de 1914, señorita Amalia Cisneros, de usted dependerá que su padre esté satisfecho.

Tuvo que hacer un esfuerzo para contener su entusiasmo. Apenas pudo prestar atención cuando le informaron los horarios de clases y el programa de estudios. Salió de la Escuela de Medicina brincando de alegría. El día era espléndido y decidió dar una vuelta por el parque central. Le interesaba particularmente sentir el ritmo de la vida capitalina, que según había escuchado, era muy diferente al de Cabo Azules.

Era cerca de la hora de almuerzo y los pequeños restaurantes ya habían abierto las puertas. Le gustó que las mesas estuvieran ubicadas en los portales e incluso en las aceras. Al llegar al Parque Central Amalia se sintió sobrecogida por la majestuosidad de las construcciones: el Teatro Nacional, el Centro Gallego, el hotel de estilo barroco. Se sentó en uno de los bancos de piedra, al lado de un señor mayor que daba de comer migajas de pan a las palomas.

— Se ve que es usted forastera, se le nota por la forma en que observa el entorno. Yo también lo soy, he vivido en Europa muchos años. Déjeme decirle algo, no hay una ciudad como esta en el mundo, con tantos colores y olores, con personas tan amigables y música en cada esquina. Mire la cadencia con que se mueven sus habitantes, nadie tiene prisa. Es una ciudad que embruja.

Antes de despedirse le recomendó que no dejara de visitar la Plaza Mayor; según dijo, las edificaciones que la rodeaban tenían un estilo arquitectónico único, mezcla de español y romano.

Hacia allá se dirigía cuando, al doblar la esquina, divisó una figura conocida. Esteban Cisneros, ataviado con su mejor traje, se disponía a sentarse en un sillón de limpiabotas, en el

portal de un hotel, con un periódico en una mano y un tabaco en la otra. Dos señores bien vestidos conversaban con él. Sin pensarlo dos veces Amalia aparentó un encuentro casual.

— Buenos tardes, Esteban Cisneros, es una suerte encontrarlo. Estoy perdida, ¿me puede ayudar?

Los hombres la miraron intrigados. Amalia, con una sonrisa, se dirigió directamente a los caballeros.

— Soy del campo. A él lo conozco porque...

— Espere un momento... Creo que usted está confundida.

Esteban se bajó del sillón de limpiabotas y la saludó quitándose el sombrero. Amalia lo contemplaba sonriente, él se dirigió a los señores, tratando de mantener la compostura.

— Perdonen, esta señorita está desorientada, quizás me toma por otra persona, pero a una dama no se le debe dejar de asistir, con su permiso. Venga conmigo, por favor.

Los hombres sonrieron con complicidad. Esteban la tomó del brazo y apuró el paso. Cuando los caballeros que lo habían acompañado no podían verlos, la zarandeó y se plantó frente a ella, agarrándola por los hombros.

— Niña tonta, ¿cómo se le ocurre? Le advertí que no me saludara, no sabe todo lo que tengo en juego.

Amalia no pudo contener la risa.

— Perdóname Esteban, te juro que no lo volveré a hacer. Le puedes decir a tus amigos que soy una loca, la criada de tu casa, o lo que se te ocurra. A mí no me importa.

— De verdad que eres atrevida.

Balanceándose sobre sus talones, Esteban hundió las manos en los bolsillos del pantalón y contempló a la joven que trataba de contener la risa. Muy a su pesar, tuvo que reconocer que Amalia no solo era osada, sino ingeniosa y, en una manera muy particular, también divertida. Extendió el brazo hacia delante, señalándola con el dedo índice.

— Créeme, no quiero verte en el resto del día.

Notó que súbitamente la expresión del rostro de la joven cambió, se había tornado seria, con un toque de algo que le pareció compasión.

— No te olvides Esteban Cisneros, somos ramas de un mismo tronco.

Amalia dio media vuelta y corrió, sorteando los transeúntes y los vendedores ambulantes, hasta que se perdió en el bullicio de la ciudad. Esteban regresó al sillón del limpiabotas. Los caballeros ya no estaban. Le pagó al chico, aunque no quiso que le lustrara los zapatos y se fue al bar de la esquina, a sacudirse con un trago de ron, la inexplicable sensación de culpabilidad que lo embargaba.

Después de aquel incidente, Esteban estuvo varios días sin dirigirle la palabra a Amalia, ni siquiera le contestaba el saludo, pero ella no desistió. Su madre siempre había insistido en la importancia de las buenas maneras. Cada mañana le daba los buenos días cuando se encontraban en la cocina a la hora del desayuno y se despedía de él por la noche antes de correr la cortina que los separaba. Esteban no se inmutaba.

Una tarde Amalia estaba leyendo, sentada en el suelo, sobre un montón de almohadones, en la esquina de la habitación.

— Feliz cumpleaños.

Levantó la vista y para su sorpresa vio a Esteban parado en la puerta, con una pequeña caja alargada, envuelta en papel de regalo. Ella bajó el libro y lo miró extrañada.

— Hoy no es mi cumpleaños.

— Bueno, como no sé cuándo cumples, decidí darte un presente por adelantado..., o por

atrasado.

Ambos comenzaron a reír. Amalia abrió el regalo, cuidando de no rasgar el precioso papel del envoltorio. La caja contenía un abanico chino de marfil calado.

— Gracias, es bello. Por cierto, mi cumpleaños es el 27 de agosto.

Esteban se quitó el saco y se sentó en el suelo al lado de Amalia.

— Cuéntame de tus hermanas, y del pueblo.

Ella le enseñó las últimas fotografías de la familia que Alma le había enviado recientemente y le regaló una postal de Cabo Azules que mostraba una puesta de sol.

— Los atardeceres son preciosos en la bahía, el sol se refleja en el agua y el cielo se pone rojo y naranja...

— Tengo que ofrecerte disculpas —la interrumpió Esteban—, he sido grosero contigo.

Amalia sonrió, se puso de pie y le dio unas palmaditas en el hombro. Luego le dijo que ya era hora de que la dejara continuar con su lectura.

El primer día de clases, Amalia se levantó muy temprano. Tenía un salto en el estómago y las manos le sudaban. Intentaba tomarse el café de la mañana, cuando Esteban entró en la cocina vestido con traje.

— Te acompaño, necesitas un hombre que te represente.

Amalia le dirigió una mirada entre asombrada y divertida. Aunque las convenciones sociales no le importaban en lo absoluto, tuvo que reconocer que llegar a la Escuela de Medicina escoltada por una especie de Adonis, le iba a facilitar la inserción en un medio que imaginaba le sería hostil. Le habían informado el día de la matrícula, que otras cuatro mujeres estarían en su curso, no obstante Amalia sabía que, sin dudas, ella sería diferente. Esteban la acompañó aquella vez, y muchas otras. Nunca olvidaría el apoyo que su primo le brindó en esa etapa, una de las más importantes de su vida, ni siquiera cuando, muchos años después, el destino los colocó en polos opuestos.

Poco a poco, Amalia se sumergió en la rutina de las clases. Al llegar a casa, corría a revisar el correo que Don Cristóbal recogía en la oficina postal diariamente. Si tenía correspondencia de sus hermanas o de su novio, devoraba las palabras, para luego responder con largas y vehementes cartas. Después se disponía a estudiar.

El plan curricular de primer año de medicina incluía las asignaturas de Anatomía General, Estudios Microscópicos de los Tejidos y de los Órganos, Química Biológica y Farmacia Galénica. Su preferida era la anatomía, el cuerpo humano le parecía una maquinaria fascinante. Pasaba horas mirando las láminas de su libro de texto y pensando si sería capaz, algún día, de descifrar los misterios de la vida. Estudiaba hasta el agotamiento, no obstante, por la noche, le resultaba difícil conciliar el sueño. Escuchaba el tic tac del reloj de la cocina y los ronquidos de Cristóbal Cisneros, con los ojos abiertos, en la oscuridad.

En una ocasión, varias semanas después del comienzo del curso, Amalia escuchó llegar a Esteban, muy entrada la noche. Lo sintió acostarse, pero al rato, le dio la impresión de que estaba desvelado, igual que ella. Los muelles del camastro chirriaban, como si el joven se revolviera, víctima del insomnio. Poco más tarde, lo oyó quejarse por lo bajo y respirar jadeante, sofocando los ruidos. Luego escuchó un gemido ahogado. Amalia se asustó. ¿Estaría enfermo? Quizás necesitaba de su ayuda. ¿Debería despertar a Don Cristóbal? Decidió esperar. A los pocos minutos sintió que Esteban se levantaba y entraba al baño. Amalia concluyó que algo le pasaba, pero no debía ser grave, porque lo oyó silbar por lo bajo. Solo se quedó dormida cuando sintió la respiración acompasada de su primo.

A la mañana siguiente Amalia se encontró con Esteban en la cocina, a la hora del desayuno.

Nada en su apariencia denotaba que hubiera estado enfermo.

— Buenos días. ¿Te sientes bien?

— Divinamente, ¿por qué me lo preguntas?

— Es que anoche me pareció que te quejabas, como si te doliera algo.

Esteban tosió con fuerza y un buche de café salió disparado de su boca.

—¿Estabas despierta cuando llegué? No te preocupes, solo tenía un poco de dolor de estómago.

El incidente del supuesto malestar estomacal de Esteban dio inicio a una nueva etapa en la relación de los primos. Cada noche al acostarse, Esteban llamaba a Amalia, en un susurro, para comprobar si estaba dormida. Como casi siempre estaba despierta se ponían a conversar, cada uno en su cama, sin levantar la cortina que los separaba, hasta que uno de los dos se rendía. Conversaban sobre temas diversos: música, deportes, la familia, los adelantos del cinematógrafo. Una noche el tema de conversación giró en torno al amor.

— A ver señorita, tengo entendido que tienes novio. Cuéntame un poco de él.

Amalia, encantada de exteriorizar sus sentimientos, le contó de su amor por Luis, de cómo se aceleraba su corazón de solo verlo y que lo extrañaba hasta en sueños.

— Muy bonito, pero ¿qué más sabes?

— Que amo a Luis con toda mi alma. No necesito saber más.

— Estás sola en una ciudad extraña, tienes que dejar de ser ingenua y conocer las intenciones de los hombres. Además, vas a ser médico y no querrás que tus colegas piensen que crees en las cigüeñas de París.

— No soy tonta Esteban. Mi hermana Amparo tiene muchísimos enamorados. Alma, mi hermana mayor, casi se casa con Juan Infante, el hermano de Luis, mi novio. Almira, mi otra hermana, está enamorada de Enrique, el otro hermano de Luis. Las cuatro hablábamos mucho del amor y el matrimonio.

— Ya veo que hay un asunto de familias entre las Cisneros y los Infante. Pero no es a eso a lo que me refiero. Dime qué sabes del deseo, de la pasión.

Amalia solo sabía de los mil rayos que sentía en su cuerpo cuando Luis Infante la acariciaba.

— No sé mucho..., la verdad...

— Pues es tiempo de que aprendas, por si te pasa algo, que al menos sea con conocimiento de causa.

Entonces Esteban le habló claro y directo. Comenzó diciéndole que el sexo es la base del amor. La finalidad que mueve a un hombre a la conquista de una mujer es el sexo, primero y por encima de todo. El amor masculino, según Esteban, es menos romántico, lo cual no quiere decir que los hombres no amen, pero desde el inicio hay una intención carnal. También le dijo que debía cuidarse del tipo de hombre que hace promesas de amor eterno y matrimonio, que halaga demasiado a la mujer para seducirla, porque en la mayoría de los casos, después que logra su objetivo y ya ella podía suponer cuál era, perdía el interés y la abandonaba, dejándola en una situación desfavorable.

Después le explicó su punto de vista personal sobre el amor. A Amalia le sorprendió que fuera tan liberal, asuntos como la virginidad y la honra eran para Esteban poco importantes. Según él, prefería a las mujeres capaces de experimentar el placer sexual sin juegos sentimentales ni artimañas. Quizás por eso nunca se había enamorado. Luego le dio un consejo que Amalia nunca olvidaría.

— Si lo que quieres es amor en cuerpo y alma, no te entregues fácilmente. Créeme, la mayoría de los hombres no piensan como yo.

Amalia asimiló la información y de inmediato clasificó a los hombres como seres sexuales sin sentimientos. Todos excepto Luis Infante, por supuesto, él era especial, diferente. Nada de lo dicho por Esteban la hizo dudar ni por un instante del amor absoluto que su novio le profesaba.

Con el paso del tiempo Esteban hizo de Amalia su confidente. Disfrutaba contándole de sus amores fugaces y de sus trucos de conquistador. Decía que no había nacido la mujer que pudiera enamorarle y entre sus planes inmediatos no estaba el matrimonio, a menos de que fuera ventajoso para él.

Esteban estudiaba leyes, y aspiraba a hacer carrera política. Para abrirse camino, pensaba afiliarse al partido con mayores probabilidades de éxito electoral. Sabía que siendo mulato tenía pocas posibilidades de obtener un cargo público, pero nadie tenía por qué saberlo, su físico no denotaba su ascendencia. Le pediría a su padre que se mantuviera alejado. Y qué sacrificio no haría Cristóbal Cisneros por su hijo. A Amalia el acto de renegar de su padre en bien de su futuro político le disgustaba. Esteban no daba cabida a remordimientos de conciencia.

— La vida es dura, Amalia, más de lo que te imaginas. Yo soy práctico. El amor es algo que estorba la mayoría de las veces.

Amalia se levantó y por primera vez recorrió las cortinas que los separaban.

— Algún día te vas a enamorar de una manera terrible y entonces que Dios se apiade de ti.

Esteban desconocía las premoniciones que asediaban a Amalia. Mucho tiempo después y en circunstancias trágicas, recordaría con amargura aquellas palabras.

Por aquel entonces, ya Amalia sabía que la vida no era un remanso de paz. Se sentía incómoda con sus compañeras de clases. Nunca sabía cuándo debía hacerse un peinado alto o usar un sombrero o si el sombrero podía usarse con un peinado alto. También le preocupaba su familia, que después de la muerte de su padre no disfrutaba del mismo bienestar económico. Pero sobre todas las cosas extrañaba a Luis Infante.

Durante los primeros meses en la Escuela de Medicina, Amalia tuvo que lidiar con las bromas macabras, tan frecuentes entre los estudiantes. Por fortuna, contaba con un sentido del humor y una limitada capacidad de asombro, cualidades que la ayudaron a salir airosa de las más embarazosas situaciones. En dos oportunidades encontró en su cartera pedazos de los cadáveres con los que hacían las prácticas en la clase de disección. Primero fue un dedo, luego una oreja. En vez de perder la compostura, Amalia se deshizo de las partes humanas con la mayor naturalidad. En otra ocasión, en el laboratorio de histología, encontró en su puesto de trabajo, sobre una placa *petri*, algo que a primera vista parecía un trozo de músculo cubierto de piel gruesa. Amalia lo miró con curiosidad, sosteniéndolo con dos pinzas. Fue entonces cuando se dio cuenta de que toda la clase estaba pendiente de ella. Era un pene humano. Lo levantó a la altura de sus ojos mirándolo con genuino interés científico y dijo asegurándose de que los más cercanos la oyeran:

— Pobre hombre, no creo que haya hecho feliz a muchas mujeres.

Lo echó en la basura, se lavó las manos y se concentró en la observación de una muestra de tejido epitelial, como si nada hubiera ocurrido, agradeciéndole en silencio a Esteban Cisneros que le hubiera abierto los ojos.

A partir de aquel incidente, Amalia comenzó a entablar amistad con algunos de sus compañeros de clases, principalmente con los varones. Su incapacidad de lidiar con los asuntos femeninos, como los vestidos de moda o las joyas, la mantuvieron distanciada de sus colegas de clase. Fue elegida, por mayoría absoluta, presidenta de la Asociación de Estudiantes, labor que desempeñó con tesón. A pesar de que disfrutaba la escuela, las vacaciones de verano eran la época más esperada del año. Amalia viajaba a Cabo Azules a visitar a su familia.

El primer año Luis Infante fue a recibirla a la estación ferroviaria con un ramo de rosas rojas

en compañía de su hermano Juan. Para Amalia fue una agradable sorpresa, no le había mencionado en su última carta que iría a recogerla. No sería aquella la única ni la más importante de las sorpresas que la esperaban. Luis Infante fue a su casa para hablar con Doña Paula, quien seguía con su mutismo tenaz, y pidió permiso para cortejarla. Alma, en su papel de cabeza de familia, se encargó de aceptar que Luis la visitara tres veces por semana. Además de las visitas oficiales, Luis iba a conversar con ella en la ventana de su habitación, de vez en cuando. Amalia tuvo que mantenerse firme ante la insistencia de que le permitiera entrar. Tenía presente el consejo que le diera su primo Esteban Cisneros.

En su segundo viaje de vacaciones, Amalia encontró que su novio tenía un estado de ánimo muy diferente. Luis, quien se caracterizaba por la confianza en sí mismo se debatía entre la confusión y la desesperanza. Una noche, después de besos ardientes a través de los barrotes de la ventana, le contó la razón de su pena.

— No soporto este pueblo, es feo y aburrido. No quiero ser bombero y la presión de mis hermanos para que estudie y me haga abogado me desespera. No quiero estudiar leyes, no puedo seguir viviendo así.

— Ven conmigo a la capital. Te va a encantar la ciudad, puedes conseguir un trabajo.

— Tengo un sueño Amalia, un sueño grandioso. Quiero probar suerte en los Estados Unidos. Es un país enorme, hay posibilidades de triunfo para todo el que quiera arriesgarse. Es el país de la libertad.

Amalia trató de contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos.

— ¿Y qué va a pasar con nosotros?

— Soy un hombre de palabra. Cuando regrese nos casamos.

Así se despidió Luis Infante, un día de 1916, sin darle tiempo a Amalia para comprender que era una separación sin fecha de retorno. Pero ella era fuerte y lo esperaría. Tenía fe absoluta en el amor que Luis le profesaba, en su sinceridad y su lealtad.

Cuatro años pasaron. Amalia se graduó de Medicina y aún no había recibido la primera carta de su novio desde los Estados Unidos.

Amalia creó su propio espacio interior, donde Luis estaba presente a toda hora. Se convenció de que la falta de noticias no tenía que ser necesariamente una señal de olvido, cuántas cosas pudieran haber ocurrido. Al final Luis regresaría con una explicación convincente para su conducta, se reirían juntos y superarían las dudas. Todo iba a estar bien, se repetía. Vivía en un mundo de ceguera voluntaria y no dudó de la palabra dada hasta que la vida le echó en cara la prueba irrefutable de que estaba equivocada.



Esteban Cisneros a la edad de cuatro años.



Graduación de la Escuela de Medicina, junio de 1920. Amalia Cisneros y Ana Suárez -vestidas con traje negro y blusa blanca respectivamente-, fueron las únicas dos mujeres graduadas.

Concierto disonante

El silbato del jefe de la estación anunciaba a los pasajeros que el tren estaba a punto de partir. Amalia caminaba de prisa, levantando con una mano el ala del sombrero de fieltro que llevaba encajado en la cabeza y que prácticamente le bloqueaba la vista. Con la otra sujetaba un pequeño maletín negro. Esteban Cisneros la seguía de cerca, cargando dos enormes maletas de cuero.

—Me siento estúpida con este sombrero...

—Ahora eres una doctora, no vas a regresar a Cabo Azules con la misma estampa de pueblerina con la que llegaste aquí.

Amalia le dirigió una sonrisa cómplice y le pidió que se apurara, casi no tenían tiempo de acomodar las maletas en el tren.

—Gracias por todo y un beso grande para Cristóbal, ya sé que no le gustan las despedidas.

Esteban la abrazó, la levantó en vilo, y dio vueltas con ella en brazos, como si fuera una niña. Luego le dio un beso en la frente.

—No dejes de escribir y por favor, no nos olvides.

Casi en el último segundo, Amalia abordó el tren. Buscó corriendo la ventanilla más cercana del lado del andén y sacó medio cuerpo por ella. Agitó la mano hasta que ya no pudo distinguir a Esteban entre la muchedumbre de la estación. Luego se sentó en el incómodo asiento de madera, se quitó el sombrero, zafó la trenza que tenía enrollada en la cima de la cabeza y rompió a llorar.

Amalia nunca dudó de que regresaría a Cabo Azules, lo que no imaginó fue que le resultara tan difícil desprenderse de las ataduras afectivas que creó en los seis años que vivió en la capital. Ni siquiera cuando su colega, la doctora Suárez le propuso abrir un consultorio juntas, Amalia vaciló. De las cinco mujeres que comenzaron a estudiar medicina en 1914, Amalia Cisneros y Ana Suárez fueron las únicas que se graduaron en 1920. La doctora Suárez tenía un plan concreto: quería dedicarse a estudiar y tratar las enfermedades de la mujer. Le había explicado a su compañera de curso todas las ventajas de formar una sociedad profesional, pero Amalia no estuvo interesada. No podía olvidar que su padre le había pedido, en su nota suicida, que regresara a su pueblo natal. Tampoco había renunciado a luchar por el amor de su vida y su único asidero estaba en Cabo Azules.

Fue a mitad de camino, cuando el tren se detuvo en una estación intermedia, y el vagón quedó medio vacío, que Amalia decidió releer las cartas de Luis Infante. Sacó el paquete arrugado, que aún conservaba la misma cinta rosada con que había atado la prueba tangible de ser amada, antes de dejar Cabo Azules. Se preguntó si el tiempo habría debilitado su sentimiento de amor por Luis, como mismo había desvaído el color de la cinta de seda.

— Las palabras alimentan el alma —se dijo.

Leyó las cartas, una a una, como en su primer viaje a la capital y como tantas veces había hecho durante los primeros años de separación. Cuando Luis se fue y no hubo más cartas, no tuvo valor para releerlas. Pretendía extraer de ellas el sentido de cómo había sido aquel pasado que se le tornaba borroso. Su capacidad de comprender su relación con Luis se había distorsionado. ¿O era que ella había cambiado? Se dispuso a descifrar lo que sentía por aquel hombre que irrumpía

involuntariamente en sus pensamientos, como quien degusta un buen vino, nota a nota. No le sorprendió descubrir que aún primaba el amor, mas descubrió también toques de inseguridad, tristeza y celos. El sentimiento se había transformado, pero era profundo, arraigado. La embargó entonces una mezcla de desasosiego y añoranza que la acompañó durante el resto del viaje.

Supo que estaban llegando a Cabo Azules cuando sintió el olor del mar, intenso, un poco ofensivo. Sacó la cabeza por la ventanilla y aspiró profundo, dejando que los olores se le impregnaran. Disfrutó, con los ojos cerrados, de la sensación conocida, aunque casi olvidada, que regresaba con ímpetu, para despertarle las más escondidas nostalgias por su pueblo natal. A lo lejos pudo divisar los dos tonos de azul del mar. Por fin regresaba a su hogar.

La llegada a la casa fue una fiesta. Doña Paula, que continuaba sin pronunciar palabra, expresó su júbilo con gestos teatrales y lágrimas de alegría. Alma asó un lechón completo y cocinó una olla de tamales. Los vecinos fueron a saludarla con fuentes de frituras, empanadas y arroz con frijoles negros. La comelata duró hasta la noche y corrió la sangría y el ron de caña. Que la niña Cisneros había regresado hecha toda una doctora era la gran noticia del pueblo.

A Amalia la casa le pareció vieja y encontró el patio un poco abandonado, pero le emocionó la cálida acogida y el hallar su habitación tal y como la había dejado en sus últimas vacaciones: allí estaban sus libros, sus cuadros y hasta una muñeca de cuando era niña. A pesar de la alegría reinante y de las tantas emociones que le produjo el regreso, Amalia no podía sacudirse la turbación que le causaba el mutismo de su madre. No podía comprender por qué continuaba sin articular palabra. ¿Sería que no quería hacerlo? Decidió que un chequeo general sería un buen comienzo para evaluar el posible origen del silencio obstinado de Doña Paula. Luego consultaría la opinión profesional de Enrique Infante, quien ya le había propuesto compartir su consultorio. También le escribiría a su profesor de anatomía y le pediría asesoría sobre el caso.

Al filo de la medianoche y cuando la mayoría de los invitados se habían marchado, Amalia vio a su hermana Amparo escabullirse por la puerta del fondo con un estudiante de bachillerato que había acompañado a Enrique Infante. Sorprendida, fue a preguntarle a su hermana Alma, quien intentaba poner orden en la cocina. Ella le dijo que se sentara, que tenían que hablar.

— Han ocurrido muchas cosas, tengo que ponerte al tanto. Ya no somos las mismas.

Comenzó por explicarle la situación de Amparo. La exuberante y fogosa mulata, que una vez había sido reina de belleza, en su afán por buscar el mejor partido, había dejado pasar demasiadas buenas oportunidades. Poco a poco su éxito entre los hombres se fue apagando, hasta que no quedó nada. Habían aflorado nuevas reinas de belleza en Cabo Azules. Desesperada por recuperar el tiempo perdido, y horrorizada de verse sola frizando los treinta años, sucumbió a la galantería de un joyero, veinticinco años mayor que ella.

— Amparo está embarazada y el padre no quiere reconocer al niño. Es casado. Ella me dijo que cuando lo conoció no lo sabía, yo no le creo. Está desesperada, le parece que se le va a acabar la vida. Por eso hace esas cosas...

—¿ Por qué no me lo contaste antes?

— No quería preocuparte. Tampoco te conté de Almira.

Amalia contempló a su hermana mientras secaba los cubiertos. Pensó que la vida había llevado a su familia por derroteros en otros tiempos inconcebibles. No pudo soportar el peso del silencio.

—¿ Qué pasa con Almira?

— Que no se resigna. Está también el asunto de los rituales...

Amalia no podía creer lo que Alma le contó. A pesar de que habían transcurrido seis años del rompimiento de su compromiso con Enrique Infante, Almira no había sido capaz de reponerse del

fracaso. Aunque seguía siendo una excelente bordadora, se negaba a trabajar en ajuares de novias y había dejado su empleo en La Cigüeña Dorada. Sentía por Enrique Infante, su exnovio, una mezcla de amor y odio. Su vida se centraba en investigar los más mínimos detalles de la vida del hombre y saboreaba tanto los éxitos, como los fracasos de quien pudo haber sido su esposo. Según Alma, Almira solía sacar el traje de bodas y se esmeraba en lavarlo y plancharlo. Luego se vestía de novia y se encerraba en su cuarto. Sus hermanas pensaban que celebraba una ceremonia imaginaria. La mayoría de las veces, después de estos episodios, Almira hablaba de cómo habría sido su vida si no se hubiera dejado llevar por los celos. Entonces le rogaba a Dios que le permitiera ser capaz de perdonar e intentaba reconciliarse con Enrique. No concebía su vida con otro hombre. Sin embargo, poco después emergía la rabia, la frustración incontrolable, y de nuevo se alejaba y se encerraba en su soledad. No podía olvidar la atracción inicial que su novio sintió por su hermana Amparo, por más que se lo proponía.

Aunque Amalia no dijo nada pensó que, de cierta manera, comprendía a su hermana Almira.

—¿Cómo está Amada?

—Es feliz. Ama su trabajo en el hospital y no le importa el matrimonio. Ha dicho que quiere convertirse en monja, pero nunca se ha decidido a dar el paso.

—¿Y tú?

—Yo soy feliz, a mi manera. Tengo a Juan, él es lo más importante para mí.

Alma había renunciado al matrimonio, por no violar lo que creía la última voluntad de su padre para con ella. Juan Infante, su novio, esperó pacientemente a que cambiara de parecer, hasta que comprendió que no había remedio, y en un acceso de orgullo herido, se casó con una prima lejana. El matrimonio fue un fracaso. Alma y Juan habían reanudado su relación hacía poco más de un año, a escondidas, como amantes. Ella fue marcada por el estigma de los amores extramatrimoniales, cosa que, por demás, no le importaba demasiado.

El fracaso de las intenciones matrimoniales de sus hermanas Alma y Almira con Juan y Enrique Infante, acentuó la incertidumbre de Amalia. Y es que tenía razones para dudar de que alguna de las Cisneros acabara casándose con un Infante. La primera vez que habló de su noviazgo con su colega y potencial cuñando Enrique, este le expresó por lo claro su opinión.

—Amalia, con el tiempo que ha pasado creo que deberías considerar el compromiso como anulado.

—No, él me dio su palabra.

Enrique, en un intento por despertar a Amalia de lo que consideraba un enamoramiento empecinado, le explicó que Luis estaba intentado abrirse camino en los Estados Unidos y el matrimonio no parecía ser una de sus prioridades. Según había contado en las pocas cartas que escribía, se había instalado en Nueva York y se disponía a prosperar. Enrique pensaba que su hermano tenía ambiciones y que no regresaría hasta que lograra su objetivo de triunfar.

—Olvidalo antes de que te haga más daño.

Pero Amalia no lo olvidó. Para soportar la pena de la ausencia de su novio, se refugió en su profesión. Trabajaba a cualquier hora del día y de la noche. Atendía los partos y las enfermedades íntimas de casi todas las mujeres de Cabo Azules y se había interesado en el tratamiento de la sífilis, enfermedad que continuaba siendo el azote de los enamorados.

Amalia se escudaba en su trabajo y Enrique Infante la apoyaba. Si llegaba alguna carta de Luis se lo decía.

—¿Preguntó por mí?

—No.

La certidumbre de haber perdido el amor de su vida le llegó, de forma súbita, un año y once

días después de haber regresado a Cabo Azules. Salía del consultorio después de tratar a una adolescente que sufría una crisis de mal de amores, y la irrefutable realidad le dio una bofetada. Que Luis Infante no la amaba era una verdad tan irrefutable como el hecho de que había estado ciega por su propia voluntad.

Esa noche puso todas las cartas de amor encima de la cama y las releyó una por una, deleitándose con cada palabra. Se puso el ropón y la bata, se soltó el pelo y se miró en el espejo. Luego recitó en voz alta la *Rima XXXII* de Gustavo Adolfo Bécquer. Se desnudó y observó su imagen en el espejo. Se acarició las manos, el cuello y la boca, luego los senos, como lo solía hacer Luis Infante. Exploró cada rincón de su cuerpo para recordar las sensaciones. Saboreó cada recuerdo con fruición y volvió a sentir los mil rayos que le atravesaron la piel. Después recogió el mazo de cartas y el relicario que Luis le había regalado y los puso en una caja que sumergió en el último rincón de su escaparate. Entonces se dedicó a sanar en cuerpo y alma. Luis Infante había sido relegado al lugar más lejano de su corazón.

Amalia sabía que dejar de amar no es una meta, sino un camino a recorrer. Intuyó que aquel sentimiento absurdo, empecinado, extenuante, permanecía ahí adentro. Lo rechazó a conciencia, lo enterró profundo, lo evadió, lo empujó, en un lento y doloroso proceso de entrenamiento, que le robó una preciosa parte de su vida.

Para intentar acelerar su sanación, Amalia comenzó a prestar sus servicios en el recién inaugurado Asilo de Enajenados y en la prisión municipal. A petición de la esposa del alcalde, participó en la fundación de la Escuela del Hogar, donde impartía clases de puericultura a señoritas casaderas. También visitaba con frecuencia el barrio de las prostitutas, a quienes instruía en las normas de higiene y la prevención de embarazos y enfermedades venéreas.

A pesar de que el tiempo no le alcanzaba, Amalia trataba de mantenerse al tanto de los principales adelantos de la terapéutica mundial. Uno de sus antiguos compañeros de clase tenía un puesto importante en la filial de los Laboratorios Farmacéuticos Lederle en la capital y sostenía con él una intensa comunicación epistolar. Por esa vía se enteraba de las novedades médicas mucho antes de que los vendedores farmacéuticos llegaran al pueblo, con sus maletines de cuero llenos de muestras y de folletos informativos con bellas imágenes. Compartía estas noticias con Enrique Infante y otros colegas, en reuniones que hacían los viernes en el patio de su casa. Poco a poco se fueron sumando trovadores, pintores y poetas, atraídos por el carisma y la inteligencia de Amalia, la magia del piano de Alma Cisneros y la agradable compañía de sus hermanas.

Las tertulias semanales crecieron y se convirtieron en un evento social en Cabo Azules, donde se comentaban las noticias locales y los mayores acontecimientos del arte y la ciencia de la nación y del mundo. Se servían bocadillos, empanadas y croquetas, ponche de frutas, infusiones y vino espumoso. Las discusiones eran exaltadas y a veces se discrepaba cuando el tema era polémico. Enrique y Juan Infante no faltaban. Alma, quien se había cansado de esconder su relación con Juan, no disimulaba su afecto hacia él, mientras que Almira no perdía la oportunidad de mostrar su total oposición a las opiniones de Enrique. Las Cisneros ganaron fama de excelentes anfitrionas y de mujeres discutidoras, empecinadas e inteligentes.

El éxito de las tertulias continuó creciendo con el tiempo. Cinco años después del regreso de Amalia, un periódico de la capital publicó un artículo en segunda plana donde se mencionaban las reuniones de las Cisneros como un acontecimiento cultural de interés, después de que una famosa soprano europea visitara la casa durante una gira por el oriente del país. Por aquella época la perseverancia de Amalia había rendido frutos. Había logrado proporcionarles a su madre y hermanas holgura económica. A pesar de ser la menor, se había convertido en cabeza de familia.

La dinámica de la casa también había cambiado con la llegada de los niños. En menos de lo

esperado, Amparo había traído al mundo a su segundo hijo, fruto de sus amores con el joyero casado. El padre no reconoció al primero ni tampoco al segundo, por lo que los bautizaron como Miguel y Antonio Cisneros Cisneros. Como no se concebía que una persona tuviera un solo apellido, los inscribieron, con mucho orgullo, con el apellido materno por duplicado.

El tercero en llegar fue el hijo de Amada, que nació en 1925 bajo circunstancias dramáticas. Lo llamaron Manuel, como el padre de las Cisneros, y no fue concebido con amor, sino con violencia.

Aquella noche Amalia estaba en su habitación estudiando un nuevo tratado de Farmacología que hacía poco había recibido por correo. Amparo no estaba en la casa y Doña Paula, como siempre, se había ido a la cama temprano. Alma, que había terminado de acostar a los niños, le mencionó a Amalia que estaba preocupada por la ausencia de Amada. Cuando sintió el ruido de la puerta de la calle, sin saber por qué, corrió hacia la entrada de la casa.

— Ave María purísima, ¿qué te ha pasado? —gritó Alma

Amada tenía la ropa deshecha y estaba llena de contusiones, desencajada, con un ojo deformado por la inflamación. Amalia salió corriendo del cuarto al escuchar el alboroto.

— No le pude ver el rostro, estaba muy oscuro. Déjenme sola, por favor. Y ni una palabra a nadie.

Amalia fue a auxiliar a su hermana, pero Alma la detuvo. Pocos minutos después oyeron el estruendo. Amada estrelló contra la pared la vajilla completa, golpeó las paredes con los sartenes, tiró al piso las cazuelas y desgarró un mantel a mano limpia. Después se calmó, ofreció disculpas y aceptó que llamaran a Enrique Infante para que la reconociera. Amalia no tenía valor de ver cómo había quedado su hermana, víctima de una violación.

— Tiene desgarraduras en los genitales y una lesión en un ojo que amenaza con afectarle la visión. Debe permanecer un mes en reposo absoluto, para reponerse del daño físico y del agotamiento nervioso. No quiere dar parte a la policía — dijo Enrique Infante, en voz baja y con las manos temblorosas, cuando se reunió con Alma y Amalia en el cuarto de costura.

Cuando Amada comenzaba a dar muestras de mejoría, se dio cuenta de que estaba embarazada. Contrariamente a lo esperado, decidió asumir la situación y no volcar en su hijo la rabia que sentía hacia el desconocido que lo engendró. Para evitar la deshonra de hacer pública la violación y que el niño naciera marcado por semejante oprobio, Enrique Infante lo inscribió como su hijo. Lo bautizaron como Manuel Infante Cisneros. El hecho desató numerosos comentarios. La mayoría de las personas en Cabo Azules ni recordaban que Enrique había sido novio de Almira y no de Amada, por lo que el caso se trató como un episodio más de la *sui generis* relación entre las Cisneros y los Infante.

Los hijos de Amparo y Amada fueron criados con todo el amor del mundo. El instinto maternal de las hermanas se había desbordado y consideraban a los niños como hijos de todas. Amalia parecía resignada a no tener los suyos propios. Cuando nació Manuel ya era una mujer de treinta años y había perdido las esperanzas de ser madre. Al parecer, el amor romántico, erótico, era algo que el destino no había puesto en su camino. O mejor dicho, lo había puesto en la persona equivocada. Tantos años después de la decepción de su relación con Luis Infante, Amalia guardaba un secreto. Lo seguía amando. Había fracasado en su empresa de sofocar el sentimiento. Luis Infante estaba presente en su vida, de día y de noche. Y no había perdido las esperanzas. Aceptaba la irracionalidad de sus sentimientos así, sin explicaciones, y defendía ferozmente su derecho a equivocarse. Al final, era ella la única y última jueza de sus propios sentimientos.



Amalia Cisneros, foto de estudio tomada y fechada en Cabo Azules, 1920. Se desconoce la identidad de la joven que la acompaña.



El Doctor Enrique Infante con su hijo adoptivo Manuel Infante Cisneros, hijo carnal de Amada. Cabo Azules, 1925.

Jaque mate

Amalia dobló el periódico y contempló a sus hermanas que de pie, alrededor de la mesa del comedor, parecían haber quedado petrificadas.
—Él no es un asesino. Lo conozco bien.

Amada sostenía un ramo de rosas rojas que había olvidado poner en el búcaro del comedor. Se disponía a hacerlo cuando Alma vino corriendo a enseñarle la noticia que había aparecido en primera plana y la acción había quedado suspendida en el aire, mutilada, incompleta. Amparo salió de su habitación descalza y a medio vestir, cuando escuchó a sus hermanas hablar exaltadas. Con un par de zapatos en las manos, miraba a Amalia fijamente. Alma rompió a llorar.

—¿Qué vas a hacer? — le preguntó, enjugándose las lágrimas.

—Ayúdame a preparar el equipaje. Me voy hoy en el último tren. Cristóbal me necesita.

El titular de la noticia del periódico *La Jornada* no daba lugar a dudas, algo terrible, inesperado, definitivo, había ocurrido. El titular rezaba: “Encuentran el cuerpo degollado de famosa meretriz. Los celos parecen ser el motivo del crimen”. A continuación, se mencionaba a Esteban Cisneros —exayudante de un concejal del Partido Conservador y conocido hombre de negocios— como el presunto asesino. Según se explicaba en la noticia, que se acompañaba de explícitas fotografías de la escena del crimen, “el cadáver desnudo de una mujer conocida como La Belga había sido encontrado en el día de ayer, sumergido en una bañera de sangre, en su residencia del barrio de Santa Inés, en la capital. Tenía el cuello cercenado de oreja a oreja”. El redactor precisaba que de tan pálida que estaba, su piel se había vuelto transparente y hasta los órganos internos se notaban a simple vista. En el artículo se aseguraba que existían pruebas suficientes para condenar a Esteban Cisneros, quien mantenía una relación íntima con la fallecida.

Amalia desconocía los caminos que Esteban había recorrido para llegar hasta aquel punto, y las circunstancias que rodearon el hecho. En los siete años que habían transcurrido desde su graduación, la comunicación entre ellos se había enfriado. Salvo las postales de cumpleaños, recibía pocas noticias de él y nada sabía de sus andanzas. Ella había regresado a la capital alguna que otra vez para participar en las reuniones científicas de la Escuela de Medicina y aunque siempre visitaba a Cristóbal, casi nunca había coincidido con Esteban. Según el anciano, su hijo tenía un cargo importante en la política y varios negocios. Poco después de que supiera del asesinato en el cual se le involucraba, Amalia descubriría que la vida de Esteban Cisneros no era como su padre pensaba. Si bien era cierto que había trabajado como asistente de un concejal del Partido Conservador, su carrera política no había llegado muy lejos. En realidad, el cargo público solo fue un trampolín para introducirse, reptando, en la alta sociedad capitalina.

Esteban Cisneros poseía unas extraordinarias cualidades masculinas, que tuvo a bien emplear para seducir a mujeres de buena posición, que luego usaban sus influencias para empujarlo a través de los complejos mecanismos sociales. A su buena apariencia física había adicionado unos modales refinados, un hablar cadencioso y una sonrisa estudiada e infalible. Se abrió camino a la cima a golpe de testosterona. Con la fachada de comerciante de sedas y productos exóticos de la India hizo del sexo un lucrativo negocio.

En menos tiempo del que él mismo había previsto, Esteban Cisneros se convirtió en el Eros

tropical. Podía satisfacer tanto los gustos más refinados, como las más sórdidas preferencias. Sus mayores atractivos eran la seguridad en sí mismo, la falta de emoción y cierta perversidad de la que hacía gala. Cada conquista era una batalla de la cual él siempre salía victorioso, cualquier mujer era una presa potencial. Se decía que las dejaba consumidas y exhaustas, convertidas en guiñapos inservibles. Las afortunadas —y de cierta forma desdichadas— mujeres que lo habían tenido en su cama, hablaban de ciertas técnicas refinadas que ocasionaban que la mujer experimentara una pérdida momentánea de la conciencia, de la que se retornaba en una erupción de sensaciones que las llevaba al delirio. Aquellas pobres criaturas quedaban marcadas para toda la vida, por la experiencia de un placer inigualable. Lo peor de todo era que se les colaba bajo la piel de forma tal, que ningún otro hombre era capaz de proporcionarles placer. Hacer el amor con Esteban Cisneros era un privilegio y un peligro. Al menos esa era la fama que tenía.

Pero el macho de alta sociedad no se conformaba con sus conquistas. En el barrio de Santa Inés era, además, el rey de las rameras. Vivía en la zona prohibida, en la mejor casa, con tres mujeres que se peleaban y desvivían por una noche con él. Sus amantes estaban orgullosas de ser las elegidas del soberano del imperio del sexo, y le daban con gusto sus cuerpos y su dinero.

El reinado de Esteban Cisneros comenzó a tambalearse cuando llegó al barrio una joven que se hacía llamar La Belga, una tarde de julio de 1927. La nueva prostituta era pequeña y bien formada. Aparentaba ser muy joven, pero en realidad tenía 27 años y una larga carrera en el mundo del erotismo y la seducción. Decía llamarse Ivana, aunque prefería que la llamaran La Belga. Tenía la piel más blanca que se había visto por aquellos lares. La cuidaba con esmero, protegiéndola todo el tiempo del dañino sol tropical, ya que la consideraba su mayor encanto. Llevaba la cabellera rojiza al estilo *garçon* y tenía unos ojos profundos de color verde esmeralda. Hablaba el español con acento alemán y tenía modales de reina. Decía que había nacido en Lieja y según ella, estaba emparentada con la realeza. Se hacía acompañar por una mujer, corpulenta y un poco masculina, que le servía de contable, criada y guardaespaldas.

La llegada de la nueva meretriz rompió el delicado equilibrio del barrio. Cuando salía a la calle, solo en las tardes y protegida por una enorme sombrilla que su guardaespaldas llevaba, tanto hombres como mujeres tenían que mirarla. Las rameras del barrio de Santa Inés no la soportaban. Aseguraban que La Belga era una farsante. No creían el cuento de la sangre azul, y según ellas, había venido del sur del continente americano y de europea tendría, cuando más, los abuelos.

La Belga era también una innovadora. Se decía que aplicaba ciertas artimañas que ni las más experimentadas y afamadas mulatas de Santa Inés se atrevían a practicar. Además, había comenzado en el negocio de las fotografías eróticas, donde ella y solo ella era la reina. Para completar su actitud desafiante y revolucionaria, La Belga era una trabajadora independiente. No aceptaba chulos. Opinaba que el dinero de su trabajo era de ella y punto, y para defenderse tenía a la guardaespaldas, quien no dudaría en usar el arma que llevaba visible en la cintura, si fuera necesario.

La Belga tenía un singular *modus operandi*. Invitaba a su casa, cada día excepto los domingos, a cuatro o cinco hombres, a quienes entretenía cantando arias con voz de soprano y bailando vestida con los más disímiles atuendos. Después de repartir abundante licor, los despallaba uno a uno, como buena Mesalina. Se decía que con sus habilidades transportaba a los hombres a niveles inimaginables de erotismo. Había introducido refinadas técnicas que incluían desde masajes y danzas nudistas hasta el uso de cuchillos y navajas. Pero su arma secreta era una modalidad de la pinza birmana que dominaba a la perfección. También era especialista en complacer las más inusuales fantasías. La Belga era una verdadera *delicatessen*.

El primer encuentro entre la Belga y Esteban Cisneros ocurrió en el famoso bar California, ubicado no lejos del barrio de Santa Inés. Eran las seis de la tarde y para ella el día recién comenzaba. Llevaba un vestido corto de muselina color púrpura, estilo Charleston, con un amplio escote en forma de V rematado por un lazo justo en el nacimiento de los senos. Un turbante dejaba escapar unos rizos coquetos y como complemento usaba un largo collar de perlas. El detalle atrevido lo daban las medias finas, con dibujos, que usaba a pesar del sofocante verano tropical. La piel, que parecía de porcelana, y los labios, delineados en forma de corazón con carmín rojo, le daban una apariencia de muñeca de *biscuit*, distante, incluso fría. Llevaba un chal de seda negro y dorado que manejaba con gracia. Estaba sentada en una mesa cerca de la ventana y la guardaespaldas la protegía manteniéndose a una distancia prudencial. Pidió una Coca-Cola y se dispuso a encender el cigarrillo que fumaba con una larga boquilla. Más que el chasquido de la cerilla fue el olor del hombre lo que la obligó a levantar la vista. La guardaespaldas hizo ademán de acercarse, alerta, pero La Belga la detuvo con un gesto. Esteban, con el tabaco aún apagado en la boca, le acercó el fuego. Ella encendió el cigarrillo, aspiró el humo lentamente y lo miró a los ojos.

— Nunca había visto un puro de esas dimensiones, ¿me permite tocarlo por favor?

— Por supuesto —dijo Esteban y le tendió el tabaco.

La Belga lo observó con atención. Con los dedos índice y pulgar desprendió la anilla del tabaco con un delicado movimiento de arriba hacia abajo y viceversa. Luego, con la vista clavada en Esteban, se llevó el tabaco a la boca y le mordisqueó la punta, húmeda ya con la saliva del hombre.

— Extraño sabor, amargo...

Le devolvió el tabaco, recogió el cigarrillo que había dejado en el cenicero y dirigió la atención hacia la Coca-Cola. Esteban sintió el empuje agresivo de su virilidad. Encendió el tabaco y se despidió con un gesto cortés.

Después del encuentro en el bar California, Esteban comenzó a vigilar la casa de la más cotizada prostituta del barrio de Santa Inés. Conquistarla se había convertido en una obsesión para él. Observaba con paciencia de cazador los movimientos de su presa. Una madrugada, la certeza de que aquel era el momento, no habría otro, lo obligó a actuar. Deseaba a La Belga como necesitaba el aire para respirar. Acostumbrado a tener control de sus emociones, no se detuvo a analizar por qué su virilidad se rebelaba. Esperó a que La Belga terminara con el último invitado y cuando la guardaespaldas apagó las luces, Esteban entró a la casa por la ventana. Rastreo como un perro sabueso la fragancia de la mujer e irrumpió en su cuarto decidido a hacerla suya. Ella lo estaba esperando.

Nunca se supo a ciencia cierta lo que ocurrió aquella noche, pero dados los acontecimientos que siguieron, algo extremo pasó. Decían que cerca del mediodía vieron salir a Esteban dando tropezones, como si estuviera embriagado. Al llegar a su casa, se encerró en su cuarto y allí lo encontraron sus mujeres, horas después, llorando sobre una pieza íntima de La Belga.

Con el pasar de los días las cosas empeoraron. Al parecer, Ivana se negaba a recibirlo. Esteban comenzó a beber más de lo usual y se mostraba agresivo. Vigilaba la casa de La Belga y comenzó a descuidar sus negocios. Los rumores se propagaron por el barrio de Santa Inés.

— Primero muerto que desprestigiado.

Así lo expresaban en voz alta la mulata Rita del Sol, María Asunción y Caridad, las concubinas de Esteban Cisneros. Las tres mujeres, que se morían de celos, habían apelado a cuanto remedio conocían para romper lo que consideraban un amarre de brujería por parte de la extranjera. Nada había dado resultado. Poco después del encuentro que viró al chulo mayor de

adentro hacia afuera, La Belga fue asesinada.

Cuando Amalia llegó a la capital no se hablaba de otra cosa. Esteban Cisneros había sido acusado de homicidio. Como evidencias para sustentar la imputación se consideraron las huellas dactilares del presunto asesino que fueron encontradas en la vivienda de la víctima y un cuchillo con similares características a las del arma homicida que fue confiscado en casa de Esteban.

El hombre fue llevado ante un juez y declarado culpable en un proceso judicial que se destacó por su inusitada rapidez. Al parecer el chulo de Santa Inés había llevado demasiado lejos sus lances con las señoras de la alta sociedad y más de un caballero poderoso se había sentido humillado. Esteban Cisneros había perdido el apoyo de quienes hubieran podido ayudarlo en tan delicada situación. En realidad no fue sentenciado por el homicidio de La Belga. Fue condenado por ser el rey de las putas, el macho ambicioso, deseado por todas, el perverso, el insaciable.

La condena del rey de Santa Inés suscitó lo que luego se consideraría el mayor caso de histeria colectiva acaecido en la capital. El día que se anunció el veredicto, una multitud de rameras se agruparon frente a la comisaría, reclamando a gritos la libertad del soberano del barrio. A ellas se les sumaron mujeres de diferentes edades y estratos sociales. La escena era caótica. Algunas se arrancaban las ropas y caían colapsadas en el piso, convulsionando, mientras que otras chillaban y corrían de un lado al otro, sin reparar en los cuerpos inertes de las caídas. A ellas se sumaron también algunos hombres, que lamentaban el encarcelamiento de aquel prodigio de portañuela, algunos por razones amorosas y otros de negocios. Tuvieron que intervenir los agentes de la policía montada, quienes dispersaron a la muchedumbre con golpes de fustas y bastones. Contaban que algunas señoras de alcurnia estuvieron ausentes de cuanto evento social se produjo en las semanas siguientes, alegando síntomas de catarro de verano. La verdad era que sufrían crisis de melancolía y hasta alguna que otra intentó quitarse la vida. Tanto era el poder del rey de Santa Inés.

Cristóbal Cisneros, solo en su casa vacía, intentaba comprender por qué la vida le había jugado aquella mala pasada. Trataba de encontrar alguna vía para ayudar a su hijo, recuperarlo, ponerlo a salvo. Era imposible, no había nada que pudiera hacer. La certidumbre de la proximidad de una desgracia irreparable lo destrozaba. Amalia lo encontró sentado en el suelo, al lado de la cama donde Esteban dormía, cuando todavía vivía en la casa, aspirando el aroma del hijo que se había ido, con los brazos cruzados y la cabeza gacha. Apenas había probado bocado desde que encarcelaron a Esteban. Tenía el rostro desencajado, la piel seca y los ojos inflamados.

— Niña Amalia, usted sabe que mi hijo no es un asesino.

— Claro que no. Prepárese Cristóbal, que usted viene conmigo.

— No puedo abandonarlo.

— Usted es el que no puede quedarse solo. Recoja sus cosas, nos vamos lo más pronto posible.

El anciano le dirigió una mirada de animal adolorido.

— ¿En qué me equivoqué? Le di todo lo que tenía.

— No se culpe, Cristóbal. Era su destino.

— No puedo ir a verlo. No saben que es hijo de un negro. No le puedo quitar el poco orgullo que le queda.

— Yo iré a verlo. Por favor, organice sus cosas que usted se va conmigo a Cabo Azules.

Amalia tuvo que esperar tres largas horas para que el director de la prisión autorizara la visita, con carácter excepcional. Para ello tuvo que emplear sus dotes de persuasión, sus influencias, su título de médico e incluso su carisma personal. Por fin la dejaron entrar. Un guardia la guio por pasillos angostos. Los gritos y obscenidades de los presos no la impresionaron, estaba

habituada al duro ambiente de las prisiones por su trabajo. Esteban fue confinado en solitario en una celda que olía a orina y humedad. Amalia se asombró de lo mucho que había envejecido, poco quedaba del ser fuerte y atractivo. Era un hombre solo con un gran dolor auestas.

— Gracias por venir.

— Me llevo a tu padre conmigo. No te preocupes, lo voy a cuidar como si fuera el mío.

— Amalia, he caído en una trampa. Yo no la maté.

— Lo sé Esteban.

Se abrazaron fuerte por un tiempo impreciso que a Amalia le pareció una eternidad.

— Una vez me dijiste que algo grave iba a ocurrir el día que me enamorara. Recuerdo muy bien tus palabras.

Amalia le acarició la cabeza, como a un niño, y por unos minutos permanecieron en silencio. Luego el guardia le ordenó salir de la celda.

Poco tiempo después Esteban Cisneros fue fusilado. Lo enterraron en una fosa común.

Amalia no era la única que creía ciegamente en su inocencia. Rita del Sol, la concubina preferida, estaba dispuesta a jugarse el todo por el todo para descubrir la verdad. Sabía que la guardaespaldas de La Belga había sido excluida de las investigaciones y tenía sus sospechas. Era también una mujer experimentada y conocía las debilidades humanas. Se dedicó entonces a seducir a la desesperada mujer, quien después de la muerte de La Belga no salía del bar California.

La guardaespaldas no opuso resistencia. Por fin una noche, después de beberse una botella de ron y bajo el influjo de las caricias falsas de la experimentada mulata, le hizo la confesión entre lágrimas y sollozos: ella la había matado. Rita del Sol la animó a contarle la historia, era mejor quitarse de encima el peso del secreto y de la incomprensión. Le juró que no se lo diría a nadie, Esteban estaba muerto y, además, quién iba a creer en la palabra de una puta. Entonces la guardaespaldas se lo contó todo. La Belga se creía inmune a los hombres, pero había sucumbido al potente influjo de Esteban Cisneros. Por eso se negaba a recibirlo, porque sabía que se rendiría a sus pies, como todas. Un día ocurrió lo impensable: le pidió a la guardaespaldas que se fuera, le dijo que aceptaría a Esteban Cisneros, no le importaba que fuera su chulo. Ella no pudo perdonarle la traición y en un arranque de celos le cortó el cuello. Le contó a Rita del Sol todos los detalles del crimen, hasta el lugar donde había escondido el arma homicida. Sin embargo, no valía la pena denunciarla a la justicia, solo quería vindicar a su amante, para su propia tranquilidad y la de las rameras del barrio de Santa Inés, a quienes poco les importaba lo que las autoridades dijeran, creyeran o publicaran.

A falta de tumba, Rita del Sol y las otras dos concubinas, pensando que el rey pudiera descansar en paz, le hicieron una despedida en la esquina del bar donde se tomaba el primer trago diario, justo antes de salir a devorar la noche. Le pusieron en la acera un ramo de azucenas, un tabaco encendido, una vela y una copita de ron.

— Descansa en paz mi rey, que la lechosa estaba rendida.

Durante años, mujeres de todas las condiciones se acercaron a aquella esquina para recordarlo. Con el aporte económico de una contribuyente que prefirió permanecer en el anonimato, se construyó un obelisco, con el pretexto de homenajear a una personalidad médica. Era un secreto a voces que el monumento estaba dedicado al macho de Santa Inés. Allí las mujeres que lo conocieron y las que solo supieron de la leyenda del hombre extraordinario, iban a depositarle ofrendas y a rogarle que hiciera milagros de amores. Amalia nunca visitó el obelisco, pero cumplió la promesa de cuidar de Cristóbal Cisneros hasta que la tristeza le robó la vida.



Esteban Cisneros, allá por la época en que era el rey de Santa Inés.



La Belga fue pionera del modelaje para fotografías eróticas e iniciadora del negocio de postales para caballeros en Santa Inés.

Más de amores enajenados

El día del entierro de Cristóbal Cisneros, que acaeció un año y siete meses después del fusilamiento de su hijo, un hombre con un bebé en brazos tocó a la puerta de la casa y preguntó por Amalia Cisneros. Hacía apenas una hora que habían regresado del cementerio.

—Hay un señor que quiere verte —le dijo Alma a su hermana.

—Quizás sea algún paciente.

Amalia cerró el libro de Farmacología que había estado intentando leer para disipar los pensamientos tristes y suspiró. La muerte de Cristóbal la había golpeado fuerte. Todo ocurrió sin previo aviso. La mañana del día anterior no había salido a desayunar. Alma lo había encontrado en el suelo, a los pies de la cama.

El primo de Don Manuel Cisneros, quien había sido el protector de Amalia en sus días de estudiante, había llegado a ocupar en la familia un lugar especial. Era la única persona que había podido penetrar en el silencioso mundo de Doña Paula, cuya mudez había durado ya más de una década. El doctor Enrique Infante había estudiado el caso con profundidad y le había confirmado a Amalia que el enmudecimiento de su madre tenía origen en un evento traumático, el suicidio de su esposo, y que por tanto se esperaba que fuera temporal. Por qué no había recuperado el habla en tan largo tiempo, era algo que ni el más reconocido profesor de Anatomía de la capital había podido explicar. Sin embargo, cuando Cristóbal Cisneros fue a vivir a la casa, las dudas de Amalia sobre la incapacidad de su madre de articular palabras se acrecentaron.

Desde que llegó a Cabo Azules obligado por las circunstancias, Cristóbal se convirtió en la sombra de Doña Paula. Todas las mañanas Alma les acomodaba almohadones en los sillones de mimbre, en el patio de la casa, bajo el árbol de guayabas y ahí se sentaban los ancianos a beber infusiones de hojas de tilo y menta. Si el tiempo lo permitía, almorzaban en el patio. A Cristóbal le gustaba hablar de su hijo, y Doña Paula escuchaba los interminables monólogos con los ojos entrecerrados. Poco tiempo después de la llegada del anciano, Alma le comentó a Amalia que a veces le parecía escuchar susurros que provenían del patio, pero nunca pudieron comprobar que fuera en efecto Doña Paula quien hablaba. Después que Cristóbal se fue para siempre, la desolada anciana continuó encerrada en su mudez.

—El señor te espera —repitió Alma.

Amalia se levantó de la mecedora, alisó la falda del vestido de luto que todavía llevaba y se dirigió hacia la sala, donde un hombre de unos treinta años, con un impecable traje azul marino, arrullaba a un bebé. Una sensación de frío intenso recorrió su cuerpo y el aire quedó atrapado en sus pulmones. Amalia era incapaz de respirar, de moverse. Le tomó algunos segundos reaccionar. Era el hombre de las fotografías.

Justamente en la época en que Cristóbal Cisneros se fue a vivir a Cabo Azules comenzó la extraña historia de los anónimos con las fotos. Cuando el cartero dejó en su casa el primer sobre sin remitente, Amalia pensó que, sin dudas, se trataba de una broma de mal gusto. Recibía cartas de algunos colegas de la capital y de vendedores de farmacia. En el plano personal se carteaba con pocas personas. Cuando Esteban Cisneros vivía, le mandaba postales en su cumpleaños y en

el día de su santo. También durante algunos años se escribió con Ana Suárez, la doctora de su misma graduación, pero ya hacía varios años que habían perdido el contacto. Por eso le llamó la atención el sobre corriente, con su nombre escrito con una letra grande, de trazos fuertes. Lo abrió con curiosidad, sin saber qué esperar. Encontró que contenía una foto, con un pequeño comentario en el reverso: “Uno de los dos caballeros soy yo”. Amalia observó la foto con atención: dos hombres jóvenes, vestidos con trajes oscuros y sombreros tipo Fedora, posaban sonrientes y con actitud relajada. No los conocía. Se fijó entonces en los detalles del fondo: una calle también desconocida. Revisó el matasellos. Había sido enviada desde el propio Cabo Azules. Colocó la foto en el sobre y lo dejó a la mano, sin saber qué pensar al respecto.

Dos semanas después recibió el segundo sobre por correo. Contenía una fotografía de un grupo de personas y una pequeña nota con unas enigmáticas palabras: “No puedo soportar la siniestra manera en que puedes no amarme”. Amalia no sabía qué pensar, la falta de relación entre la imagen y las palabras, y la irracionalidad del mensaje la alarmó. Analizó la nota con detenimiento. Estaba escrita en papel común, del que podía encontrarse en cualquier papelería. No aportaba ninguna pista. Fijó entonces la atención en la fotografía. Eran tres hombres y dos mujeres, una de ellas parecía mayor. Todos le eran desconocidos. La foto había sido tomada en lo que parecía ser la sala de una casa. Por la vestimenta, los muebles y los ornamentos, Amalia concluyó que aquellas personas eran de buena posición. ¿Pero cuál era el significado? ¿Por qué alguien le mandaba aquellas misteriosas fotos? Decidió consultarlo con su hermana Amparo.

—No me gustan los anónimos Amalia, debes tener cuidado, me parece que ese hombre, quienquiera que sea, está obsesionado contigo. Eso puede ser peligroso.

—No se lo digas a mis hermanas, no quiero que se preocupen.

—Vamos a comparar las fotos a ver quién es la persona que aparece en las dos.

Ambas mujeres estudiaron con atención las fotografías, sin embargo, no pudieron llegar a una conclusión definitiva. La primera foto había sido tomada a una distancia tal, que no permitía distinguir claramente los rasgos faciales. No habían encontrado ninguna pista. El hombre de los anónimos era un misterio.

Muy a su pesar, Amalia había notado que el corazón se le aceleraba cada vez que el cartero llegaba. El tercer sobre arribó poco después, contenía una foto de tres hombres jóvenes. Una vez más, Amalia y Amparo hicieron la comparación y fueron capaces de reconocer al mismo hombre en la segunda y tercera foto. Si bien era un paso de avance, poco sacaban en claro porque no lo conocían, era un rostro sin significado.

Por algún tiempo Amalia dejó de recibir los anónimos. Esperaba el correo con una especie de angustia. Nunca sabía cuándo llegarían los misteriosos sobres, ni siquiera si continuaría recibéndolos. Cuando por fin se reanudaron con cierta periodicidad, solo eran fotos —siempre de grupos— sin ninguna nota al dorso.

Nunca más le mencionó a Amparo que seguían llegando las fotos; le había encargado a Alma que pusiera a buen recaudo cualquier carta que llegara dirigida a ella. Era su secreto y no deseaba compartirlo ni siquiera con su hermana confidente. Estudiaba cada fotografía al detalle, las saboreaba con una intensidad morbosa. Solo un hombre se repetía en la mayoría de las fotos. Era un hombre blanco, de facciones aniñadas y ojos claros. Al principio le atormentaba no conocer su nombre, ni sus intenciones, pero poco a poco se sumergió en el juego con un placer enfermizo, hasta que ya no pudo ni quiso detenerlo. No sabía si le interesaba conocer la identidad del remitente, solo estaba segura de que deseaba continuar disfrutando del mundo imaginario que había creado a partir de las fotografías. Continuó recibéndolas, por algún tiempo, fotografías mudas, absurdas, hasta el día en que le llegó un retrato de estudio del hombre con cara de niño.

Sentado en una silla de mimbre, con las manos apoyadas en los brazos del sillón y el torso inclinado hacia el frente, parecía querer abalanzarse hacia la cámara.

—Extraña postura para una foto de estudio —pensó Amalia.

Para su sorpresa el retrato tenía una nota escrita al dorso:

Soy un rostro sin facciones. Soy un maestro del incógnito, un ser comburente en una búsqueda constante de la verdad que me engrandezca. La he encontrado: Tú.

Eres mi fuego fatuo. Sin ti, me balanceo en la cuerda floja de lo inexistente. Tú me atrapas, defines mi sinsentido. Quiero volar contigo entre espejos rotos. Quiero poseerte, totalizarte. ¿Has reparado en cuán semejantes son el dolor y el placer?

El escenario se puebla de extrañas formas, huidizas, engañosas. Necesito resolver el enigma.

Amalia dejó caer el retrato con manos temblorosas. Sin pensarlo dos veces, recogió las fotos y los sobres e hizo una pira en el patio de la casa. Observó las llamas, como poseída, y presencié enajenada cómo la evidencia del sentimiento extraño, en el que se había dejado atrapar, se convertía en cenizas. El juego había llegado demasiado lejos. Le dijo a Alma que había quemado viejas historias clínicas de pacientes ya fallecidos. No habló con ninguna de sus hermanas del asunto, y decidió que no abriría ningún otro sobre sin remitente. Pero nunca más los recibió.

El hombre en la sala de la casa arrullaba al niño con la vista fija en Amalia. Ella trataba de conservar la calma.

—¿A qué ha venido?

Entonces el hombre, sin muchos rodeos, le contó la insólita historia que explicaba el singular episodio de los anónimos. Dijo que había conocido a Amalia cuando cumplía una condena en la cárcel municipal, por un robo de caballos. Según él, la verdadera causa de su encarcelamiento era que se había llevado a la hija de un terrateniente, cuando todavía era una niña, y la había hecho su mujer. Le contó que pertenecía a la aristocracia latifundista de un diminuto pueblo al este de Cabo Azules. La vida en la cárcel le había sido difícil, dado su origen y su temperamento inflamable. Tenía más de un enemigo en la prisión. El día de la riña que puso a Amalia en su camino él había salido bastante mal parado y lo llevaron a curar a la enfermería. Tenía una ceja partida y sangraba profusamente. El hombre le describió en detalle el encuentro, Amalia no lo recordaba.

El oficial lo llevó a rastras y lo obligó a sentarse con violencia sobre la silla de hierro, en la esquina del cuarto de curaciones. Después de pedirle al guardia que saliera del recinto, Amalia procedió a curar la herida, asistida por una enfermera. Cuando la doctora se acercó para examinarle la ceja, sus senos le rozaron con levedad el hombro. Un violento corrientazo le sacudió el cuerpo. Entonces sintió su olor y, según sus propias palabras, cayó en un abismo sin fondo. Durante los minutos que duró la cura, el hombre saboreó cada molécula de la fragancia natural de la mujer, inhalando su aroma, mientras ella le limpiaba la herida.

—Es profunda, lo tengo que coser. No tenemos anestésicos.

El hombre no contestó. Dijo que nunca el dolor le había parecido tan placentero. Disfrutó el contacto de sus dedos, su cercanía, pero sobre todo aquella esencia femenina tan particular, que podría reconocer en cualquier parte. Salió de la enfermería decidido a que, de alguna forma,

aquella mujer sería suya. Si no podía tener su cuerpo, al menos intentaría llenar sus pensamientos. Entonces se le ocurrió el juego de los anónimos y las fotos. Se apoyó en la complicidad de su hermana menor, quien se encargaba de llevarle las fotos de familia cuando lo visitaba, para que él escogiera las que quería mandar. Ella iba a verlo cada vez que podía, a veces todas las semanas, en otras ocasiones una o dos veces al mes, y ella misma se encargaba de poner las cartas en el correo de Cabo Azules. Su condena había sido reducida, gracias a la intervención de amigos pudientes de su familia y hacía casi un año que había salido en libertad. La niña por la que fue a la cárcel, ya una mujer, lo había esperado. De esa unión nació el bebé que traía en brazos y quería que Amalia le diera su bendición.

—Se parece a usted. ¿No lo nota? Por usted y para usted lo engendré.

Había tanta pasión en sus palabras, tanto ímpetu en su mirada, que Amalia se sintió perturbada. El recuerdo del último texto le produjo escalofríos. Tratando de disimular el temblor de sus manos le sostuvo la mirada.

—Por favor, váyase.

—Dele su bendición al niño. Usted es la madre de mi hijo.

—No quisiera tener que repetirle que salga de mi casa.

—La bendición por favor, es lo único que quiero.

—Que Dios bendiga a la criatura.

El hombre le dirigió una sonrisa enigmática y se dispuso a salir, pero Amalia lo detuvo.

—¿Me puede decir su nombre por favor?

—Eso es irrelevante.

El niño comenzó a llorar y el hombre se despidió con un gesto. Amalia permaneció en el lugar ensimismada. La mano de su hermana Alma en su hombro le produjo un sobresalto.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan pálida?

—No pasa nada, estoy cansada.

—¿Quién era el hombre del bebé?

—Un equivocado, estaba buscando a otra persona.

Se dirigió a su habitación y le dijo a su hermana que le preparara un baño para calmar los nervios. Ni siquiera el aroma de las hojas de naranja y de los jazmines pudo mitigar su ansiedad. No podía sacarse de la mente al desconocido y su sentimiento enajenado. Le abrumaba el frenesí de sus palabras, la obsesión de sus actos. ¿Era amor lo que aquel hombre sentía por ella, un amor torcido, obstinado? ¿Sería capaz de descubrir la naturaleza de aquella pasión? ¿Valdría la pena? De pronto se sintió vacía e infinitamente sola.



Aunque Amalia Cisneros siempre sostuvo que destruyó todas las fotografías del hombre de los anónimos, se podría suponer que ésta pudiera ser una de ellas. Si no, ¿quién es él y por qué Amalia guardó este retrato con tanto celo?

Aplausos prolongados

Amalia siempre recordaría su cumpleaños treinta y tres: fue la primera vez que se enfrentó con una aparición y la noche que perdió el sosiego. La casa había sido un hervidero desde las primeras horas de la tarde, un ir y venir de amigos y vecinos que querían felicitar a la cumpleañera. Alma había horneado una deliciosa torta azucarada para la conmemoración, y sus hermanas habían acumulado en la saleta de la casa los múltiples regalos que Amalia había recibido. Había sido una tarde de sorpresas y conversaciones. Las hermanas Cisneros recibían a los visitantes, abrían los presentes entre exclamaciones de júbilo, comían la torta de coco y tomaban champola de guanábana. Cerca de las ocho de la noche Alma acostó a los niños y se dispuso a recoger la casa. Cuando Amalia se dirigía a la cocina a buscar un vaso de agua, como cada noche, divisó la silueta de un hombre fumando tabaco a través de la puerta abierta del despacho. Encontró a su hermana Alma en la cocina dispuesta a fregar.

—¿Quién está en el despacho? Pensé que ya todos se habían ido —le preguntó a Alma mientras vertía el agua fresca de la botija en el vaso de cristal.

—Todos se fueron. No hay nadie allí. Acabo de cerrar la puerta.

—La puerta está abierta...

Alma no respondió, ensimismada en la tarea de dejar la cocina lista para el desayuno. Amalia se despidió de su hermana y fue directo al despacho. Esteban Cisneros reposaba en el sillón de cuero, sentado con las piernas cruzadas y el cuerpo distendido. Amalia podía sentir el aroma picante del tabaco. De no haber sido por el aura verde que lo rodeaba, pudiera haberlo confundido con un simple mortal. Vestía su traje favorito, color marrón claro, de doble botonadura, y los zapatos de dos tonos.

—¿A qué se debe el honor de la visita? ¿Es por mi cumpleaños?

Esteban se levantó y metió ambas manos en los bolsillos del pantalón. Con expresión meditabunda le hizo la pregunta que le trastornaría la vida y la obligaría a desempolvar un sentimiento que había decidido sepultar.

—¿Alguna vez te has cuestionado el sentido de tu vida?

—¿Te ha dado por la filosofía en el más allá? No creo que en vida fuera tu fuerte.

Esteban sonrió y levantó una ceja, en un gesto que a Amalia le resultó familiar.

—Piénsalo, al final es tu vida.

Sin despedirse, Esteban salió a través de la pared del despacho, colindante con la calle.

Amalia salió y cerró la puerta. No valía la pena comentarles a sus hermanas el incidente. Se fue a su habitación con la extraña sensación de que la visita del fantasma de Esteban Cisneros de alguna manera iba a cambiar su destino.

—¿Cuál es el sentido de mi vida? —se repitió mil veces aquella noche.

La interrogante se instaló en su mente, y comenzó a minar sus pensamientos. Los mermó poco a poco, hasta que no fue capaz de pensar en nada más. La pregunta, intrusiva, impertinente, la atormentó en las noches de insomnio por algún tiempo, interfería con su trabajo y la sumergía en un total estado de desesperanza. No comprendía el porqué de aquella ansiedad, de aquel perenne estado de desasosiego. Era médico, reconocida en su pueblo, amada por su familia y ya no tenía

preocupaciones económicas. Entonces, ¿por qué se sentía perdida, intrascendental, internamente inmóvil? ¿Por qué se cuestionaba su vida, su destino, los caminos que recorrería? ¿Por qué sentía aquel vacío inmenso?

Cuando por fin le encontró sentido a la visita del fantasma de Esteban Cisneros, la respuesta a la pregunta elusiva le pareció tan obvia que no podía creer que no la hubiera descubierto antes. La halló en un difícil proceso de introspección, mediante el cual recorrió extraños caminos que la llevaron a explorar hasta sus últimos resquicios. Era simple: necesitaba amor carnal, erótico. La noche que finalmente descubrió la causa de su angustia, Amalia sacó el cofre con las cartas de su antiguo novio y repitió el ritual, desnuda frente al espejo, como lo hizo la noche en que decidió dejar de amarlo. La intensidad de la oleada de sensaciones contenidas la perturbó. Comprendió que aquel sentimiento desbordante solo alcanzaría su máxima expresión si el receptor de su pasión era Luis Infante. Entonces tomó una decisión vital: iría a buscarlo, aunque tuviera que recorrer medio mundo.

Cuando se propuso la meta de olvidarlo, Amalia le pidió a Enrique Infante que no le diera ninguna noticia de su hermano, de manera que no tenía ni la menor idea de qué habría sido de la vida de Luis en los últimos diez años.

Al día siguiente salió para el consultorio más temprano que de costumbre y esperó a Enrique paseando nerviosa de un lado a otro.

—Cuéntame todo lo que sabes de Luis.

—Habíamos acordado no tocar el tema.

—Necesito saber, por favor.

—Sigue viviendo en Nueva York. Es productor de espectáculos musicales.

—¿Está casado?

—No, pero conociéndolo como lo conozco, no creo que esté solo.

—¿Tienes alguna dirección a donde pueda escribirle?

—No creo que sea prudente.

—Por favor...

—No, al parecer se mudó, porque las últimas cartas que le enviamos nos fueron devueltas. Destinatario desconocido. Hace algunos meses que no escribe.

Amalia pensó que quizás Enrique no quería darle detalles, pero le pediría a su hermana Alma que tratara de sacarle alguna información a Juan. Y si nadie quería decirle dónde estaba Luis, ella sola tendría que averiguarlo. Entonces comenzó a valorar la posibilidad de solicitar trabajo en Nueva York. Buscó las direcciones de los principales hospitales y envió cartas solicitando una posición, aunque fuera de médico interno. Se dedicó frenéticamente a estudiar el idioma inglés. Para su decepción, su plan no funcionó. Comenzó a recibir respuestas de los hospitales a los que se había dirigido, una tras otra:

“We regret to inform you that we don’t accept foreign students as interns... We really appreciate your interest...”

Pero, a pesar del rechazo, Amalia no se rindió. Estaba segura de que tenía que haber alguna vía para localizar a Luis. Pasaba las noches en vela tejiendo complicados planes que a la mañana

siguiente le parecían irrisorios. Necesitaba que Enrique o Juan le propiciaran una pista, un mínimo asidero para comenzar la búsqueda. De lo contrario estaría perdida. La idea de no ver a Luis Infante nunca más le resultaba insoportable.

—Si al menos supiera el nombre de la compañía de espectáculos musicales, quizás pudiera averiguar dónde tendrían las próximas presentaciones...

Pero nadie podía procurarle aquella información, porque ni sus hermanos ni nadie en Cabo Azules conocían la verdadera historia de la vida de Luis Infante en Norteamérica.

Era cierto que había llegado a los Estados Unidos decidido a triunfar, sin embargo, la vida no resultó ser tan fácil como había imaginado. Escogió para vivir la ciudad de Nueva York, por las oportunidades laborales, y sobre todo por la atmósfera cosmopolita. Le fascinaban las impresionantes construcciones, el bullicio del barrio italiano y los sándwiches del café portugués donde solía desayunar. Le entusiasmaba el ambiente bohemio, el jazz de Harlem, y las inmensas posibilidades de prosperar. Sin embargo, su entusiasmo inicial decayó drásticamente cuando comprendió que al emigrar se había convertido en un ser invisible. En Norteamérica a nadie parecía importarle que proviniera de una familia de buena posición, que sus hermanos fueran profesionales respetados, ni que él hubiera pertenecido al ilustre cuerpo de bomberos de Cabo Azules. Al llegar a Estados Unidos, Luis Infante se había convertido en un número, un ser común y corriente, uno más en el montón de rostros sin identidad. El rigor de esa nueva realidad lo sacó de balance.

Por algún tiempo se cuestionó su decisión. Recordaba los dos tonos de azul del mar de su pueblo natal y se le hacía un nudo en la garganta. Quizás sería mejor regresar. En Cabo Azules era reconocido. En Nueva York no era nadie. Pero el orgullo resultó ser más fuerte que la marginación. No podía soportar la idea de que en su pueblo pudieran considerarlo un emigrante frustrado, un fracasado. No le quedaba opción: tenía que adaptarse a su nuevo entorno. Para su fortuna, había estudiado inglés en la mejor escuela de Cabo Azules y, además, tenía una sorprendente habilidad para las lenguas. Pronto tuvo un punto a su favor. A los pocos meses de su llegada, hablaba un inglés fluido, con un acento gracioso.

Con el tiempo Luis Infante comprendió que si algo lo diferenciaría del saco de los inmigrantes sin nombre, sería el dinero. Y aunque no había llegado con las manos vacías, no tenía lo suficiente como para pertenecer a una escala social más elevada. Evaluó con rapidez su situación y se trazó un plan: buscar dinero, practicar el idioma y luego integrarse.

Se sumergió con todas sus fuerzas en la tarea de la adaptación. El primer escollo que tuvo que sobrepasar fue encontrar trabajo. En Nueva York cientos de inmigrantes se disputaban los pocos puestos disponibles en la construcción o en la industria automotriz, y esos eran los trabajos que Luis Infante no estaba dispuesto a aceptar. En su desesperación se arriesgó a transgredir la ley. Si bien sus preceptos morales y sus miedos no le permitían involucrarse en el tráfico ilegal de alcohol o en asuntos de drogas, consideró que ciertos discretos delitos no harían mucho daño y podrían producirle algunos beneficios. Poco tiempo después de su llegada a Nueva York se desplazó hasta Nueva Jersey y estuvo una tarde entera en la terminal de trenes haciendo la misma pregunta:

—¿Habla español?

Al infortunado hispanohablante que se tropezaba con él, le contaba cómo recién llegado había sido asaltado y despojado de todas sus pertenencias. Contaba, al punto del llanto, que estaba solo en una ciudad extraña, no conocía a nadie y no tenía ni un centavo. Aquella tarde logró recaudar cinco dólares. No era mucho. Entonces Luis Infante se especializó en el robo de carteras de bolsillo en los trenes y tranvías que circulaban en la ciudad de Nueva York. Nadie sabe hasta

dónde hubiera llegado, si no hubiera conseguido un puesto de cantinero en un bar irlandés, a través de un vecino puertorriqueño. No obstante, no olvidó sus viejos hábitos. Durante mucho tiempo su economía se alivió con las pequeñas trampas cotidianas. Se las agenciaba para sacar, cada vez que podía, algún que otro billete de la caja contadora. Otra de sus tretas era cobrarle doble a los borrachos, o robarse, trago a trago, botellas enteras del whiskey más caro.

Pero el problema laboral no fue el único, ni el más importante, a los ojos de Luis Infante. Por primera vez en su vida le era difícil establecer relaciones románticas. En los Estados Unidos, sus recursos de galanteo no parecían funcionar de la misma manera que en Cabo Azules. Su andar sensual, su erotismo, su mirada pícaro —de esas que desnudan— no le habían garantizado el éxito entre las mujeres. Tampoco su risa estruendosa y su desparpajo parecían tener el mismo efecto. Para Luis aquel era un gran dilema. Sin embargo, era un hombre observador y comprendió que debía aprender a modular su comportamiento.

Al poco tiempo Luis logró adecuar sus viejas artimañas donjuanescas y gozaba de cierta fama entre las chicas de su vecindario. Saboreaba los amores puntuales, que no dejaban huellas, que disfrutaba al máximo de manera carnal, la única forma de amor que Luis Infante aceptaba. Prefería las irlandesas y las italianas, jóvenes y recién llegadas. Le gustaba la manera en que pronunciaban su nombre —sonaba algo así como Lúí Enfenté— y le daba la sensación de ser otra persona. Gozaba del anonimato que le permitía proyectar su lado insensato.

Así transcurría su vida cuando conoció al violinista. Se llamaba George y era un cliente asiduo del bar irlandés. Trabajaba en la orquesta de un pequeño teatro en las afueras de Nueva York, donde se ofrecían espectáculos musicales picantes. Su máspreciado bien era su violín. Cada noche el violinista se bebía el último whiskey, después de terminada la función, mientras conversaba con Luis. Nunca se había pasado de tragos ni había perdido la compostura. Hasta una noche en que, por alguna razón, George bebió demasiado. Casi a la hora de cerrar se fue sin despedirse, dando tumbos. Era el último cliente. Al salir, Luis cerró la puerta del fondo con candado, y para su sorpresa, encontró a George en el callejón colindante, inconsciente, tirado en la acera sobre un charco de vómito. A su lado estaba su amado violín. Luis Infante se aseguró de que nadie lo viera, recogió el violín y se fue a su casa.

La noche siguiente George regresó al bar. Pidió un whiskey doble que bebió sin respirar. Luego, con la vista fija en el fondo del vaso de cristal vacío, le contó a Luis que, inexplicablemente, había perdido su violín, su gran amor, su sustento. Sin su instrumento su vida no tenía sentido, sus sueños se habían esfumado.

George ahogaba sus penas en el bar irlandés y Luis Infante se desvivía por darle ánimo y consuelo. Le brindaba tragos que pagaba con su dinero y, sobre todo, lo escuchaba cada noche lamentar la pérdida de su adorado violín. Una semana después del incidente Luis Infante tuvo para con el desconsolado músico, el mayor gesto de solidaridad que podía esperarse.

—Mi querido amigo, no soporto verte en ese estado. Toma, te traje un regalo.

Era un violín desvencijado, pero con unas cuerdas nuevas podría usarse. No era el original, por supuesto. Luis Infante había tenido la precaución de venderlo en una tienda de empeños y luego compró el más barato de los violines que pudo encontrar en una tienda de instrumentos musicales de segunda mano. El músico no sabía cómo expresar su gratitud y, emocionado, lo abrazó. Entonces le hizo la pregunta que Luis Infante había estado esperando:

—*What can I do for you?*

—Llévame a trabajar al teatro.

Así fue como el desvergonzado cantinero llegó al *The Royal Theatre*, una tarde de diciembre de 1919, tres años después de haber dejado Cabo Azules y poco antes de que cerraran el bar

irlandés que le había permitido abrirse camino.

El día que Luis Infante pisó por primera vez *The Royal Theatre* comprendió que su vida era como un teatro: un fondo de complejos mecanismos, oscuro e imperceptible para muchos, y otro lado diáfano, alegre, mundano. Trabajó duro y se convirtió en tramoyista; llegó a ser el mejor, el más respetado. Lo logró con pericia, perseverancia y auxiliado de las no pocas intrigas que fomentó con habilidad. Cada noche miraba el teatro en el sentido opuesto al espectador: las espaldas de las bailarinas y los actores, las cuerdas disimuladas, el rostro del apuntador. Nada le era más placentero que la sensación de invisibilidad que le invadía cuando se abría el telón y miles de ojos, que observaban en la oscuridad, no podían verlo. Su vida transcurría entre bastidores y sexo sin compromisos. Nada más anhelaba Luis Infante.

Pero algunas veces se acordaba de sus hermanos, tan correctos y exitosos, allá en Cabo Azules. Entonces emergía el resentimiento, como una lava quemándole las entrañas. A esas alturas debería haber sido rico, vivía en la tierra de las oportunidades. Luis Infante no había logrado ser rico, solo había llegado a ser tramoyista. Por eso inventó la historia de Luis Infante el gerente de una compañía de espectáculos musicales. Cuando la nostalgia le daba un zarpazo traicionero, les escribía a sus hermanos largas cartas, repletas de historias sobre su vida exitosa como hombre de negocios. No le duraban mucho aquellos estados de nostalgia y resquemor, ni le ocurría demasiadas veces. Volvía a la algarabía de los camerinos y a la excitación de las plataformas y el foso del escenario.

Quizás todo hubiera seguido así de no haber ocurrido el accidente. Luis Infante nunca pudo explicarse qué pasó. Era un acto rutinario, lo había repetido innumerables veces. Pero aquel día algo no funcionó. Ocurrió el 14 de agosto de 1929. Nunca lo olvidaría, era su cumpleaños. Estaba de buen humor porque había quedado en verse, después de la función, con una de las maquillistas, a la que le había costado trabajo conquistar. Como siempre, chequeó las poleas, las cuerdas, las varas, los nudos. Sin embargo, el columpio se desplomó precipitándose en caída libre. La bella actriz, que debía aparentar ser un ángel bajando del cielo, no sobrevivió. Solo recordaba la cuerda muerta en sus manos y el grito. El hecho trascendió. La fallecida, además de ser una estrella en ascenso, era la prometida de un importante hombre de negocios. Se hablaba en la prensa de responsabilidad penal y comenzaron las investigaciones.

Luis Infante fue citado oficialmente, mas nunca llegó a declarar. Dos días después del accidente decidió que era hora de regresar a Cabo Azules. Entonces se acordó de Amalia y solo por un segundo sintió una punzada de culpa. Para Luis Infante sería más fácil arreglar un asunto de amores que un asunto con la justicia. Se fue sin despedirse, sin liquidar el alquiler. Salió del trabajo, a comprar un paquete de cigarrillos y nunca regresó.

Una mañana, sin previo aviso, llegó a su casa natal. Vestía un traje blanco y lucía un sombrero de pajilla. No llevaba equipaje. Tata Ignacia, la nodriza que se había encargado de la casa y de los hermanos Infante al morir sus padres, lo recibió con gritos y lágrimas de alegría. Luis la besó y sintió su piel ajada. ¿Cuánto se puede cambiar en trece años? La casa le pareció más pequeña y el retrato de sus padres, en la sala, borroso y amarillento. Mandó a una de las criadas a llamar a sus hermanos y le contó a su Tata cómo lo habían asaltado al llegar a la capital y le habían robado todo, su maleta de cuero repleta de regalos, su reloj y su anillo de oro. Pero lo más importante era que había llegado sano y salvo y había regresado para quedarse.

El primero en enterarse fue Juan, quien estaba en el edificio de la Corte tratando un asunto legal. Al saber la noticia, se dirigió al consultorio de su hermano Enrique. Conducía más rápido de lo permitido y tuvo un pequeño altercado con un cochero, al que le pagó para que olvidara el asunto. Afortunadamente, Enrique estaba terminando con el último paciente de la mañana.

—¿Dónde está Amalia?

—En el Asilo de Enajenados, es su día de consulta.

—Luis regresó.

Enrique observaba a su hermano con la boca abierta.

—¿Está bien? ¿Le ha pasado algo?

—No, parece estar muy bien. Según tengo entendido ha venido para quedarse.



Amalia no conservó ninguna foto de Luis Infante, pero sí el retrato de tres hombres jóvenes. La dedicatoria reza:
“Para mi querida Amalia de su admirador, Osmundo Pérez”.

Desencuentro

Amalia despertó con la extraña sensación de que todo a su alrededor daba vueltas. Encendió el velador de al lado de la cama y con la luz, la percepción de movimiento cesó. El entorno de su propia habitación le era desconocido. Los objetos tan familiares parecían distorsionados, como si hubieran mutado en masa y volumen. Se apretó las sienes y cerró los ojos. Poco a poco volvió a la normalidad.

Eran las cuatro y media de la mañana. Fue a la cocina y se preparó una tisana, que bebió sin prisa. Trataba de comprender lo que le había ocurrido, pero no encontraba explicación alguna. “¿Quizás fuera una especie de premonición?” se preguntó al recordar el insólito incidente que le sucedió el día de la muerte de su padre. Alejó la idea de que el extraño episodio fuera el presagio de alguna desgracia. Ya bastantes sufrimientos habían tenido en los últimos tiempos.

Pronto amanecería, no tenía sentido volver a la cama. Decidió prepararse para su trabajo en el Asilo de Enajenados. Sabía que le esperaba un día difícil. Una paciente de solo dieciséis años había tenido complicaciones de parto y su estado era delicado. Si continuaba con fiebre habría que trasladarla al Hospital General, y la Junta Directiva se mostraba reacia a los traslados. El caso era triste, quizás la joven había sido violada por un empleado del asilo. Nunca se sabría quién había sido el responsable y la criatura fue trasladada a la Casa de Misericordia. Un caso más de los huérfanos sin raíces. Amalia había presentado una queja a la dirección del hospital cuando supo del embarazo, pero como tantas otras veces, su solicitud de una investigación se había trabado en alguno de los tantos pasos del interminable proceso burocrático. Se preparó para su día de trabajo, dispuesta a luchar por el traslado de la paciente, aunque para ello tuviera que discutir con el mismísimo director del hospital.

Al salir notó el cielo plomizo y se cercioró de que no había olvidado el paraguas. Llegó a la calzada donde solía tomar el coche, en el momento en que rompió un aparatoso aguacero acompañado de truenos y relámpagos. Amalia corrió a refugiarse en un portal. Tenía el vestido y los zapatos empapados. Pensó en la joven enferma y en lo difícil que sería encontrar un coche. De repente la lluvia cesó, y el sol salió en un cielo despejado.

No tardó mucho en llegar al asilo y fue directo a la enfermería a chequear el estado de la joven. La fiebre había cedido y los signos vitales se mantenían estables. El pronóstico de recuperación era bueno. No obstante, tenía bastante trabajo: algunos casos de diarreas agudas, un herido de arma blanca, y dos reclusos con huesos rotos por intentar saltar, sin éxito, el muro que los aislaba del resto del mundo. Eso sin contar los casos sin esperanzas, que padecían afecciones físicas terminales, a los cuales solo podía tratar de confortar lo más posible.

Se concentró en su trabajo e intentó no pensar en el raro incidente que le había ocurrido. La mañana se le escurrió casi sin notarlo. Cerca del mediodía, cuando trataba de inmovilizarle el tobillo a uno de sus pacientes, escuchó, sin proponérselo, parte de la conversación que dos cuidadores sostenían, mientras esperaban por los pacientes en el pasillo.

—Vino de los Estados Unidos y dicen que es rico.

—¿Y de quién es hermano?

—Del señor Infante, el abogado.

Amalia dejó caer las tablillas y el enfermo comenzó a reír histéricamente. Los cuidadores se asomaron a través de la puerta entreabierta y preguntaron, alertas, si todo estaba bajo control.

—No pasa nada, fue solo una torpeza.

No supo cómo pudo terminar de entablillar la pierna del enfermo. Sentía mareos y respiraba con dificultad ¿Y por qué sentía aquella nota aguda, constante, en su cabeza? Recogió el instrumental con manos temblorosas. Ya había atendido a todos los pacientes del día, así que decidió irse a su casa. Necesitaba reflexionar. A la salida del hospital se encontró con la asistente del doctor Enrique, quien le confirmó la noticia. Luis Infante había regresado, su amor obstinado, inevitable. Y ahora ella no sabía qué hacer. El valor que creía tener cuando decidió ir a buscarlo, su audacia, su tenacidad, parecían haberse esfumado.

En vez de tomar un coche, recorrió casi corriendo las callejuelas que separaban el Asilo de Enajenados del Parque Central. Atravesó el Mercado de Indias, la Plaza de los Laureles y justo en el portal ubicado en la esquina de San Ignacio y Santa Beatriz vio a Esteban Cisneros, sentado en el alto sillón de madera, mientras que el limpiabotas, un muchacho de no más de doce años, preparaba sus enseres. Amalia se plantó delante del sillón y lo miró con actitud retadora, esgrimiendo el paraguas. El aura verde del fantasma resplandecía con la luz del día.

—¿Por qué has venido justamente hoy?

—Vine a hablarte de amores.

—Sé de amores que te dejan vacía.

—No lo olvides Amalia: no te entregues fácil si quieres amor en cuerpo y alma.

—Ese es un consejo viejo, y no me dio resultado.

El limpiabotas había dejado caer la lata de betún y el paño y la contemplaba estupefacto.

—Señora, ¿se siente bien?

Amalia sintió un ardor en sus mejillas, y un persistente temblor en el párpado derecho. El fantasma de Esteban Cisneros se había esfumado. En medio de su confusión, revolvió en su cartera y sacó una moneda. Se la dio al niño, quien no dejaba de mirarla asombrado.

—Toma..., no pasa nada..., tengo un mal día.

El limpiabotas guardó la moneda en el bolsillo sin quitarle los ojos de encima. Amalia le dio la espalda y salió corriendo.

—Señora, señora, se le quedó el paraguas— gritó el muchacho.

Amalia no respondió. En la próxima esquina paró el primer coche que pasaba y le dio la dirección de su casa.

Llegó sin aliento, como si hubiera subido corriendo la empinada colina que conducía al hogar. Dio un portazo, tiró la cartera en el butacón de la sala y se dirigió a la sala de costuras, donde encontró a sus hermanas cuchicheando. No pudo entender lo que decían, pero no le cabía la menor duda de que hablaban de ella. Era evidente que ya sabían la noticia. Estaban las cuatro sentadas en círculo, con las cabezas gachas y los rostros sombríos. En cuanto la vio, Alma se levantó y la acogió en sus brazos. La sostuvo por uno segundos, con delicadeza, como si temiera que Amalia pudiera desintegrarse de un momento a otro.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó.

—No lo sé, ahora mismo creo que estoy enferma..., supongo que tendré que ir a verlo.

—No vayas a ninguna parte —intervino Almira—, él te dejó plantada.

—No importa, de todos modos tengo que ir.

—Ya tenemos suficientes meteduras de pata en esta familia —continuó Almira mientras buscaba con la mirada la aprobación de sus hermanas.

—¿Y por qué tengo que ser yo quien no se equivoque? —replicó Amalia. Su voz se quebró y

no pudo contener las lágrimas. Salió de la sala de costura sin decir una palabra más. Fue directo a su habitación y cerró la puerta.

Secó sus lágrimas con rabia y se sentó en la comadrita, a reflexionar sobre el giro de los acontecimientos. No había logrado viajar a los Estados Unidos, pero Luis Infante estaba de regreso. ¿Qué recuerdos conservaría de ella? Durante los trece años transcurridos ella no había cambiado mucho en apariencia. Pero, ¿era en realidad la misma? Inmersa en sus propios pensamientos perdió la noción del tiempo. Unos leves toques en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. No sabía si habían transcurrido horas o solo minutos. Era Amparo, traía un balde de agua hirviendo que exhalaba un aroma fuerte y cálido.

—En estas situaciones es conveniente dejarse ayudar. Ven, te preparé un baño. Le puse una rama de pino, vainilla, pimienta negra, un poco de canela y unas hojas de yerba buena. Deja fluir las sensaciones, relájate. Verás que vas a descubrir lo que necesitas hacer.

El agua fresca y las fragancias naturales la ayudaron a tranquilizarse. Le confesó a su hermana Amparo su amor oculto, mientras ella le secaba el pelo y le untaba manteca de coco en el cuerpo, para avivar los sentidos, le dijo. El sonido de la aldaba de la puerta principal las interrumpió. De inmediato reconocieron las voces. Eran los hermanos Infante. Amalia no esperaba que la visitaran aquel mismo día y la inminencia del encuentro con Luis le provocó pánico. Amparo la sostuvo por los hombros y repitió:

—Déjate llevar por los sentidos.

Salió del cuarto dejando a Amalia en un estado de confusión.

La iniciativa de la visita había partido de Enrique. Tanto su vida, como la de su hermano Juan, estaban muy ligadas a las hermanas Cisneros, y no podía permitir que el encuentro entre Luis y Amalia se pospusiera. Después de la emoción inicial del encuentro, Enrique sacó el tema a colación. Luis alegó mil razones para posponer la visita, pero sus hermanos insistieron.

—Es un asunto de honor. Además, Amalia es mi colega y mi amiga. Deben conversar y mientras más rápido mejor. Lo que hagan después es asunto de ustedes.

Luis comprendió que no tenía otra opción. Conocía bien la rectitud de sus hermanos y supo que no habría ocasión para celebraciones hasta que el asunto fuera tratado de frente. Analizó la situación y decidió que era preferible enfrentar a Amalia que perder el apoyo de su familia, justo cuando más lo necesitaba.

—Está bien, vamos esta misma tarde.

Amalia escuchó cómo Alma saludaba a los hermanos Infante. No esperó a que la llamaran, salió del cuarto vestida de azul, su color preferido, con el pelo trenzado y la frente alta. Al llegar a la sala lo vio y sus miradas se cruzaron. El corazón le latía con violencia, tenía las manos temblorosas y un sudor pegajoso le mojaba las axilas. Su hermana Amparo vino en su auxilio. Trajo a los niños y llamó a Amada y a Almira. Durante unos minutos todo fue una confusión de saludos y abrazos. Una de sus hermanas, no estaba segura si fue Amparo o Almira, propuso salir al patio y les ofreció café. De pronto, se quedaron solos. El silencio resultaba pesado, aunque solo habían transcurrido algunos segundos. Era una situación absurda y un poco ridícula. Ya eran personas maduras y ahí estaban, mirándose de frente, sin saber qué decirse. Luis habló primero.

—Ha pasado mucho tiempo...

Aquella mujer pequeña le era desconocida. Le pareció deseable, pero no recordaba otros sentimientos, si es que los hubo. Las promesas las olvidó el día que se marchó a los Estados Unidos, y a pesar de su esfuerzo, no lograba desenterrar los recuerdos. Como deseaba salir de la situación lo más rápido posible, decidió usar una de sus viejas artimañas: ganar tiempo. Mostró la mejor de sus sonrisas y comenzó a hablar, recordando aquella cadencia que había cultivado en

Cabo Azules.

—Mi querida Amalia, no podía dejar de venir a saludarla, me imagino que sepa que acabo de llegar. Si no es mucho pedirle, quisiera que me recibiera mañana en la tarde. Le debo una explicación.

—Me debe más de una. Mañana es sábado, puede venir a las cinco.

—Aquí estaré. No puedo dejar de decirle que usted sigue tan bella como la última vez que la vi.

—Siento no poder decir lo mismo de usted.

Luis rompió a reír. Aprovechando el minuto de distensión desplazó la conversación hacia temas intrascendentes. Hablaron del calor, sin dudas el peor de los últimos años, y sobre cuánto había crecido Cabo Azules. Permanecían rígidos, de pie, frente a frente, presos en un diálogo visual que nada tenía que ver con las palabras. Luis sintió alivio cuando escuchó las voces de sus hermanos y de Alma, quien traía una bandeja con dos tazas de café humeante.

—Espero que se hayan puesto de acuerdo —dijo Juan—. Tómame el café rápido, que tenemos muchos asuntos que resolver.

Luis apuró la taza de café, sin sentarse, y se sumergió en una conversación trivial con Alma. Enrique miró a Amalia con preocupación, pero ella le hizo saber, con un gesto casi imperceptible, que todo estaba bajo control.

Los hermanos Infante se fueron, dejando a las Cisneros sumidas en un caos de emociones. Esa tarde a Alma se le quemó el arroz con leche, y Almira echó a perder dos varas de seda que cosió al revés. Amalia tuvo unas diarreas agudas que la hicieron temer haberse contagiado con los pacientes del Asilo de Enajenados. Hasta Amada parecía trastornada y confundía los nombres de los niños. Solo Amparo parecía mantenerse calmada. Al ver el lamentable estado de sus hermanas, le agradeció a Dios que le hubiera quitado del camino a cualquiera de los Infante. Al menos, ella era inmune al peculiar influjo que ejercían sobre sus hermanas.

Fue entonces cuando Amparo decidió tomar cartas en el asunto. Agarró a Amalia de la mano, quien parecía haber perdido peso, y se encerró con ella en la sala de costura. Sostuvieron una larga conversación. Luego Amparo la dejó sola.

—No la molesten. Está tomando decisiones —les dijo a sus hermanas que, reunidas en el comedor, esperaban noticias como si se tratara de un parte médico.

Varias horas más tarde Amalia salió y tiró la puerta; tenía el cabello alborotado y los pies descalzos. Sus hermanas no podían comprender qué le había ocurrido. Sin pronunciar palabras, se retiró a su habitación y cerró la puerta con llave. Esa noche releyó las cartas de Luis y el diario de su época de estudiante. Casi al amanecer se fue a la cama, no porque tuviera sueño, sino por miedo a amanecer con unas ojeras horribles. Aquella noche ninguna de sus hermanas durmió.

Por la mañana, su hermana Amparo la obligó a sumergirse en una bañera con infusión de rodajas de toronja, pétalos de rosa, y hojas de vetiver. Era lo que correspondía, le explicó, dadas las circunstancias. Después le frotó el cuerpo con miel y la enjuagó con agua de azahares. Le hizo dos trenzas que enrolló en su nuca.

—Estás bella.

A las cinco en punto, Luis Infante llegó con un ramo de mariposas amarillas.

—No era necesario... las flores —dijo Amalia.

Se sentaron en el sofá de la saleta de la casa, cada uno en una esquina. Luis, haciendo gala de su gracia natural, comenzó a contar de su vida en los Estados Unidos, y de cómo le había escrito en cuanto llegó a Nueva York, pero las primeras cartas, al parecer, se perdieron y como él no recibió respuesta, pensó que ella ya no lo quería. Tan bella y talentosa, seguro tendría muchos

pretendientes.

— Me sentía inseguro —le dijo— la distancia puede destruir hasta los amores más sólidos.

Amalia sonrió y le replicó mirándole a los ojos.

— No le creo ni una palabra, Luis Infante. Vuelva esta noche, a las once, y traiga otras explicaciones, porque las que me dio son patéticas. Va a encontrar la puerta de la calle sin llave. Vaya directo a mi cuarto y procure no equivocarse.

Amalia lo observaba con tanta intensidad que Luis se sentía excitado y confundido a la vez.

— Puedo tropezar con Doña Paula...

— Por eso no se preocupe. Venga, que lo voy a estar esperando.

Que un hombre no rechaza el desafío de una mujer, era un código moral más que establecido en Cabo Azules. Le intrigaba la actitud de Amalia, no era lo que esperaba de ella. La sola idea de tener que sostener una conversación incómoda, repleta de excusas, ruegos y falsos perdones lo había atormentado desde su llegada. En cambio, para su sorpresa, se había encontrado con una invitación. Al parecer, las cosas iban a resultarle más fáciles de lo que había pensado.

A las once en punto de la noche, con la adrenalina brotándole por los poros, Luis Infante hizo girar el picaporte de la puerta principal de la casa de Amalia, despacio, evitando los ruidos. Enseguida divisó una silueta de mujer con una lámpara de aceite, parada en la esquina de la sala. Era Amparo. Sin decir palabra, la mujer le dio la espalda y se adentró en la penumbra de la casa. Luis la siguió por los pasillos oscuros de la casona colonial. Cruzaron el patio interior, y se dirigieron hacia el ala derecha. Amparo le señaló en silencio una puerta entreabierta, apagó la lámpara y desapareció en la oscuridad.

La habitación estaba iluminada con una luz tenue. Con el corazón en la boca, Luis Infante empujó la puerta. Vio la cama amplia, vestida con sábanas bordadas y a Amalia con una bata blanca, que le llegaba a los pies. No reparó en el resto de los muebles u ornamentos, solo en el olor, una mezcla de *citronella* y pachulí.

— Ahora es que usted y yo vamos a hablar. Espero que no desprecie un brandy. Póngase cómodo.

Amalia sirvió dos copas y le brindó una. Ella comenzó a beber primero, despacio, saboreando el licor. Luis no le quitaba los ojos de encima, esperando el momento oportuno para actuar, no quería precipitarse. Amalia le dio la espalda, abrió una caja de madera tallada que estaba encima de la cómoda y sacó un tabaco.

— Le tengo una sorpresa. Es de La Hoja de Yara, la tabaquería que fue de mi padre. Déjeme que lo encienda.

Amalia cortó hábilmente el extremo del tabaco y lo prendió con la vela. Cerró los ojos y disfrutó del humo. Sintió un leve mareo.

— No sabía que fumaba.

— Usted no sabe nada de mí. Todas las Cisneros sabemos apreciar un buen tabaco. Papá nos enseñó. Solo lo hacemos en ocasiones especiales, y nunca en público, por supuesto.

Luis aceptó el tabaco y se alejó a fumar hacia la ventana. Miró el cielo.

— En ninguna parte del mundo hay tantas estrellas como en Cabo Azules.

Sintió un ligero ruido y se volteó. La bata blanca reposaba a los pies de Amalia. Luis contempló la desnudez de la mujer y se sorprendió de su belleza. Tenía unos senos grandes y firmes, el abdomen plano y la cintura estrecha. El pelo suelto le caía sobre la joroba de su espalda.

— Antes de las explicaciones, quiero que me ame.

Luis sintió el latigazo de una corriente eléctrica de pies a cabeza. Se quitó la ropa con torpeza.

Amalia se acercó y le pasó los dedos por los labios. Luis los cazó con un mordisco leve. Intentó besarla, pero ella se alejó; lo evitaba, para luego acercarse acariciándole el pecho con la boca. Luis se dejó explorar. Amalia le mordió la barbilla, le olfateó las axilas y repitió el juego de alejarse cada vez que él intentaba tomar la iniciativa. Sus senos le rozaban el cuerpo, con movimientos circulares que ella dirigía. Él perdió el control. Aquella mujer que olía a hembra, incienso y miel lo estaba retando y lo transportaba, no sabía si al cielo o al infierno de sus más oscuras pasiones. La abrazó y le acarició la espalda. Entonces, con un movimiento rápido, la hizo girar y la apretó contra sí, cubriéndole de besos la joroba. Después descendió despacio a besar las nalgas, los muslos, las pantorrillas. La alzó y se sorprendió de lo liviana que era. En ese momento tomó el control. Fijó el ritmo y la intensidad y comprendió, en aquel instante, que cada mujer tiene límites inalcanzables. Sintió un rayo cuando penetró sus carnes, y se revolvió, ciego, furioso, en sus profundidades. Disfrutó cada molécula de su espacio y logró sentir, en unos minutos, lo que no había sentido en las miles de noches de amores fáciles. Gozó, con una intensidad inesperada, del cuerpo de la mujer en la que había pensado solo unos segundos, durante trece años. Cuando finalmente estalló en mil pedazos y se relajó, Amalia se envolvió en la bata y se dirigió al baño.

Fue entonces cuando reparó en la mancha rojiza en la sábana. Se sintió confundido. ¿Cómo pudo ignorarlo? ¿Era que la pasión lo había obnubilado? Él que se jactaba de saber cómo hacer gozar a una hembra, sintió el pinchazo de la incertidumbre.

— Las mujeres son seres impredecibles —pensó, un poco preocupado.

Amalia regresó, pero no volvió a la cama.

— Perdóname si fui un poco rudo...

— Estoy bien.

— Puedo regresar mañana...

— No, Luis.

— Por favor, ¿podemos hablar? Hay muchas cosas que puedo explicarte...

— No hay nada que explicar. Vete y regresa solo cuando me ames como yo a ti.



Postales de enamorados de la colección de Amalia Cisneros. Comenzó a recopilarlas cuando Luis Infante partió a los Estados Unidos. Aunque llegó a tener más de cien, pocos ejemplares sobrevivieron.

Causa y efecto

Después de la visita de Luis Infante, Amalia coexistía en dos mundos paralelos. Uno diurno donde aparentaba ser la mujer calmada y fuerte de siempre, y otro nocturno, agobiante, desesperado.

—Siento como si tuviera miles de astillas de vidrio en el pecho —le dijo una noche a Amparo.

Nunca dejó de visitar a un paciente, nunca faltó a sus consultas en el Asilo de Enajenados, pero luego del encuentro con su exnovio, “el desencuentro”, como ella lo llamaba, Amalia arrastraba el peso de su fracaso.

Después del incidente, Luis le envió un ramo de margaritas amarillas.

—No es buena señal..., un hombre no debe regalar flores amarillas a la mujer que pretende. Puede interpretarse como que prima la amistad, más que un sentimiento de amor —le dijo Amparo.

Poco después, Luis le envió por correo una postal antigua con el retrato en sepia de una pareja que se abrazaba a la luz de los faros de un viejo Ford. La mujer llevaba un velo, que le cubría el pelo y el cuello, y había sido coloreado de verde. En el reverso solo aparecía su firma. No entendió el significado del mensaje. Ya por aquella época los códigos del amor habían cambiado. O quizás ni siquiera era un mensaje de amor. Después de la postal, solo hubo silencio. No le preguntaba a Enrique ni a Alma por Luis. Solo su hermana Amparo le contaba los chismes que corrían en el pueblo, sobre sus romances fugaces con algunas señoritas de la élite de Cabo Azules.

—Acaba de abrir los ojos. No vale la pena.

Sin embargo, Luis continuaba ocupando sus pensamientos. Fue entonces cuando Amalia decidió recopilar recuerdos. Compró un álbum en el bazar del Parque Central y comenzó a compilar las fotos de familia. Encontró un daguerrotipo de su hermano Eugenio, que Doña Paula guardaba en su mesa de noche, y la primera foto familiar: Don Manuel Cisneros, orgulloso, con su bigote imperial, a su lado Doña Paula, un poco seria, con un vestido de volantes y mangas largas. Las cinco hermanas posaban delante de los padres; ella, la menor, de pie sobre una silla de mimbre, llevaba en los brazos una muñeca rubia. Amalia colocó el viejo retrato en la primera página del álbum. Pasaba noches enteras registrando los cajones repletos de papeles viejos que Doña Paula guardaba en la biblioteca. Buscaba los retratos que sus hermanas se tomaron, siendo adolescentes, en el estudio de Amador II: Almira y Alma con sombreros de pajilla, Amada con el pelo recogido hacia atrás y una blusa de encaje de bolillo y Amparo, tan coqueta, de perfil, con un ramo de flores en las manos y los rizos cayéndole sobre los hombros. Incluso encontró una de ella misma que no recordaba: miraba a la cámara, de frente, con ojos tristes. Desempolvaba las viejas fotografías y las pegaba en las gruesas hojas de papel corrugado del álbum, sujetas con esquineros negros, siguiendo un orden cronológico.

Con el paso de las semanas Amalia comenzó a sentirse enferma. “¿Sería la nostalgia?”, se preguntaba. Primero fueron malestares de estómago y fatigas. Después vinieron los vómitos. El día que no pudo ir al consultorio de tan mal que estaba, sus hermanas se alarmaron. Algo muy serio le estaba ocurriendo a Amalia. No se había levantado de la cama en todo el día y había pedido que no la molestaran. Casi al anochecer Amparo le llevó una taza de té.

—¿Quieres que conversemos?, te vas a sentir mejor.

—No, no tengo deseos.

—Estás embarazada.

—Sí.

Enrique Infante se lo había informado, después de que, a duras penas, accediera a que la examinara. Cuando su colega le confirmó la noticia que había estado temiendo, ella le habló claro: llevaba en su vientre el retoño de su amor por Luis, pero no pensaba reclamarle absolutamente nada.

El día que Enrique supo del embarazo de Amalia, instruyó a su hermano Juan de las nuevas circunstancias y le pidió que mandara a buscar a Luis. Ambos habían coincidido en que la única posición aceptable era que asumiera su responsabilidad.

Aquella tarde, Luis llegó a la casa con algunos tragos de más. Pasaba la mayor parte del tiempo en el bar del Parque Central, contando historias de Nueva York. Estaba eufórico, pues había logrado una cita con la mesera del Café La Bohemia, quien era famosa por su belleza y su atrevimiento. Cuando le plantearon el asunto, reaccionó a la defensiva.

—Si está embarazada es porque se lo buscó...

Enrique, indignado, interrumpió a su hermano.

—Luis, por favor, ten un poco de decencia. Amalia merece respeto. Sabes el daño que puede hacerle a su reputación el tener un hijo fuera del matrimonio.

—No va a ser el primer bastardo en la familia Cisneros...

El puñetazo en pleno rostro le impidió terminar la frase. Juan se interpuso entre los dos hombres y sujetó a Luis, quien intentaba ripostar. Enrique alisó el saco y se sacudió un polvo invisible de las mangas. Luego se dirigió a su hermano Luis de forma airada.

—Si se te ha olvidado lo que es el honor, no tienes nada que hacer en esta familia.

—No me voy a dejar presionar. No quiero pasar el resto de mi vida con Amalia. No quiero un hijo de ella.

—¡Basta ya! —intervino Juan—. Vamos a tratar de buscar una solución.

Juan se interponía entre sus dos hermanos, temiendo que la tensión continuara escalando.

—No creo que haya solución. No me voy a casar con Amalia y punto. Me voy para los Estados Unidos y ella que se las arregle como pueda.

Durante unos segundos los tres hombres permanecieron en silencio. Enrique se alejó hacia el fondo de la habitación y sacó un cigarrillo de la cajetilla que llevaba en el bolsillo del saco, lo prendió con una fosforera de plata y aspiró con fruición. Después de absorber varias bocanadas se dirigió a Luis, mirándole a los ojos y apuntándolo con el dedo índice.

—Si te marchas y no te importa la reputación de tu familia, si no eres hombre para asumir tu responsabilidad, entonces no eres un Infante y voy a hacer todo lo que esté en mis manos para que no toques ni un centavo que provenga de nuestras propiedades.

Luis se abalanzó hacia Enrique, pero una vez más Juan se atravesó entre los dos hombres, tratando de apaciguar los ánimos.

—¡Así no vamos a llegar a ninguna parte! —dijo—. Cálmense. Se me ha ocurrido una idea. Escuchen. Puedo preparar un documento de matrimonio y uno de divorcio y los fecho con nueve meses de separación. Se firman los dos documentos el mismo día, de manera que el niño nacería dentro del matrimonio y después del nacimiento la unión legal quedaría disuelta. ¿Qué les parece?

Luis se dirigió a la ventana. De espaldas a sus hermanos contemplaba cómo el viento arrastraba cuesta abajo las hojas secas del algarrobo de la entrada. Después de algunos minutos y sin volverse respondió.

—Firmamos por separado. Ella firma primero. Son mis condiciones.

Después del incidente y hasta su partida un mes después, no volvió a dirigirle la palabra a su hermano Enrique.

Por su parte, Amalia aceptó a regañadientes las condiciones del trato. Así fue como, quince años después del comienzo de una relación que había significado todo para una de las partes y casi nada para la otra, Amalia Cisneros y Luis Infante firmaron un acta de matrimonio y de divorcio a la vez, un día de verano particularmente radiante.

Amalia no pudo dejar de notar el brillo del sol y el espectacular azul del cielo cuando caminaba rumbo a la oficina de Juan Infante. Pensó que, de cierta manera, la naturaleza estaba tratando de compensar, con su esplendor, su desconsuelo.

Sus hermanas habían insistido en acompañarla, pero ella prefirió ir sola. La firma de los documentos tomó solo algunos minutos. Luego Amalia caminó por el paseo marítimo y estuvo contemplando el mar hasta la caída del sol. Justo cuando el disco brillante comenzó a perderse en el azul profundo, Amalia se levantó y acarició su vientre. Había descubierto el valor de su amor empecinado.

Una tarde lluviosa de 1930, después de diez horas de esfuerzo y dolor, nació una criatura pequeña y arrugada, que chillaba con fuerza, en el mismo cuarto donde fue concebida. Las hermanas, Doña Paula y los niños esperaban ansiosos, reunidos en el comedor de la casa, bebiendo infusiones de hierbas aromáticas. Alma, la única de la familia a quien Enrique Infante le permitió estar presente durante el parto, le mostró su hijo a una exhausta Amalia. El bebé, envuelto en un pañal blanco, estiraba los delgados brazos como si quisiera abrazarla.

—Míralo hermanita, ¡parece un renacuajo! —le dijo Alma con lágrimas en los ojos—. Pero va a ser muy especial, se ha llevado la lluvia. Acaba de escampar.

—Se llamará Eugenio, como nuestro hermano.

Luis Infante no supo del nacimiento de su hijo. No fue a los Estados Unidos ni regresó nunca más a Cabo Azules. Se estableció en la capital, donde intentó, sin éxito, incursionar en el negocio de los espectáculos musicales. Vivió una vida gris e insípida y murió solo, muchísimos años después.

Cuando Eugenio cumplió su primer mes, Amalia lo llevó al estudio de Amador II a que le tomaran el primer retrato de su vida. Emocionada, lo vistió con un capote de piqué bordado por Almira y ella estrenó un traje de seda azul marino. El resultado fue una bella imagen que captó la ternura que Amalia sentía por su hijo. A partir de aquel momento y durante su infancia, en cada cumpleaños llevó a su hijo a pasear al Parque de los Laureles y luego a tomarle una fotografía para celebrar un nuevo año de vida: Eugenio en un banco de madera entre cojines floreados en su primer año; vestido de payaso, de pie delante de un decorado con columnas romanas en el segundo; sentado en una silla de mimbre en el tercero; montando un caballito de madera en el cuarto; en un triciclo, con sus dos primos escoltándolo en el quinto; vestido con traje y chaleco y las manos en los bolsillos en el sexto.

Amalia adoraba atrapar momentos de la vida de su hijo, eternizarlos, para luego recrearlos a su antojo. Tanto le fascinó la maravilla de la fotografía que se compró su primera cámara, marca Kodak. Ya no necesitaba pretextos para registrar los detalles de su cotidianidad: Eugenio y sus primos, Eugenio y sus tías, Eugenio y su abuela, Eugenio y su madre, siempre Eugenio.

Una mañana de sábado de 1936, los hijos de las Cisneros estaban jugando a la pelota, en la calle, con otros niños del vecindario. Eugenio era flaco como su padre biológico, ágil y listo. Era su turno de lanzar y lo hizo con tal fuerza que la pelota casi golpea a Amalia, quien había doblado la esquina por la calle Libertad. Regresaba de visitar a una vecina que tenía un mal embarazo. Al

ver a su hijo no pudo dejar de sonreír. Recogió la pelota y la lanzó de vuelta. Él la atrapó y fue corriendo a darle un abrazo. En ese instante Amalia reparó en la bandada de golondrinas volando bajo. Observó el entorno con atención y advirtió la inmovilidad del ambiente: no corría ni una pizca de brisa. El cielo estaba azul, sin una nube, sin embargo, había una pesadez inusual, una calma amenazadora, a pesar de los colores del día. También notó los grupos de jóvenes que bajaban en dirección al puerto. No era habitual a aquella hora. Los fines de semana la actividad comenzaba en el puerto después de las tres de la tarde, a la hora de la verbena. Apuró el paso sosteniendo a Eugenio de la mano y se dirigió a los niños.

—Vamos, a recogerse y pronto, cada uno para su casa. Algo raro está pasando.

El grupo se dispersó rápidamente. Entraron corriendo a la casa y Amalia cerró la puerta de la calle y las ventanas.

—Eugenio, dile a tus primos que te ayuden, entren las macetas y los muebles del patio y tranquilen la puerta de la cocina. Rápido.

Una hora después se produjo la penetración del mar.



Amalia Cisneros y su hijo Eugenio, 1931.

De la colección privada
de la doctora Amalia Cisneros
1900 - 1925





Muchachas de Cabo Azules hacia el año 1900.



Inscripción al dorso: M.P. Graduada de Filosofía y Letras. 1915.



Inscripción al dorso: Para Amalia, con cariño. Graduación de la Escuela de Farmacia, 1920. Firma ilegible.



Inscripción al dorso: Mi madrina y su nieta. Sin fechar.



Inscripción al dorso: A Amalia, mi inteligente y simpática amiga. Firmado Adela, 1918.

PARTE II

Los Ferrero



La caja de sombreros

*F*ragmentos de recuerdos emergen en mis sueños como semillas pujando por germinar. Por eso los colecciono. Los anoto en la mañana, porque los sueños son bruma que se desvanece. Me gusta analizarlos al estilo freudiano. Siento que es como mirarme desnuda, con los órganos tangibles y ver mi corazón latiendo, en una especie de transparencia anatómica. Como si me voltearan de adentro hacia afuera. Si los sueños son recurrentes, entonces no puedo ignorarlos. Me aferro a aquel pedazo de mi inconsciente que lucha por escaparse.

—¿Por qué eres tan obsesiva Camila Infante?

No lo puedo evitar. He soñado varias noches con una fotografía de mis abuelos: mi abuela vestida con una blusa blanca de mangas largas y una falda amplia y él con traje negro y pajarita. Estaban uno junto al otro, ella sentada en un sillón de mimbre de respaldo alto, con las piernas cruzadas, y él de pie a su lado, en una pose un poco rígida. Mi abuela miraba a la cámara (o a mí desde el viejo retrato), y él la miraba a ella. En mi sueño, mi abuela Vida me muestra la foto con expresión de urgencia y me dice algo que no puedo escuchar, como en una película silente. Yo me abrumo tratando de comprender el significado de sus palabras mudas, pero no puedo. Tengo que encontrar esa vieja fotografía. Necesito descifrar el mensaje. Como una guerrera dispuesta a dar la vida por una causa, me dispuse a buscarla.

Registré la habitación de mi madre de arriba abajo y luego la mía. Después hurgué en cuanto lugar se me ocurrió, pero no pude encontrarla. Entonces recordé el armario del sótano en el que ella solía guardar los más disímiles objetos. La pobre, era una acaparadora compulsiva. Y yo, que soy maniática, nunca quise tirar nada de lo que mi madre guardó; tampoco lo organicé y luego, lo olvidé, pero esta mañana sentí una comezón incontrolable, por causa de la fotografía perdida, y decidí buscar en el viejo armario.

Su interior era una confusión de trastos, unos encima de los otros, del piso al techo, en claro desafío a la fuerza de gravedad. Me sentí excitada. La base de una antigua máquina de coser, marca Singer, impedía que un revoltijo de tejidos amarrados con una cinta faya se viniera al suelo. Me dispuse a remover el primer obstáculo en la búsqueda de la fotografía, o a descubrir cualquier otro tesoro. Cargué la base de la máquina (me asombró lo pesada que era) y retiré el bulto de telas. Había trozos de encaje, de lino, piezas de chifón, de muselina, recortes de diferentes formas y tamaños. Al tratar de zafarlos, algunas piezas se rasgaron en mis manos con un chirrido agudo.

—Nada recuperable— pensé.

Pero estaba equivocada. El velo de tul estaba intacto. Era un velo de novia. No sé de quién sería. No era mío. No obstante, decidí guardarlo. Continué sorteando aquel ilógico conjunto: una muñeca sin cabeza, una maleta de cuero con el cierre roto, pedazos de una lámpara art-nouveau de bronce y cristal que debió ser preciosa, mis cuadernos de la universidad, intactos; las varillas de una sombrilla de playa con jirones de tela amarilla y roja colgando y un tablero de ajedrez. Hice una pausa. Apenas había comenzado la tarea.

De pronto me sentí extrañamente sola; el mar de objetos no podía compensar tantos olvidos.

Para sacudirme las penas decidí buscar una caja donde poner lo que determinara conservar. Como no encontré ninguna, decidí usar la maleta rota, la sacudí y metí el velo de novia y los cuadernos universitarios. Continué con la tarea de selección siguiendo un criterio un tanto confuso: un abanico de plumas, un reloj de arena, una armónica rota, un kimono de crepé de seda, una paleta de pintor con los pigmentos secos y cuarteados, una peineta flamenca de carey a la que le faltaban dos dientes, una marioneta de madera y trapo que había perdido una pierna, un teléfono de discar y un par de stilletos de charol negro. No recuerdo que mi madre usara stilletos. Me los probé. Eran demasiado grandes. No obstante, me los puse. Me desnudé y me envolví en el kimono. El roce de la seda me produjo escalofríos. Luego coloqué el velo de novia en el centro de mi cabeza y lo sujeté con la peineta flamenca. Me miré en el espejo y me dio un ataque de risa.

Así vestida entré en el armario; ya había suficiente espacio para acomodarme dentro. Con determinación proseguí con mi faena. De pronto, tropecé con una caja de cartón. La tapa había sido sellada con cinta adhesiva. Recordé que buscaba la fotografía de mis abuelos y sentí el hormigueo en las manos, característico de cuando me pongo eufórica. Rapié con furia la tapa, metí los brazos y comencé a rebuscar. La decepción me fue reduciendo, hasta convertirme en un ser diminuto. Sentí cómo el cajón me engullía. No había encontrado nada interesante, ni retratos ni ninguna otra cosa que despertara mi pasión, únicamente patrones de costura Simplicity, y yo no sé coser. La emprendí a patadas con el cajón y los stilletos salieron volando. Rompí a llorar. Arrastré el abominable cajón, dispuesta a deshacerme de todo su contenido y entonces fue que la vi. Un arrebató posesivo, como de amor a primera vista, me agrandó. No podía quitar mis ojos de ella. Era una sombrerera redonda, con listas verticales rosadas y blancas y la tapa azul cielo, coronada por flores de tafetán de color..., ¿morado? O quizás algún tono de marrón desvaído. Era una magnética caja de sombreros raída por el tiempo. Salí del armario con ella en brazos, como quien carga a un bebé y la coloqué en una esquina de la habitación, alejada del desorden.

De inmediato entré en trance. Observé cómo abandonaba mi propio cuerpo y me convertía en una mademoiselle vestida a la Belle Époque, con sombrero de plumas rojo vino y un chal de tul. Llevaba una sombrilla lila con flores doradas y un ramillete de violetas en la cintura. Mi yo francés abrió la sombrilla con gracia y me miró con sensualidad. Entonces lancé lejos la peineta, me deshice del kimono y me envolví en el velo de novia. Sentada en el suelo me dispuse a abrir la caja de sombreros. Mi yo francés se desvaneció.

Con la excitación de quien espía intimidades ajenas levanté la tapa. Estaba repleta de fotografías, muchas de ellas descoloridas, otras húmedas o rotas. Eran fotos de los años sesenta. Una de ellas me llamó poderosamente la atención. Mi hermana y yo, de espaldas, cogidas de la mano, descalzas y en trajes de baño. Estábamos a punto de cruzar la calle y las dos teníamos los escuálidos cuerpecitos inclinados hacia adelante y los pies en el aire en el medio de un paso. En el reverso tenía una inscripción con letra de mi madre: Camila y Amaya, verano de 1964. Pensé que aquella caja debería haberle pertenecido a ella y que por alguna razón la ocultó. Continué hurgando: una instantánea de mi tercer cumpleaños, un paseo al zoológico con mis abuelos, mi hermana y yo recogiendo vidrios en los arrecifes de la playa vestidas con pantalón corto y camiseta, mis padres y mi tía jóvenes y sonrientes. Retratos de mi infancia. Nunca fui fotogénica, ni de niña.

La nostalgia, como buena ave de rapiña, comenzó a picotearme. Estaba a punto de dejarme vencer por la melancolía cuando encontré una vulgar bolsa de plástico. Dentro había tres sobres. Saqué los dos primeros. Eran sobres comunes, de esos de oficina. No tenían, en

apariencia, nada de particular. El primero tenía un letrero escrito con letra pequeña, puntiaguda e inclinada hacia la derecha: Familia Cisneros-Infante. El segundo sobre tenía un rótulo escrito con la misma caligrafía: Familia Ferrero. Aquella escritura me era familiar, demasiado familiar. Era la mía. Mi respiración se volvió rápida y agitada. No recordaba haber visto aquellos sobres en mi vida. Me tomó unos minutos controlarme. Traté de racionalizar el problema: si las inscripciones de los sobres están escritas con mi letra, es porque los he tenido en mis manos en el pasado y lo más probable es que conozca su contenido. No es más que otro juego de mi mente rota y traicionera. Para consolarme me dije: no tener recuerdos tiene su parte positiva. Puedo disfrutar las experiencias placenteras una y otra vez.

Las reflexiones no me produjeron alivio alguno. Por fin me decidí y abrí los sobres con las inscripciones hechas por mí misma. Contenían viejas fotografías pertenecientes a mi familia materna y paterna, ordenadas con esmero. Algunas de ellas tenían anotaciones al dorso. Devoré las imágenes buscando un testimonio visual con el cual me sintiera identificada.

A medida que avanzaba en la tarea, una intensa tristeza me abrumaba. Estaba a punto de caer en el pozo profundo de la depresión cuando el tercer sobre vino a mi rescate. Era un envoltorio hecho a mano, con papel apergaminado, atado con una fina cinta negra. La escritura del rótulo me resultaba también familiar, pero esa letra no era mía. Era la de mi abuela Amalia, la reconocería dondequiera: diminuta y redondeada, casi ilegible. Con su caligrafía de médico había escrito: “Liquidación del estudio fotográfico de Amador II, Cabo Azules, 1945”. Estaba repleto de fotografías antiguas. ¡Dios santo! El misterio del registro visual de otros tiempos me fascinó.

Como una vyerista observé imagen tras imagen, mientras un extraño y a la vez poderoso placer me invadía. Escudriñé los rostros de los protagonistas y traté de adivinar sus intenciones, sus emociones en el preciso instante en que la imagen había quedado congelada para siempre, irrepitable, inalterable. ¿Quiénes eran aquellas personas? ¿Cuántos caminos recorrieron las fotografías hasta llegar a mis manos? Como un detective traté de encontrar pistas en los propios retratos, vestigios de identidad. Presté atención a cada detalle: el vestuario, las poses, la expresión corporal, los accesorios. Una idea obsesiva vino a perturbar mis pesquisas.

— Todos están muertos. Nunca sabrán que los estoy observando.

En ese momento descubrí el desastre, los tres sobres yacían vacíos en el suelo. Sin darme cuenta había mezclado las fotografías. De un salto me puse de pie. Me cubrí el rostro con el velo de novia para ahogar las lágrimas y luego lo arrojé con rabia. Me quedé inmóvil contemplando el montón de retratos desorganizados y dispersos.



LANGAGE DE L'OMBRELLE
M'aimez-vous?
Mi yo francés.

Matices de azul y el filo de una cuchara

José Ferrero tenía dieciocho años cuando se llevó a su novia Vida de la casa de su madre, una noche de agosto de 1927. No fue un rapto, como aseguraron algunos. La huida fue una decisión inaplazable después de que Vida, en un acto de legítima defensa, le sacara el ojo a su padrastro con una cuchara afilada cuando se metió en su cama. Acababa de cumplir los quince años. No se presentaron cargos en su contra, pero su madre sí denunció a José Ferrero por el secuestro de su hija. La tragedia ocurrió en Juragüey, un caserío perdido detrás de un macizo montañoso, con una población de no más de mil quinientos habitantes. El pueblo se componía por un núcleo central donde estaba ubicado el parque, la iglesia, la bodega del gallego y las dos o tres casas de las familias pudientes. En la periferia, un conjunto de casas de madera y tejas se sostenían pegadas unas a las otras. En Juragüey nunca pasaba nada. Sus habitantes mataban el tiempo conversando afuera, en las calles polvorientas, sentados en taburetes o en los contenes, tratando de escapar del desplome producido por el calor. La noticia de la niña que se defendió como una fiera, se propagó como la pólvora.

La desgracia se había estado gestando hacía siete años, desde que el hombre, a quien llamaban el Isleño, se había ido a vivir con Juana, *la India*, madre de Vida. Él era muy conocido en el pueblo como traficante de licor y garrotero. Ella había enviudado siendo joven y cuando lo conoció estaba desesperada: no sabía qué hacer para mantener a su hija. La pareja había dado mucho de qué hablar en el pueblo por lo volátil de la relación. Juana era posesiva con su marido —las malas lenguas aseguraban que la obsesión no era con el hombre, sino con su dinero— y el Isleño tenía debilidad por las prostitutas y el alcohol. No obstante, la India valoraba que el Isleño pagaba las cuentas, la representaba y, además, parecía tenerle gran cariño a la niña.

Al Isleño le gustaba sentar a Vida en sus piernas y abrazarla fuerte. Mientras se balanceaba en el sillón presionaba la cabeza de la niña contra su pecho y jugaba con su pelo. Entonces demandaba que la niña le acariciara el cuello con sus deditos menudos y ella trataba de liberarse del abrazo opresivo, pero su madre le daba nalgadas y le decía que tenía que aprender a ser agradecida.

Cuando Vida despuntaba como una bella joven, el Isleño comenzó a acosarla. No le permitía jugar con las niñas del vecindario, ni estudiar con sus amigas. Vida estaba segura de que el hombre la miraba mientras dormía. Varias veces se había despertado con la sensación de ser observada y había alcanzado a ver una sombra detrás de la cortina de la puerta, que se movía con rapidez. También escuchaba pasos furtivos y unos extraños sonidos, mezcla de jadeos y gemidos, cuando estaba en el baño, que provenían de la habitación de al lado. Un día descubrió los disimulados agujeros en la pared. Cuando se lo contó a su madre ella le respondió con una bofetada.

Después, la situación en la casa se tornó crítica. El Isleño bebía sin control y golpeaba a su mujer con cualquier pretexto. A Vida la obligó a abandonar la escuela y le prohibió salir de la casa. El día que Vida cumplió los quince años, la India le pegó con una vara y la llamó ordinaria y traidora. Ese fue su regalo. El del Isleño fue mudar su cama para el pasillo frente a la habitación que ocupaba con la India, con el pretexto de que no se debía postergar durante más tiempo el

arreglo del techo del cuarto de Vida.

Por las noches, la niña veía al Isleño saltar encima de su madre, a través de la puerta del cuarto que su padrastro dejaba entreabierto. Enroscada en su camastro escuchaba los jadeos asmáticos del hombre y los gritos sofocados de su madre. Con las manos en los oídos y los ojos apretados pensaba en huir, correr lo más lejos posible, pero era incapaz de moverse. El sudor bañaba su cuerpo, paralizado por el miedo. Entonces se le ocurrió afilar la cuchara. Le pulía los bordes con placer, cada noche un poquito, mientras oía cómo el Isleño apaleaba a su madre.

Así estaban las cosas el día que Vida vio, por primera vez, al joven delgado que trabajaba en la bodega, pasar frente a su casa. Sabía que se llamaba José, todo el mundo en Juragüey lo conocía. Desde que llegó al pueblo siendo casi un niño, había trabajado de repartidor de periódicos y recadero, hasta que el gallego Salustiano, dueño de la tienda de víveres, lo contrató como su ayudante. Lo mismo llevaba los pedidos que organizaba la mercancía sobre los anaqueles. Además, como tenía habilidad para los números, se encargaba de las cuentas del negocio.

José no era oriundo de Juragüey, ni siquiera él mismo sabía dónde había nacido, puesto que provenía de una familia que por muchos años fue trashumante. Se había criado en Aguas Claras, un pueblo de mar distante de Juragüey. Cuando tenía quince años su padre murió, bajo insólitas circunstancias, y al poco tiempo falleció su madre. Entonces José decidió buscarse la vida tierra adentro, lejos del lugar donde había ocurrido la desgracia. No podía imaginarse que algún tiempo después su vida daría un vuelco y nunca volvería a ser el mismo.

La mañana en que cambió el destino de José Ferrero, Vida estaba asomada a la ventana. Solo podía hacerlo cuando el Isleño no estaba y disfrutaba del único momento del día en que sentía paz. Juana, *la India*, preparaba el almuerzo para su marido. A cada rato le gritaba que no fuera vaga y se pusiera a limpiar. Vida no le hacía caso. Aspiraba la brisa de la mañana mientras pensaba que quizás aquella noche se decidiría a huir. Vio a José dirigirse a la casa de al lado con un paquete entre las manos. Sus miradas se cruzaron y ella le sonrió. Lo vio tropezar y dejar caer el encargo y eso le causó risa. Para su sorpresa, su cuerpo reaccionó de manera inusitada. Una sensación desconocida, como un ardor que le subía desde el vientre hasta el pecho, la ahogaba y el corazón le latía con fuerza. Desde aquella mañana solo pensó en asomarse a la ventana.

A José Ferrero el incidente le produjo una mezcla de angustia y embriaguez. La buscaba donde sabía que no podía estar, su aura lo seguía a todas partes, se le aparecía en sueños, lo atrapaba, le usurpaba su espacio y le robaba la calma. Comenzó a merodear la casa de Vida buscando la mejor oportunidad para acercarse. Por fin, un día vio salir al Isleño y después a la India, sabía que la mujer no estaría fuera por mucho tiempo. Sin pensarlo dos veces se dirigió a la puerta y tocó con las piernas temblorosas.

—Tu madre mandó a pedir un kilo de azúcar.

—No, ella compró azúcar ayer. Di la verdad, viniste a verme.

José y Vida rompieron a reír.

—¿Cómo te llamas?

—Vida. Yo sé que tú eres José, el de la bodega del gallego.

—¿Podemos ser amigos?

—No, yo quiero ser tu novia, pero no me dejan salir. Vete, mi madre está al llegar.

El beso en la mejilla lo cogió por sorpresa. La niña le cerró la puerta en la cara, dejando al joven con la sensación de haber quedado atrapado en una tela de arañas, blanda y pegajosa, de la que no podía, ni quería desprenderse. Con José, Vida descubrió un camino de esperanzas, intuyó una existencia feliz del otro lado de la barrera de miedo que hasta aquel momento no se había

atrevido a cruzar. La oscuridad de su mundo comenzó a disolverse.

No les fue fácil comunicarse, mas los imposibles no existían para los dos enamorados. Se intercambiaban breves mensajes y lograron establecer un código, a través de la posición de las ventanas de la casa de Vida. A veces José podía deslizarle una pequeña nota y se sentía en las nubes si al pasar ella estaba en la ventana y le soplaban un beso.

Una noche Vida escuchó que el Isleño, más borracho que de costumbre, mandó a la India al bar a buscarle aguardiente. Era tarde y Vida estaba acostada, pendiente, como cada noche, de lo que ocurría dentro de la casa. No más su madre salió, el Isleño se abalanzó sobre ella. El camastro gimió con el peso del hombre. Vida reaccionó empujándolo y pataleando con todas sus fuerzas. El hombre la agarró por el pelo y luego le sujetó ambos brazos, sosteniéndolos sobre su cabeza. Con una rodilla la forzó a abrir las piernas, le rasgó con furia la bata de dormir y comenzó a lamerle los senos. Mientras él se perdía en el olor de su piel tierna y el sabor de su sudor, Vida fingió rendirse. El hombre, fuera de control, comenzó a zafar torpemente, con una mano, los botones de su portañuela, mientras que con la otra trataba de rasgar la ropa interior de la niña, respirando con dificultad. Vida aprovechó el momento en que le dejó los brazos libres y sacó la cuchara afilada que guardaba debajo de la almohada. Con una fiereza que no sabía propia, se la clavó en el ojo izquierdo, e hizo un movimiento circular con la mano que le produjo un placer físico.

El Isleño dio un alarido. Rodó de la cama y cayó al piso. Con trabajo se levantó, tocando con asombro la masa pulposa que pendía de la cuenca vacía. Vida vio la cara ensangrentada y esa visión la acompañó en sus peores pesadillas por el resto de sus días. Sin titubear salió de la casa, descalza, con la ropa rota y ensangrentada, y corrió por las callejuelas oscuras y vacías.

Recorrió sin aliento el trayecto que separaba su casa de la bodega del gallego, donde vivía José. Él comprendió de inmediato la gravedad de la situación. Recogió el dinero que tenía ahorrado y algunas provisiones. También le dio una muda de ropa a Vida para que se cambiara. Muy a pesar suyo, tuvo que robarle el caballo al gallego. Hubiera querido dejarle una nota disculpándose, pero no había tiempo que perder.

Vida y José huyeron lo más lejos que pudieron. Esa noche, “la noche”, como a ella le gustaba decir, Vida descubrió que hay una alegría que te sale de adentro y te alivia las heridas del maltrato y la soledad, y que el amor tiene texturas, colores, sabores. José la arrulló y luego le hizo el amor despacio, sobre hojas de yagua, dejándola descubrir un placer primario, desconocido, sorprendente. La noche en que le sacó el ojo a su padrastro, Vida cruzó a otra dimensión. Había dejado detrás, definitivamente, su infancia.

Las nuevas circunstancias obligaron a José Ferrero a tomar decisiones vitales. El peso de la responsabilidad de cuidar de Vida lo sorprendió enredado en un sentimiento descomunal y un tumulto de emociones. Estaba decidido a impedir con su vida que le arrebataran su tesoro, pero no estaba tranquilo. Temía que el Isleño los estuviera persiguiendo y sabía que las provisiones eran limitadas. No iban a llegar muy lejos. Era imprescindible trazarse un plan concreto para poder sobrevivir. Recordaba que en la bodega de Salustiano había escuchado comentarios sobre un caserío sin nombre, en la cima de una loma, adonde huían los proscritos, los locos y los enfermos de lepra. Podría ser una opción, tenía que averiguar cómo llegar.

A los dos días de estar vagando por la sierra, y amándose sin limitaciones, la pareja llegó a una región rocosa. José pensó que sería un buen lugar para pernoctar, y decidió explorar un poco. Encontró una grieta entre las rocas por donde pudo deslizarse, sosteniendo a Vida de la mano. Poco a poco descendieron por un estrecho sendero, entre paredes de piedra, hasta llegar a una especie de plataforma. Cuál sería su sorpresa al descubrir que pocos metros hacia abajo, se abría un salón repleto de formaciones cristalinas de una extraordinaria variedad de figuras y tamaños.

Algunas colgaban del techo, otras se elevaban desde el suelo rocoso entremezclándose entre sí para crear columnas y encajes de cristal. En el medio del salón, reposaba un pequeño lago. La luz provenía de un orificio en la cúpula de la cueva. Vida y José contemplaron hechizados el espectáculo.

—Es un lugar mágico que Dios nos puso en el camino. Vamos a quedarnos aquí, mi amor, nadie podrá encontrarnos.

—No podemos quedarnos en una cueva para siempre, Vida. Además, no creo que la hayamos descubierto nosotros, debemos ser cuidadosos, puede que haya alguien escondido.

José ayudó a Vida a llegar al nivel más bajo.

—Quédate tranquila, regreso enseguida.

Vida le agarró el brazo con fuerza.

—Solo voy a mirar un poco. No te asustes, no voy lejos.

Prendió un fósforo y se adentró en la oscuridad de la galería. Vida contempló los reflejos de la luz en los cristales de las piedras y la placidez del agua. Pensó que su vida había cambiado definitivamente para bien. No más heridas, gritos, maltratos. No más sordidez, hambre y abandono. Aquel día nació el vínculo que ató a Vida con José Ferrero por el resto de sus días, un lazo de amor, lealtad y agradecimiento.

José demoró un poco en regresar, pero Vida no sintió miedo. Cuando por fin lo vio salir, con las ropas húmedas y el rostro enrojecido, le dio un abrazo y un beso apasionado. Él la acarició con dulzura y la hizo volver a la realidad.

—Mi amor, tengo que salir, no tenemos casi comida y necesitamos ropa. Puede que me demore, vamos a buscar un lugar donde te puedas acomodar. Espérame, confía en mí y por favor, no te muevas, hay varias galerías, están oscuras. Te dejo los fósforos y las mantas. También queda un poco de pan y queso. No importa cuánto demore. Yo vuelvo. Te lo juro.

Vida lo vio escalar y desaparecer a través del agujero de entrada. Regresaría a buscarla, no le cabía la menor duda. Acomodó las mantas lo mejor que pudo y se dejó llevar por la placidez del entorno. Pensó que quizás podría tener una familia, una casita pequeña, vestidos bonitos. Y arropada por sus propios pensamientos se quedó rendida.

No supo cuántas horas estuvo durmiendo, cuando despertó, la luz natural se había tornado en una luminosidad difusa, amarilla, que le confería a las paredes de la cueva tonalidades sepia. Aturdida, se levantó y vio a una anciana rodeada por cuatro velas. Estaba sentada sobre una roca, a pocos pasos de ella, con la vista perdida. Llevaba un pañuelo rojo atado en la cabeza, y dos trenzas de pelo blanco le llegaban hasta la mitad del pecho. Su boca se movía rítmicamente al mascar algo con lentitud. Vida se acercó, como si una fuerza magnética la arrastrara hacia aquella figura solitaria.

—¿Quién es usted?

—Soy Lucía y esta es mi casa. ¿Cómo te llamas?

—Vida.

—Tienes el nombre que te mereces.

—Tengo pan y queso, te puedo dar un poco.

La gitana escupió una masa verdosa e introdujo en su boca un puñado de hojas, que sacó del bolsillo de su falda. Comenzó a masticarlas con fruición.

—No tengo hambre.

Vida la miraba hechizada. Tenía la piel cubierta por miles de arrugas y unos ojos grises ausentes. A pesar de estar envuelta en un mantón de flores rojas y amarillas la mujer parecía que temblaba.

—Estoy esperando a mi novio...

—Todo el que llega aquí huye de algo. Algunos de la justicia, otros de sus propios demonios.

Vida retrocedió unos pasos sin quitarle la vista a la anciana quien le dirigió una mirada limpia.

—No tengas miedo, no van a encontrarte. Dame tu mano.

Vida se sentó a su lado y le tendió la mano izquierda. La gitana observó con detenimiento las líneas, los montes, los dedos largos.

—Pobre niña, cómo has sufrido. Vas a vivir muchos años y con buena salud. En amores eres afortunada y también tendrás dinero. Eres apasionada y tenaz, y puedes influir en las personas. Debes tener cuidado, tus sufrimientos no han terminado. Te causará tristeza una mujer mayor, porque tienes demasiados sentimientos de amor. Vas a tener varios hijos, algunos de ellos vienen con un camino de estrellas, otros..., no lo veo claro..., tienes un don y debes desarrollarlo..., busca el mar, busca los dos tonos de azul...

Un ruido, como de desplome, interrumpió la lectura. José había dejado caer un saco y miraba la escena, desde la plataforma superior, entre sorprendido y alerta.

—¡Amor! Gracias a Dios que regresaste..., ella es Lucía. No te preocupes, todo está bien.

José bajó con destreza, saltando entre las piedras, y llegó hasta donde estaba Vida, que lo recibió con un abrazo. José la apartó suavemente, todavía en guardia.

—Disculpe señora, pensamos que no había nadie en la cueva. Soy José Ferrero...

—De los Ferrero de Aguas Claras, supongo. Fueron trashumantes, por un tiempo, el patriarca huía de un alma en pena.

—¿Conoció a mi familia?

—Conozco todos los caminos y a quienes los transitan.

—Entonces quizás pueda ayudarnos..., necesitamos llegar al pueblo sin nombre.

—¿Cómo puede existir un pueblo sin nombre? —interrumpió Vida.

—Porque los nombres perduran y los que están allí quieren olvidar y ser olvidados —dijo la gitana.

Entonces trazó unas líneas sobre las piedras con un pedazo de madera quemada, a modo de mapa, mientras explicaba la forma de llegar al pueblo perdido.

—Ahí van a estar seguros por un tiempo, pero deben llegar a Cabo Azules.

José sabía de la existencia de un pueblo con un mar de dos azules. Su familia había estado por aquellos lares, cuando él era pequeño y tenían una vida nómada. Allí vivía su hermana Candelaria y había muerto su madre.

—Busca a la mayor de los Ferrero.

Luego la gitana se levantó y desapareció por una oscura galería.

Al día siguiente, bien temprano, José y Vida emprendieron el camino hacia el pueblo sin nombre. Les tomó tres días y dos noches llegar. Para su sorpresa, Lucía los esperaba a la entrada del caserío, bajo una ceiba que sostenía un pedazo de madera clavado en su tronco, con las palabras que daban la bienvenida a los errantes: “Dios proteja a las almas que se cobijan en este rincón olvidado”.

El pueblo sin nombre consistía en un conjunto de alrededor de quince casas de madera y yarey, dispersas alrededor de un arroyo. Rodeado de ceibas gigantes, yagrumas y flamboyanes, parecía como si la voluptuosidad de la naturaleza protegiera el sufrimiento de sus habitantes. Lucía les mostró un pedazo de tierra.

—Háganla producir, lo que tendrán dependerá de ustedes. La vida es un mapa, ustedes mismos trazarán sus rutas. Quienes están aquí purgan una culpa o luchan contra sus demonios. Dejen que cada cual cargue con su pena.

Lucía dio la espalda y se fue, dejando a los dos jóvenes con la sensación de que habían vuelto a nacer, de que nada de lo que había ocurrido en el pasado tenía importancia alguna. Dos días después, el cura del pueblo sin nombre, un padre leproso y perseguido por la sombra de un amor prohibido, los casó en la cima de una loma, rodeados de una naturaleza generosa y serena.

José era emprendedor y enseguida levantó un rancho que construyó con tablas de palmas y bejucos. Para ellos ese fue el primer hogar. Eran felices con el simple hecho de estar juntos, embrujados por un amor translúcido que sabían imperecedero. Pronto José hizo parir la tierra y Vida se dedicó a la casa y a ejercitar sus habilidades en el arte de leer las barajas españolas. Lucía le había mencionado su don el día que le leyó la mano, y luego insistió en que debía desarrollar su esencia espiritual. La gitana le había llevado su primer mazo y le pidió que las probara, porque las cartas tienen su temperamento y hay que ver si se aviene con el carácter de quien las va a tirar. Según la gitana, hubo armonía entre las barajas y Vida. Entonces pasó a enseñarle cómo se hacen las tiradas, el significado de cada palo, sus trucos de cartomántica y de hechicera. Le explicó que cada carta es un peldaño en la escalera de la vida de la persona que busca la buenaventura. Pero hay que ensamblar la historia, que puede ser del pasado, del presente o del futuro y descubrir su sentido. Hay que guiarse por la intuición, porque en las barajas españolas no valen las lecturas literales. Lo más importante es dejarse envolver por la magia, de modo que los mensajes puedan verse claros.

Primero Lucía entrenó a Vida en tirarse las cartas ella misma: vio a su madre, al Isleño, y a José y supo que su amor la protegería por siempre. Sintió el mar, que nunca había visto, como una explosión de azules y verdes que la acariciaba y le daba paz, y que también podía convertirse en grises y negros y tener vida propia, odiar y traer desgracias. El mar estaba en su camino, y también una familia grande y un negocio. No sabía si se estaba engañando a sí misma. Cuando ya estaba adiestrada Lucía le llevó algunas muchachas de los alrededores, para que les leyera el destino. Vida pudo ver en el pasado y calló los secretos que las llevaron al pueblo sin nombre.

Fueron las cartas quienes le dijeron a Vida que estaba embarazada. Se lo contó a su marido, con lágrimas en los ojos. Él la alzó en vilo y luego corrieron por las lomas, gritando como locos y escuchando cómo el eco de sus risas rebotaba entre las montañas. Ese día juraron velar por su hijo, amarlo y procurarle una vida digna, a pesar de la pobreza. Pero en vez de un hijo les nacieron dos y antes de lo esperado: un par de gemelos, ambos varones.

Lucía había ayudado a Vida a parir, desnuda, a la orilla del arroyo. Embotada por los cánticos gitanos, expulsó sus primeros retoños, diminutos y frágiles. Eran tan pequeñitos que le cabían a José en las palmas de las manos. A falta de cuna los colocaron en una cesta de mimbre, forrada con algodón, y los alumbraron con un farol. Vida nunca supo si fue para darles calor o para iluminarlos, porque presentía lo que después sucedió. Menos de veinticuatro horas más tarde, los niños murieron, sin un quejido. Se fueron tranquilos, no tuvieron tiempo de crear ataduras. Allí, en el patio de la casa de madera, cerca de un flamboyán, los enterraron sin ataúdes y sin más señal que los rosales que Vida plantó para marcar el lugar donde lloró, por mucho tiempo, sus lágrimas de madre adolescente.

Un día, más de un año después de la muerte de los gemelos, Vida descubrió que las cartas no le decían nada. Las consultaba con frecuencia porque quería saber si volvería a ser madre. La respuesta siempre había sido negativa. Sin embargo, aquel día las cartas estaban mudas. Decepcionada, se asomó a la puerta de su rancho y notó los remolinos de polvo que se formaban a nivel del suelo. El cielo estaba negro y las flores de los flamboyanes se habían tornado púrpura. Sin saber por qué, se dirigió con premura a la entrada del pueblo. Allí encontró a Lucía sin vida, debajo de la ceiba que daba la bienvenida a los desgraciados que llegaban al pueblo sin nombre.

Alguien dijo que había vivido más de cien años.

La enterraron bajo la ceiba. Todos los vecinos del pueblo sin nombre acudieron a la ceremonia. El padre leproso despidió el duelo. Antes de que los hombres comenzaran a palear la tierra que cubriría a quien había sido la protectora y guía de los desesperados, cada uno de los presentes depositó un objeto, algo propio, para que se los llevara con ella y no los olvidara. Una mujer puso su pañuelo, otra un anillo y así se acumularon sobre ella los más disimiles objetos: una muñeca, una manilla, un sombrero, un cuchillo, una mantilla, una botella. Vida puso la cesta donde acunó a sus hijos. José dos piedras del arroyo. En el cartel de la ceiba agregaron un simple epitafio: “Aquí yace el cuerpo de Lucía, *la gitana*. Su alma está contigo”.

Vida y José comprendieron que era hora de partir. Buscarían el mar con los dos tonos de azul y a su hermana mayor. Se despidieron para siempre de sus hijos muertos y dejaron el adolorido pueblo donde llegaron a ser felices, donde cultivaron la tierra, crecieron y sanaron sus heridas. Empezarían una nueva vida en Cabo Azules, muy lejos de Juragüey, donde nadie había escuchado la historia de la niña que le sacó el ojo al Isleño.



Vida en su primera comunión.

Dicotomía

Un amanecer, desde la cima de una colina, Vida vio por primera vez una masa de agua continua, ilimitada, exuberante. José le explicó que aquello era el mar. Su inmensidad la cautivó al instante. Casi a la caída del sol llegaron a la punta del istmo, donde parecía que el agua estaba dividida por una línea vertical, y se dejaron seducir por los dos tonos de azul. Se amaron de todas las formas posibles, acariciados por las aguas de color añil y esmeralda. Vida no tuvo que preguntarle a sus cartas. Aquel era su lugar.

Candelaria, la mayor de los Ferrero, acogió a su hermano José como si no hubiera estado ausente la mayor parte de su vida. Al final, era sangre de su sangre. Ella había enviudado joven y llevaba una vida recogida y aislada. Sin embargo, nunca había dejado de añorar la algarabía y el tumulto de su infancia nómada, así que agradeció que la joven pareja pusiera un toque de alegría a su soledad. Su casa era grande y estaba ubicada en la periferia de Cabo Azules, a pocas cuadras del final del paseo marítimo. Aunque había espacio suficiente para todos, José prefirió construir una casita en el patio, para vivir independientes.

A los tres meses de haberse instalado en su nuevo hogar, mucho más confortable que el primero y primorosamente decorado por Vida, las cartas por fin le dijeron que estaba embarazada. Lo comprobó después, por el olor diferente de su orina y aquel gusto metálico y persistente en la boca. El olor de la carne ahumada o el sabor de los pimientos asados le provocaba náuseas, y un sueño pegajoso que se resistía al café más fuerte se apoderó de ella. José había conseguido un trabajo de chofer en la compañía de ómnibus Crucero del Norte y se levantaba a las cuatro de la mañana para comenzar la faena de trasladar los pasajeros a los pueblos cercanos. Vida preparaba el desayuno casi en un estado de sonambulismo. A veces Candelaria la encontraba dormida en la cocina, con los cacharros a medio fregar. En otras ocasiones dormía todo el día y era imposible despertarla.

Con independencia de lo molesto de aquellos primeros síntomas, Vida se sentía sana y feliz. Su única preocupación era que José no estuviera presente el día que su hijo llegara al mundo. Últimamente estaba muy ocupado. Su compañero de ruta lo había introducido en un mundo hasta entonces desconocido para él, un universo de hermandad y satisfacción espiritual que lo había conquistado. José se había iniciado en la masonería, y a su compromiso le dedicaba una parte importante de su tiempo.

Candelaria comenzó a enseñarle a Vida buenos modales. Decía que la joven era un diamante en bruto, que tenía una elegancia natural y un buen gusto innato. Solo había que pulirla. Años después, Vida reconocería que Candelaria le proporcionó, a sus diecisiete años, ese vínculo afectivo que una madre ofrece y que Vida nunca encontró en la suya. Por eso nunca se arrepintió de todo lo que hizo por ella, cuando las circunstancias llevaron a su cuñada al hundimiento y la humillación.

Una mañana, entrado ya el octavo mes de embarazo, un intenso olor a azucenas despertó a Vida. Era un olor cargante, espeso. No imaginó que aquel aroma anteciediera a la aparición. Se levantó con la torpeza de su estado, e intrigada, cruzó el patio y se dirigió a la cocina de la casa principal. Le preguntó a su cuñada que qué pensaba de aquel extraño olor. Pero Candelaria estaba

envuelta en las fragancias del café recién colado y la leche fresca.

—No siento ningún olor a flores.

Vida se dejó guiar por aquella fragancia que, al parecer, solo ella percibía, siguiéndole el rastro como un perro sabueso. El perfume se hacía más fuerte a medida que se acercaba al último cuarto, que servía de trastero. Sin pensarlo dos veces Vida abrió la puerta y allí estaba ella. La reconoció de inmediato, una vez se había llevado a sus hijos. Era la muerte, enmascarada en la forma de una mujer. De pie, al lado de la ventana, pálida y bella, vestía una túnica blanca, antifaz de cuero y una rosa roja prendida en la larga cabellera negra. Vida le sostuvo la mirada, dispuesta a no dejarse arrastrar por el poderoso influjo de su aura.

—Esta vez no ganas.

La muerte, con actitud altanera, dio media vuelta. Luego se disolvió en la nada, dejando una estela de humo y un olor a flores mustias. Justo en aquel momento, Vida sintió las primeras contracciones. Un líquido viscoso y cálido brotó a borbotones y le corrió por las piernas. Se desnudó y se agachó, como había hecho la primera vez con la ayuda de Lucía, la gitana, a la orilla del arroyo, en el pueblo sin nombre. Así la encontró Candelaria un rato después. La llevó a la cama y mandó a buscar a una comadrona. Diez horas más tarde, Vida estaba exhausta, con el amasijo de amor todavía en su vientre.

Candelaria logró reunir a las tres mejores parteras del pueblo. Habían ido llegando una a una, dado lo complejo de la situación. Todo lo intentaron sin éxito, excepto el remedio de la gallina, un último recurso que, según la comadrona mayor, se empleaba en los casos más difíciles. Consistía en introducir el pico de una gallina grande en el conducto vaginal: el esfuerzo del ave por respirar estimulaba las contracciones. No hubo tiempo de probarlo. Vida se había sumido en un letargo y las comadronas terminaron por reconocer que no había nada más que ellas pudieran hacer. Así estaban las cosas cuando llegó José que, a punto de dejarse llevar por el pánico, atinó a mandar a buscar al médico con carácter urgente.

El doctor Leónides Carranza era un hombre de cuarenta y cuatro años, ágil y competente. Tenía fama de buen profesional, serio y reservado. No obstante su reputación, los hombres del pueblo preferían dejar los nacimientos en manos de las comadronas. Para José no había opción, era un asunto de vida o muerte. El doctor reconoció a Vida, con el distanciamiento de quien está habituado a lidiar con la muerte. Les explicó a José y a Candelaria que el caso era grave y que, aunque la paciente debería ser hospitalizada, si querían salvar al niño y a la madre (quizás solo uno sobreviviera) se debía proceder de inmediato. El médico decidió practicar un corte en el área vaginal de la paciente para facilitar el parto. No había tiempo que perder. José salió del cuarto abatido y nervioso. Se fue al patio y fumó, desesperado, un cigarrillo tras otro.

Por fin, con un alarido, Vida pareció estallar y un llanto débil anunció que la muerte había perdido la batalla. Leónides Carranza había determinado que el feto venía de pie y con habilidad había ejecutado una compleja maniobra. Había logrado agarrar un piececito pequeño y amoratado y lo haló con fuerza hasta extraer a la criatura del vientre de la madre. Cuando por fin se produjo la expulsión, el experimentado galeno no lograba salir de su asombro al observar que no había uno, sino dos recién nacidos. Pero aquello no era lo más asombroso: ambos estaban unidos por la región abdominal, mediante una membrana verdosa.

El doctor evaluó con presteza la situación. Vida se recuperaba, así que la dejó en manos de las comadronas y procedió a observar a los bebés. Eran dos niñas que tenían la apariencia natural de los gemelos, excepto por la extraña membrana que las mantenía enlazadas. Las bebitas no parecían compartir ningún órgano, solo aquel extraño tejido, viscoso y elástico que las ataba. Por si fuera poco lo difícil del parto y lo insólito de la unión, la forma en que las niñas interactuaban

parecía tener también algo de extraordinario. Acostadas sobre la mesa del comedor, el médico trataba de separarlas para observar la membrana y ellas retornaban al instante a su posición original, como de abrazo.

A esa hora ya Vida reclamaba a sus niñas. Candelaria y las comadronas trataban de obligarla a quedarse en la cama. —Al parecer las niñas son siamesas, aunque se trata de un caso muy raro — dijo el doctor Carranza.

José, que había regresado al cuarto cuando supo que el parto había concluido, se dirigió al galeno con el alma en vilo:

—Por amor de Dios, ¿qué les pasa a las niñas?

Entonces el doctor Carranza explicó que algunas veces la naturaleza juega una mala pasada y los gemelos no se separan del todo en el estado embrionario, por lo que al nacer forman una entidad común de dos personas diferentes. Vida y José contemplaban al doctor, perplejos, como si les estuviera hablando en una lengua extraña. José fue el primero en reaccionar.

—Tuvimos unos mellizos que murieron pronto, pero estaban completos y separados al nacer. No entiendo doctor, ¿quiere decir que las niñas se quedarán pegadas?

—Eso lo deciden ustedes que son los padres.

Vida se incorporó en la cama y haciendo un esfuerzo sobrehumano le habló al doctor, sin quitarle la vista a su esposo.

—Sepárenlas por favor, para que cada una pueda coger su camino.

El doctor Carranza asintió y decidió que se debía actuar de inmediato. Dada la complejidad del caso decidió mandar a buscar a su ayudante, Doña Angustias, una enfermera con más de diez años de experiencia, y al doctor Enrique Infante, con quien solía discutir los casos más difíciles por su agudeza y capacidad de reacción ante situaciones complicadas. Mandó a hervir una olla de agua, y que buscaran en la farmacia del pueblo alcohol y yodo. Colocó sobre la mesa del comedor una sábana que Candelaria había bordado para el nacimiento y le pidió que hirvieran también sus instrumentos médicos.

Candelaria cumplió con las orientaciones del médico; luego corrió a la farmacia y en unos minutos estaba de vuelta con el pedido. El doctor sacó de su maletín un pequeño frasco con una solución de olor fuerte y otro con un polvo blanco. Con una cucharilla de plata, hizo una pasta mezclando el polvo y la solución en un platillo de porcelana que Candelaria le procuró, con la que embadurnó el abdomen de las bebitas. Luego se lavó las manos y se dispuso a esperar.

Le enfermera y el doctor Infante llegaron casi al mismo tiempo. El doctor Carranza les explicó lo difícil del caso y consultó con su colega el procedimiento de separación. El doctor Infante examinó a las recién nacidas y corroboró la opinión de que ningún órgano vital estaba comprometido, por lo que pusieron manos a la obra. José se sentó en la cama, al lado de su esposa y la abrazó. Así estuvieron hasta que el proceso quirúrgico hubo culminado.

Remover la membrana tomó tiempo y pericia, pero fue todo un éxito. Como recuerdo de que las niñas estuvieron alguna vez enlazadas solo quedó una herida superficial, en el abdomen de cada una, que sanó sin complicaciones y que se convirtió, con el tiempo, en una línea imperceptible. Al culminar la operación, el doctor pidió permiso para estudiar la membrana, la cual colocó en una tetera de porcelana que le dio Candelaria.

Luego de la separación, las criaturas estaban en una especie de alerta tranquila. Vida reclamó que le llevaran a sus hijas y les ofreció sus pechos. Las observó con detenimiento: eran pequeñitas, pero no tanto como sus primeros gemelos. Tenían la piel blanca como la masa del coco y el pelo negrísimo. Las apretó contra su pecho y volvió a sentir el olor a flores, aunque no le pareció un mal presagio. Sus niñas se llamarían Sol y Estrella, porque habían venido a su

mundo a resplandecer y darle luz.

José Ferrero inscribió a sus hijas al día siguiente en el Ayuntamiento de Cabo Azules, sin saber que los nombres que escogió su esposa les traerían más de una complicación. Al nacer, las bebés eran tan parecidas, que las llamaban por un nombre u otro indistintamente. Por tanto, durante un tiempo Sol pudo ser Estrella y viceversa, hasta que José, cansado de las constantes discusiones con su esposa por la identidad de las niñas, mandó a hacer unas manillas de oro con los nombres.

A la semana del nacimiento, Vida descubrió que las gemelas no eran idénticas. Quizás fue por la conmoción que produjo el asunto de la membrana, o por el susto de la separación quirúrgica, pero nadie había reparado en que las niñas tenían los ojos diferentes. O tal vez el cambio ocurrió algún tiempo después del nacimiento, no podían asegurarlo. Lo cierto era que una de las siamesas tenía los ojos de color marrón claro y la otra tenía un ojo marrón y el otro amarillo mostaza. La del ojo amarillo, llevaba la manilla con el nombre de Sol. Tal coincidencia le traería contratiempos en el futuro.

El doctor Carranza, a quien acudieron preocupados, no le dio importancia al asunto. Según les explicó, la diferencia de coloración del iris de los ojos se denomina heterocromia, una condición poco común, que no le traería a la niña dificultad alguna en cuanto a su desarrollo. El doctor aprovechó la visita de los Ferrero para solicitar el permiso de los padres para retratar a las niñas. Consideraba que eran un caso único que ameritaba ser publicado. José y Vida accedieron, siempre y cuando se diera tiempo a que las niñas estuvieran más fuertes.

Un mes después los Ferrero se presentaron, muy elegantes, en el estudio fotográfico del señor Amador II, para tomar la tan ansiada foto. José usó su único traje negro y Vida un vestido azul celeste con mangas de mariposa. Las niñas llevaban ropones de encajes. El fotógrafo, al ver a la familia vestida de domingo, les explicó que la fotografía tenía la intención de ilustrar una publicación médica, por lo que las bebés debían retratarse desnudas, cosa que por demás era usual. Vida y José accedieron, siempre y cuando primero les tomaran una foto de familia. El fotógrafo aceptó gustoso. Los padres posaron felices, cada uno con una bebida en los brazos, delante de un telón de fondo que representaba un hermoso jardín. Luego desnudaron a las niñas y las acomodaron en un sofá de tela brocada, entre almohadones de seda con grandes estampados y ribetes con flecos y pompones. La foto fue un fracaso desde el punto de vista médico. Los pliegues del abdomen disimulaban la cicatriz y el brillo del ojo amarillo de Sol no se hizo evidente en la foto en sepia. Era solo una foto de dos gemelas rollizas y saludables.

El doctor Leónides Carranza se sintió frustrado con el resultado de la fotografía. Las evidencias de tan extraordinario nacimiento se desvanecían ante sus ojos, como si algo por encima de él mismo le impidiera desentrañar el misterio. Poco tiempo antes había tenido que lidiar con el asunto de la membrana. Lo que ocurrió fue irremediable.

La noche de la exitosa separación quirúrgica del primer caso de siameses en Cabo Azules, el doctor pasó por el consultorio, antes de irse a su casa, a dejar su instrumental y a documentar el acontecimiento. Estaba orgulloso de sí mismo, la manera en que había manejado el caso era admirable. Se quitó el saco y la corbata y, agotado, se recostó en el sofá de cuero. Entonces dejó vagar su imaginación. ¿Qué tal si pudiera publicar la descripción del síndrome en una revista médica de prestigio y ponerle su nombre, como lo hicieron Huntington y Gaucher? Le invadió un enorme deseo de trascendencia y se dejó llevar por los sueños. ¡Qué maravilloso sería saber que su apellido estaría enlazado a un conjunto de signos y síntomas clínicos! “El síndrome de Carranza o síndrome de la membrana verde”, fantaseó, formaría parte de la historia médica. Entonces él sería inmortal. De un salto se levantó. “Nada llega sin sacrificios”, se dijo. No había

tiempo para descansar, necesitaba preservar a toda costa la membrana. El análisis histológico sería una fuente de incalculable valor científico.

Sin reparar en lo avanzado de la hora, se dio a la tarea de buscar la mejor forma de preservar el tejido. Pensó en embeber el espécimen en una solución saturada de cloruro de sodio y secarlo al sol, pero esto no le pareció efectivo. Después de sopesar diversos métodos, se decidió por una mezcla de formaldehído y alcohol etílico, que preparó en proporciones calculadas con precisión. Vertió la solución en la tetera que contenía el valioso tejido y suspiró satisfecho.

—Mañana lo envío al Hospital Universitario.

Se fue a su casa con la certeza de haber alcanzado algo grandioso.

Al día siguiente, Doña Angustias, la enfermera asistente, se levantó temprano y salió para el consultorio. El doctor le había dejado claro la noche anterior que mucho quedaba aún por hacer en relación con el caso de las siamesas y por tanto requería de su presencia a primera hora de la mañana. Cuando llegó era ya demasiado tarde.

Ángeles de las Mercedes, la criada encargada de la limpieza, tenía una reputación bien ganada. Era escrupulosa, limpia y eficiente. Había llegado, como siempre, a las cinco de la mañana. Al abrir la puerta del consultorio le sorprendió el chirrido agudo de los grillos. Entró al despacho del doctor y vio cientos de diminutas moscas azules revoloteando sobre una tetera de porcelana. La destapó y observó que contenía un líquido verdoso de olor dulzón, como a guanábana.

—Seguro que el doctor trabajó hasta tarde. Dios sabe qué clase de té estuvo bebiendo.

Sin pensarlo dos veces, Ángeles de las Mercedes vertió la solución por el tragante, y lavó la tetera hasta dejarla resplandeciente. Luego abrió las ventanas y espantó las moscas azules. Cuando la enfermera Angustias llegó, la criada estaba terminando de limpiar el piso y la tetera vacía reposaba boca abajo en el buró del doctor.

Leónides Carranza tuvo un ataque precordial cuando supo que su valioso espécimen se había perdido. Sin permitir que le diera explicaciones, despidió a Ángeles de las Mercedes. Ella no sabía qué pensar. No había hecho nada más que cumplir con su trabajo. Entonces y en aras de proteger su reputación, la mujer decidió utilizar la historia del nacimiento de las siamesas, que ya era *vox pópuli* en Cabo Azules, para justificar su desafortunada acción. Le contó a quien quisiera escucharla, cómo aquella mañana, al entrar en el consultorio, había tenido una revelación. Al ver los cientos de insectos que se disputaban la tetera comprendió que aquel extraño incidente tenía que estar relacionado con el nacimiento de las inusuales criaturas y que todo aquello tenía que ser obra del diablo.

Al parecer, así comenzaron los rumores, que se fueron propagando hasta llegar a límites desconcertantes e incomprensibles para los Ferrero. Alentadas por la criada despedida, las malas lenguas distorsionaron la historia, agregándole elementos fantásticos. Se comentaba que las niñas se alimentaban de sangre y no de leche, que tenían la piel como de lagartija y lenguas viperinas. La familia hizo oídos sordos a los comentarios.

Cada tarde Vida salía con su cuñada Candelaria y le daban tres vueltas al parque, con las niñas vestidas de encaje, una de rosado y la otra de azul, acomodadas en sendos coches, decorados con cintas y tul. Vida mantenía la frente en alto y una actitud desafiante. Sabía que no estaba en sus manos cambiar las cosas, no podía detener la oleada de comentarios retorcidos. Ya pasarían. Estaba decidida a criar a sus hijas como seres normales y nada ni nadie iban a impedirselo, mucho menos una membrana verde.



Vida joven, posiblemente de 15 años.



José Ferrero. Fotografía de 1932.

Al desnudo

Cabo Azules resultó ser un buen lugar para criar a las gemelas Ferrero. La actividad pesquera y comercial del puerto impulsaba el desarrollo del pueblo, y algunos comerciantes adinerados se habían establecido en el área, buscando explotar las bellezas naturales de la zona, sobre todo los afamados dos tonos de azul del mar. José había sido promovido a chofer de transporte interprovincial y hacía largos viajes entre las ciudades más importantes del país. Vida compartía su tiempo entre el cuidado de las niñas y su nueva pasión: la costura. Los sábados por la tarde salía a pasear por el bulevar, con su cuñada y las niñas, a mirar las vidrieras. Contemplaba extasiada los maniqués, tan elegantes, y observaba cada detalle, desde los sombreros hasta los zapatos. Vida soñaba con vestir bien. Quizás algún día pudiera ser dueña de una tienda de ropa. José, al verla tan entusiasmada con los atuendos y los tejidos, le regaló una máquina de coser por su cumpleaños. Ella compró algunos patrones, y comenzó a coser las ropas de sus hijas con ayuda de su cuñada.

Cuando Sol y Estrella cumplieron tres años, Candelaria quiso mudarse a la casita del fondo, que José había mejorado con el tiempo.

—Las niñas están creciendo, necesitan más espacio. Además, no me viene mal un poco de recogimiento —le dijo Candelaria a su hermano.

El matrimonio estuvo de acuerdo y enseguida se cambiaron a la vivienda principal. Vida transformó el estilo sombrío de Candelaria en uno más moderno y colorido, que aparentaba un estándar financiero mayor del que tenían. En ocasiones dejaba a las niñas al cuidado de su cuñada para viajar con su esposo. Regresaba cargada de platería y de toda suerte de adornos finos que compraba en los mercadillos. Por aquella época había hecho buenas migas con algunas señoras del vecindario. Le gustaba hacer arroz con leche o natilla planchada y salir a repartir los dulces en platillos cubiertos con servilletas de encaje. Cada tarde se sentaba en el portal de la casa y mientras miraba jugar a sus hijas, conversaba con sus vecinas.

El día en que la joven de la casa de al lado le pidió a Vida que le tirara las cartas comenzó el proceso de confidencias que resultó ser, con el tiempo, el exitoso negocio de los Ferrero. Cuando se mudaron a la vivienda principal había acomodado el trastero para sus sesiones espirituales, aunque no pensaba dedicarse a la interpretación de las cartas. Cubrió las ventanas con gruesas cortinas y colocó una lámpara *chandelier* y otra de pie que iluminaba la mesa de madera cubierta con un mantel rojo, en la que colocaba una copa de agua, dos velas blancas, un quemador de incienso y un búcaro en el que siempre mantenía una rosa blanca fresca.

Vida no podía mentir cuando de las cartas se trataba. El día de la primera consulta espiritual se lo dijo todo a la joven por lo claro. Era una mujer de no más de veinticinco años, delgada y ojerosa. Su marido la había abandonado y enfrentaba un futuro incierto. Fue directa: en su camino se presentaban obstáculos, compromisos desagradables, incluso contratiempos con la ley. Veía a un hombre adinerado de tez blanca, debía ser cuidadosa, él era frío y calculador. También veía conflictos pasionales, problemas, muchos problemas que la llevarían al derrumbe total.

Dos días después la joven retornó, pero no quería tirarse las cartas. Necesitaba dinero, un préstamo, estaba en una situación desesperada.

—Tengo que consultarlo con mi esposo.

José le dijo que sí, que por supuesto, tenían algunos ahorros y debían ayudar a la vecina, no faltaba más. Mas no podían confiarse. José pidió que la joven dejara alguna prenda en calidad de garantía. Ella dejó su cadena de plata.

Luego vino una amiga de la vecina a tirarse las cartas y luego una amiga de la amiga y después otra y otra. Algunas pedían dinero. Vida nunca se negó a hacer un préstamo, solo que siempre exigió algo como fianza.

Una tarde, cuando despedía a una señora que había requerido un préstamo de urgencia, Vida intuyó que lo que había estado haciendo, a manera de favores, podía ser una oportunidad de negocio. La idea de abrir una tienda de ropas que revoleteaba en su mente desde hacía algún tiempo era un sueño que no acababa de consolidarse. Aquel día comprendió que una casa de empeños era lo más conveniente, dada la reputación de prestamista seria que había creado entre sus vecinas y amigas.

Segura del éxito de su empresa, convenció a Candelaria para que trabajara con ella y se dio a la tarea de preparar su proyecto. Ante la explosión de entusiasmo de su mujer, José no pudo oponerse. Solo le exigió que buscara una buena niñera y que contratara a un guardia de seguridad para cuidar la tienda. Con un préstamo que Candelaria obtuvo del Banco Federal alquilaron un local en una zona céntrica, cerca del muelle. La casa de empeños fue bautizada como “El Aro de Oro”.

Mientras que Vida se dedicaba al trabajo con toda su energía y pasión, Candelaria parecía dejarse arrastrar por el flujo de los acontecimientos. Vida había aprendido a tasar joyas y antigüedades y a evaluar armas y herramientas. Aunque apenas había terminado la escuela primaria, su inteligencia natural y su voracidad por los libros le habían dado el bagaje que necesitaba para su negocio. Por su parte, Candelaria había logrado ponerle a la casa de empeños un toque de distinción. Cada mañana recibía a los clientes en un saloncito en el que servía té con miel y limón y galletas horneadas por ella misma. Con su apariencia elegante y refinada causaba una magnífica impresión.

En los tiempos de “El Aro de Oro”, Candelaria tenía poco menos de cuarenta años y conservaba un físico fuerte, no exento de los atractivos de la madurez. Había logrado asimilar, no sin cierta reticencia, los cambios que se habían producido en su vida y quizás nada habría sido relevante para ella de no haberse encontrado, un día como otro cualquiera, justo en el mostrador de la tienda, al mulato que transformaría su existencia. Se llamaba Francisco y quería empeñar un revólver. Lo primero que notó fueron sus manos, grandes y fuertes, un poco toscas —manos que saben tocar— pensó. Luego reparó en la mirada picante. Tenía unas espaldas enormes y labios gruesos y sensuales. Se asombró, cuando de solo mirarlo, sintió un ligero escalofrío. Era por lo menos quince años más joven que ella. Como no sabía de armas de fuego llamó a Vida, quien salió del cuarto de estar para hacer la valoración. Era un revólver Smith & Wesson en bastante buen estado. Vida acordó el precio, le hizo el recibo y fue a poner el revólver a buen recaudo. Pero Francisco no se movió. Miraba a Candelaria con una intensidad que la hizo sentirse incómoda.

—¿Se le ofrece algo más?

—¿Cree que podamos conversar un rato?

—Por supuesto que no, estoy trabajando.

—La vengo a buscar cuando usted termine y la invito a donde quiera.

—Váyase o llamo al guardia.

El mulato no se movió. Sin dudarle, Candelaria comenzó a gritar y Francisco salió de la

tienda, antes de que su presencia se malinterpretara como un intento de robo. Vida y el guardia armado encontraron a Candelaria agitada. Les dijo que aquel cliente, el del revólver, era un impertinente, y que la había hecho sentir nerviosa. Vida le dijo al guardia que estuviera alerta por si el individuo regresaba.

Después de aquel encuentro Vida comenzó a notar cambios progresivos en el comportamiento de Candelaria. Estaba ansiosa y distraída. Poco a poco, el nerviosismo se transformó en calma, pero no era la quietud insustancial que la caracterizaba, sino una serenidad viva. Luego retornó una ansiedad virulenta que le hizo perder el sueño. Podía pasarse hasta el amanecer levantada, deambulando por el patio —cazando cocuyos—, decía. Se compró vestidos de colores brillantes, con encajes y vuelos, pasados de moda, y se peinaba con complicados moños que remataba con rosas o crisantemos rojos. Un día, al borde del llanto, le dijo a Vida que quería volver a ser joven para poder volar. Poco a poco perdió el interés en la casa de empeños.

Vida intuyó que semejante cambio solo podía tener dos posibles causas: locura o amor.

—Estás enamorada y no me quieres decir de quién.

—¡Cómo se te ocurre!, a mi edad...

Una mañana Vida se levantó y la encontró en la cocina, sentada en el mismo sitio en que la había dejado la noche anterior, cuando le dio las buenas noches. Estaba pálida y por la inflamación de los ojos adivinó que había llorado. Por fortuna, José había salido el día anterior en uno de sus largos viajes y no la vio en tan lamentable estado.

—¿Qué te pasa Candelaria? ¿Estás enferma?

—Sí, estoy enferma..., por dentro.

Fue entonces que le dijo que quería hacerle una confesión. Guardaba secretos vergonzosos, atroces, impúdicos.

—Vamos mujer, que no puede ser tan terrible.

Candelaria sonrió con tristeza. Lo que le contó fue más allá de lo que Vida hubiera imaginado. La primera de las confesiones la sorprendió como un puñetazo.

—Nuestro apellido no era originalmente Ferrero... era Ferreira.

Vida abrió la boca en un gesto de asombro.

—Sí, ya veo que lo adivinaste. Somos descendientes de Maximiliano Ferreira.

Vida contemplaba atónita a su cuñada. La conversación parecía que iba a tomar un derrotero inesperado.

Maximiliano Ferreira fue el más glamuroso cuatrero del país, un personaje mítico, el fascinante bandolero que se debatió entre el heroísmo y el crimen, quien fuera tan amado como odiado, en dependencia del tiempo y las circunstancias. Pero no siempre había sido un bandido, provenía de una familia acomodada. Sus problemas con la ley comenzaron el día que salió en defensa de una joven llamada Paloma Tejeda, que servía copas en la taberna de un pequeño pueblo en las montañas. Un cliente con demasiado alcohol en la sangre se propasó y ella le dio una bofetada. El hombre la sujetó por el pelo y la golpeó. Maximiliano no pudo soportar el agravio y salió en defensa de la joven. Entonces comenzó la riña. A pesar de que Maximiliano era un hombre corpulento, en un momento determinado de la pelea se encontró en una situación desventajosa. Tendido en el suelo, boca arriba, recibía los puñetazos del airado cliente. Maximiliano atinó a sacar la pistola y le disparó en el pecho. El hombre murió al instante. Sin pensarlo dos veces y ante el asombro de los testigos, Maximiliano se libró del cuerpo de su contrincante, que le había caído encima, cargó en hombros a Paloma Tejeda y se la llevó a caballo. A partir de ahí se convirtió en una leyenda viviente.

Después de haber cruzado el punto de no retorno, el repentino proscrito se dedicó al robo de

ganado y al bandolerismo. Se convirtió en el forajido más famoso, un rebelde por excelencia, una mezcla de Robin Hood tropical y *cowboy*, sazonado con comino y cilantro. La leyenda de amor de Maximiliano y Paloma acrecentó la fama del mítico personaje como ídolo absoluto de las montañas y las sabanas. Se oponía a la ley y disfrutaba el desafío. Lo mismo se le atribuían los más cruentos crímenes, que se cantaban sus hazañas de defensor de los desprotegidos. Hasta que ocurrió la guerra de las pandillas ganaderas. Según contaban, tantos fueron los muertos que hasta intervino el ejército. Se formularon cargos contra los principales cabecillas y se ofreció inmunidad al que facilitara información que llevara a la captura de los bandoleros y favoreciera la paz. Fue entonces cuando Maximiliano Ferreira cometió el error que le costaría la vida. Tenía sus motivos. Paloma estaba embarazada y él no quería morir, era demasiado joven. Pactó con los militares ofrecer su testimonio. Pero las cosas no salieron como él esperaba. Luego de testificar en contra de los pandilleros, incluyendo a sus propios compañeros, Maximiliano fue encarcelado y se presentaron cargos en su contra por asesinato y extorsión. Fue ahorcado en la plaza pública de una localidad cercana al poblado de Cabo Azules, una tarde de 1878. Su último deseo fue que su Paloma no fuera perseguida.

Por supuesto que a la policía y a los militares les importaba un comino la última voluntad de un forajido, por lo que Paloma Tejeda era también una proscrita. Sin embargo, ella se las agenció para sobrevivir. Aun cuando el acto de su esposo fue interpretado por muchos como de una alevosía absoluta, los pobladores de la sierra le proporcionaron a Paloma protección y cuidado. Reapareció diez años después, bajo el nombre de Libertad Ferrero, madre soltera y experta pistolera, acompañada de su hijo Máximo. Lo mismo tiraba con revólver que con rifle y se decía que siempre daba en el blanco, por más complicado que se lo pusieran. Se ganaba la vida haciendo demostraciones de su talento en verbenas y ferias populares.

—Somos nietos de Maximiliano Ferreira y Paloma Tejeda, hijos de Máximo Ferrero —dijo Candelaria mirando de frente a su cuñada.

Vida necesitó algún tiempo para digerir la noticia. Candelaria respetó el silencio de su cuñada por unos minutos y luego continuó con el relato.

—Nuestra abuela murió víctima de una bala perdida en una de sus demostraciones de tiro cuando su hijo tenía dieciséis años. A partir de aquel momento nuestro padre nunca pudo permanecer en un pueblo por mucho tiempo, sufría de delirio de persecución. El fantasma de Maximiliano Ferreira, colgando con la soga en el cuello, lo atormentaba.

—Todavía no lo puedo creer. Lo que más me sorprende es que José nunca me lo haya dicho.

—Mis hermanos nunca lo supieron. Siempre nos dijeron que nuestro padre era huérfano, que sus padres habían muerto siendo él un niño, durante una epidemia de viruela. Yo lo supe por boca de mi madre y juré no contarle nunca. De todos modos, nadie me hubiera creído; no tenemos ninguna evidencia.

La noticia había tomado a Vida por sorpresa. Rápidamente sopesó las posibles consecuencias de la revelación y no tuvo que darle muchas vueltas. Lo que había oído de boca de su cuñada quedaría entre ellas. Contempló a Candelaria en silencio por algunos minutos. No parecía sentirse aliviada después de la confesión. Era obvio, había algo más. El secreto del abuelo bandolero y traidor no era más que el preludeo de una cadena de confidencias.

—No creo que tanto desconsuelo sea por causa de Maximiliano Ferreira.

—Por supuesto que no, esa era una historia enterrada. Te la conté porque es día de confesiones. Creo que fue el influjo del pueblo o la soledad..., no sé..., el caso es que desde que me quedé sola he ido cambiando hasta convertirme en lo que soy. Una viciosa que tiene mucho de qué arrepentirse.

—¿Viciosa? ¿Tú? ¡Por Dios Candelaria! O estás loca o no te conozco.

—No me conoces. Nadie me conoce.

Vida tenía razón. Lo más impactante estaba aún por escucharlo. Candelaria continuó el relato con la vista perdida.

—Cuando tenía dieciséis años llegamos a Cabo Azules. Estábamos solo de paso. Nunca nos quedábamos mucho tiempo en el mismo pueblo. Yo cuidaba a mis hermanos más pequeños, entre ellos a José. Te puedes imaginar, éramos una familia grande y para mi madre no era tarea fácil atender a nueve hijos, así que yo hacía lo que podía para ayudarla. Pero entonces apareció Fermín y mi vida cambió.

Después de esta introducción se sumió en un mutismo que a Vida le pareció interminable y la mantuvo en ascuas. Cuando tuvo que dejar a su cuñada por un rato para recibir a la preceptora de las niñas, la comezón de la intriga no la dejaba concentrarse en su tarea. Al regresar a la cocina, encontró a Candelaria en la misma posición, los brazos cruzados sobre el pecho y la vista perdida. Preparó una colada de café y se sentó junto a ella, dispuesta a no abrir la tienda hasta que supiera la razón de tanto tormento. Candelaria se sumió en sus recuerdos y comenzó el relato según lo acontecido el mismo día en que llegó a Cabo Azules con su familia itinerante.

La menor de los Ferrero, con apenas unos meses de nacida, tenía tos y fiebre y ella, como hija mayor, había recibido de su madre el encargo expreso de ir a comprar un remedio para las calenturas.

Se soltó el pelo, se calzó las sandalias y salió corriendo antes de que su madre cambiara de opinión. Recorrió dando brincos las callejuelas del pueblo hasta llegar al centro. Después de preguntar varias veces, encontró la farmacia de Fermín, que estaba ubicada en la calle principal. Al empujar la puerta una campanilla anunció su entrada. Con aquel sonido se adentró, por primera vez, en un mundo que, a sus ojos de niña, era irreal.

Lo primero que notó fue el olor a aceites aromáticos, después sus nombres, y pudo diferenciarlos de una olfateada: pachulí, lavanda, citronela, bergamota. Miró con embeleso los enormes estantes que cubrían las paredes. Frascos de porcelana y morteros de diferentes tamaños, se mezclaban en los entrepaños con botellas de cristal que contenían polvos y líquidos de colores. Observó con atención la balanza de precisión y la prensa, objetos desconocidos para ella y que le parecieron juguetes extraños. Sin embargo, lo que más le atrajo fue el alambique de cobre ubicado en la esquina opuesta a la puerta de entrada; quizás por el brillo del metal o lo sensual de las formas de los frascos, acoplados mediante conexiones torcidas. Algunos matraces de fondo redondo se mantenían suspendidos, y el circuito se cerraba con una espiral que desembocaba en un matraz colocado sobre una base de madera. Para Candelaria aquel insólito objeto era lo más bello que había visto en su vida. Como hechizada, recorrió con la vista la tienda y pasó del embeleso al asombro cuando notó que, en la pared del fondo, dentro de un armario de madera con puerta de cristal, había un esqueleto humano completo. Fue entonces cuando sintió la presencia del hombre detrás de ella.

Fermín era alto y un poco encorvado. Usaba unos lentes que no disimulaban los ojos de un azul cristalino. La miraba con el mismo éxtasis con que ella había contemplado el alambique de cobre minutos antes.

—¿Qué necesita la señorita?

Candelaria le explicó que estaban de paso y se habían instalado en el hotel del pueblo. Su hermanita estaba enferma, era muy pequeña y su mamá estaba preocupada. Necesitaba un remedio para las calenturas. De forma natural, el hombre y la niña se enfrascaron en una animada conversación en torno a las sustancias de colores y los raros objetos de la botica. El farmacéutico

no solo le regaló el remedio, sino que al día siguiente visitó a su padre para confirmar que la pequeña había mejorado y se ofreció para curar las cortaduras y ampollas que tenían los niños a consecuencia del largo viaje. Candelaria no entendía por qué aquel hombre que podía ser su padre, la miraba de aquella manera.

Fermín había cumplido cuarenta y un años y esperaba con paciencia el día que le llegara la muerte. Para él la vida había perdido sentido cinco años atrás, cuando su esposa se fugó con un vendedor de medicamentos, con el que tenía relaciones de negocios y quien decía ser su amigo. Pero la niña le había devuelto, en un instante, los deseos de vivir. Fue sin dudas un caso de amor a primera vista.

A los siete días de estar en el pueblo, Fermín pidió la mano de Candelaria y sus padres concluyeron que era una bendición del cielo que aquel caballero, tan fino y de tan buena posición, se hubiera fijado en una niña escuálida y descuidada. La boda se preparó en dos semanas. La madre de Candelaria, ante la inminencia del matrimonio, le habló de las intimidades carnales, en términos tan ambiguos que Candelaria solo pudo sacar en claro que el matrimonio es una responsabilidad y procrear una obligación.

—A partir de hoy eres una mujer. Nunca dejes de cumplir tus deberes. Es lo más importante.

Aquellas palabras de su madre atormentarían a Candelaria los primeros meses de su matrimonio. La boda se celebró con una simple ceremonia en la iglesia de la Santísima Trinidad y luego hubo una pequeña recepción vespertina a donde asistieron los amigos más cercanos del farmacéutico. Pocas horas después de terminada la fiesta, el fantasma de Maximiliano Ferreira comenzó a acosar a Máximo Ferrero, como ocurría cada vez que pasaban algún tiempo en un mismo lugar. Su mujer hubiera querido quedarse a acompañar a su hija en el inicio de su nueva vida, pero cuando el bandido aparecía, la familia se ponía en marcha. Era la única forma de dejarlo atrás. Partieron aquella misma noche, rumbo al este, al terminar la celebración.

Candelaria vio partir a su familia con lágrimas en los ojos. En la entrada de la casa y aún en traje de novia, observaba abstraída la nube de polvo que dejó atrás el carromato que los llevaría en busca del sueño de paz del patriarca Ferrero.

Entonces se dio cuenta de que no sabía a ciencia cierta qué esperar de su noche de bodas. Decidió seguir al pie de la letra las instrucciones de su madre. Con ayuda de una criada se zambulló en una bañera de agua tibia con hojas de lavanda y romero. Luego se puso el ropón de encaje color marfil que su madre le había regalado, se acostó en la opulenta cama de cedro y se tapó con la sábana de hilo. Con la mirada fija en el techo pensaba en cómo iba a lidiar con aquel señor mayor, amable y dulce, al que no conocía.

Bien entrada la noche, al ver que su esposo no llegaba, se levantó intrigada, y a hurtadillas se asomó al rellano de la escalera. Fermín estaba en la sala, sentado con la cabeza gacha, frente a una copa y una botella de brandy. Candelaria volvió a la cama corriendo y esperó, casi sin moverse, hasta que el sueño la venció. Aquella noche Fermín no consumó el matrimonio.

Al día siguiente, el farmacéutico ordenó que le llevaran el desayuno a su habitación. Candelaria se asombró del brillo de la plata y la liviandad de la porcelana. Una criada la ayudó a ponerse un vestido rosado con blusa de bordado inglés y falda amplia. Fue la primera vez que usó un peinado de tirabuzones. Su esposo la esperaba en la sala.

—Eres la dueña y señora de mi casa y de mi corazón —le dijo con un ligero temblor en la voz.

Le explicó que tendrían habitaciones separadas y que él la visitaría a su debido tiempo. Cada noche Candelaria seguía el mismo ritual: se bañaba con hojas de lavanda, se ponía el ropón largo y esperaba. Había oído a las criadas cuchichear y reír por lo bajo. No sabía a qué atenerse ni tenía a quién preguntarle si así era la vida de los casados.

Durante el día Fermín trataba a Candelaria con deferencia. Contrató a una institutriz para enseñarle a su joven esposa buenos modales, a caminar con gracia y a arreglarse como una señora. Fue una buena alumna. La adoración de su esposo crecía por día y le expresaba su amor con todo tipo de regalos: joyas, vestidos lujosos, zapatos finos, carteras, una caja de música con una bailarina que giraba con el brazo en alto. Una vez Candelaria mencionó que siempre había querido tener una muñeca de *biscuit* y al día siguiente su esposo le regaló una preciosa pastora francesa. Pero el mejor regalo fue el perfume. Su perfume. Una esencia creada por el farmacéutico solo para ella; una recreación de su propio olor. Él la invitó a disfrutar de la magia de los aromas y la introdujo en el mundo de las transformaciones químicas, que para ella era la búsqueda de sí misma. Según Fermín, Candelaria olía a menta, jazmín y jengibre con un toque de clavo de olor.

—Tu olor es complejo, por eso hay que combinar los ingredientes con cuidado. Es todo un arte.

Fue en ese tiempo en que estuvieron más cercanos. Ella lo acompañaba mientras él trabajaba en la captura de su olor, en el pequeño laboratorio de la farmacia. Aprendió a destilar aceites esenciales, a macerar las delicadas flores y a mezclar los componentes en las cantidades exactamente pesadas o medidas. Disfrutó de la textura de los aceites de almendra, de coco, de jojoba. Cuando por fin el producto estuvo listo, Fermín se lo entregó en un pequeño bote de color azul. Candelaria se lo acercó a la nariz y el aroma le provocó un estornudo.

—No huele a mí —dijo y rompió a reír.

Fermín se acercó y le acarició el rostro con la punta de los dedos, siguiendo el contorno de las facciones de la joven.

—Un buen perfume es el que se integra a la persona que lo lleva.

Le explicó que hay zonas claves donde el perfume y el propio olor individual se funden y entonces se desborda la magia de la fragancia perfecta. Con delicadeza, le aplicó la esencia detrás de las orejas, en el cuello y las muñecas. Con mucho cuidado le bajó el escote y le colocó una gota en el nacimiento de los senos. Aquel día Candelaria pensó que quizás alguna vez pudiera amar a aquel hombre.

Esa noche Fermín apareció, después de las once. Entró en la habitación de Candelaria pálido y decidido. Aquella fue su primera y última noche de casada. Horas después Fermín murió por la ruptura de un aneurisma cerebral.

—Creía que ya estabas recuperada de la muerte de tu esposo; han pasado muchos años —la interrumpió Vida.

—Me queda el vacío..., la pregunta sin respuesta. ¿Cómo habría sido mi vida si él no hubiera muerto? Quizás yo no sería mala y no tendría que sentir asco de mí misma.

Candelaria rompió a llorar. Vida, sorprendida, comprendió que de algo muy grave se trataba la confesión.

—Mejor te preparo una tisana a ver si te calmas. Saca lo que tienes atragantado, mujer.

Preparó el cocimiento con rapidez, ansiosa por saber de qué se traba aquel secreto que atormentaba a su cuñada. Sirvió la aromática infusión en tazas de porcelana que colocó en la mesa. Candelaria tomó varios sorbos, respiró profundo y las palabras le salieron de pronto, como si vomitara las entrañas.

—Es que nunca vi desnudo a mi marido. Ni siquiera cuando murió. No pude. Lo dejé todo en manos de las criadas. Luego me pesó.

Así fue como comenzó la historia de lo que le ocurrió a Candelaria como consecuencia de la muerte de Fermín. De su noche de bodas solo recordaba un poco de dolor, los jadeos y el peso del cuerpo de su marido. No tenía ningún recuerdo visual ni táctil. No se desnudaron, la sábana

permaneció entre ellos como una barrera.

Después de la súbita desgracia, Candelaria vagaba por la enorme casona buscando el espectro de su esposo. Todo había quedado inconcluso, suspendido. ¿A dónde fue a parar lo que pudo ser? Por más que exploró no encontró nada. Al poco tiempo despidió a las criadas, vendió la farmacia y la regia mansión que el farmacéutico le había dejado. Se mudó a una casa modesta, en las afueras del pueblo, a vivir una vida sencilla, sin lujos ni expectativas. De la farmacia solo conservó el alambique de cobre, el esqueleto y los misteriosos frascos de aceites esenciales. Candelaria se quedó sola y se dio a la tarea de buscar el olor de Fermín. Ensambló las piezas del alambique y se sumergió en la frenética tarea.

—Eucalipto, nuez moscada, sándalo..., o quizás lavanda, romero, cedro...

No lo logró. Fermín se había llevado la magia. Entonces se dedicó a vegetar en su propia dimensión. Pero durante aquel tiempo de aparente calma, algo oscuro se estaba gestando en su interior. Al principio fue curiosidad, luego fue una necesidad que se expresaba como una urgencia incontenible. Con el tiempo se convirtió en una obsesión y luego en algo de lo que no podía prescindir.

—Empecé a salir de noche y a mirar por las ventanas. Al principio hice cosas locas con tal de ver a un hombre desnudo. Me arriesgué demasiado y más de una vez casi me pillan. Solo dejé de hacerlo durante el tiempo en que mi madre, ya enferma, vino a vivir conmigo, después de la muerte de mi padre. La cuidé hasta el final. Luego retomé mis salidas. Me gusta mirar las intimidades de otros, también los placeres solitarios, me acostumbé a ellos. Con el tiempo me volví muy cuidadosa, una experta en acechar. Ninguno de mis vecinos se imaginaría que conozco cada pliegue de sus cuerpos, que los he visto envejecer. Lo he practicado siempre, a veces con mucha frecuencia, o solo de vez en cuando. Ahora encontré a Francisco. Nunca creí que me pudiera enamorar, nunca me permití ese lujo, y sin embargo me ha sucedido.

—¿Quién es Francisco? —preguntó Vida desconcertada.

Candelaria sonrió con tristeza.

—Perdona que no te lo dije antes. ¿Recuerdas a aquel cliente de la tienda, el del revólver?

—¿El mulato que quería robar?!

—Nunca quiso robar, Vida. Me quería a mí. Hace meses que somos amantes.

Entonces, Candelaria le contó que después del incidente del revólver, Francisco comenzó a merodear por los alrededores de la tienda. Varias veces lo vio en la calle y estaba segura de que no eran encuentros casuales. Comenzó a recibir esquelas de amor que sabía habían sido creadas por el más famoso escribano de Cabo Azules. Candelaria no cedía. No obstante, Francisco demostró ser más persistente que ella fría. Una noche, por fin le abrió la puerta de la casita del fondo. A partir de ahí se habían visto con bastante frecuencia, siempre después de la media noche.

—Francisco es jornalero, pero estamos en tiempo muerto. Vino al pueblo de paso y según él no se va si no es conmigo. Ahora trabaja en el puerto, en la descarga de barcos. Lo cierto es que me siento bien con él..., y además..., tengo terror de morir sola, disfrutando de amores ajenos. Vida, me siento culpable, sucia. Tengo que decírselo. Antes de tomar cualquier decisión tengo que ser sincera con él.

Vida contemplaba a su cuñada con expresión perpleja. En menos de dos horas no solo se había enterado de que su esposo era nieto del tristemente célebre Maximiliano Ferreira, sino que su cuñada era una voyerista experimentada y que se fugaría con su amante joven en cualquier momento.

—¿Te has confesado?

—Todas las semanas confieso pecados imaginarios con la esperanza de que Dios me perdone

los reales.

Vida se quedó pensativa por largo rato. Recordó las noches de Candelaria persiguiendo cocuyos, sus cambios de humor, las ganas de volar. Había cambiado, era otra persona. ¿Quizás estaba ocurriendo algo más? Desechó de plano el pensamiento incómodo.

—Nunca me lo hubiera imaginado.

—Mi vida ha sido una mentira. Sé cómo hacerlo.

Vida se tomó el cocimiento despacio y luego jugó con la cucharilla en la taza vacía, por un rato. Por fin se decidió a hablar.

—Todos tenemos secretos. Si quieres tranquilidad para tu conciencia, ya te lo sacaste de adentro. No tienes por qué decírselo a quien no lo va a entender. Créeme.

Candelaria la miró a los ojos con expresión catártica y le apretó la mano con fuerza. Vida la dejó llorar los años de deseos humillantes, de vergüenza contenida, de horror de sí misma. La consoló como pudo, le aseguró que ella era buena, que todos tenemos nuestros propios demonios y que al final todo saldría bien. De esto último no estaba tan segura.

—Déjame tirarte las cartas.

Quizás las barajas podrían ayudar a Candelaria a encontrar su camino, a desentrañar sus sentimientos. Candelaria no se negó. Vida buscó el mazo de cartas y mientras las barajaba vio, por unos segundos, a Lucía, *la gitana*, a su lado. Parecía estar impaciente por transmitirle un mensaje.

—No te confundas. La verdad no es siempre lo mismo que la realidad.

No pudo descifrar el sentido de las enigmáticas palabras. Le dio el mazo a Candelaria, quien las barajó sin entusiasmo. Vida sentía que se le dificultaba respirar y, con ansiedad, comenzó la tirada: cambios..., pero negativos..., también una enfermedad grave. Continuó, pero no tuvo mejor suerte con la lectura. Pruebas definitorias..., lujuria..., tentaciones..., un hombre moreno..., el peligro de perderse..., caer en lo profundo...

—Lo siento, las cartas no quieren hablar.

—No importa..., de todos modos no creo que valiera la pena. Gracias.

Salió en dirección al patio con expresión perdida. Había recuperado su coraza de hielo.

Aquella fue la última vez que Vida consultó las cartas.



Candelaria Ferrero poco después de su matrimonio con Fermín el farmacéutico. Tendría alrededor de 16 años.

De gris a negro

José se acomodaba la camisa por dentro del pantalón a la entrada de la cocina. La gorra y la chaqueta del uniforme de chofer reposaban sobre una de las sillas de madera situadas alrededor de la mesa dispuesta para el desayuno. Vida, de espaldas a la puerta, le ponía las dos cucharaditas de azúcar a la taza de café con leche que le preparaba a su esposo.

—¿Mi hermana no se ha levantado?

La ausencia de Candelaria era de extrañar, cada mañana era la primera en levantarse. Vida dejó caer la cucharilla que sostenía y apoyó las manos en el fregadero. Sin volverse contestó.

—Candelaria se fue.

José se quedó inmóvil, con expresión aturdida e inquisitiva.

—¿Qué quieres decir con que se fue?

—Eso..., que nos dejó.

Durante meses, Vida había tenido el presentimiento de que un evento definitivo estaba por ocurrirle a su cuñada. Su actitud indiferente, como desprendida de la realidad, el temblor de las manos, los párpados siempre inflamados, la excesiva delgadez eran señales de aviso. Pero no había tenido el valor de hablar con su esposo acerca de sus preocupaciones. No le había contado las angustias de Candelaria y mucho menos sus secretos. No podía violar la confianza que había depositado en ella. Sin embargo, la sensación de que, de cierta manera, estaba traicionando a José, la había atormentado desde el momento de las confesiones. Nunca antes le había mentado.

El incidente de la noche anterior transformó en certeza las sospechas de Vida. La familia solía reunirse en el portal de la casa después de la cena. Era el único lugar donde la brisa marina refrescaba el ambiente. Aquella noche José comentaba, como siempre, las últimas noticias que había leído en el periódico *La Jornada*, mientras que Vida vigilaba a las niñas que jugaban en la acera, sentada en los escalones de la entrada. Candelaria se había mantenido más retraída que de costumbre, balanceándose en el sillón con la vista perdida. A eso de las ocho y veinte, justo antes de que Vida les ordenara a sus hijas que se fueran a la cama, Candelaria se levantó y les dio las buenas noches. Pero no se despidió con un gesto lacónico, sino que abrazó a su hermano y le acarició la cabeza. José, acostumbrado a la falta de emoción de Candelaria, no pudo dejar de notar la diferencia.

—¿Qué es lo que te pasa? Parece como si te fueras a morir mañana.

Candelaria no respondió. Abrazó también a su cuñada y a las niñas y se retiró sin pronunciar palabra.

—¿Tú crees que Candelaria está enferma?

—No sé, puede que sea pasión de ánimo.

Ahora estaban los dos frente a frente, José paralizado, mirándola fijamente, y ella nerviosa, alisando su vestido, sin saber qué decir. Él se sentó a la mesa y retiró la taza de café con leche que ella le había puesto delante.

—No entiendo.

Vida sacó del bolsillo del delantal el pedazo de papel que había encontrado encima de la mesa de la cocina. Las breves palabras revelaban el peso de la decisión: “Me voy. De veras lo siento.

Dile a mi hermano que me perdone. Los amo. Un beso para las niñas”.

José dobló la nota y se la devolvió a su esposa.

—¿Qué significa esto? ¿Y qué tienes tú que ver con los asuntos de mi hermana? Creo que merezco una explicación.

Entonces Vida le contó de la relación de Candelaria con Francisco, de las visitas secretas a la casita del fondo, de la vergüenza que sentía por tener un amante pobre que podía ser su hijo y de su miedo a morir sola. No le mencionó los viejos vicios de voyerista empedernida, ni la relación familiar con el bandido Maximiliano Ferreira. José la escuchó mirándole a los ojos, con los puños apretados y el cuerpo tenso.

—Entonces estabas al tanto de todo y yo haciendo el papel de idiota.

Vida no respondió. José se levantó despacio y se puso el saco y la gorra. No recogió la cantina de almuerzo que su esposa le había preparado.

—Después tú y yo vamos a conversar.

Vida dio un brinco al escuchar el portazo. Se llevó la mano al pecho en un intento por controlar los agitados latidos de su corazón. Permaneció quieta por unos minutos, con la vista fija en el piso. Era la primera vez que José usaba aquel tono cortante con ella. Se secó una lágrima que sin prisa corría por su mejilla.

—¿Y ahora qué pasará?

Mientras preparaba a las niñas para las clases matutinas, no dejaba de pensar en las posibles consecuencias de la partida de Candelaria y de su complicidad con ella. Decidió que aquel día no abriría “El Aro de Oro”. Necesitaba reflexionar, averiguar si la decisión de su cuñada obedecía a un impulso, o si había alcanzado aquel estado emocional donde solo un cambio radical lograría salvarla. Vida necesitaba entender la situación para luego buscar argumentos, una explicación plausible que justificara su deslealtad. Pensó que quizás podría encontrar alguna pista en la casita del fondo. Candelaria nunca la cerraba con llave, al menos durante el día.

Cruzó el patio corriendo y abrió la puerta de entrada. Nada había cambiado en apariencia. Una pieza de tela con un delicado dibujo de un ramo de violetas, ceñida en el bastidor de bordar, estaba sobre la mesa de la sala. Una aguja y dos madejas de colores matizados, colocados al lado de la pieza sin terminar, apuntaban a que Candelaria estuvo esperando durante mucho tiempo. Siempre bordaba cuando quería sofocar la impaciencia.

En la habitación principal la cama estaba tendida. Sobre la mesa de noche junto a una palmatoria con una vela casi consumida, había una taza de porcelana china con restos de té. Vida revisó impaciente la cómoda y el escaparate. Candelaria se había llevado casi toda su ropa, incluso el abrigo tejido que nunca había usado. También faltaban las joyas y el dinero que sabía que guardada en el compartimiento interior de la caja de música. Pero había dejado atrás la muñeca de *biscuit*, también el alambique de cobre, los botes de sustancias, ya rancias, y el esqueleto, únicas posesiones que conservó de la antigua farmacia. Vida se sentó en la cama y rompió a llorar. Lloró durante horas, como no lo había hecho desde que enterró a sus primeros hijos en el pueblo sin nombre.

Los gritos de las niñas jugando en el patio despertaron a Vida de la especie de letargo en el que se había sumido, sentada en la cama de Candelaria, abrazada a su almohada. Regresó corriendo a la casa. La preceptora, con la cartera colgada del brazo, esperaba impaciente.

—Deme solo diez minutos.

Sin esperar respuesta, salió a la calle, dejando a la mujer con expresión perpleja. Despeinada y con el delantal puesto, Vida corrió al mercado y compró cinco cocos frescos. Regresó a la casa y les advirtió a las niñas que no la molestaran bajo ninguna circunstancia. Les dijo que jugaran la

una con la otra hasta que tuvieran sueño y que después se fueran a la cama. Entonces se dispuso a cocinar. Había decidido preparar una receta especial, única, para recibir a su esposo. Cepilló los cocos y les hizo un hueco con un punzón. Vertió el agua en una vasija de metal. Luego los partió, les sacó la pulpa que ralló con tanto ímpetu que le sangraron los nudillos. Adicionó azúcar, canela y vainilla a la masa rallada y luego cocinó el agua de coco con clavo de olor, claras de huevo batidas a punto de nieve y crema de leche. Decoró el postre con ramas de canela y filamentos de caramelo.

José regresaría la tarde siguiente. Poco antes de la medianoche se fue a la cama, pero no pudo pegar un ojo. ¿Cómo convencer a José de sus buenas intenciones al guardar los secretos de Candelaria? ¿Qué podría decirle para que su actitud no se interpretara como una traición? Decidió que un corte de cabello aliviaría las tensiones entre ellos.

Al otro día, fue al mejor salón de belleza de Cabo Azules. Después de tres horas salió llevando una melena ondeada a la altura de los hombros. Al llegar a la casa, mandó a las niñas a jugar al cuarto y transformó un viejo vestido de fiesta en un modelo más moderno que había visto en una revista de modas en la peluquería. Luego se arregló, se perfumó y se dispuso a esperar a su esposo, quien no regresó ni a las cinco ni a las seis como ella pensaba, sino pasadas las diez, con algunos tragos de más.

—¿Qué diablos te has hecho en la cabeza?

José, airado, le contó que Candelaria estaba en boca de todos. Dejó claro que no existían argumentos para justificar su actitud encubridora, por lo tanto, no quería perder el tiempo escuchando explicaciones inaceptables. También le dijo que procurara hacerse cargo de “El Aro de Oro”, ahora que Candelaria no estaba y que no contara con él para eso. José no quiso probar el dulce de coco y prefirió dormir en el trastero. Aquella noche Vida fue una vez más víctima del insomnio. Sabía que tendría que esforzarse para recuperar a su esposo. Solo la desgracia que sucedió después pudo reparar el daño y volvió a unir a los Ferrero.

En medio de la crisis matrimonial, Vida intentaba mantener a flote “El Aro de Oro”, pero cada día tenía menos clientes. Quizás fuera por la ausencia de Candelaria o por los comentarios maledicentes que circulaban alrededor de su huida. Para colmo de males, las niñas contrajeron una fiebre tifoidea que sufrieron por dos meses. Cuando por fin el médico las declaró fuera de peligro, Sol y Estrella estaban delgaduchas y habían perdido el pelo. Vida había tenido que cerrar la casa de empeños y estaba consagrada a sus hijas convalecientes. Cada mañana iba al matadero de reses a recoger vísceras que ponía en agua para frotarles las cabezas con la solución sanguinolenta. Recordaba que su madre, la India, decía que no había mejor remedio para hacer crecer el pelo. Sin embargo, lo que para Vida era solo un remedio de los indios, para los pobladores de Cabo Azules fue la certeza de que los Ferrero eran personas raras, que alimentaban a sus hijas con sangre y vísceras de animales. La historia del extraño caso de las siamesas volvió a ser la comidilla del pueblo.

Un día, cuando las niñas ya habían mejorado un poco, Vida fue a darle una vuelta a la casa de empeños. Al salir, notó que había más gente que de costumbre en las calles y que las personas corrían y hablaban con una exaltación inexplicable. No se atrevió a preguntar. Al llegar a la esquina de “El Aro de Oro” vio una muchedumbre agrupada en el muelle, observando el horizonte. Se acercó y vio que el mar había retrocedido más de cien metros. Los barcos parecían haber encallado y turbas de marineros halaban los botes enterrados en la arena. Los peces brincaban asfixiados en lo que antes fuera mar. La concurrencia estaba excitada ante tan extraordinario panorama. Vida sintió una punzada en el pecho. Sin pensarlo dos veces dio media vuelta y salió corriendo, como si una fuerza invisible la empujara.

Llegó a la casa y llevó a sus dos niñas a la casita de Candelaria. Se dirigió directamente a la habitación. Con una fuerza que no conocía, encaramó la cómoda sobre la cama, de manera que podía alcanzar la parte superior del escaparate que cubrió con cuanto trapo fue capaz de encontrar. Luego cargó a sus niñas, todavía muy débiles, y las sentó encima. Ella subió a la cómoda. Entonces oyó el bramido del mar y el agua, indetenible, inundando el pueblo. La invasión duró unos minutos, que parecieron siglos. Luego llegó el silencio.

En el ras de mar de 1936 murieron más de trescientas personas, pero Vida y sus hijas sobrevivieron. José, que estaba de viaje cuando ocurrió la desgracia, logró entrar en el pueblo dos días después. Llegó a la casa sorteando los cadáveres que se pudrían en las calles y las encontró aún conmocionadas por la aterradora experiencia. Vida lo vio llorar por primera vez. No lo había hecho ni cuando murieron los gemelos. Entonces les dijo que nunca había sentido un miedo como aquel pánico de perderlas.

—Es hora de irnos. Esto es una señal —le dijo Vida.

Pero José era masón y un masón no abandona a sus hermanos en desgracia. Acordaron que esperarían a que las labores de socorro y salvamento terminaran y después se marcharían, lo más lejos que pudieran.

De “El Aro de Oro” solo quedaba el cascarón vacío. Lo que no se llevó el mar se lo llevaron las turbas que saquearon los negocios después de la desgracia. Vida se dedicó a recoger lo poco de valor que les quedaba, y el día que levantaron la cruz de madera en el puerto, cerraron la puerta de la casa para emprender un viaje que creían sin retorno.

A última hora, Vida quiso recoger la única de sus macetas de rosas que había sobrevivido a la hecatombe y fue allí donde encontró una carta arrugada fechada tres meses antes. Cómo llegó la carta y cómo se conservó, fueron siempre enigmas inexplicables. La tinta se había desvanecido, mas el contenido de la carta era aún legible.

Querida cuñada Vida:

Espero que al recibo de esta carta te encuentres bien, en compañía de mi hermano José, a quien amo a pesar de que sé que no me va a perdonar, y de mis bellas sobrinas Sol y Estrella. De mí, qué te puedo decir, soy feliz en algún sentido, si es que se puede ser feliz a medias. Francisco está bien, trabaja y yo lo cuido. Nos cuidamos, la verdad. Es un hombre bueno que me ama, no sé por qué.

Hemos llegado lo más lejos que pudimos. Vivimos en un pueblucho feo y aburrido, donde no sucede nada. Creo que ahora Francisco y yo somos el centro de atención. Tengo una amiga, mi comadre y vecina María, que me dice que no me preocupe, que las habladurías pasan con el tiempo. Eso ya lo sabemos por experiencia propia. Dice mi comadre que este es un pueblo muerto. Según ella aquí no había pasado nada desde hace como diez años, cuando una niña le sacó el ojo a su padrastro con una cuchara afilada, porque quiso meterse en su cama.

Vida no leyó más. Guardó la carta en su pecho y se marchó sin mirar atrás.



Carnaval en Cabo Azules, 1935. Al fondo, El Aro de Oro.

Enigmas

Después del ras de mar de 1936 José y Vida, con sus dos hijas, emprendieron un largo peregrinar que los conduciría al poblado de Aguas Claras, en el extremo más oriental del país, el mismo al que veintidós años atrás Máximo Ferrero, el padre de José y Candelaria, había llegado con Malvina Iglesias, su esposa, y los ocho hijos que aún lo acompañaban.

Aguas Claras estaba asentado en una ensenada donde confluían dos ríos, junto a la orilla del mar. Rodeado por una jungla tropical, el poblado se insertaba en medio de una vegetación sensual y exuberante. Solo una porción de la playa tenía arena, que era gruesa y parduzca, mientras que el resto del litoral estaba cubierto por rocas filosas. Según contaban, Aguas Claras fue un asentamiento importante de los colonizadores. Al parecer, por aquella época, una de las principales rutas de navegación cruzaba justo frente a la ensenada. Las ruinas de un fuerte militar, que sobrevivieron el embate de los ciclones tropicales, atestiguaban las intenciones de los españoles de establecerse en el área. Pero la dificultad de acceder por tierra frustró el empeño. La única ruta para llegar a Aguas Claras era serpenteando un macizo montañoso, por caminos escabrosos y resbaladizos. Dada la peculiar ubicación del poblado, la actividad económica se reducía a la pesca y al contrabando de licor y de maderas preciosas.

Máximo Ferrero no había pensado detenerse mucho tiempo en aquel pueblo perdido, hasta que descubrió el faro. Se encontraba en un cayo a unos escasos cien metros de tierra firme. En el verano, era posible llegar a él incluso a nado, aunque los pocos pobladores interesados en visitar el faro lo hacían en bote. En cambio, en invierno el mar se tornaba violento y enormes olas atacaban por ambos flancos. Entonces los habitantes de Aguas Claras se abstendían de acercarse al cayo.

La noche que Máximo Ferrero vio el faro por primera vez, su padre se le apareció en sueños. No tenía el rostro furibundo y la soga de ahorcado alrededor del cuello. Estaba de pie a la entrada del faro, sonriente y sereno. Máximo se vio a sí mismo frente a su padre, con la inmensidad del mar alrededor de ellos y una luz como esa que solo se ve en los sueños, envolviéndolos. Maximiliano Ferreira tenía en las manos un objeto de hierro. Era una llave muy antigua, con forma de tubo, rematado por una anilla en un extremo y una paleta con estrías en el otro. Le entregó la llave y después lo abrazó. Máximo Ferrero se despertó llorando de alegría. Le dijo a su esposa que el mensaje no podía ser más claro. Habían llegado a casa.

Cuando Máximo Ferrero se estableció en Aguas Claras con su familia, a finales de 1914, el viejo torrero estuvo más que dispuesto a cederle su puesto. Era un hombre obeso, de barba canosa, que vestía una camisa blanca y chaleco azul del que brotaba una leontina dorada. El patriarca de los Ferrero lo encontró en la base de la escalera de caracol saboreando una taza de té.

—Lo he estado esperando.

Una joven negra salió de la habitación y le habló al guardián en francés. El viejo no le respondió y se dirigió a Máximo Ferrero.

—Ya yo quiero partir. Ocúpese del papeleo lo más rápido posible. Puede empezar cuando le

plazca.

Después le mostró el faro: la sala de control con los complejos mecanismos de engranaje, el cuarto principal y el de servicio, el balcón, la cúpula con sus paredes de cristal, y por último la lámpara de Fresnel, que guiaba a los navegantes y los prevenía de las proximidades de aguas peligrosas. El viejo le explicó en detalle las tareas que debería asumir: reponer el combustible, pulir los lentes y prismas hasta dejarlos resplandecientes, limpiar los cristales y engrasar los componentes. Su misión era prender la luz y mantenerla, con toda su intensidad, desde la caída de la noche hasta el amanecer.

Máximo Ferrero regresó excitado a la casa de huéspedes donde se habían instalado. Su esposa lo recibió fríamente.

—Dicen que no hay nadie en el faro.

—Están equivocados. Mañana voy a firmar el contrato.

Más tarde le contaría a su esposa que el secretario del Ayuntamiento, quien había sido cortés en extremo durante la entrevista, se persignó cuando él le mencionó su conversación con el viejo torrero y le dijo que gracias a Dios que él había llegado, porque aquel era un trabajo que nadie quería. Máximo Ferrero fue corriendo a reunirse con su esposa. La alzó en vilo y la abrazó hasta dejarla sin respiración mientras repetía “lo hemos logrado, lo hemos logrado”. Luego pidió que lo dejaran tranquilo por un rato, se sentó junto a la ventana y se bebió dos botellas de vino hablando solo.

Poco tiempo después Candelaria, la hija mayor, enviudó y con el dinero heredado de su marido, les compró a sus padres una casona colonial en los suburbios de Aguas Claras. El nuevo vigilante del faro, abrumado por su responsabilidad, dejó en manos de su esposa el cuidado de la casa y de la familia. Solo iba al pueblo los domingos por las mañanas, si no había contratiempos, y regresaba al faro después de la siesta. Los días entre semana, siempre que las condiciones del tiempo lo permitían, Malvina Iglesias visitaba a su esposo. Aprovechaba el bote que llevaba cada día, a las tres en punto, las provisiones y el combustible al cayo y luego Máximo Ferrero la regresaba, en la embarcación destinada al farero, antes de que cayera el sol. Malvina le llevaba comida caliente y lo escuchaba contar sus progresos en el estudio de las constelaciones.

Aguas Claras parecía ser el lugar ideal para los Ferrero, un pueblo tranquilo hasta donde el fantasma de Maximiliano Ferreira los había guiado. Sin embargo, no todos los Ferrero estaban dispuestos a echar raíces en aquel lugar olvidado. Basilio, el segundo de los hermanos, fue el primero en abandonar la casa familiar. Un día de verano, dos años después de que la familia se instalara en Aguas Claras, se montó en un barco que lo llevó a recorrer el mundo. Más tarde las hijas mayores también cogieron su camino. Blanca, la tercera, se casó con el capitán de un barco español y se fue a vivir a Andalucía, mientras que Dolores, la cuarta, se enamoró de un marinero y se fue con él a Puerto Rico. A pesar del dolor que le provocaba ver partir a sus hijos, Malvina Iglesias sabía que era inevitable y trataba de disfrutar de la paz que tanto trabajo le había costado encontrar. Todo cambió drásticamente diez años, un mes y veintitrés días después de que los Ferrero pisaran Aguas Claras, cuando apareció aquel barco.

El suceso ocurrió de la noche a la mañana. La estructura de hierro, despintada, carcomida por la sal y el tiempo, encalló en las aguas poco profundas de la playa sin previo aviso. Los primeros en verlo creyeron que era un espejismo. Después del asombro inicial, algunos hombres osados decidieron abordarlo, en busca de tesoros y de respuestas a tan extraña aparición. Lo único que encontraron fueron cajas repletas de champán en las bodegas, salvo las botellas, el barco estaba vacío. No hallaron lingotes de oro, ni joyas, ni monedas de plata, ni descubrieron huella alguna de los pasajeros o la tripulación. No obstante, la llegada del barco se consideró de buen augurio y se

celebró una verbena donde corrió el champán añejado quién sabe por cuánto tiempo.

El día que apareció el barco, Malvina Iglesias fue a visitar a su marido y para su sorpresa no lo encontró oteando el horizonte. Estaba sentado en el piso, con los hombros hundidos y las manos en la cabeza.

—Algo pude haber hecho para evitar la desgracia, no sé cómo no vieron la luz del faro.

—Máximo, no es más que un barco errante, las olas lo trajeron a la costa.

—No es así. Tengo el peso de los muertos sobre mi conciencia.

De nada le sirvió el consuelo de su esposa y con el paso de los días su situación empeoró. No probaba comida y se negaba a bajar de la cúpula del faro. Una semana después de la llegada de la nave, estalló una tormenta que impidió que Malvina Iglesias visitara a su marido. Poco después de restablecerse la calma, unos pescadores encontraron el cuerpo de Máximo Ferrero sobre los arrecifes, a unos metros de la entrada de la torre, con la cabeza destrozada. La última entrada de su diario hundió a la familia en un estado de desasosiego.

Comenzaron a llegar en la mañana, son muchos..., casi no hay espacio para todos. Las mujeres se quejan de que han perdido sus alhajas. El capitán intenta organizar a los marineros. Hubo un motín. No se quieren ir sin recuperar su barco. Me tienen prisionero.

Malvina Iglesias no pudo soportar la pena. Enfermó de gravedad y tuvo que ser trasladada a Cabo Azules, desde donde le enviaron a Basilio el telegrama con la mala noticia del fallecimiento de su padre. Candelaria cuidó de su madre hasta su muerte, tres meses después de la de su marido. Su última voluntad fue que sus hijos menores, José, Inés y Viviana fueran a vivir con la familia de su hermana a la capital. Como Irene y Antonia habían alcanzado la mayoría de edad, podían quedarse en Aguas Claras hasta que Basilio regresara. Él sería a partir de ese momento el cabeza de familia. Días después del entierro, cuando se hacían los trámites para el traslado de los niños a la capital, José Ferrero decidió no cumplir con los deseos de su madre. Le dolía menos violar su última voluntad, que irse a vivir con unos desconocidos. Ni las lágrimas de sus hermanas pudieron detenerlo. Se fue tierra adentro, lo más lejos que pudo del faro y el barco encallado. Tenía quince años.

Basilio demoró en regresar. El telegrama tuvo que saltar de barco en barco, hasta que dieron con él en la isla de Tenerife. Cuando llegó a Aguas Claras su madre había muerto también y su familia estaba rota.

Sus hermanas Irene y Antonia, que lo esperaban, no lo reconocieron cuando entró como una tromba en la casa familiar. En doce años de ausencia, Basilio se había convertido en un hombre imponente. Medía casi dos metros y era dueño de una musculatura impresionante. Hasta Aguas Claras habían llegado las noticias de sus andanzas en los puertos del Caribe y más allá. Se contaban historias increíbles sobre su fortaleza física, sus amores frenéticos y de los estragos que causaba cuando bebía. Decían que una vez, en el puerto de Santa María, había destrozado el bar y noqueado a una decena de lugareños, después de beberse, casi sin respirar, dos garrafones de vino. Malvina Iglesias nunca creyó una palabra de lo que se comentaba de su hijo. Cuando se fue era un adolescente solitario e introvertido. Pero su cambio fue tal, que ni la propia madre lo hubiera reconocido.

Si bien la transformación de Basilio era grande, lo más sorprendente estaba aún por revelarse. Les comunicó a sus hermanas que no había regresado solo. Sin darles tiempo a procesar la información, salió de la casa y regresó cargando lo que parecía ser una muñeca de cuerda con una inmensa cabellera rubia. Pero era una criatura de carne y hueso. Se llamaba Ligia Alfaro, tenía veinte años y medía apenas noventa y cinco centímetros. Era su esposa y estaba embarazada.

Basilio les contó a sus hermanas que la había conocido en un puerto de la isla de la Gomera. La mujer le trastornó los sentidos desde el instante en que la vio y la atracción fue mutua. En un arranque de pasión, Basilio la secuestró de la casa paterna, y la sacó de la isla escondida en una maleta. Se casaron en Tenerife, donde lo sorprendió la mala noticia.

Irene lo puso al tanto de la situación familiar. Ella y Antonia preferían irse a la capital, donde estaban Inés y Viviana. No querían seguir viviendo en Aguas Claras, después de lo ocurrido. Basilio no se opuso.

—¿Dónde está José?

—A ese cabeza dura no hay quién lo amarre. Está en Juragüey. Nos escribe de vez en cuando.

Irene le tendió una hoja de papel.

—Puedes mandarle cartas a la bodega de Salustiano López. José trabaja allí. Aquí tienes la dirección.

Dos semanas después, Irene y Antonia se despidieron de su hermano y de su nueva esposa y partieron hacia la capital. El enorme marinero se quedó en la casa familiar que a él le resultaba ajena. Podía adivinar la risa de sus hermanas, el olor de la comida de Malvina Iglesias, las travesuras de José y el vozarrón de su padre, pero los recuerdos se desdibujaban. Para mitigar los estragos de la melancolía, decidió acopiar los fragmentos familiares. Comenzó a comunicarse por correo con su hermana Candelaria en Cabo Azules, con José y con el resto de sus hermanas dondequiera que estuvieran. Ni siquiera su propósito de reunificación epistolar pudo salvarlo de la espiral de la nostalgia. Basilio Ferrero cayó en lo profundo del pozo del desconsuelo y pasaba los días sin pronunciar palabra, tallando peces y barcos en madera.

Ligia Alfaro decidió que no había recorrido medio mundo para estar con un hombre que se había disuelto en sí mismo y emprendió una lucha sin cuartel contra la congoja. Era hija de marinero y conocía de primera mano lo que les pasa a los marineros cuando abandonan el mar. Todas las tardes lo invitaba a la costa a ver el atardecer. Ella cantaba viejas canciones canarias y él fumaba su pipa con la vista perdida en el horizonte. También solían dar grandes paseos por la playa. Él cargaba a su diminuta mujer a horcajadas y ella le acariciaba las espaldas infinitas y se perdía en su abrazo. A los cuatro meses de haberse establecido en Aguas Claras, les nació una hija a la que llamaron Socorro, por la virgen patrona de Güímar, el pueblo natal de Ligia Alfaro.

Basilio comenzó a trabajar en la tala de árboles. Su mujer se encargaba de la casa y de la hija con una habilidad admirable, a pesar de que el mundo era demasiado grande para ella. La niña resultó parecerse al padre, excepto en el color del pelo, que era rubio dorado, y a los cuatro años tenía casi la misma estatura que la madre. Fue entonces cuando ocurrió la tragedia.

Una tarde de carnaval, Basilio quiso ir al paseo marítimo a ver el desfile. Ligia Alfaro rechazó la invitación. Le molestaba la algarabía y el tumulto.

—Ve tú. Yo me quedo con la niña. Diviértete, amor y no bebas demasiado.

Fue lo último que le dijo a su esposo. Aquella tarde el hombre se acordó de sus tiempos de marino feroz y a la altura de la media noche, casi sin darse cuenta, había vaciado dos botellas de ron colombiano. Exaltado por el alcohol, los fuegos artificiales, y deseoso de ser admirado, comenzó a hacer demostraciones de fuerza para impresionar a la muchedumbre. Primero arrastró un camión con una cuerda, luego volcó una carreta repleta de enormes troncos y por último cargó

a cuatro mujeres que le tocaban los músculos de piedra y reían nerviosas y excitadas. Cuando por fin recobró el sentido de la realidad, se sintió apabullado por la culpa y corrió a su casa a pedirle perdón a su esposa por su mal comportamiento. Abrió con cuidado la puerta del cuarto. Ligia Alfaro dormía de lado, de espalda a la puerta, acurrucada en su extensa cabellera. Basilio sintió una oleada de ternura al ver a su amada descansar apaciblemente. Se acercó despacio y le agarró el mentón para voltearla. Lo hizo con tanta fuerza que la cabeza giró ciento ochenta grados, rompiéndole la nuca. La mujer murió al instante. Contaban que se necesitaron cuatro hombres para controlar a Basilio, que se negaba a soltar el cuerpo inerte de su esposa. Nadie pudo obligarlo. Se fue con ella al mar, en un bote y regresó, solo, dos días después.

Durante la semana siguiente permaneció encerrado en la casa, bebiendo sin control, hasta que su hermana Dolores regresó de Puerto Rico y lo hizo chocar con la realidad. No había pensado ni por un momento en su hija Socorro. Por fortuna, el día de la tragedia unas vecinas recogieron a la niña y la llevaron a la parroquia del pueblo, donde permaneció hasta que Dolores fue a buscarla.

Después de la pérdida de su esposa, Basilio se concentró en el trabajo. Su hermana, cuya historia de amor en Puerto Rico había fracasado, se encargó de educar a la niña. Cansado de trabajar duro y ganar poco dinero, Basilio decidió poner todos sus ahorros en una empresa de exportación de madera, fundada por un extranjero que había conocido en el bar del pueblo. Después de algún tiempo de aparente éxito, se conoció que el extranjero era un farsante que había robado las ganancias de la compañía. Basilio estaba arruinado. Al poco tiempo de que se descubriera la patraña, Dolores falleció como consecuencia de una infección bucal que contrajo por la extracción de una muela realizada por el barbero del pueblo.

Cuando en 1936 Vida y José Ferrero llegaron a Aguas Claras después del ras de mar que destruyó Cabo Azules, encontraron a Basilio fracasado y hundido en su propia desesperación. Era un hombre sumido en el lento proceso de morir, como la carcasa del viejo barco que aún reposaba en las aguas de la playa. Solo el amor de su hija lo mantenía en pie. Ella lo cuidaba y se encargaba de la casa, a pesar de que solo tenía diez años.

La vieja casona de los Ferrero estaba desmantelada. De las siete habitaciones solo se conservaban tres. Lo que había sido la sala cumplía funciones de cocina-comedor. Socorro y su padre ocupaban cada uno las dos habitaciones siguientes. El resto de la casa estaba abandonada y los helechos y la planta trepadora se habían adueñado del espacio e incluso del tiempo. José, Vida y las niñas se acomodaron lo mejor que pudieron en la habitación que había sido de Máximo Ferrero y Malvina Iglesias.

Poco después de la llegada a Aguas Claras, José comenzó a padecer de ahogos nocturnos. Se despertaba en medio de la noche sudoroso y jadeante con una sensación de vértigo. Vida le preparaba cocimientos de hierba de San Juan y albahaca y lo santiguaba con hojas de vencedor. Estaba segura de que el fantasma de Máximo Ferrero se ensañaba con su hijo José, de la misma manera en que Maximiliano Ferreira lo había hecho con él. Vida no iba a permitir que un fantasma les arruinara la vida. Recordó los exorcismos indios de su madre y se fue al faro a plantar una cruz en el lugar donde encontraron el cuerpo del patriarca de los Ferrero. Después puso agua de dos ríos, arena y una piedra del cayo dentro de una botella, la selló con cera y la lanzó al mar para alejar al espíritu del torrero. También colgó una ristra de ajo en el cuarto y le compró a su esposo una cadena de plata con una herradura. José padeció los extraños episodios nocturnos hasta el día en que abandonaron el pueblo.

Las niñas permanecieron ajenas al influjo del barco, del faro y de los fantasmas propios y ajenos, y en el año que vivieron en Aguas Claras, Estrella creció una pulgada y Sol pulgada y media. Socorro, a quien Vida había liberado de la responsabilidad de la casa, asumió el papel de

guía y prima mayor y les reveló a las siamesas todos sus secretos: dónde se podían encontrar caracoles de colores, en qué lugar el agua es más fría porque desemboca el río, dónde las frutas eran más dulces y cómo caminar descalza sobre los arrecifes sin herirse los pies. También les enseñó la cueva donde se decía que los piratas habían escondido un tesoro. Sol se empeñó en encontrarlo y más de una vez regresó sola a la playa, a la hora de dormir la siesta, dispuesta a descubrirlo. El día que Vida se enteró de que Sol se escapaba a buscar tesoros la castigó de rodillas sobre granos de arroz, en la esquina del cuarto. Sol aguantó el castigo con la frente alta y la boca apretada.

Durante aquel período, José y Basilio trabajaron en la tala de árboles y en cuanto faena temporal pudieron encontrar. También intentaron recuperar parte del dinero invertido en la empresa exportadora de madera de Basilio, hasta que comprendieron que era una batalla perdida y que algo había que hacer por el bien de la familia. Los fondos y las esperanzas se estaban agotando. Entonces José oyó hablar del americano. Nadie sabía su nombre, pero todos lo llamaban el Gringo. Lo conoció una tarde en el bar del pueblo y le impresionó la pasión con que hablaba de unas enormes y no explotadas minas de níquel y cobalto, los metales del futuro, cerca de la cuenca del Río Amará. El Gringo estaba reclutando hombres que estuvieran dispuestos a arrancarle el metal a la tierra y prometió a cambio jugosas ganancias.

José no tenía muchos estudios, pero era bueno en los negocios. Quería ahorrar dinero para emprender su propia empresa. Con semejante meta por delante no fue difícil que se dejara seducir por la propuesta del Gringo y arrastró con él a su hermano Basilio. Decidieron de conjunto que se mudarían todos a la zona del Río Amará y que trabajarían de sol a sol para sacar adelante a la familia. Vendieron la vieja casa de los Ferrero y compraron un auto Ford y un camión en bastante buen estado, donde montaron sus pertenencias y partieron, dejando atrás el inexplicable misterio del barco abandonado y el enigma de la muerte de Máximo Ferrero.



La Familia Ferrero. Fotografía tomada en Aguas Claras alrededor de 1920. Solo faltan Basilio y Candelaria, que por aquel entonces ya habían tomado su propio camino.

As de corazones

Los Ferrero llegaron a San Andrés de los Portales, el único poblado en las inmediaciones del Río Amará, una mañana de 1937, después de tres días de viaje. La tierra por aquellos lares tenía tonalidades verdes, azules y rojas y los rayos del sol se reflejaban en las piedras dándole al amanecer una luminosidad poco usual. San Andrés de los Portales estaba enclavado en una antigua mina de cobre, propiedad de la compañía americana *Brandon Mining Corporation*. El yacimiento cuprífero fue descubierto en 1913, cuando un campesino encontró una piedra brillante, en una de las elevaciones circundantes. De alguna manera la piedra llegó a unos laboratorios norteamericanos y en menos de un año la compañía minera se había establecido en el lugar.

San Andrés de los Portales se desarrolló rápido. A medida que se tejía la red de túneles y galerías en las entrañas de la mina, surgía, hacia el este, el barrio americano, al estilo sureño, donde vivían los ejecutivos de la compañía, y hacia el oeste, los barracones de los mineros. El concentrador, la principal instalación industrial de la mina, contemplaba el pueblo desde su emplazamiento en la planicie central.

El pueblo no tenía nada de particular, excepto el casino, una estructura de madera de dos pisos, donde los mineros solían dejar la paga semanal. Y las calles, porque no existía una sola calle recta en aquel poblado. Como había surgido sin una planificación urbanística, el resultado fue un laberinto de callejas empinadas, con curvas inesperadas, donde conducir un auto era más peligroso que jugar con una pistola cargada. San Andrés de los Portales tuvo su época de oro cuando cientos de mineros vinieron de todas partes del mundo en busca de riquezas. Pero la mina no resultó tan generosa como se esperaba y diez años después la compañía abandonó el proyecto de explotación, y solo mantuvo la propiedad del coto minero.

Contaban que San Andrés de los Portales se convirtió en un pueblo fantasma de la noche a la mañana. Detenidas en el tiempo se quedaron las fichas de juego en las mesas de apuestas del casino, los libros sobre los pupitres en la pequeña escuela, y las puertas de las casas de piedra y madera se quedaron abiertas, como si todos los habitantes del pueblo hubieran decidido partir al unísono. Mas el descubrimiento de las minas de níquel y cobalto en las proximidades del Río Amará le había devuelto una esperanza de vida al pueblo muerto.

José Ferrero aparcó su coche en la plaza central, frente al casino y se dispuso a esperar a su hermano Basilio, quien conducía el camión en compañía de Socorro. Vida y las niñas también bajaron del auto a estirar las piernas. Sol se dio a la tarea de perseguir una gallina que había aparecido de pronto, hasta que su madre la regañó y le dijo que se estuviera quieta y no se moviera de su lado. Estrella lloriqueaba porque le molestaba el calor y el polvo rojo que se le pegaba en la piel. Vida le dijo que no fuera quejosa y centró su atención en el pueblo.

—No se ven muchas personas...

—Es que hay mucho calor.

José se disponía a prender un cigarrillo cuando vio que el camión de su hermano, jadeante, alcanzaba la cima de la colina y aparcaba. Iba a dirigirse a su encuentro cuando un estruendo lo obligó a voltearse. Un hombre había sido arrojado desde el interior del casino y había caído a

pocos metros de donde se encontraban los Ferrero. Otro sujeto, rubio, y vestido con chaqueta de cuero a pesar del calor, salió también rápidamente. Se dirigió al caído en tono agresivo, acusándolo de ladrón y sinvergüenza. Cuando el hombre logró ponerse en pie e intentó defenderse, el de la chaqueta de cuero la emprendió a puñetazos con él, hasta que el pobre sujeto volvió a caer al suelo. Una vez en el piso, el rubio no se cansó de darle patadas hasta que vio que no se movía. José había hecho un gesto de protesta, pero la mano de su hermano en el hombro lo obligó a permanecer quieto y a no intervenir. Vida abrazaba a sus hijas y les cubría la cara con su falda. Socorro aún sentada en el asiento delantero del camión se tapaba el rostro con las manos.

Dos hombres que salieron del casino vinieron a auxiliar al agredido. El de la chaqueta de cuero, se sacudió las manos y se dirigió a José y Basilio.

—Si quieren trabajar en las minas, aquí hay trabajo, solo sepan que este es un pueblo con ley y yo soy el encargado de hacerla cumplir.

El hombre regresó al interior del casino. José le ordenó a Vida y a las niñas que entraran al coche y no se movieran y fue con su hermano a hablar con el comisario. Los minutos que transcurrieron a Vida le parecieron una eternidad. Había cerrado las ventanillas, a pesar del calor agobiante, y las puertas del auto con seguro. Suspiró aliviada al ver salir a los hombres que conversaban animadamente.

—Nos vamos al barrio americano —dijo José—, según el comisario todavía quedan algunas casas vacías. Nos metemos en la que más nos convenga. El acuerdo es arreglarla y pagarles un alquiler a los propietarios de la mina, que lo descuentan del salario. Basilio, voy delante. Sígueme.

Encontrar la casa adecuada no fue tarea fácil. Las mejores habían sido ocupadas por las primeras familias que llegaron al pueblo. No les quedó más remedio que dirigirse a la periferia, donde las casas estaban separadas por apenas tres metros de distancia. Después de horas vagando por las callejas torcidas del barrio americano, casi al final de un pasaje no pavimentado, encontraron una casa de color rosado, despintada, aunque en bastante buen estado y algo aislada para que a Vida le gustara.

—Quiero que pongan una cerca, lo más alta posible. Si Dios nos trajo aquí, pues aquí nos quedamos, pero las niñas no salen si no es con nosotros, que esto no es Aguas Claras.

Basilio y José comenzaron a laborar en las minas en cuanto estuvieron instalados. Trabajaban de sol a sol, de lunes a sábado, los domingos eran para la familia. Vida levantaba temprano a las niñas para lavarles la cabeza y desempercudirles la piel del polvo que se impregnaba en los poros. A sus hijas les enjuagaba el pelo con un cocimiento de flores de majagua y a Socorro con uno de manzanilla. Luego les restregaba las rodillas, los codos y el cuello con una solución de alcohol, glicerina y agua de rosas que preparaban en la botica del pueblo. A las diez de la mañana estaban listos para el paseo dominical. Les gustaba salir a recorrer la zona y almorzar al aire libre bocadillos caseros y jugos de frutas. Las tardes de domingo Vida las dedicaba para ella y su marido, porque siempre pensó que el matrimonio es un enlace cuya fortaleza depende mucho del empeño y la motivación que se ponga para cuidarlo.

Un mes después de que la familia se instalara en la casa rosada del barrio americano, el párroco del pueblo fue a visitar a Vida para preguntarle si no pensaba poner a las niñas en la escuela. En ese instante ella reparó en cuánto había descuidado la educación de sus hijas. Si contaba el tiempo que habían pasado en Aguas Claras, las niñas tenían casi dos años de retraso escolar. Socorro estaba aún más atrasada. Le dijo al párroco que las llevaría al día siguiente.

A las nueve de la mañana Vida se presentó en la escuelita del pueblo con las tres niñas muy arregladas. Tres horas más tarde, una asistente escolar fue a la casa de los Ferrero para pedirle a

Vida que fuera a recogerlas con carácter urgente. Dijo que la situación estaba fuera de control. Sol le había lanzado un cartabón de madera a un niño y le partió una ceja porque él le haló el pelo a su hermana. Cuando intentaron llevarla a la dirección, a Estrella le dio una pataleta de tal magnitud que la maestra no sabía si estaba convulsionando. Luego Socorro las había llevado al fondo del aula, y había hecho una barricada con los pupitres. No permitía que nadie se acercara y amenazaba con armar un escándalo si alguien intentaba tocar a sus primas. Exigía que sus padres fueran a recogerlas.

En cuanto Vida llegó el director le informó que las niñas serían suspendidas de la escuela por el resto del semestre. Solo serían readmitidas si demostraban humildad y arrepentimiento. Entonces Vida decidió que se encargaría de la instrucción de las niñas.

Aunque solo había completado el quinto grado de la enseñanza primaria, Vida estaba decidida a que su falta de estudios no iba a ser un obstáculo para sus propósitos pedagógicos. Había aprendido lo suficiente en la época de “El Aro de Oro” como para preparar a sus hijas para la vida. Sin dudar del éxito de su empresa, compró los veinte tomos de *El tesoro de la juventud* en el almacén del pueblo y organizó un plan de estudios formado por un compendio de materias escogidas por puro instinto. Luego estableció un riguroso horario de clases, tres horas de estudio en la mañana, siesta después del almuerzo y clases de manualidades en la tarde. Pero su creatividad era limitada y sus recursos pedagógicos, escasos. Después de algunos meses de lecciones desgastantes, Vida decidió contratar a una preceptora para las asignaturas generales y ella se quedó a cargo de las manualidades.

Socorro resultó ser hábil en el tejido a croché, cualidad que Vida se propuso desarrollar. Le exigió a Basilio un presupuesto para la instrucción de la niña y le dedicó incontables horas de su tiempo. Poco a poco los tejidos de Socorro fueron invadiendo la casa. Primero fueron los portavasos y las ropas de las muñecas de trapo, luego los visillos para las ventanas. Más tarde los cubrecamas, manteles, alfombras, vestidos, mantas, cojines y hasta una casa de campaña para Sol y Estrella. Al cabo de tres años, como todos los objetos de la casa tenían algún elemento de labor a ganchillo, Socorro decidió envolver los troncos de los árboles del patio con unas piezas tejidas enormes, formadas por hexágonos de colores. Eso estaba haciendo la tarde de 1941 cuando supieron de la llegada del circo.

Basilio y José habían llegado a la casa más temprano que de costumbre.

—¿Y ese milagro ustedes por aquí a esta hora? —se sorprendió Vida.

—No lo vas a creer, el pueblo está de fiesta. Llegó el circo de los hermanos Castillo. Salimos temprano para comprar las entradas, y no alcanzamos. Así que iremos la semana que viene.

Sol salió corriendo de la casa de campaña y se colgó del cuello de su padre.

—Por favor papito, vamos a ver el circo...

Estrella se incorporó al abrazo sujetando sus dos inseparables muñecas de trapo. Nunca habían estado en el circo, pero la preceptora les había contado de los increíbles actos de los malabaristas, de los leones y los elefantes amaestrados y hasta de extrañas criaturas como la mujer barbuda y los gigantes.

—Van a tener que esperar hasta la semana que viene. A portarse bien y a acostarse temprano para que los días pasen rápido.

Sol no estaba dispuesta a esperar. Esa noche le dijo a su hermana que el domingo por la tarde saldría a ver si encontraba la carpa del circo. A lo mejor hasta podía ver los animales. Estrella le suplicó a su hermana que no lo hiciera. Había escuchado a su madre hablar con Basilio de lo peligroso que era el pueblo.

—No me va a pasar nada.

Muy a pesar suyo, Estrella aceptó apoyar los planes de salida de su hermana. Sin dudas tenía que ser la tarde de domingo. Vida y José estarían ocupados cuidando el matrimonio, Basilio acostumbraba a pasar un rato en el pueblo y a ellas les era permitido jugar en el cuarto después de la siesta. Por Socorro no tendrían que preocuparse.

Aquella mañana, Vida siguió la misma rutina de cada domingo: lavado de cabello y limpieza profunda de la piel. Le llamó la atención que Estrella lloró cuando le estaba desenredando el pelo. No sabía la razón.

—Si sigues con el llantico te van a salir carnosidades en los ojos.

Después del paseo mañanero y el almuerzo al aire libre, las niñas se fueron a su cuarto. No más su madre cerró la puerta, Sol se escabulló por la ventana. Su hermana la observó deslizarse por debajo de la cerca. No se movió de al lado de la ventana hasta que, dos horas después, Vida entró a buscarlas.

—Vamos niñas, vístanse que Basilio quiere llevarnos al pueblo a ver la carpa del circo.

Estrella, acurrucada en un rincón cerca de la ventana, la miró con espanto. La niña comenzó a respirar de forma rápida y agitada. Vida se acercó a su hija y comenzó a interrogarla con una expresión de urgencia en el rostro.

—¿Qué te pasa Estrella?

Al darse cuenta de que Sol no estaba en el cuarto, comenzó a gritar con una mezcla de pavor y ansiedad.

—¡José! Corre por amor de Dios.... ¿Dónde está tu hermana? ¡Habla!

Estrella no dijo una palabra, no por lealtad, sino porque no podía. En cuestión de segundos el resto de los integrantes de la familia se reunieron en la habitación de las niñas. Mientras Vida continuaba tratando de arrancarle una respuesta a Estrella, quien parecía tener un ataque de asma, Basilio y Socorro se dieron a la tarea de buscar a la niña perdida por todos los rincones de la casa. José trataba de controlar a su mujer, que gritaba histéricamente, cuando apareció Sol. Tenía la ropa sucia de fango y había perdido un zapato.

Vida le preguntó que dónde había estado y como la niña se negaba a responder le pegó una bofetada. José la agarró por el brazo y le preguntó si se había vuelto loca, estaba fuera de sí.

—¿Dónde te habías metido? ¿Cómo pudiste atreverte?

La niña parecía haber enmudecido. Con la vista clavada en el piso se frotaba la mejilla enrojecida. José tomó las riendas de la situación. Sacó a Vida y a Estrella de la habitación y le dijo a Sol que iba a darle unos minutos para que recapacitara.

—Socorro, acompaña la.

Le advirtió a Vida que no se le ocurriera nunca más pegarle a su hija y le recomendó que se calmara por el bien de la familia. Estrella corrió y se escondió detrás del aparador del comedor. Nadie se preocupó por ella.

Al poco rato, Socorro salió del cuarto con expresión preocupada y les dijo que Sol decía que no había salido, que se había quedado dormida en la casa de campaña y se despertó cuando sintió la algarabía. José le mandó a decir que más le valía decir la verdad si no quería estar castigada por el resto del verano. Socorro volvió al cuarto con el recado. Tardó en volver a salir. Cuando por fin lo hizo, les dijo que por fin Sol había dicho la verdad, pero temía que de todos modos la castigarán y por eso quería que ella misma les contara lo que había pasado. Vida dejó claro que no aceptaba ningún tipo de condición ante semejante falta de respeto. Incapaz de contenerse, comenzó de nuevo a gritar improperios dirigidos a su hija. José la atajó.

—¡Cállate ya! Socorro, dile que salga y dé la cara. Si tuvo valor para salir que se enfrente ahora a las consecuencias.

Sol salió y se paró frente a su padre. En voz baja y sin levantar la vista comenzó el relato. Les contó que no había podido resistir los deseos de ver la carpa y se había escapado a la hora de la siesta. Ni Estrella ni Socorro sabían nada. Había subido a la colina que estaba detrás de la casa pensando encontrar el circo del otro lado, y no estaba. Dio la vuelta para regresar a casa y entonces fue cuando apareció el mago. Era grande y fuerte, no tanto como el tío Basilio. Según la niña, el hombre había iniciado la conversación.

—¿Cómo te llamas?

—Sol.

—¿Sabes que un mago sin niños es como un día sin sol? —le dijo e hizo una reverencia.

No llevaba el atuendo de los mineros, sino una camisa blanca de mangas largas, pantalones bombache y un turbante de colores brillantes. Sin dar tiempo a que la niña reaccionara, el mago cruzó los brazos sobre el pecho con ademán teatral y al abrirlos, Sol vio maravillada cómo había aparecido en su mano un ratoncito blanco. La dejó acariciarlo y le dijo que se lo daría si se portaba bien. Hizo un truco; sacó una moneda y se la mostró. Luego le pasó por delante un pañuelo rojo que había sacado del bolsillo trasero de su pantalón. A la tercera pasada la moneda había desaparecido y sin que Sol supiera cómo, apareció en su oreja. Lo mejor sucedió cuando el mago sacó un mazo de cartas. Le pidió que escogiera una de ellas y le dijo que bajo ningún concepto se la enseñara. Sol sacó el as de corazones. El mago colocó la carta, boca abajo, en el medio del mazo y después de barajarlas varias veces sacó una y se la mostró: era la que la niña había escogido.

A Sol no le cabía la menor duda, se había encontrado con un mago de verdad. Él la cogió de las manos y la hizo girar y girar, cada vez más rápido, hasta que la niña mareada, y cansada de tanto reír, se dejó caer sobre la hierba. Entonces el mago se tendió a su lado y le dijo que la llevaría muy lejos, a un lugar donde las manzanas eran azules y había tantas que se podían recoger en el suelo. Sol nunca había visto una manzana azul. El mago le preguntó si le gustaban los caramelos y para sorpresa de la niña, le dio un puñado tan grande que Sol pudo llenarse los dos bolsillos del vestido. Le dijo que no le contara a nadie que se habían encontrado. La magia puede ser un asunto delicado y él podía desaparecer para siempre, si alguien se enteraba de que le había mostrado los trucos de un mago tan famoso solo a ella. Sol le prometió que no diría nada. Cuando quiso irse, el mago la retuvo y le dijo que le enseñaría un juego.

—Se llama el juego de las cosquillas, ¿lo conoces?

Sol nunca había oído hablar de aquel juego y la idea no le interesó. El mago le dijo que sería divertido y que después, si ella ganaba, le enseñaría el camino para llegar al castillo de una princesa rusa, que tenía un ojo dorado como el de ella. Sol no le creyó, no obstante, decidió probar el juego.

—Es muy simple. Yo soy el primero, porque tú no sabes jugar. Te acuestas en la hierba sin moverte y cierras los ojos. ¡No puedes hacer trampas! Yo te hago cosquillas y tienes que aguantar la risa hasta que no puedas más. Después cambiamos, ¿de acuerdo? El que ría primero pierde.

Sol contó que el mago empezó a hacerle cosquillas en las piernas y que ella apretaba la boca para no reírse. Estaba preocupada porque sabía que tenía cosquillas en los pies, pero el mago movió la mano en el sentido contrario, le levantó la falda y comenzó a acariciarle los muslos. Ella abrió los ojos y lo vio casi encima de ella. No reía y la miraba de una manera rara. Logró escabullirse y salió corriendo. Por un rato sintió que la perseguía, hasta que lo perdió de vista. Cuando estaba llegando a la cima de la colina el mago apareció de nuevo, como caído del cielo, la agarró por el pelo y la tumbó al suelo. Entonces ella agarró la piedra y lo golpeó en la cabeza.

—Hizo un ruido como de perro y después se quedó tieso.

Durante el relato Vida había estado observando a su hija con atención. Notó su respiración entrecortada, la ropa enfangada, el pelo revuelto. Al principio había pensado que de tanto leer narraciones fantásticas Sol había inventado al mago, un amigo imaginario. Sin embargo, las evidencias apuntaban en otra dirección. Notó marcas en el brazo derecho de su hija, contusiones recientes. Súbitamente el recuerdo vívido del Isleño rasgándole la ropa y manoseando sus pechos se apoderó de ella. Sintió su olor a sudor rancio y su aliento etílico. Recordó la cuchara afilada, y la cuenca vacía. Se desplomó con un grito de dolor. De rodillas en el suelo, su cuerpo se sacudía con los sollozos. Por unos instantes nadie habló. Fue José quien rompió el silencio:

—Basilio, coge el rifle y el revólver. Te espero afuera.

Salieron sin decir palabra. Socorro se acercó a Vida y la abrazó por unos segundos. Después la ayudó a levantarse. Las niñas estaban tomadas de las manos. Sol, contemplaba la escena con expresión feroz, Estrella a su lado, parada sobre un charco de orina.

José regresó al anochecer y le dijo a su esposa que Basilio los esperaba a la salida del pueblo. Ordenó, tajante, que recogieran lo que pudieran, lo más rápido posible. Antes del amanecer habían partido. Nadie hizo preguntas.



De la colección de postales de magos famosos de Sol Ferrero. La curiosidad por estas le duró toda su vida.

Andar en círculos

José señalaba un punto rojo en el mapa abierto sobre el capot del auto, mientras que Basilio asentía con la vista fija en la leyenda.

— El Calvario. Ahí es donde vamos a pasar la noche.

Habían conducido hacia el sur, en caravana, casi sin parar por más de seis horas, hasta que se detuvieron ante una bifurcación de la carretera principal. Era hora de fijar el rumbo.

— Basilio, revisa el agua del camión que yo me encargo del auto y ustedes estiren un poco las piernas que todavía nos faltan más de tres horas.

Vida y Socorro se acomodaron a la sombra de una ceiba, Estrella no quiso salir del auto y Sol se sentó no lejos de su madre a conversar consigo misma.

— Si doblamos a la derecha es buena suerte. Si doblamos a la izquierda es mala — repetía la niña como una letanía, sin que su padre pudiera escucharla.

De pronto Sol se levantó y corrió hacia unos matorrales donde crecían margaritas silvestres de color blanco. Arrancó un puñado y se sentó a deshojarlas repitiendo: “a la izquierda o la derecha” ansiosamente, hasta que vio a su padre cerrar el capot del auto y limpiarse las manos con un paño que sacó del maletero.

— Arriba, acomódense que nos vamos...

—¿ Para dónde vamos a doblar, papá?

— A la derecha mi amor. Vamos a un lugar donde podremos descansar.

Sol comenzó a saltar de alegría y le gritó a su hermana que se espabilara, que por fin iban a llegar a un lugar bello, donde quizás pudieran encontrar hasta manzanas azules. Pero el Calvario nada tenía de maravilloso. Era un pueblo feo y polvoriento, con pocas calles pavimentadas. Tenía un hotelucho y una fonda donde pudieron comer algo caliente por primera vez en el día.

En el vestíbulo oscuro del hotel los recibió un terrible olor a humedad y a trastos viejos. Un hombre escuálido, con cara de pocos amigos que jugaba con una moneda, les entregó las llaves de dos habitaciones. Allí se acomodaron lo mejor que pudieron. A pesar de los confusos ruidos del hotel pudieron descansar, excepto Sol que tuvo pesadillas.

A la mañana siguiente, los hermanos Ferrero dejaron a Vida y a las niñas durmiendo y salieron a recorrer el pueblo. El Calvario era solo un pueblo pobre, pero tenía lo que ellos necesitaban: un taller de carrocerías. José y Basilio negociaron la venta del auto por un precio bastante justo y con un dinero adicional compraron una pequeña casa rodante que acoplaron al camión.

— Parece que el destino de los Ferrero es andar los caminos — dijo Vida cuando los vio aparcar frente al hotel.

Para Socorro y las niñas, el plan de vivir en una casa rodante era una aventura. José propuso comprar también una casa de campaña. Al mediodía lo tenían todo preparado para emprender un viaje con un objetivo bien definido: encontrar un lugar donde pudieran ganarse la vida.

— Vamos hacia el este. Allí están las mayores minas de cobre y dicen que se puede encontrar también oro y plata — dijo José entusiasmado, mientras su familia se preparaba para el viaje.

Después de doce agotadoras horas llegaron a las cercanías de un yacimiento de níquel donde se buscaban hombres que no le tuvieran miedo al trabajo. Acamparon cerca de un arroyo. Las

niñas y Socorro dormirían en la casa rodante, Basilio en el camión y Vida y José en la casa de campaña.

La pequeña casa rodante fue un refugio para las niñas. Socorro se encargada de mantenerla impecable y había retomado el tejido a croché. Vida había notado cómo la ropa le quedaba corta y estrecha.

— Con esta niña hay que tener cuidado, tiene demasiado pecho.

Estrella solía pasar la mayor parte del día en el interior de la casa rodante. Le molestaban el calor y el polvo y se enfermaba con frecuencia. Sol había perdido el interés en El tesoro de la juventud, y había desarrollado una increíble habilidad para inventar historias. Le gustaba coleccionar piedras, hablarle al oído a Estrella, algo que molestaba mucho a su madre, y decir mentiras. Por las noches, le contaba a su hermana aventuras de piratas y princesas, mientras escuchaban la respiración acompasada de la prima mayor. Pero cuando le contó su secreto, Estrella se puso a llorar y fue a despertar a Socorro.

—¿ Qué te pasa? ¿Por qué estás llorando?

— Dice Sol que aquí hay espíritus.

Socorro se paró frente a la niña que estaba sentada en la cama con la vista clavada en el suelo.

—¿ Por qué asustas así a tu hermana?

— Es verdad. Puedo hablar con los muertos.

Sol les contó que desde que habían salido de San Andrés de los Portales tres espíritus los seguían. Eran dos niños, jimaguas idénticos, y una señora mayor. Viajaban con ellos a todas partes. Ella jugaba con los jimaguas durante el día, cuando Estrella no quería salir de la casa. La señora mayor no hablaba, solo estaba presente.

— Por favor, no se lo digas a mamá.

Socorro sí se lo dijo. Para sorpresa de Sol, Vida no la regañó. Le preguntó cómo eran los niños.

— Son igualitos. Están vestidos de una manera rara.

— Y la mujer, ¿es una gitana?

— No.

Vida se quedó pensativa. Luego le encargó a José que le consiguiera hojas de albahaca y vencedor. La tarde siguiente santiguó a la niña invocando a sus santos protectores. Sol aguantó sin chistar, con los ojos cerrados. Cuando los abrió, allí estaban los tres, frente a ella, la mujer y los dos niños.

— Ya se fueron — le dijo a su madre.

— Me avisas si vuelves a ver a los espíritus.

Sol asintió y salió corriendo a jugar con los jimaguas. Vio que la mujer no se apartó de su madre hasta que abandonaron el lugar, al amanecer del día siguiente. Las posibilidades de trabajo se habían agotado.

Habían avanzado un buen trecho cuando José detuvo el camión súbitamente. Los hombres se bajaron y Vida abrió la puerta de la casa rodante. Preguntó que qué había pasado, como no le respondieron, se unió a ellos. Socorro, al ver que su tía se demoraba, también salió de la casa con Sol y Estrella de la mano.

— No nos queda más remedio que cambiar de rumbo. Miren el humo, hay un incendio — dijo José, y con el brazo apuntaba a la lejanía.

Sol se llevó las manos a la boca en un gesto de horror.

— Es culpa mía — dijo y rompió a llorar.

—¡ Qué disparates dices, Sol! — gritó Vida.

—¡ Lo pensé y sucedió!

Socorro sintió la laxitud de la mano de Estrella y observó con sorpresa cómo el cuerpo inerte de la niña se desplomaba. José corrió y la sostuvo en brazos.

— Vida, vamos al pueblo más cercano. Hay que buscar un médico, las niñas están enfermas.

La consulta del doctor Pintado era calurosa. El cartel de la puerta lo anunciaba como especialista en niños y ancianos, aunque, en realidad, trataba todo tipo de enfermos. Era el único doctor en el pueblo.

El médico los recibió en su despacho y comenzó la consulta pidiendo una explicación de los síntomas de cada una de las tres niñas, no sin antes encender una pipa de madera y carey.

— Estrella, la más flaca, siempre está enferma, es llorona y no quiere comer. La otra se ha vuelto cerrera y mentirosa y le gusta asustar a su hermana. La mayor es mi sobrina, esa no tiene nada.

Le explicó que su marido y su cuñado eran mineros, por lo que la familia tenía que vivir donde ellos encontraran trabajo. El doctor se tomó su tiempo para realizar el examen físico de las pacientes. Al concluir volvió a encender su pipa.

— Entonces las niñas no van a la escuela.

— No..., yo les enseño...

Vida no pudo sostener la mirada inquisitiva del médico. Buscó el abanico dentro de su cartera y comenzó a abanicarse con fuerza. El doctor soltó varias bocanadas de humo. Luego habló de forma pausada.

— A la delgada, dele una cucharada de Emulsión de Scott en la mañana, al menos por tres meses. Que haga ejercicios al aire libre. A la del ojo amarillo, regáله un perro.

José había acompañado a Vida y a las niñas a la consulta del doctor, pero no quiso entrar; los médicos lo ponían nervioso. Basilio los esperaba en las afueras del pueblo. La casa rodante era demasiado grande para transitar por las estrechas callejuelas. Para matar el tiempo José se dirigió a la esquina y prendió un cigarrillo. Una moderna camioneta de un rojo brillante dobló levantando polvo y aparcó justo en frente de la consulta del doctor Pintado. Un joven alto y bien parecido se bajó del asiento del chofer. Dando grandes zancadas se dirigió a una casa. No tuvo que tocar: la puerta se abrió solo lo necesario para dejarlo pasar. Dos hombres armados que habían saltado de la cama de la camioneta se plantaron en guardia delante de la casa.

José exhalaba el humo del cigarrillo sin quitarle la vista a la flamante camioneta roja, cuando un hombre mayor se acercó para pedirle fuego. El hombre no pudo dejar de notar el interés de José.

— Es un Dodge..., el último modelo.

—¿ Y de quién es ese precioso auto?

— De Hilario Santiesteban. Es dueño de unas minas de cobre como a treinta kilómetros de aquí. Dicen que han encontrado también plata por allá y están haciendo excavaciones.

—¿ Hay trabajo en esas minas?

El hombre mayor miró a José con sus ojos pequeños y opacos.

— Trabajo hay, solo le aconsejo que vaya allá si no le queda otro remedio. Más de un minero ha perdido la vida en las minas de Hilario Santiesteban.

José apagó el cigarrillo y le agradeció al hombre la información. Dio unas cuantas vueltas por el pueblo y estuvo indagando sobre las minas de cobre y plata. Regresó al consultorio justo cuando Vida y las niñas salían.

—¿ Qué dijo el doctor?

— Que tenemos que regalarles un perro a las niñas.

— Entonces no es nada grave.

José no pareció asombrado ante la inusual prescripción del médico. Vida, que conocía a su esposo, sabía que algo estaba tramando. Jugaba nervioso con las llaves y estaba segura de que no le estaba prestando atención.

—¿ Te pasa algo?

— Creo que vamos a encontrar trabajo.

Entonces le contó de las minas de cobre y plata y de Hilario Santiesteban.

— Pues para allá vamos, pero por favor, no te olvides del perro.

Prometeo llegó a la vida de los Ferrero al día siguiente. José lo llevó en una caja de madera que puso con mucho cuidado a unos pasos de la casa rodante. Llamó a las niñas y les dijo que se trataba de una sorpresa. Las dos se acercaron corriendo a fisgonear. Cuando lo vieron, comenzaron a gritar al unísono.

— Ay Dios, es tan bello, es tan bello, es tan bello.

El cachorro de labrador contemplaba con curiosidad las dos caritas iguales, que lo observaban desde arriba. Sol escogió el nombre y Estrella estuvo de acuerdo, aunque Vida y Socorro opinaron que aquel no era nombre para un perro. Nadie pudo hacerlas cambiar de parecer.

Prometeo logró que Estrella saliera de la casa rodante y corriera al aire libre. Sol recobró su amor por los libros. Desempolvó sus tomos preferidos de El tesoro de la juventud y comenzó a leer pasajes en alta voz, mientras que Prometeo saltaba a su alrededor. Los jimaguas y la silenciosa señora habían desaparecido.

El día que se cumplía el décimo mes de haber salido de San Andrés de los Portales, los Ferrero llegaron a las inmediaciones de las minas de cobre y plata. Temprano en la mañana, salieron dispuestos a conversar con Hilario Santiesteban. Querían solicitarle un contrato.

Mientras Socorro y Vida preparaban el campamento, Estrella recortaba muñequitas de papel a la entrada de la casa rodante. Sol corría detrás del perro, aquel día se había propuesto enseñarlo a atrapar una pelota. La lanzó y vio cómo el cachorro corría a alcanzarla. En cuestión de segundos lo perdió de vista en un declive. Recorrió el horizonte con la mirada, pero no lo vio. Sintió un vuelco en el estómago y los ojos se le llenaron de lágrimas. Las limpió con rabia y pensó que se estaba volviendo llorona como su hermana Estrella. Bajó corriendo por la ladera del cerro, mientras llamaba a gritos al cachorro. Sin darse cuenta se había alejado del campamento.

Al llegar a la base de la colina Sol no pudo dejar de notar que el paisaje había cambiado de forma súbita. El terreno se había tornado árido y pedregoso. Continuó corriendo, hasta que sintió unos ladridos débiles, como el llanto de un perro. Se dejó guiar por el sonido hasta que encontró a Prometeo en una zanja. El cachorro arañaba la tierra, sin lograr salir. La niña lo sacó con cuidado y lo arrulló en sus brazos. Entonces reparó en las piedras. La mayoría eran grises, pero otras tenían un resplandor verdoso. Recogió algunas y con Prometeo en brazos se dirigió al campamento.

José y Basilio regresaron molestos porque Hilario Santiesteban se había negado a atenderlos. Vida los recibió desesperada, recién había reparado en la desaparición de Sol. Iba y venía de un lado a otro llorando y se retorció las manos sin parar.

— Tranquila mi amor, no puede estar muy lejos. Estrella, ¿dónde estaba Sol la última vez que la viste?

— Estaba por allá, jugando con Prometeo — dijo y señaló a la colina.

Los hombres partieron en esa dirección. La encontraron a mitad del camino, apurada, con la mirada ansiosa y el cachorro en los brazos. Cuando vio a su padre comenzó a hablar de prisa.

— Prometeo se perdió y fui a buscarlo, pobrecito, se había caído en un hueco, creo que no le

pasó nada, perdóname papá...

José la abrazó fuerte y le acarició la cabeza.

— También encontré unas piedras raras.

Entonces le enseñó los pequeños pedazos de rocas verdes. José las observó con atención.

— Basilio, avísale a Vida que la niña y el perro están bien. Y tú, enséñame dónde las encontraste.

Tardaron en regresar al campamento. Vida los vio acercarse conversando mientras Prometeo corría delante de ellos. Pensó que debería regañar a la niña, en cambio, corrió a su encuentro y la abrazó, con las manos aún temblorosas.

— Vamos Vida, que no es para tanto. Solo se alejó un poco siguiendo al perro. Ven, necesito hablar contigo y con Basilio.

Llamó a su hermano y se dirigió a la parte posterior de la casa rodante, donde las niñas y Socorro no podían escucharlos. A Vida le llamó la atención tanto secreto; José solía ser un hombre de trato abierto, al que le gustaba discutir las decisiones. Después comprendió que el asunto requería de cierta discreción.

— No lo van a creer. Sol encontró por casualidad una brecha de esmeraldas. Tenemos que mudar el campamento para garantizar que nadie se acerque.

Vida contemplaba a su marido con los ojos abiertos y una mano sobre la boca.

— ¿Estás seguro de que son esmeraldas?

— Sí, miren.

Sacó las piedras del bolsillo y se las mostró. Después continuó sin poder ocultar su exaltación.

— Vamos a recoger la mayor cantidad que podamos.

— Y después le vendemos el terreno al sinvergüenza de Hilario Santiesteban como si fuera nuestro — dijo Basilio en tono de broma.

Vida había comenzado a jugar con su trenza. De pronto los ojos se le habían puesto radiantes.

— Si el terreno fuera nuestro, entonces la mina nos pertenecería, ¿verdad? — preguntó.

— Sí, pero no lo es.

— Se me ha ocurrido una idea.

Con una sonrisa, les expuso el plan que acababa de concebir.

— Hay que buscar la forma de conseguir un documento que parezca un título de propiedad legítimo. Cuando lo tengamos, le vendemos el terreno a Hilario Santiesteban y nos desaparecemos.

José miró a Vida dudando de que hablara en serio. Lo que Basilio había mencionado como algo jocoso, había cobrado forma en la aguda mente de Vida.

— ¿Sabes lo que estás proponiendo? Pudiera traernos consecuencias...

— No tienen por qué atraparnos si hacemos las cosas bien. Además, qué hay de malo, Hilario Santiesteban es un bandido, un explotador de mineros. José, mira cómo vivimos, no levantamos cabeza. ¿Qué futuro tienen las niñas? Ni siquiera van a la escuela. No podemos seguir así. Es nuestra oportunidad. Tenemos que hacerlo.

— ¿Y cómo vamos a conseguir un título de propiedad de un terreno que no es nuestro? — preguntó José.

— ¿Se acuerdan de cuando llevamos a las niñas a la consulta del doctor Pintado? — intervino Basilio — . Aquella tarde, en el bar del pueblo, conocí a un borrachín que me dijo que trabajaba en una imprenta. Creo que podría fabricar el documento. Estoy seguro de que si regreso al bar, allí me lo encuentro. Parece que vive pegado a la botella.

José contempló a su esposa y se sintió aplastado por el peso del fracaso. Desde que dejaron

Cabo Azules la suerte parecía haberles dado la espalda. Trabajaban mucho, ahorraban hasta el último centavo y no lograban prosperar.

— Está bien, vamos a intentarlo. Basilio, ocúpate de lo del papel. Vida, prepara para mudar el campamento. Yo me encargo de negociar con Santiesteban cuando todo esté listo.

— Con esa estampa de minero que tienes nadie te va a creer que eres dueño de un terreno — lo atajó Vida — . Yo hago el trato. Sé comportarme y Basilio me puede acompañar, como si fuera mi guardaespaldas. ¿Qué les parece si soy una viuda rica que ha heredado el terreno? Sabes que soy buena negociando. Solo necesito ver si me sirve alguna de la ropa de cuando teníamos “El Aro de Oro”.

José tuvo la certeza de que las cosas iban a cambiar si se dejaba llevar por ella.

— Necesitamos un auto — dijo Basilio.

— Con los ahorros que tenemos podemos comprar uno de uso, pero si esto falla, entonces sí nos quedamos en la ruina.

— Este plan no va a fallar — dijo Vida.

Se levantó resuelta y le guiñó un ojo a su marido.

Conseguir el documento fue más fácil de lo que esperaban. El borrachín de la imprenta no hizo ni preguntas y mostró un conocimiento que dejaba entrever que no era la primera vez que hacía falsificaciones. Les explicó que él solo imprimiría la plantilla, tal y como se hacía desde principios de siglo para los trámites legales. En este caso sería un documento de adjudicación de la propiedad del terreno por herencia. Ellos tendrían que procurar llenar el texto, con caligrafía de escribano, con las especificaciones de la propiedad y el nombre del propietario. No quiso saber más y cobró una cantidad sustancial por el trabajo.

A José y Basilio les llevó todo un día dar con una descripción del terreno que resultara creíble, Hilario Santiesteban no era ningún tonto. Vida rellenoó el documento con una pluma de fuente que José compró para resolver el asunto. Una de las cosas que tenía que agradecerle a Candelaria era que le hubiera enseñando buena caligrafía. El documento se hizo a nombre de María Josefina Pérez, viuda de la Moneda. Lo del auto se complicó porque no tenían dinero suficiente. Finalmente consiguieron un Cadillac negro con buena presencia y algunos problemas mecánicos.

El día de la supuesta venta, Vida sorprendió a todos con su atuendo. Se había puesto un vestido de falda amplia amarillo mostaza, al que le había agregado un lazo de óvalos blancos y negros en el cuello para hacerlo más moderno. Llevaba zapatos de tacón alto, un cinturón negro que le resaltaba la cintura estrecha y un complicado moño que Socorro le ayudó a hacer. Por primera vez en muchos años se había pintado labios de rojo. Salieron bien temprano. Habían quedado en que José, Socorro y las niñas permanecerían en la casa rodante. Nadie debería estar afuera cuando Hilario Santiesteban fuera a inspeccionar el terreno.

Al mediodía José sintió el sonido del auto y les pidió a las niñas que se mantuvieran en silencio. Escuchó a su esposa reír mientras le contaba al dueño de las minas que se iba a vivir al extranjero y no quería dejar el terreno para el uso de los gitanos. Sintió un pinchazo de celos. Nadie mencionó las esmeraldas, aunque Hilario Santiesteban había recogido más de una piedra que no había escapado a su ojo experto durante la inspección del terreno. El trato se cerró y esa misma tarde se firmaron los documentos. Vida (o María Josefina Pérez viuda de la Moneda) no olvidó un último favor para el señor Santiesteban.

— No se preocupe, nosotros desalojamos a los gitanos.

Esa misma noche los Ferrero se pusieron una vez más en camino. Durante tres días avanzaron lo más que pudieron, rumbo al sur, alejándose de las minas, hasta que José reparó en que estaban

viajando sin rumbo. Decidió detenerse en un suntuoso paraje al pie de una montaña. Necesitaban reabastecer las provisiones.

— No se pueden tomar grandes decisiones con el estómago vacío.

Una vez más, prepararon el campamento y José consultó el mapa.

— El pueblo más cercano se llama Humilladero. Vida, ven conmigo, vamos a buscar agua, y a comprar pan, queso y carne curada. Creo que podemos pasar la noche aquí y mañana, con la fresca, salimos. No vamos a parar hasta que encontremos las canteras de mármol. Socorro se queda con las niñas y tú, Basilio, encárgate de cuidar el campamento. No conocemos esta zona.

José y Vida subieron al auto y salieron a toda velocidad. José conducía con la vista fija en la carretera sin hablar.

— ¿Qué estás tramando? — le preguntó Vida con una sonrisa pícaro.

— Ya verás.

Dobló a la izquierda en un camino de grava y condujo despacio hasta que encontró un matorral que formaba una especie de cerca divisoria. Apagó el auto y atrajo a su mujer hacia sí.

— Extraño nuestros domingos...

Ella le rodeó el cuello con los brazos y le mordió los labios.

— Desde que compramos el Cadillac no he dejado de pensar en otra cosa — dijo José mientras aspiraba el aroma de su mujer.

Vida le tapó los ojos y le dijo en un susurro que no los abriera. Luego salió del auto, entró por la puerta trasera, se desnudó y se soltó el pelo. Se recostó en el respaldo con una pierna extendida y la otra doblada y apoyada sobre el asiento, el cabello cubriéndole los senos y una mano entre sus dos piernas.

— Ahora puedes mirar.

Una hora después reposaban enroscados, sudorosos y jadeantes.

Llegaron al pueblo casi al final de la tarde. Humilladero no era más que una réplica de El Calvario, un pueblo sucio, pobre y polvoriento. No tardaron en encontrar la bodega. Mientras Vida seleccionaba los productos, José agarró un periódico que al parecer alguien había olvidado sobre el mostrador. Sin demasiado interés comenzó a hojearlo, leyendo los titulares.

— Siempre lo mismo..., parece como si no pasara nada...

Para su asombro, se topó con un nombre conocido en el titular de una noticia de la tercera página: “Don Hilario Santiesteban, víctima de un atraco”. Comenzó a leer el artículo con prisa, saltándose las palabras.

El conocido propietario de las mayores minas de cobre de la zona presentó una denuncia ante el comisario del Distrito de Santa Rosa... Una pareja de timadores efectuó una venta fraudulenta, valiéndose de un documento falso... Se descubrió una brecha de esmeraldas de valor incalculable... Los verdaderos propietarios han presentado un recurso en contra de Hilario Santiesteban por ocupación ilegal del terreno... El Comisario dictó una orden de búsqueda y captura...

Con las piernas temblorosas y la garganta seca, José observó el bosquejo de una mujer peinada con un moño y un hombre de facciones angulosas que aparecía debajo de la noticia,

acompañado de la descripción de los presuntos estafadores.

SE BUSCA: Mujer mestiza, de aproximadamente cinco pies y siete pulgadas, ciento treinta libras de peso, ojos rasgados, de entre veinticinco y treinta años. Viaja acompañada de un hombre blanco de seis pies y dos pulgadas, de más de doscientas libras de peso, complexión atlética y alrededor de cuarenta años, que dice ser su guardaespaldas. Viajan en un auto marca Cadillac de color negro. Se les considera peligrosos. Se ofrece una recompensa de CIEN pesos por su captura vivos o muertos.

José miró con pánico el auto estacionado frente a la bodega. Ante la mirada atónita del bodeguero, José dejó un billete de veinte pesos sobre el mostrador, agarró las bolsas de compras y empujó a su esposa hacia la puerta de salida.

—¿ Te has vuelto loco?... ¡No esperaste el vuelto!

— Tenemos que irnos... Hilario Santiesteban y la policía nos están buscando.

Vida dejó escapar un grito. Corrió al interior del auto y con movimientos rápidos se soltó la trenza, dejando que unos mechones le cubrieran el rostro. No cruzaron palabra durante el trayecto.

Al llegar al campamento, José puso a Basilio al tanto de los acontecimientos. Decidieron quemar el Cadillac negro y partir aquella misma noche. A la luz de las llamas José desplegó el mapa sobre la tierra y reunió a su esposa y a su hermano.

— Tenemos que alejarnos de las minas..., todo lo posible.

— Si nos vamos de las minas nos quedamos sin trabajo — dijo Basilio, quien no dejaba de mover la pierna derecha.

— No tenemos opción, no podemos arriesgarnos... — José mantenía la vista en el mapa — . Esperen..., fíjense en cuánto hemos viajado tierra adentro. ¿Saben cuál es el pueblo lejano que estamos buscando y donde podríamos estar seguros? ¡Cabo Azules! Allá no hay forma de que nos vinculen con Hilario Santiesteban.

— No quiero regresar a Cabo Azules... demasiados recuerdos tristes — dijo Vida.

— Mi amor, allí también fuimos felices. He oído que después de la reconstrucción el pueblo ha prosperado mucho.

Vida contemplaba con aire ausente cómo las llamas devoraban el auto. José abrazó a su esposa y le susurró al oído.

— Confía en mí.

Vida lo besó en los labios y luego se dirigió a Socorro y las niñas.

— Arriba, a recoger, nos vamos a casa.

Así fue como los Ferrero regresaron a Cabo Azules, seis años, diez meses y doce días después del ras de mar, dispuestos a comenzar desde cero una nueva vida.



Estrella y Sol Ferrero. Fotografía de estudio tomada alrededor de 1942.

Ascenso y caída libre

Los Ferrero se llevaron una agradable sorpresa al llegar a Cabo Azules. Las calles estaban pavimentadas, el edificio del banco central dominaba parte de lo que antes había sido el parque y habían construido un teatro y una biblioteca pública. El puerto ofrecía un panorama de prosperidad, con los barcos de diferentes naciones anclados y hoteles con vista al mar.

Con el dinero de la supuesta venta del terreno, José hizo el pago inicial de la compra de una casa en el barrio de Las Ánimas, llamado así por su cercanía al cementerio. Había sido remodelado después del ras de mar y conservaba una parte colonial además de una ampliación moderna que le confería un aire ecléctico. Las Ánimas era un lugar floreciente donde los vecinos eran pequeños empresarios, médicos, abogados y artistas.

La casa tenía cuatro cuartos, una sala con amplios ventanales, dos baños y una cocina-comedor, colindante con el patio, donde la familia pasaba la mayor parte del tiempo. Los primeros días después de la mudada Vida, Socorro y las niñas se dedicaron a plantar rosas rojas, margaritas, buganvillas y claveles. Designaron una zona para las plantas medicinales, donde sembraron hierba buena, mejorana, tilo y menta poleo.

Durante el trayecto, los Ferrero habían discutido la posibilidad de intentar algún negocio que les permitiera cierta estabilidad económica. José propuso abrir una casa de empeños, pero Vida se opuso. Sin Candelaria las cosas no serían iguales. A José no le interesaba volver a trabajar en el servicio de ómnibus y comprar un barco era demasiado arriesgado. Después de valorar varias opciones llegaron a la conclusión de que lo mejor sería aprovechar la experiencia que habían acumulado en el campo de la minería. Cabo Azules era una puerta de entrada a las minas. A diario llegaban muchísimas personas desde lejos, buscando fortuna. Necesitaban información y ellos podían brindarla.

Pocos días después de la llegada José y Basilio alquilaron un local en el puerto, donde instalaron una imprenta y una pequeña tienda que ofrecía información oral y escrita sobre las minas del sur y cómo llegar a ellas. Contrataron a un joven llamado Bernardo Ordóñez, escribano de profesión, inteligente y emprendedor que tenía una imaginación desbordante. José solo tuvo que contarle de las minas una vez y Bernardo creó una colección de folletos informativos que fueron un éxito rotundo. Encargaron los mapas al servicio cartográfico de la capital. José contactó con los dueños de las ferreterías locales y negoció con ellos una comisión por cada cliente que comprara herramientas de minería recomendados por José y Basilio Ferrero. Ellos aceptaron el trato. El local fue bautizado como El Rincón del Minero. Poco a poco fueron agregando mercancías: artículos de primera necesidad, alimentos, bebidas, medicamentos básicos y productos de limpieza. José decidió trabajar en el mostrador, llevar las cuentas y supervisar el negocio. Basilio, por su parte, operaba la imprenta. Con el tiempo, la tienda de los Ferrero se convertiría en el bazar más importante de Cabo Azules.

Una tarde, algunos meses después de la apertura del negocio, una señora de mediana edad y apariencia humilde tocó a la puerta de la casa. Le preguntó a Vida si por casualidad allí vivían los Ferrero. Había estado dando vueltas por el pueblo hasta que alguien le había indicado la

dirección. Vida se puso en guardia.

—¿Qué se le ofrece, señora?

— Mi nombre es María y estoy de paso. Soy de Juragüey.

Vida sintió un escalofrío en la espalda. Lo primero que le vino a la mente fue su madre. No había tenido noticias de ella desde que se escapó de la casa, después del incidente con el Isleño.

— Se trata de Candelaria.

Vida la hizo pasar al comedor y le ofreció café. Con el pecho apretado se dispuso a escuchar lo que la señora tenía que contar. Estaba dispuesta a no dejarla ir hasta que supiera toda la verdad acerca de los años de ausencia de su cuñada.

— Ella no está bien. Necesita ayuda urgente. Primero quiero decirle que es mi comadre y la aprecio, si no la he ayudado más es porque mi marido no me permite ni que le dirija la palabra. Si usted no va a buscarla se muere.

Entonces la señora María le contó toda la historia. La conocía bien. Ella y Candelaria habían sido vecinas en Juragüey y entre ellas había crecido una amistad. Le contó que durante los primeros años, Candelaria parecía vivir en una especie de felicidad fragmentada. Hablaba mucho de sus sobrinas y algunas veces lloraba, cuando su marido no estaba, al recordar a la familia que había abandonado. No se acostumbraba a estar en boca de la gente, que comentaba sobre su relación con un hombre que podía ser su hijo.

— Juragüey es un pueblito, la gente habla.

Vida sintió palpitaciones y las manos le comenzaron a sudar. ¿Quién mejor que ella conocería el pueblo de Juragüey?

— Francisco fue un buen marido. Lo único que quería era ver feliz a su mujer.

—¿Entonces ya no están juntos?

— No. Francisco la dejó. Se fue con el corazón destrozado; ese hombre la quería de verdad. Me da mucha pena, lo que le voy a contar es duro.

Vida había tenido un mal presentimiento desde que la señora María llegó, y al parecer las cosas serían peor de lo que podía imaginar. La mujer se tomó el café sin prisa y se acomodó, como si lo que fuera a contar requiriera de mucho tiempo y esfuerzo. Con expresión resignada comenzó la historia. Según ella, Francisco era un hombre honesto. Trabajaba en el campo recogiendo maíz por la mañana y café por la tarde. Dos veces a la semana descargaba mercancías en el almacén del pueblo, de madrugada, para ganarse un dinero extra. Aspiraba a comprarse un auto para sacar a pasear a Candelaria. Quería que estuviera orgullosa de su marido. Ella también lo quería, a su manera, pero nunca se entregó a plenitud. Candelaria compartía su amor por Francisco con un amante secreto y exigente: el alcohol. Bebía para acallar los demonios, le había dicho. El vicio había crecido y crecido hasta un punto en que ella perdió el control. Primero solía beber solo una copita de anís en el desayuno para comenzar el día, luego un traguito de brandy después de almuerzo para la digestión, más tarde un poquito de ron a media tarde para espabilarse y así día tras día. Bebía cuando estaba triste y cuando estaba contenta, o cuando le entraba un miedo inmenso a morirse sola. Decía que a veces el corazón le latía tan fuerte que parecía que se le salía del pecho, le costaba trabajo respirar y luego sentía una sensación de vacío, de caer eternamente. El alcohol era lo único que le proporcionaba consuelo.

Candelaria no bebía delante de su marido. Solía hacerlo temprano, cuando Francisco no estaba, y se las agenciaba para componerse lo suficiente sin que él lo notara. Con el tiempo su humor comenzó a cambiar de forma súbita. A veces se levantaba eufórica y no paraba de trabajar, hasta limpiaba la casa dos veces seguidas. Al terminar la última habitación comenzaba de nuevo por la primera. Cuando se encontraba en ese estado, los vecinos la escuchaban reír a carcajadas y

cantar rancheras. A aquellos episodios les sucedía la melancolía. Nada era importante para ella, todo le era ajeno. Candelaria se sumía en un estado de desánimo y desesperanza. Se quejaba de dolores de cabeza y siempre tenía sueño. Comenzó a descuidar su apariencia y su casa. Francisco llegaba del trabajo y Candelaria había olvidado hacer la comida, o no había ropa limpia o la despensa estaba vacía. Él sabía que algo andaba mal, pero no podía adivinar lo que en realidad ocurría. Era bueno por naturaleza y no tenía razones para desconfiar de su mujer. Concluyó que Candelaria estaba enferma y no se lo quería decir.

— Estaba preocupado. No entendía nada el pobre hombre. Empezó a regresar más temprano del trabajo para ayudar a su mujer y fue su buena intención lo que desencadenó la crisis.

Una tarde Francisco llegó y no halló a su mujer dentro de la casa. Alarmado, salió a buscarla y la encontró en el patio sentada en el suelo, mascando con fruición pétalos de rosas, hojas de menta y grumos de tierra mojada. Después vomitó y se sumió en un llanto desesperado. Candelaria decía que aquellos sabores le recordaban la farmacia, los años que definieron su vida, que la cambiaron. El bueno de Francisco pensó que estaba enferma de parásitos y fue a preguntarle a la vecina si sabía de algún remedio. A María se le partía el corazón de ver a aquel hombre grande y rudo, tan abatido por el estado de su mujer.

— Fui testigo de lo que ocurrió. A veces no puedo dormir y salgo a coger fresco. Aquella noche yo estaba afuera.

Al parecer, Francisco había despertado y la cama estaba vacía. Salió y no vio a Candelaria entre las plantas. Atravesó el patio hasta llegar a la cerca colindante con la casa del fondo y para su sorpresa, la vio entre los árboles. Estaba extasiada, mirando por la ventana a una pareja de jóvenes enamorados que se regodeaba en el placer de su amor. Algún ruido alertó a Candelaria. Al ver a su marido se tapó la cara con las manos por algunos segundos. Corrió detrás de él, lo agarró del brazo y le prometió que no lo haría más. Le dijo que eran los demonios que la estaban acribillando. Notó la expresión de dolor en los ojos de Francisco y comprendió que lo había herido en lo más profundo, que no quedaba lugar para el perdón. Se arrodilló a sus pies llorando y suplicando que no la abandonara, le abrazó las piernas y se dejó arrastrar mientras el hombre trataba de dejarla atrás. Francisco la rechazó sin rudeza y se fue. Nunca se supo qué rumbo tomó.

— Lo vi todo. Sabía que para Candelaria quedarse sola sería terrible, pero nunca pensé que las cosas llegarían a los extremos que han llegado.

María dijo que Candelaria le contó el secreto de los demonios que la perseguían desde que era apenas una adolescente. La única forma de vivir en paz era calmándolos con alcohol. Temía hundirse en su infierno interior. Meses después lo había perdido todo. Cada centavo era destinado para beber aguardiente, ron, alcohol de caña, cualquier cosa. En el pueblo se comentaba que salía por las noches y la repudiaron por viciosa. La comadre la visitaba por las mañanas, a escondidas de su esposo, y le llevaba una taza de caldo. La encontraba revolcada en sus propias excretas. Le decía que quería regresar a Cabo Azules. Hablaba de su hermano José, de su cuñada Vida y de las niñas, sus grandes amores, y de los tiempos felices, cuando trabajaba en “El Aro de Oro”. Juraba que sería buena, que dejaría de beber para regresar con su familia. Un día se levantó decidida y sobria y se despidió de su comadre. Mas no salió de Juragüey. Quiso tomarse el último trago en el bar del pueblo, para animarse, y nunca más dejó el recinto. Cuando se le terminó el dinero, acabó limpiando el burdel.

— No quiero contarle las cosas que hace por un trago de ron. Perdone que sea portadora de malas noticias, es mi deber de amiga. Nosotros nos vamos lejos, allá no le queda nadie. Quizás usted pueda salvarla.

Durante el relato, Vida no había pronunciado palabra. Cuando la señora María se levantó para

despedirse, Vida le dio un abrazo fuerte y le preparó una cesta con pasteles, frutas y agua fresca para el camino. No la acompañó hasta la puerta. Se quedó sola, sentada en el comedor por un tiempo que no pudo determinar. Pasó el resto del día ensimismada. Esa tarde no cocinó. Cuando su marido llegó se encerró con él en el cuarto.

— Candelaria está en problemas, cosas muy graves, José. Por Dios te lo pido, déjame ir a buscarla.

Entonces le contó su versión de la conversación con la señora María. No mencionó las razones por las que Francisco la había abandonado. El asunto del alcohol no hubo forma de esconderlo, pero ella puso énfasis en que Candelaria estaba enferma y sola.

— Vida, sabes bien que no puedes ir a Juragüey. No creo tener que recordarte por qué.

— Ha pasado mucho tiempo, José, no tengo miedo, ni el propio Isleño me reconocería. Cuando me fui era solo una niña.

— Es peligroso, no puedo dejarte regresar allí sola y sabes que no puedo acompañarte. Tengo un cargo pendiente por tu secuestro. Además, tenemos deudas, estamos comenzando, no puedo dejar de trabajar ahora.

— Te lo suplico, José, si no voy a buscarla se muere.

José paseaba de un lado a otro de la habitación. Después de unos minutos de silencio, se negó. Era demasiado riesgo. Vida le agarró el brazo y con lágrimas en los ojos le juró que solo estaría el tiempo indispensable para traer de vuelta a Candelaria, que no pasaría ni por la esquina de la casa de su madre, y que se alojaría en la casa de huéspedes con un nombre falso. Por las niñas no había que preocuparse, Socorro se ocuparía de ellas.

— Manda un telegrama cuando llegues. Tienes el fin de semana. Si no estás de vuelta el lunes voy a buscarte y que pase lo que pase.

Vida preparó el equipaje y se dispuso a salir al día siguiente en el primer tren. Valoró las posibles opciones, pensó incluso en lo impensable, pero la realidad le mostraría una vez más, que siempre hay situaciones que superan lo imaginable.



¿Podría ser Candelaria Ferrero mucho antes del descalabro? Fotografía encontrada en la caja de sombreros.

Sinfonía *Patética*

Vida depositó con cuidado la pequeña maleta de cuero y chequeó en la pizarra de información la hora de salida del próximo tren.

— Como cambian los tiempos. Ahora resulta que Juragüey queda a solo veinticinco kilómetros de Cabo Azules.

Después del ras de mar, cuando el pueblo comenzó a crecer con desenfreno, la construcción de un túnel que atravesaría la montaña para conectar el puerto con los poblados del otro lado de la sierra fue la obra insigne, símbolo de progreso y desarrollo. Justo detrás del macizo montañoso estaba Juragüey, hasta entonces un caserío aislado y pobre. Hombres de negocios interesados en invertir en la industria ferroviaria y muchos trabajadores deseosos de participar en tan colosal proyecto, confluyeron a ambos lados de la sierra.

Cuando los Ferrero regresaron a Cabo Azules, ya el servicio ferroviario había conectado ambos pueblos. Contaban que las perforaciones comenzaron por ambos lados de la montaña de forma simultánea y que el día en que se encontraron los obreros en el centro, los alcaldes de ambas ciudades firmaron un acuerdo de cooperación bilateral, y hubo una fiesta que se extendió por más de una semana. La montaña horadada se convirtió en símbolo de prosperidad.

A Vida el hecho de abrirle las entrañas a la montaña le parecía una violación, y la perspectiva de atravesarla en tren, para llegar hasta Juragüey, la sobrecogía. En Cabo Azules corrían los rumores de que dentro del túnel la oscuridad era total, y que si se apagaban las luces del interior del tren, los bandidos que lograban pasar inadvertidos entre el resto de los viajeros, aprovechaban la oportunidad para cometer fechorías. Por eso habían designado un guardia en cada vagón. Sin embargo, a veces, cuando el tren salía del túnel, el guardia aparecía maniatado en una esquina y los pasajeros habían perdido sus carteras y sus joyas. Vida iba preparada. Llevaba el dinero entre los senos, un revólver en la cartera, y una estampita de San Judas Tadeo en el bolsillo. Por fortuna, el viaje transcurrió sin incidentes.

La estación de ferrocarril de Juragüey era tan grande como la de Cabo Azules. El edificio color ocre, de grandes ventanales, tenía un amplio portalón, de cara al andén, con el techo pintado de verde olivo. Al llegar el tren, una muchedumbre se acercó agitando las manos y saludando a gritos. Los olores de las golosinas de los vendedores ambulantes se combinaban, creando una sinergia que a Vida le pareció perfecta: tamales, churros, empanadas, chicharrones, café. Los olores de su infancia. Muchachas vestidas con amplias faldas de colores vendían ramos de flores. Vida no salía de su asombro. ¿Cómo podía haber cambiado tanto el pueblo en poco más de quince años? Al menos quedaban los coches de caballos, tan típicos de Juragüey, que ahora competían con los autos por el derecho a la vía.

— Lléveme a la casa de huéspedes, por favor.

— La casa de huéspedes está cerrada. Si quiere, la llevo al Hotel *Regency*. Es bueno y barato.

— ¿Hotel *Regency*?

— Es de un gringo. Se hizo rico en las minas del Río Amará y ahora es dueño de medio Juragüey.

El cochero le contó que el centro de la floreciente ciudad en que se había convertido Juragüey

se había desplazado al este, donde se había construido el barrio nuevo, con casas modernas y hasta un edificio de cinco plantas. Vida se preguntaba si todavía recordarían a la niña que le sacó el ojo al Isleño.

—¿ Y el viejo bar? ¿Todavía existe?

—¿ El bar de Lucas? Está en el mismo lugar, la parte antigua ha cambiado poco.

No más salieron de la parte moderna, Vida reconoció el entorno. Recordó su barrio, la casa de su niñez. Sentía curiosidad y añoranza. Siempre había recordado a su madre, pero abandonaba esos pensamientos porque le causaban dolor. Sabía que en algún momento la perdonaría, aunque ese día estaba aún por llegar. En el camino, escudriñaba extasiada cada esquina, cada rincón, y sintió el incommensurable peso de la nostalgia. No podía darse el lujo de dejarse llevar por los recuerdos y las emociones, tenía una misión que cumplir. Al pasar por la estación telegráfica, le pidió al cochero que parara por unos minutos y corrió a enviarle un telegrama a José. “Llegué bien. Los amo”.

El Hotel *Regency* quedaba en las afueras de la parte vieja. Estaba formado por tres casas de dos plantas, de estilo colonial, perfectamente restauradas, que se conectaban entre sí por corredores con columnas blancas. Las casas de techo de tejas estaban pintadas de colores terracota y amarillo quemado, tenía grandes ventanas de hierro con complicados arabescos y el piso era de losetas con diseños geométricos. Cada una de ellas tenía un patio central, con empedrado granadino y una multitud de plantas: helechos gigantes, platicerios colgantes, arecas, marpacíficos y jazmines.

— Habitación para dos, por favor, la más discreta que tenga.

El joven de la recepción le dirigió una sonrisa cómplice que Vida ignoró. Dejó su equipaje en el cuarto y salió dispuesta a realizar la tarea que la trajo de vuelta a su pueblo natal. Llevaba el revólver y estaba decidida a usarlo si fuera necesario. Le ofreció tres pesos a un auto de alquiler por llevarla al bar y esperarla en la puerta.

— Pago por adelantado — le exigió el chofer — . Señora, espero que sepa lo que hace, el bar de Lucas no es un lugar seguro para una mujer sola.

— Lo sé. No demoro.

Vida sabía que el bar era frecuentado por gente de la peor calaña. No lo pensó dos veces. Empujó la puerta de vaivén y barrió el local con la mirada. Un olor intenso a tabaco, ron y orina la golpeó como una bofetada. En las mesas delanteras algunos jornaleros, acompañados por prostitutas viejas y cansadas, bebían un aguardiente de caña con un tufo penetrante. El sonido de una guaracha pegajosa, que salía de una desvencijada victrola, se ahogaba con los gritos y las carcajadas de un grupo de hombres, que al fondo del local, formaban un círculo alrededor de una figura que parecía estar en cuatro patas en el suelo.

— Ahora ladra y lame el piso — dijo un hombre barbudo y sin dientes después de escupir un buche de ron en el suelo.

— Y después, levanta la patita — apuntó otro.

Los otros bebedores lo apoyaron con gritos y sonoras carcajadas. En ese momento uno de los clientes, que saboreaba un trago de licor y mascaba tabaco en la esquina más alejada de la barra, divisó a la joven que atravesaba el bar con actitud retadora.

— Lucas, dime si estoy alucinando o es un ángel caído del cielo. Si la señorita vino por un trago quiero ser el primero en invitarla.

Vida desoyó el comentario. Los hombres del grupo, al reparar en ella, le dirigieron miradas lascivas, pero algo en la actitud de Vida los detuvo y no se atrevieron a ir más lejos. Quizás fue la determinación de su paso, el gesto desafiante o la bravura de la mirada de la mujer.

— Ábranle paso a la dama — dijo el borracho desdentado.

Sin bajar la cabeza, Vida se dirigió al círculo de hombres, quienes se apartaron a su paso. Se acercó a la mujer vieja y mugrienta, que se había arrastrado hasta una esquina y se protegía el rostro con los brazos en posición defensiva. Tenía el pelo canoso y largo, estaba descalza, vestida con harapos y exhalaba un olor fétido. Al principio le costó trabajo reconocerla, parecía tan endeble y espantada, pero a la vez tenía una expresión de bestia acorralada que daba miedo. Se le acercó despacio, se agachó y le tocó el hombro. La mujer había virado la cabeza desde que notó que alguien se le acercaba y se cubría la cara con las manos. Al sentir el contacto, se sobresaltó y trató de arrastrarse en retirada.

— Candelaria, soy yo, Vida. Vine a buscarte.

Las conversaciones habían cesado. Solo la victrola repetía el estribillo de la guaracha pegajosa en el disco rayado. A Candelaria se le iluminaron los ojos al reconocerla. Vida arrancó el mantel de una mesa aledaña y la cubrió. Salieron del bar sin proferir palabra y sin dirigir sus miradas a los hombres, que atónitos, contemplaban cómo la joven se llevaba a la borracha sucia y enferma apoyada en su hombro.

Una vez en el hotel, Vida la bañó y le cortó las uñas; le sacó los piojos y le lavó el pelo. La arrulló, le hizo cuentos y le cantó las mismas canciones de cuna que Candelaria solía cantarles a sus hijas. Después mandó a buscar al médico.

— Tiene desnutrición y agotamiento nervioso. Lo más probable es que también tenga anemia. Reposo y alimentación es lo indicado. Póngale compresas frías en la frente y calientes en los pies, tres veces al día. Y que no coja aire de frente, para que no se complique con una neumonía. Puede darle quince gotas de láudano para que se calme y pueda descansar.

A pesar del estado de Candelaria, Vida no se amilanó. Confiaba en el poder curativo del amor. En Cabo Azules, junto a su familia, Candelaria iba a mejorar. Lo único que necesitaba es que tuviera fuerzas suficientes para hacer el viaje de regreso. Se sorprendió al ver que la enferma mejoró de la noche a la mañana. El día en que debían regresar a Cabo Azules Vida le preguntó si quería volver a casa. Candelaria sonrió por primera vez. Entonces le explicó que aquel era un viaje sin retorno. Nunca más volverían a Juragüey, pero antes de partir le dijo que ella tenía un asunto pendiente. Era un secreto y debía quedar entre las dos. Candelaria asintió y le apretó la mano.

Vida le pidió al cochero que las llevara al callejón del Rosario y la calle Segunda. Era la esquina de la casa de su madre. Sin bajarse del coche, la pudo ver sentada en el viejo sillón blanco en el portalito, oronda y rozagante, conversando con un mulato alto entrado en años, que descalzo y sin camisa, fumaba tabaco sentado en los escalones de la entrada.

— A la estación del tren, por favor.

El viaje de regreso a casa transcurrió sin incidentes. Candelaria no habló mucho y Vida prefirió no hacer preguntas. Entre ellas sobraban las palabras. Al llegar a la casa, José le dio un beso. Basilio lloró al verla y ella le acarició la cabeza, con la vista perdida y los ojos secos. Besó a Socorro, a quien no conocía, y abrazó a las niñas con sus pocas fuerzas, pero con todo el amor que había guardado para ellas durante mucho tiempo. Sol y Estrella miraban con curiosidad a la extraña en que se había convertido su tía.

Vida puso en práctica el plan que había ideado para curar a Candelaria. Tenía fe absoluta en la efectividad de su tratamiento. Consistía en darle a la enferma una cucharada de aceite de hígado de bacalao en ayunas, luego leche de chiva tibia, caldo de gallina en almuerzo y comida y una yema de huevo con melaza al día. También consideró darle una pequeña dosis de aguardiente en las mañanas, para evitar los temblores, y una taza de té de hojas de tilo con miel de abejas por la

noche, para los nervios, junto con el láudano que el doctor de Juragüey había prescrito. Después del séptimo día, sustituyó el caldo por malanga con pollo en el almuerzo y sopa de calabaza en la comida. A la semana de haber llegado a Cabo Azules, Candelaria era capaz de caminar sin ayuda. Vestida de blanco y con el pelo trenzado, no se parecía a la mujer que ladraba en el bar de Lucas a cambio de un trago de ron.

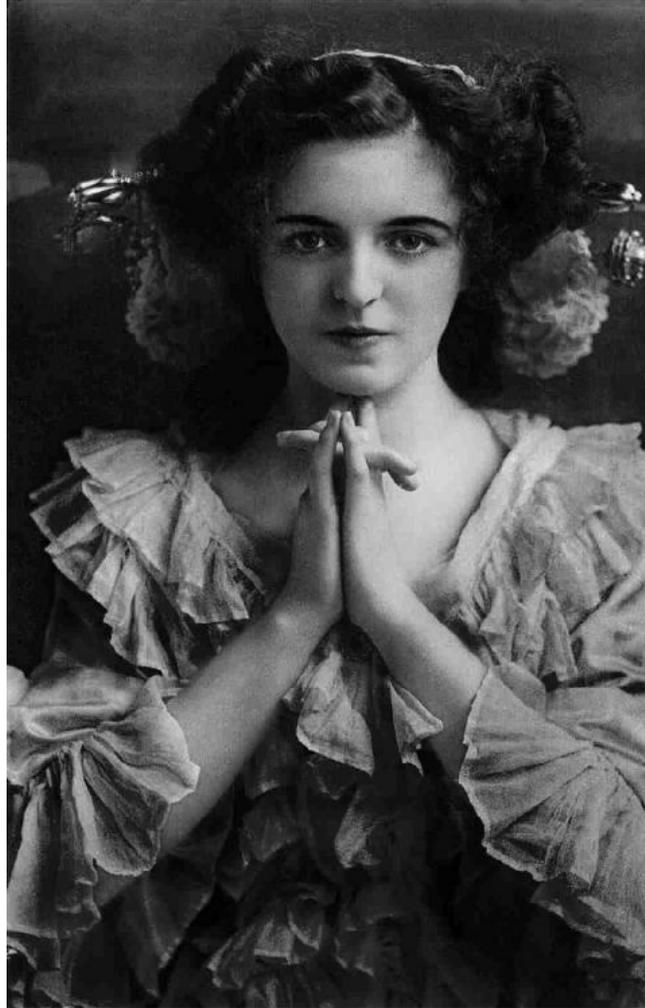
Las niñas comenzaron a pasar tiempo con ella. A Socorro le gustaba peinarla y Sol le contaba historias fantásticas que ella escuchaba pacientemente. Estrella se acurrucaba en su regazo y disfrutaba de su compañía en silencio. Poco tiempo después comenzó a salir de su habitación y se sentaba silenciosa en el taburete de la cocina, mientras Vida cocinaba. Por las noches escuchaba la radio con Vida y Socorro bebiendo infusiones de hierbas aromáticas.

Una tarde, cuatro meses después de su llegada, Candelaria no salió del cuarto a la hora de comida. Vida pensó que se había quedado dormida y decidió que era mejor dejarla descansar. Pero tampoco salió a las ocho, la hora de la radionovela, el único tiempo que Vida consideraba sagrado.

— Ve a buscar a tu tía. El capítulo de hoy va a estar bueno.

Vida oyó gritar a Socorro y corrió al cuarto. Candelaria yacía en la cama en una extraña posición. Acostada bocarriba con los brazos en cruz, mantenía las piernas flexionadas y enroscadas en una contorción extravagante y a su vez suspendidas en el aire. Tenía el cuello estirado, los músculos de la cara contraídos y la barbilla apuntando al techo, los ojos, sin expresión, desmesuradamente abiertos y una palidez de muerte. Vida llamó a gritos a su marido.

— José, ve a buscar a la doctora Cisneros. Apúrate por Dios.



Candelaria Ferrero guardó el original de esta fotografía hasta el día de su muerte.

Trastorno catatónico

La doctora Cisneros pisó por primera vez la casa de los Ferrero el viernes 15 de mayo de 1942 a las nueve y cuarenta y cinco de la noche. Justo cuando la doctora entró en la casa, Vida tuvo la impresión de que, solo por unos segundos, las luces se volvieron más brillantes y sintió una corriente en el aire, algo como lo que se siente en los momentos previos a una tormenta eléctrica. Pero aquella noche el cielo estaba despejado. Nunca olvidó esa sensación.

La doctora entró con paso confiado, observó el entorno, y depositó su maletín de médico en el sillón de la sala. Preguntó el nombre de la enferma y pidió lavarse las manos. Una vez en la habitación, la doctora Cisneros se acercó despacio a Candelaria, quien permanecía rígida en la incongruente posición. La observó durante unos minutos y mandó a pedir hielo para mojarle los labios resecos. Le preguntó a Vida que desde cuándo estaba así y si era la primera vez que se producía un evento como aquel. Vida le dijo que nunca antes había ocurrido, que habían intentado bajarle las piernas y cerrarle los brazos, sin éxito. Candelaria regresaba, empecinada, a la caprichosa postura. Entonces la doctora se dirigió a la paciente.

— Candelaria, soy la doctora Amalia Cisneros, la voy a ayudar a estar más cómoda. Vamos a estirar un poco las piernas.

Con una docilidad pasmosa y después de haber permanecido durante horas en la inusual postura, la enferma relajó las piernas y recogió los brazos, dirigiéndole a la doctora una mirada borrosa. Socorro rompió a llorar.

— ¡Misericordia divina, es un milagro! — dijo Vida persignándose.

La doctora no se inmutó por la reacción de la familia. Les pidió hablar bajo, para no molestar a Candelaria. Sacó el estetoscopio del maletín y auscultó a la paciente que permanecía aletargada. Luego la contempló en silencio durante algunos minutos. Vida había sacado un rosario del bolsillo de su vestido y pasaba las cuentas entre sus dedos mientras rezaba moviendo los labios rítmicamente. Al ver que la doctora guardaba el estetoscopio se dirigió a ella.

— Doctora usted es una santa.

— No, señora Vida, no lo soy. Puedo explicar lo ocurrido. Candelaria sufre de un trastorno catatónico. Cuando el enfermo está en ese estado no hay conexión entre la psiquis y el mundo exterior. Es como si estuviera presa dentro de sí misma y no pudiera moverse a voluntad. Sin embargo, puede reaccionar a ciertos estímulos. En este caso, por fortuna, Candelaria reaccionó a mi orden de cambiar de postura. Muchas veces el enfermo pasa de la oposición a la obediencia, sin ninguna razón aparente. Como ve, no fue un milagro.

Vida no dejaba de mirar a la doctora Cisneros con una mezcla de admiración, esperanza y ansiedad.

— Pero dígame, doctora, ¿se va a poner bien?

— Es muy pronto para emitir un juicio. Necesito más elementos sobre la historia médica y familiar. Quisiera conversar con usted y con su esposo.

Vida bajó la vista y se pasó las manos por la cabeza. Luego suspiró y miró a la doctora con expresión suplicante.

— Hay cosas de Candelaria que solo yo sé, mi esposo no puede enterarse.

— Señora, no estoy aquí para juzgar. Necesito que me cuente todo lo que crea que puede ser útil para comprender la enfermedad de la paciente.

Vida condujo a la doctora a la habitación contigua, la de Socorro, quien permaneció observando a la enferma. Cerró la puerta con cuidado e invitó a la doctora a sentarse en la comadrita de madera. Ella se sentó en el borde de la cama. Se arregló la falda y comenzó el relato.

— Doctora, le voy a ser franca. Candelaria es una buena persona, no se imagina lo noble que es, no tiene nada de ella..., pero ha hecho cosas en su vida que no son..., bueno..., que no son de una buena moral. Cosas malas.

Entonces le contó toda la historia, tal y como se la había contado la misma Candelaria, desde el día en que siendo una adolescente sus padres la dejaron con un hombre mayor a quien no conocía, con el cual estuvo casada poco tiempo y que murió después de haberle hecho el amor por primera y única vez. Le relató todo lo que vino después, la confesión de los extraños vicios, de su soledad y de la fuga con Francisco, el hombre joven que la amó con locura. También le contó lo que supo a través de la señora María, la vecina de Juragüey y el estado en que Candelaria se encontraba cuando la recogió en el bar. La doctora la escuchó en silencio.

— Ahora quisiera hablar con su esposo.

— Pasemos a la sala por favor.

José Ferrero paseaba de un lado a otro y ya había encendido su tercer cigarrillo cuando vio entrar a las dos mujeres. Al verlas lo apagó con nerviosismo en el cenicero de cristal de la mesa de centro. Le pidió a la doctora que ocupara el sillón de madera con respaldo de medallón y él y Vida se sentaron en el sofá. Ella le tomó la mano. La doctora comenzó a hablar y fue directo a la esencia del problema: Candelaria estaba muy enferma, quizás lo hubiera estado durante mucho tiempo. Necesitaba más elementos para poder llegar a un diagnóstico. Por supuesto, toda la información relacionada con el caso era confidencial. Teniendo en cuenta que la paciente no estaba en condición de expresarse por sí misma y considerando la gravedad de la situación, era indispensable que sus familiares más allegados hablaran por ella.

— Señor José, ¿están sus padres vivos?

— No doctora, mi padre murió hace muchos años en un accidente cuando trabajaba como vigilante de un faro y mi madre falleció poco después que él, de tristeza, decía Candelaria. La verdad es que no tengo mucho conocimiento de las circunstancias de la muerte de mi madre. Después de que papá falleció, cogí mi propio camino.

—¿ Hay algún caso que usted conozca de alcoholismo, o alguien en la familia que padeciera de alguna enfermedad crónica o mental?

— Nosotros somos nueve hermanos y siempre hemos sido sanos. A mi hermano Basilio, el otro varón, le gusta darse unos tragos de vez en cuando. Él dice que cuando era marinero siempre estaba borracho, pero después que enviudó solo bebe los fines de semana. Ninguna de mis otras hermanas bebe, que yo sepa, no tenemos mucho contacto. Yo solo bebo en ocasiones y casi nunca me paso. Lo de Candelaria con la bebida comenzó no hace mucho, porque antes ella no bebía, o al menos no lo sabíamos.

—¿ Y cómo está la situación ahora? ¿Candelaria sigue bebiendo? — preguntó la doctora mientras sacaba un cuaderno del maletín.

— Si le voy a ser sincera, doctora — intervino Vida — yo le doy un traguito de ron en las mañanas, para que se le controlen los temblores y porque me da lástima verla suplicando y llorando, pero no creo que esté bebiendo mucho...

— Por favor, Vida — la interrumpió su esposo — dijiste que ibas a ser franca. Sabes que

Candelaria sigue bebiendo. El olor no se puede esconder. Mire doctora, es muy duro por lo que estamos pasando, una mujer borracha es una vergüenza, pero qué podemos hacer. Es sangre de mi sangre.

— Señor José, su hermana está enferma. Ahora más que nunca necesita del apoyo de su familia. Les voy a explicar algo. El equilibrio mental de Candelaria pende de un hilo. No se confíen si la ven tranquila. En cualquier momento pierde el control y nadie sabe lo que pudiera pasar. El principal problema ahora mismo es el alcohol. Tiene que eliminarlo si quiere seguir viviendo, así de simple. El proceso de desintoxicación es peligroso, pero necesario. No va a ser fácil, no obstante vamos a intentarlo. Nunca pierdan las esperanzas, pase lo que pase. Primero necesito hacer un examen físico profundo y conversar con ella. Volveré mañana temprano. Que se tome el trago de ron como siempre, y que trate de descansar lo más que pueda.

—¿Cuánto le debemos?, por favor...

— No se preocupen ahora por mis honorarios, este va a ser un proceso largo y la paciente va a necesitar seguimiento. Más adelante podemos discutir un arreglo de pago que sea conveniente para ustedes.

La doctora terminó de escribir en su cuaderno de tapas de cuero y se despidió. Vida la acompañó afuera. El auto que la esperaba era el único en la calle. Era cerca de la medianoche. Vida demoró unos minutos conversando con la doctora y cuando regresó a la casa vio la figura de su esposo, fumando en la oscuridad del portal. Lo dejó solo.

Aquella noche Socorro se quedó velando a Candelaria. Vida se acostó en cuanto se fue la doctora, mas durmió poco y mal. Tuvo una pesadilla con el Isleño, y con su madre. Se levantó al otro día muy temprano, cansada y preocupada. José no se había acostado. Lo encontró en la cocina conversando con Basilio. Antes de colar el café fue a ver a la enferma. Según Socorro, Candelaria había permanecido en la misma posición toda la noche, enroscada sobre sí misma. No sabía si había dormido, pero al menos había reposado. La enferma respondió por señas a las preguntas de Vida. No, no iba a desayunar. Tampoco quería bañarse.

La doctora Cisneros llegó poco antes de las ocho, se lavó las manos y fue directo a la habitación de la enferma. Rechazó la taza de café que Vida le había brindado. Pidió abrir las cortinas para tener un poco de claridad.

— Buenos días Candelaria, soy la doctora Cisneros. Anoche estuve aquí a verla. Voy a realizarle un examen físico. Por favor, póngase bocarriba. Si le molesta algo me lo dice.

Candelaria no pronunció palabra, pero obedeció la orden y cambió de posición. La doctora comenzó el examen palpando la zona detrás de las orejas y debajo de la barbilla; observó la mucosa interior de los ojos, la garganta, los oídos. Luego procedió a auscultarla y a tomarle el pulso. Miró con atención las manos de la enferma, las uñas y la coloración de la planta de los pies. Candelaria en ningún momento ofreció resistencia.

—¿Cómo se siente?

— Cansada. Estoy esperando a mi esposo.

—¿Cómo se llama su esposo?

— Fermín.

La doctora observó con detenimiento el rostro inexpresivo de la enferma.

— Pensé que su esposo se llamaba Francisco.

Candelaria le dirigió una mirada de incompreensión y negó con un movimiento de cabeza.

—¿Le gusta beber? ¿Ron, aguardiente, vino?

— No, solo bebo de vez en cuando, con mi esposo y solo un trago.

— Candelaria, usted está enferma, vamos a ponerle un tratamiento a ver si mejora. ¿Está de

acuerdo?

Candelaria no contestó, volvió a la posición fetal y cerró los ojos. La doctora la observó en silencio durante unos minutos antes de dirigirse a Vida.

— Necesito escribir las recetas y explicarle el tratamiento.

— Vamos para el comedor, es el lugar más fresco de la casa.

En cuanto salieron de la habitación, Vida dejó escapar los pensamientos confusos que la atormentaban.

— No sé cómo Candelaria le puede mentir con semejante descaro, ¡cómo puede decir en mi cara que no bebe! Si usted la hubiera visto cuando la recogí en un bar de Juragüey; era otra persona. No hay que ir más lejos, solo hay que ver cómo se levanta por las mañanas. Se desespera por el alcohol. ¿Y qué es ese cuento del esposo, si Fermín murió hace muchísimos años? Dios mío, ¿qué le está pasando a Candelaria? Nunca pensé que fuera mentirosa.

— No miente, señora Vida, se escapa, rompe con la realidad. El alcohol la está matando y es lo primero que vamos a tratar, pero creo que hay algo más.

— Ay doctora, si con lo que tenemos es suficiente. Por favor, dígame qué es lo que le pasa a mi cuñada.

— Pienso que Candelaria padece de esquizofrenia, una enfermedad mental grave. Necesito más elementos y consultar el caso antes de llegar a un diagnóstico definitivo.

— ¿Quiere decir que Candelaria está loca?

— Prefiero decir que está enferma. Los esquizofrénicos suelen tener pensamiento desorganizado y problemas con el comportamiento social. Candelaria parece tener esas características. También muchos alcohólicos padecen de enfermedades mentales.

Vida miraba a la doctora con expresión estupefacta y no paraba de secarse las manos en el delantal, a pesar de que no las tenía mojadas. La doctora escribió las recetas. Luego pidió un calendario y comenzó la explicación advirtiendo que el tratamiento iba a ser largo y complicado.

— La meta es reducir el consumo de alcohol de forma controlada hasta eliminarlo totalmente. Durante una semana, a partir de mañana le va a dar un trago de ron antes del desayuno, tal y como lo ha estado haciendo hasta ahora, ni una gota más. La segunda semana le suspende el alcohol. Voy a indicar hidrato de cloral, un calmante, porque Candelaria se va a sentir nerviosa y agitada. Debe comenzar a tomarlo mañana mismo. El día que se le suspenda el alcohol comenzará a tomar tintura de belladona, aquí le anoto la dosis. Este medicamento va a ser para ella como un sustituto del alcohol, y le va a producir un efecto como de embotamiento de los sentidos. Debe ser muy cuidadosa, la belladona es un medicamento peligroso si se administra en exceso. Por favor, siga las instrucciones al pie de la letra. También voy a indicar un purgante, sulfato de magnesio, una cucharada en ayunas durante tres días comenzando mañana, para que elimine las toxinas. Debe comer bien y reposar. Los primeros días no va a tener apetito, trate de darle caldo de gallina y leche. Cuando se sienta mejor que coma bastante carne roja. Yo voy a venir a visitarla todos los días, hasta que se estabilice.

Durante dos meses la doctora Cisneros visitó a la enferma cada mañana. Le había pedido a Vida que anotara en un cuaderno todo lo que Candelaria bebiera o comiera, así como la reacción de la enferma al tratamiento. Socorro se ocupó de atender a su tía y cumplió las instrucciones al pie de la letra. Las tres primeras semanas fueron las peores, Candelaria estaba agitada, sufría de alucinaciones, casi no dormía ni comía y en varias ocasiones se puso tan violenta que hubo que amarrarla. A partir de la cuarta semana comenzó a mejorar. Una mañana, inesperadamente, pidió una taza de café y quiso salir al patio. Estaba débil y necesitó de la ayuda de Socorro para caminar. Vida le puso un sillón de mimbre para que tomara el sol de las primeras horas del día y

Candelaria pasó unos minutos abstraída acariciando a Prometeo que no se le despegaba. Después quiso darse un baño con agua de colonia, hojas de menta y lavarse el pelo.

Poco a poco comenzó a pasar más tiempo fuera del cuarto y en las tardes le gustaba ver jugar a las niñas y al perro. Su apariencia comenzó a mejorar y el primer día de la sexta semana sonrió, por primera vez en mucho tiempo. Por aquellos días ya Candelaria era capaz de sostener conversaciones coherentes. Había descubierto que tenía un interés común con la doctora Cisneros, el tejido, y le gustaba enseñarle sus trabajos. Una tarde en que le mostraba a la doctora unas muestras de encaje de bolillo, le hizo la confesión.

— Oigo voces.

—¿ Desde cuándo?

— Desde hace tiempo. Al principio pensaba que eran mis propios pensamientos. En la época en que me fui a vivir con Francisco, no era una, sino varias. Me daba miedo. Bebía, para ahogarlas, era lo único que las calmaba.

—¿ Las oyes ahora?

— A veces.

—¿ Que te dicen?

— Que me vaya, pero no les hago caso.

— Candelaria, necesito que el doctor Carranza te evalúe, ¿estás de acuerdo?

— Sí. Quiero ponerme bien.

Sin embargo, el doctor Carranza había recesado temporalmente su práctica médica. Era perito por la defensa en un notorio caso criminal que había ocurrido en Cabo Azules. Cuando pudo verla, ya era demasiado tarde.



Cabo Azules, 1943. El año de la confluencia.

Fotografías encontradas en la caja de sombreros





Blanca, la tercera de las Ferrero. Fotografía de 1925 a su llegada a Andalucía, donde se estableció después de su matrimonio con el capitán de un barco español.



Pudiera ser Irene o Antonia Ferrero. A estas tías abuelas les he perdido la pista.



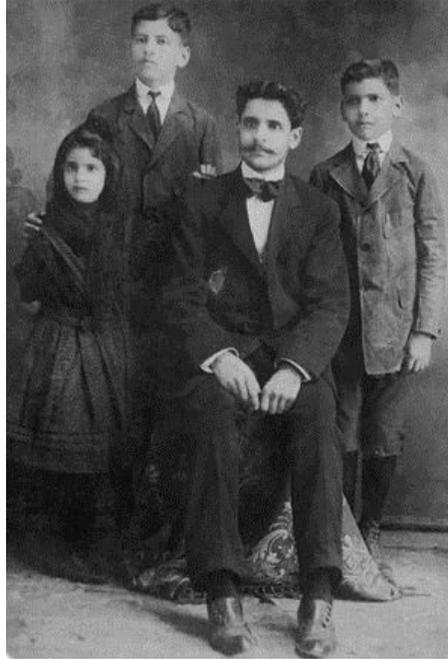
Al parecer en el estudio fotográfico de Cabo Azules también se dedicaban al negocio de las fotografías eróticas.



Algunas curiosas fotografías de bodas. Novia con gafas en la primera y novio no muy agraciado en la segunda.
Ambas parejas parecen ser de la alta sociedad de Cabo Azules.



Fotografías de niños. Otra especialidad del estudio de los Amador. En la foto superior Lina Luz y Luz Lina, amigas de Sol y Estrella.



Retratos de familia con hombre sedente. En la primera, de seguro un viudo, si no ¿dónde está la esposa? En la segunda y dada su pose, el macho dominante.



Aunque ahora nos parezca escandaloso, las fotografías de niños posando como fumadores fueron comunes a principios del siglo XX.



Kid el cocinero, una celebridad de Cabo Azules. Campeón nacional de peso ligero en 1922, fue famoso por su gancho de izquierda y los múltiples estragos causados con sus cautivadores ojos verdes.



Fotografía de estudio, con inscripción al dorso: "Esperanza, 1940.



Fotografía de desconocida, propiedad de Basilio Ferrero. No corresponde a ninguna de sus dos esposas.

PARTE III

Confluencia



Las palabras locas

No creo en todo lo que veo, escucho o siento, hace tiempo que aprendí a desconfiar de mí misma. Pero el día que ella regresó, me fue imposible ignorar el penetrante y a la vez escurridizo olor a violetas. Con los años he aprendido a desestimar los pasos furtivos, los susurros y risas repentinas, las ventanas que se cierran de golpe sin que sople el viento, y los súbitos cambios de temperatura en pleno agosto. Nada me asusta. Mi casa tiene vida propia y yo soy parte de ella.

En aquella ocasión sucedió algo diferente. Tuve la obstinada sensación de que alguien me estaba observando. Comenzó con un cosquilleo en la espalda, y la presión de una mirada taladrándome la nuca. Me volví súbitamente y con el rabillo del ojo, casi fuera de mi campo visual, pude ver la sombra deslizarse, solo por una fracción de segundo. Bebí un sorbo de mi Martini Azul, cerré el ordenador y me dispuse a recorrer el largo corredor de la casa. Abrí de golpe todas y cada una de las puertas, hasta que la encontré en la habitación de mi madre.

—¡ Amaya!

No hubo reacción. Registraba el escaparate con la misma fruición con que lo hacía cuando éramos niñas. Me coloqué frente a ella y su mirada no expresó reconocimiento alguno. Sentí que mi corazón dejaba de latir por un instante y tuve que respirar profundo para controlar mi ansiedad.

—¿ No me conoces? Soy Camila, tu hermana...

Su vista atravesó mi cuerpo como si fuera transparente, como si el objetivo de su interés estuviera en realidad, ubicado justo detrás de mí y yo no existiera. ¿Será que he cambiado tanto? El tiempo puede ser brutal. Amaya también lucía diferente, tenía un aspecto atormentado y distante.

No me explico qué nos ha ocurrido. De niñas éramos una, o mejor dicho dos seres indivisibles, simbióticos, así que Camila podía ser Amaya o Amaya, Camila. Hasta el día en que se fue y yo sentí que mi pequeño mundo colapsaba.

Entonces me dediqué a esperar su regreso. No demoró mucho. Una noche abrí los ojos y ahí estaba ella, sentada en el borde de mi cama. Me dijo que nadie podría separarnos porque éramos siamesas indivisibles, como los hermanos de aquella historia que contaba mi abuela Amalia. No nos cansábamos de escucharla. Se llamaban Eng y Chang Bunker y nacieron en Siam (hoy Tailandia) allá por el 1811. Estaban unidos por el esternón. Justo de la historia de aquellos gemelos enlazados se derivó el término siamés. El caso es que, como decía mi abuela Amalia, el amor hace milagros y fue el amor del uno por el otro lo que hizo fuertes a los hermanos Bunker. Le fueron de frente a la vida y triunfaron como artistas circenses y comerciantes. Y hasta se casaron con dos hermanas y tuvieron veintidós hijos entre los dos.

Cuando Amaya no estaba, yo repasaba la historia en mi mente, y podía sentir la presencia de mi hermana, fusionada, prendida, cosida a mi pecho. Hasta que el relato comenzó a intrigarme. Siempre he sido curiosa. Comencé a preguntarme, ¿cómo pudieron Chang y Eng engendrar los veintidós hijos con sus dos esposas, si estaban pegados? Claro, ya por aquel entonces yo sabía que a los niños no los traen las cigüeñas de París. Tanto me preocupaba el

tema que fue lo primero que le pregunté a Amaya cuando regresó, luego de su larga ausencia. No supo responderme. Entonces le hice la pregunta a mi abuela Vida. Su respuesta me desconcertó.

—¡ Mocosá!, no tienes edad para pensar en esas cosas. Vete a dormir, que si no tienes sueño, la cama te lo da.

Quizás ahí pudiera estar la raíz de mi perpetuo insomnio. Amaya y yo nos íbamos a la cama temprano, porque era obligatorio, pero no nos dormíamos. Jugábamos hasta que el sueño nos vencía, ahogando la risa en las almohadas. Nuestro juego preferido se llamaba “las palabras locas” y según Amaya, lo había inventado ella. Consistía en buscar dos palabras cuya relación no pudiera ser explicada con menos de tres razones asociativas. Por ejemplo: lago/estetoscopio, torso/muelle, caleidoscopio/tren. Mientras más difícil de explicar la asociación, mejor. Al menos eso es lo que creo recordar, ¿o quizás estoy confundiendo mi juego infantil con algún test psicológico?

Lo que sí recuerdo perfectamente es mi obsesión por el directorio telefónico. Yo solita descubrí el orden alfabético. Por aquella época me había propuesto aprenderme de memoria todos los apellidos del Directorio de Abonados de Cabo Azules. Se los repetía a Amaya como una letanía: Abad, Abadal, Abadie, Abadin, Abajo, Abalen, Abalia, Abalo... Amaya me decía que no lograría aprendérmelos todos y tuvo razón. No logré memorizar más que las dos primeras páginas. Pero ella estaba ahí, siempre, para escuchar mis desvaríos.

Mi relación con mi hermana se tornó difícil en la adolescencia. Tendría yo alrededor de catorce años y por aquel entonces era bastante retraída. Creo que estaba celosa. Amaya heredó la gracia de mis tías abuelas paternas, la fiereza de mi abuela Vida y la simpatía de mi padre. Yo heredé la amargura de mi tía la siamesa y el gen depresivo, que no sé bien de dónde viene (creo que de mi tía abuela Candelaria). Soy patética, insípida y estoica (no sé por qué me molesta tanto ser estoica), además de aburrida y despistada. Amaya tiene el carisma de mi abuela Amalia y la sensibilidad de mis tío-abuelos, los Infante. Yo soy sonsa, como mi madre. En fin, soy un desastre, pero adoro a mi hermana.

Mi primer antagonismo fuerte con Amaya se produjo cuando sufrí mi primer mal de amores. Aquello fue crítico, lo peor de lo peor, un amor imposible. Y Amaya no me comprendía.

— No sé a quién se le ocurre enamorarse de un muerto.

De pura melancolía, me dio por ver aquellas viejas películas americanas que ponían los domingos, en cambio Amaya solo quería conversar y pasar juntas el poco tiempo que teníamos. Pero a mí, salvo mi amor perdido y las divas hollywoodenses, nada me llamaba la atención. Estaba obsesionada con Marilyn Monroe, Elizabeth Taylor y Rita Hayworth, especialmente con la Hayworth. Tanta era mi obsesión con la actriz que hasta le escribí un poema, uno malísimo, por cierto. Creo que comenzaba así:

*Cuando Rita hizo aquel gesto en Gilda
no sabía que firmaba su sentencia de muerte.
Caída lenta, difícil, oscura.
La locura no pudo perdonarte
ingenua y bella Rita.*

Pero qué cosa tan mala, mediocre, cursi e irracional!

Eso me dijo Amaya cuando hice una declamación dramática de mis versos, y con sus palabras murieron mis intenciones poéticas. A regañadientes, rompí el papel. No intenté dedicarles más poemas a mis divas, y me olvidé del glamur del cine clásico de Hollywood. Entonces me volví adicta a las historias de crímenes, mientras más oscuras y grotescas, más me gustaban. Bueno, la verdad es que me convertí en una morbosa, algo que le molestaba muchísimo a Amaya. Pero no le quedó más remedio que soportarme, como yo soportaba su ausencia.

Ahora mismo no comprendo qué nos ha pasado. Creo que Amaya está disgustada conmigo. ¿Será que no le gustan estas... memorias? Son historias que trato de reconstruir (¿reinventar?). Hay algunas que se resisten, se desdibujan, se desintegran. Esas son las que quiero contarle a ella. Las historias que ocultan los secretos de nuestra familia.

— Ven Amaya, que te voy a contar...



Camila y Amaya antes de reencarnar en esta vida.

La asimetría del amor y el efecto residual

Basilio Ferrero olvidó el luto perenne por la esposa muerta y sintió resurgir los ímpetus de marino insaciable el día que vio, por primera vez, a la mujer de las tres piernas. Ocurrió el día del cumpleaños diecisiete de su hija Socorro. Para agasajar a la joven, Vida quiso preparar un almuerzo de celebración y le pidió a Basilio que comprara unas flores para decorar el comedor.

Aquella mañana él había amanecido de mal humor. Siempre que sentía el empuje rabioso de sus hormonas masculinas la pasaba mal, a menos que invirtiera unas cuantas horas divirtiéndose con las rameras del pueblo. Cuando tenía uno de aquellos días, no daba dos pasos sin tropezar con los muebles y había que esconder la mejor vajilla, porque podía destrozarla. Vida lo conocía bien; sabía que el día del cumpleaños de Socorro, Basilio estaba pensando en ir al burdel, pero no le quedaba otro remedio que cooperar con los preparativos de la celebración en honor a su hija. Salió a las nueve de la mañana con el encargo de comprar dos docenas de rosas y algunas varetas de azucenas. Regresó, tres horas después, con cinco ramos de flores y un aire de niño perdido.

— Compré todo lo que le quedaba a la florista.

Vida decoró la mesa con la ayuda de sus hijas y sirvió orgullosa el pavo relleno con nueces y pasas, acompañado de papas y guisantes. Había invitado a algunos amigos: Bernardo Ordoñez, el escribano de El Rincón del Minero; Carmela, la vecina del fondo y sus dos hijas, Isabel y Minerva, que también eran jovencitas y conocían a Socorro de las clases de costura.

En el almuerzo, Basilio estuvo como en las nubes, pero no era el único que parecía estar embujado. El escribano no podía quitarle los ojos de encima a Socorro. La muchacha era alta, maciza y estaba muy bien dotada. Basilio no pareció notar el interés de Bernardo Ordoñez por su hija, cosa que se reprochó algún tiempo después.

Durante las semanas siguientes, Basilio llevó montones de flores a la casa, hasta que no hubo dónde ubicarlas. Vida las colocaba por todas partes, en el piso, encima de los muebles de la sala, en la cocina encima del fogón, en las habitaciones, apretujadas en cuanta vasija apareciera. Eran tantas que entorpecían el paso y creaban confusión, pues no se podía hacer nada en la casa sin tener que trasladar las flores a otros sitios, donde ya se había acomodado otros ramos, en un caos de aromas y colores. Las niñas hicieron ramilletes que colocaron en las rejas de las ventanas y guirnaldas con las que les dieron vueltas a las columnas del portal. Entonces Vida decidió tomar cartas en el asunto.

— O le dices a la florista lo que quieres, o le compras las flores y se las regalas a ella misma. La casa huele a funeraria.

Angélica Laredo, la responsable del desasosiego de Basilio, era bien conocida en Cabo Azules por ser la única persona con más de dos piernas. Efectivamente, por algún misterio de la naturaleza, había venido al mundo con una rareza. Tenía dos piernas derechas y una izquierda, pero su condición no la limitaba. Había crecido entre mimos y pequeños lujos y sus padres, un comerciante de flores y dueño de las tres floristerías del pueblo, y una maestra de música, la criaron para enfrentar el hecho de ser diferente. Angélica creció sin tenerle miedo a la vida. Cuando llegó a la mayoría de edad, sus padres le preguntaron a qué quería dedicarse. Su fama de

mujer especial había trascendido y más de un buscador de talentos del arte circense había viajado a Cabo Azules para entrevistarse con el padre de tan inusual criatura. Angélica decidió que no tenía vocación de artista. Amaba las flores y llegó a ser una excelente florista.

Por las mañanas, Angélica se levantaba a las cuatro y preparaba, junto a su madre, el carretón con los baldes de mariposas, calas, azucenas, rosas rojas, amarillas y blancas y muchas otras flores que llegaban en la madrugada a los almacenes de las tiendas de su padre. Luego se iba a la esquina de la iglesia del Carmen a hacer exquisitos arreglos florales que vendía en la calle. Hacía ramos mixtos o de una sola clase de flor, por encargo para bodas y cualquier tipo de celebraciones, o los arreglaba a su gusto y los vendía sin problemas. Pasaba la mañana bajo la carpa, entre sus flores y sus enseres, conversando con los transeúntes y creando sus bellos arreglos florales.

Cuando Basilio la vio la mañana del cumpleaños de su hija, la popular florista tenía veinticinco años y no pocos pretendientes, algunos de ellos no con muy buenas intenciones. Circulaba el rumor de que Angélica Laredo tenía entre sus dos piernas derechas un segundo órgano sexual femenino, lo que despertaba la curiosidad y el morbo de algunos de los hombres del pueblo. Pero si lo que se decía era cierto, Angélica no tenía intenciones de confirmarlo o desmentirlo, a menos que el pretendiente la llevara al altar. Era desconfiada y sabía mantener a raya a los hombres.

Basilio no estaba al tanto del insidioso rumor. Lo que sí supo desde el mismo instante en que la florista levantó la vista y su mirada le taladró la coraza interior, fue que aquella mujer delgada y fuerte, que cruzaba con gracia su segunda pierna derecha sobre su única pierna izquierda mientras hacía ramos de flores, era la criatura más atractiva que había conocido. La certidumbre lo aturdió como una bofetada inesperada: Angélica sería suya, aunque para ello tuviera que comprarle a diario todos los ramos de flores. Ella, por su parte, se dejó acariciar por la mirada asombrada del hombre. Notó que era transparente y pudo ver su interior. Decidió darle entrada, poco a poco, a su mundo.

Para conquistarla, Basilio tuvo que dominar su pasión explosiva, lo que le costó perder las cutículas de los dedos de ambas manos. Iba a verla cada mañana, antes de comenzar su trabajo en la imprenta. Se sentaba a su lado a saborear una taza de café y le contaba historias de marineros. Ella lo escuchaba con atención, mientras elaboraba con habilidad los ramos de flores. Y así comenzaron el proceso de conocerse.

No hay nada más importante para una mujer que el respeto a sus obsesiones, y la de Angélica Laredo eran los zapatos. Como necesitaba tres, tenía que comprarse dos pares iguales. Llegó a tener veintenas de tríos de zapatos, e igual número de zapatos izquierdos que le sobraban. Por mucho tiempo esto constituyó una fuente de ansiedad para ella, que nadie parecía comprender. Le molestaba despilfarrar el dinero en un zapato que no necesitaba, pero no encontró ninguna peletería, en Cabo Azules ni en los alrededores, que le vendiera tres. Angélica le contó a Basilio cómo los zapatos sobrantes se acumulaban en su casa y comenzaban a estorbar, su madre los tiraba a la basura y ella los recogía, no sabía exactamente por qué. Entonces Basilio le propuso una solución. La mujer de un marino amigo suyo había perdido la pierna derecha en un accidente de tren y quizás calzara la misma talla de Angélica. Puso a las dos mujeres en contacto y la señora coja se convirtió en la beneficiaria de los zapatos sobrantes. Angélica sintió que se había quitado un peso enorme de encima. Llegó a la conclusión de que había hallado al hombre perfecto, el que tomaba en serio sus angustias, por incomprensibles que fueran para los demás.

Un mes después de haberse solucionado el asunto de los zapatos, Basilio decidió que era hora de avanzar un paso más en su relación con la florista. Le declararía su amor y quería hacerlo de

una manera especial. Le pidió consejo a su cuñada Vida y ella le sugirió que la invitara a la matiné del cine Olimpo. Habían estrenado una película americana llamada Casablanca, que decían era romántica. Luego podía llevar a Angélica a almorzar en el Casino Español y después a pasear por el parque. Basilio pensó que era un excelente plan.

El domingo de la salida, Basilio se levantó temprano, salió al patio y practicó calistenia, como en sus tiempos de marinero. El ejercicio no le calmó el sobresalto interior y decidió cortar algunas de las ramas de los árboles del patio que estaban demasiado grandes. Como estaba distraído y le sobraba energía, arremetió con tanto ímpetu contra las plantas, que su cuñada tuvo que gritarle aterrada que se detuviera. En menos de quince minutos había desguazado la enredadera de buganvillas, dejándola casi pelada. Vida sonrió al ver la mirada desconcertada del hombre. Le brindó una taza de café recién colado y se ofreció para plancharle su único traje blanco.

La matiné comenzaba a las once de la mañana y Basilio había quedado en pasar a recoger a Angélica a las diez y media. Una hora antes ya estaba listo. El traje le quedaba un poco estrecho, pero lucía bien, con el pelo engominado y un clavel en la solapa que lo hacía sentirse estúpido. Vida había insistido. Le había dicho que sería un punto a su favor, considerando que la futura novia era una florista. Basilio fue a la cocina a despedirse de su cuñada y se encontró con su hija que recién se había levantado. El rostro de Socorro se transfiguró cuando vio a su padre.

—¿ Por qué estás tan arreglado? ¿Adónde vas?

— A la matiné del Olimpo.

—¿ Vas a salir con una mujer?

— Sí.

Socorro dejó caer en el fregadero el jarro de café con leche recién preparado, salió corriendo y se encerró con llave en su habitación. Basilio, con un gesto torpe, se arrancó el clavel de la solapa, y se dirigió a su cuñada, confundido y asombrado.

—¿ Qué le pasa?

Vida le dio unas palmaditas en los hombros y le aseguró que Socorro estaría bien. Era una reacción normal considerando las circunstancias en que había crecido. Le explicó que, además, algunas veces las muchachas andan trastornadas, por culpa del período.

— Vete tranquilo, yo me ocupo.

En eso llegó José, quien había salido temprano a hacer las compras para el desayuno dominical. Traía una bolsa con piñas, mameyes y guayabas y una barra de pan recién salido del horno. Al enterarse de la reacción de Socorro dejó las compras sobre la mesa, le deseó buena suerte a su hermano Basilio y le dijo a su esposa que iría a tomar un café a la bodega de la esquina. Era mejor que ella resolviera aquel asunto de mujeres.

Vida le ordenó a Socorro que saliera del cuarto. La muchacha no se atrevió a desobedecerla. El jaleo había despertado a las niñas. Sol y Estrella esperaban en el pasillo para enterarse de la causa de tanto alboroto. Candelaria, quien rara vez salía de su habitación, se asomó a la puerta de la cocina, envuelta en una manta, mirando a su alrededor temerosa y confundida.

Socorro lloraba y su cuerpo se sacudía con los fuertes sollozos.

— Tía, mi padre ya no me quiere, me va a dejar por una mujer. Le juro que me muero si se va con esa.

— Socorro, basta de malcriadeces, tu padre es joven y tiene derecho a salir con quien quiera.

— ¡Es un viejo! No puedo entender que le falte el respeto a la memoria de mi madre.

Vida, que detestaba el egoísmo y el drama innecesario, trató de hacerla entrar en razones.

— No es un problema de respeto, Socorro. Mira, por mucho que nos duela, la vida sigue y tu

padre necesita una mujer que lo atienda y le dé cariño...

— Yo lo cuido y lo quiero.

Vida miró el reloj de pared y se levantó dispuesta a comenzar a preparar el almuerzo.

— Ya no eres una niña, sabes que los hombres necesitan una mujer para cosas que las hijas no pueden darles a los padres.

De pronto Socorro se tapó el rostro con las manos y comenzó a proferir alaridos. Sol abrazó a su hermana Estrella y Candelaria se agachó tapándose los oídos.

— Por Dios, Socorro, que no es para tanto.

— Usted no entiende, tía Vida, no es solo que ya no me quiere, es que todo el pueblo se está riendo de él. Está haciendo el ridículo rondando a la bruja de tres patas que vende flores.

El bofetón le cortó en seco el ataque de histeria. Socorro, sorprendida, se restregaba el cachete con los ojos redondos de asombro y la boca abierta. Vida le dio un pañuelo que sacó del bolsillo de su delantal, para que se secara las lágrimas y la interrogó con actitud desaprobatoria.

—¿ Quién te lo contó?

— Isabel, la hija de Carmela.

— Para que lo sepas y te refieras a ella por su nombre, se llama Angélica Laredo. ¿Qué te dijo Isabel?

— Que es repugnante y deberían encerrarla o mandarla para un circo.

— Isabel no entra más a esta casa y tú no te reúnes con ella en ninguna parte. Angélica Laredo puede tener cinco pies y diez brazos, que si es buena mujer y quiere a Basilio, aquí es bien recibida. Las personas se juzgan por lo que tienen por dentro, no por fuera. Vete para tu cuarto y no salgas hasta que hayas recapacitado sobre tu actitud.

Después del incidente, Socorro le hablaba a Vida sin mirarle a los ojos y trataba fríamente a su padre. También dejó de asistir a las clases de costura. Una mañana, pocos días después del percance de la bofetada, Socorro abordó a su tía en la cocina, antes de que los hombres y las niñas se levantaran.

— Tía, dígame cómo murió mi madre.

— Ya te lo hemos explicado..., fue un accidente.

— Pero dígame qué le pasó, al final nadie me ha hablado claro.

— Socorro, ha pasado mucho tiempo, sabes que tu mamá era pequeñita y frágil...

—¿ Mi padre estaba con ella?

— Sí, pero...

La determinación de la mirada de Socorro impidió que Vida eludiera la respuesta. No se atrevió a mentir. Le relató la historia de la tragedia que ocurrió aquella noche de carnaval en el poblado de Aguas Claras, muchos años atrás.

— Ella está muerta por su culpa y ahora él está con otra mujer. No es justo. No se lo voy a perdonar.

Aquella noche, Sol y Estrella escucharon el llanto inconsolable de Socorro, se levantaron despacio, sin hacer ruido y entraron a su habitación. Se acurrucaron con ella en la cama para que no se sintiera tan sola. Sol le preguntó a su prima cuál era el problema con las tres piernas de la novia de su padre, al final ellas, las gemelas, habían nacido pegadas por una membrana verde.

— No es eso..., ni yo misma sé qué me pasa.

Por aquellos días, Bernardo Ordóñez le había comunicado a José su deseo de cortejar a Socorro. Ya no era empleado de El Rincón del Minero y solo trabajaba por encargo de vez en cuando. No había muchos folletos nuevos sobre minería que redactar y él había aceptado una posición de reportero criminal en el periódico La Jornada. El escribano le explicó a su antiguo

jefe que sus intenciones eran serias y que estaba dispuesto a conquistar a la muchacha y a casarse con ella, si era aceptado. José le dijo que el asunto tenía que ser discutido con Basilio, que era el padre y con Vida, que era para Socorro como una madre.

— Te daré una respuesta lo más rápido posible.

José le planteó el asunto a su esposa aquel mismo día. Vida estuvo de acuerdo. Bernardo Ordóñez le simpatizaba, era un hombre correcto y trabajador. En la época en que pretendía cortejar a Socorro, estaba frizando los treinta años, aunque aparentaba menos edad. No era muy alto y estaba un poco pasado de peso para su estatura, pero era fuerte y enérgico. No sabían mucho de su vida personal, era un hombre reservado, excepto en lo referente a su relación familiar con un famoso torero español, de la cual presumía. Mas aquello no constituía un problema para Vida, quien consideraba que el pasado era un asunto de cada cual. Bernardo Ordoñez era un hombre serio y de respeto, trabajador, bien educado y su situación económica era desahogada. Podría ser buen partido para Socorro. Pero las intenciones del escribano fueron una sorpresa para Basilio.

— ¡ Si es solo una niña! — reaccionó desconcertado cuando Vida le mencionó el asunto.

— Tiene diecisiete años, ya es una mujer. Creo que un novio le va a venir bien.

Esta vez Basilio no tuvo en cuenta la opinión de su cuñada. Después de varias noches de insomnio tomó la decisión que lamentaría tiempo después, aunque nunca lo confesara. No daría la autorización para que Bernardo Ordoñez cortejara a Socorro. Últimamente el comportamiento de su hija dejaba mucho que desear. Se había vuelto contestona y rebelde. Nada la complacía, estaba malhumorada y su actitud con él era rayana con la mala educación. Lo único que la mantenía ocupada era cuidar a Candelaria, que por aquella época trataba de luchar contra el demonio del alcohol. La familia apreciaba su esfuerzo, sin aprobar ni justificar su conducta. No había por qué premiar con la aceptación de un pretendiente las malacrianzas de Socorro. En aquel momento, ni el propio Basilio reconocería que en su oposición había mucho de miedo a que su hija emprendiera su propio camino.

José le comunicó la negativa a Bernardo. Le informó que la familia pensaba que había que darle tiempo a la muchacha para que asimilara los cambios que se estaban produciendo en su vida y por lo tanto no era buen momento para un noviazgo. Quizás sería mejor esperar a que cumpliera los dieciocho años.

— Quiero que te quede bien claro Bernardo, no tenemos nada en tu contra, te consideramos un amigo, pero ahora no puede ser. Basilio no lo aprueba y él es quien dice la última palabra.

Bernardo escuchó los argumentos de José, con la vista clavada en un punto lejano y el rostro crispado, mientras jugaba con su pluma fuente. Luego de un incómodo silencio, colocó la pluma en el bolsillo de su saco y salió del local mascullando algo que podía ser una disculpa o una despedida. José cerró las ventanas de El Rincón del Minero y se fue corriendo a su casa. No podía soportar las ganas inmensas de abrazar a su mujer que lo sofocaban.

Lo que los Ferrero no sabían era que cuando Bernardo Ordoñez pidió la mano de Socorro ya llevaba algún tiempo cortejándola. Pocos días después del almuerzo de cumpleaños, había comenzado a rondar la casa y se las agenció para comunicarse con la joven a espaldas de su familia. Cuando decidió hablar con José sobre sus intenciones, Bernardo había abrumado a Socorro con una avalancha epistolar cargada de tan intensas emociones, que tenían a la joven aturdida. Ella supo la noticia de que su padre se oponía al noviazgo a través de una de las cartas de su pretendiente. Basilio no habló con ella, sus tíos tampoco lo hicieron.

Por aquellos días la familia andaba trastornada. El tratamiento de desintoxicación alcohólica de Candelaria los tenía a todos nerviosos y angustiados. Socorro llevaba la tarea del cuidado de su tía con estoicismo y pasaba largas horas con ella. Pero después de saber que su padre le había

negado la posibilidad de enamorarse, no salía de la habitación de la enferma ni de día ni de noche. Era el único lugar donde podía leer y releer las cartas de Bernardo Ordoñez, la mejor forma que encontró para burlar a la tristeza. Él deslizaba las epístolas, escritas con letra gótica cursiva, a través de la ventana, cada noche a las ocho en punto, cuando Vida escuchaba la radionovela, las niñas se habían ido a la cama y José y Basilio fumaban en el patio de la casa comentando las noticias del día.

Bernardo demostró ser tan constante en el amor como en su profesión de escribano. Aun cuando Socorro no respondía sus misivas, él continuaba mandándole incendiarias cartas de amor a diario. En una ocasión casi tropieza con Basilio, que regresaba tarde de visitar a su novia. Entonces le propuso a Socorro utilizar como medio de comunicación el buzón de correos de la casa de enfrente, que había estado deshabitada por bastante tiempo. Ella accedió.

Las ardientes palabras, que bullían en el papel como si quisieran desbordarse, habían comenzado a hacer mella en la inocencia de Socorro. Después de semanas de asedio, decidió responder una carta, solo una, para aliviarle a su enamorado la pesadumbre de la pasión no correspondida. Luego comenzó a escribir breves notas donde le relataba a Bernardo los eventos de su vida cotidiana, como en un diario. Poco a poco, comenzó a imitar el estilo de las novelas románticas que solía leer. En apenas unos meses llegó a sentir una especie de amor mímico, para ella verdadero, que había crecido abonado por las apasionadas frases del escribano.



Socorro de niña, lista para el carnaval de Aguas Claras. Fotografía de entre los años 1934 y 1936.

Estrategia y tácticas

Mientras duró el tratamiento de desintoxicación de Candelaria a las niñas les habían prohibido acercarse a la habitación de la enferma. Sin embargo, no fue posible aislarlas del ambiente de tensión y desaliento que reinaba en la casa. Estrella dormía mal y varias veces se orinó en la cama. Sol tenía pesadillas recurrentes con extrañas criaturas, unos pequeños seres verdosos que le arrancaban la carne a mordiscos. Los problemas escolares de las gemelas llegaron por aquella época a un punto álgido.

Los dolores de cabeza habían comenzado desde que Vida las matriculó en el colegio público de Las Ánimas, dos semanas después de haberse instalado en Cabo Azules. Les había propuesto a sus hijas comenzar en un grado más bajo del que les correspondía por la edad. Sería más fácil para ellas, considerando lo inestable de la instrucción que habían recibido. Sol se negó rotundamente y Estrella secundó a su hermana.

El proceso de adaptación escolar fue más difícil de lo esperado y durante el período en que Candelaria luchaba contra el alcohol, se desató una crisis descomunal. A Estrella le daban frecuentes ataques de llanto en la escuela. Se escondía en el baño del aula y se provocaba vómitos, hasta que caía en el suelo desmayada y había que mandar a buscar a sus padres. Se negaba a hacer las tareas y comenzó a tenerle un miedo irracional a la maestra. Sol se comportaba de forma agresiva con sus compañeros de clase y en más de una ocasión Vida recibió las quejas del director. Fue entonces cuando Sol encontró un aliado.

Eugenio Infante, el hijo de la doctora Cisneros, era un muchacho flaco, desgarbado e inteligente. Una tarde, en el recreo, Sol se había peleado con dos niñas del aula que se burlaron de su ojo amarillo. Eugenio intercedió a favor de Sol y logró que las bromistas se disculparan con ella.

— No les hagas caso. Yo creo que tu ojo amarillo es bonito. ¿Por qué tu hermana llora tanto?

— No le gusta la escuela. No entiende la Matemática. Yo sí la entiendo, pero no se la sé explicar.

— Si ella quiere voy a tu casa y le repaso. Díselo.

Sol no estaba segura de que su hermana aceptara, era bastante arisca, no obstante, se lo propuso. Para su sorpresa, Estrella estuvo de acuerdo. Vida y José accedieron encantados a la petición de las niñas.

El día de la primera sesión de estudio Eugenio llegó a casa de los Ferrero acompañado por su madre, la doctora Cisneros, quien quiso saber si efectivamente, los padres de las gemelas habían autorizado las visitas. Vida dijo que sí, que cómo no, que era un placer. Eugenio le dio una caja de pasteles de coco y de guayaba, que según su madre, se había empeñado en comprar en la dulcería del parque. Había traído además una pizarra pequeña, tizas y su colección de sellos postales. Vida sacó una mesa y dos taburetes para el patio y allí se sentaron juntos, Estrella con un cuaderno y Eugenio con la pizarrita que apoyó en el viejo almendro.

Durante muchas tardes se repitió la misma escena. Eugenio comenzaba por explicar la clase del día y luego resolvía algún ejercicio a modo de ejemplo. Después animaba a Estrella a que intentara solucionar un problema matemático por sí misma, la alentaba cuando fallaba y le

explicaba el mejor camino para llegar al resultado. Sol esperaba con impaciencia a que terminara el repaso, para sentarse los tres a conversar o a mirar la colección de sellos. Otras veces corrían por el patio y se trepaban en los árboles a tumbar mangos y aguacates.

Poco tiempo después, Estrella notó sorprendida, que la Matemática ya no le parecía una asignatura odiosa, ni la maestra un ser abominable. Eugenio comenzó a aparecerse en sus sueños y se despertaba contenta. No entendía por qué el corazón le latía con fuerza cuando iba llegando a la escuela, o la razón de aquella sensación nueva, como de mariposas revoloteando en sus tripas. Lo que sí sabía era cuánto disfrutaba tener a Eugenio a su lado. Le fascinaba su forma de razonar. Era como un proceso de disección, en el que los problemas más graves se reducían a un conjunto de eventos comunes, más simples, solubles. También tenía la capacidad de contar los hechos tan triviales, como un día en la escuela, de forma tal, que parecían eventos extraordinarios. De esa manera los recuerdos eran aún mejores que la realidad misma.

Sol intuía que algo especial, incomprensible para ella, y evidente, le ocurría su hermana con aquel niño. No por gusto habían nacido pegadas por una membrana verde. En aquel entonces eran demasiado jóvenes para comprender el sentimiento, o para ponerle nombre, sin embargo, Estrella fue reconociendo, poco a poco, cómo se acoplaba y complementaba con aquel niño, de una manera singular. Con él se sentía más segura que con su propio padre y su presencia le provocaba un placer nuevo, indefinible. Le gustaba el color café con leche de su piel y su olor — olor azul lo llamaba — , y nunca pudo encontrar otra persona con un olor parecido. No entendía por qué, en la escuela, algunas niñas decían que era feo, pero simpático. No era verdad. No era feo. Era fuerte, el mejor jugador de voleibol del equipo, complaciente y tierno. ¿Quién dice que eso no es ser bello? Fue en la época de los repasos de Matemática cuando Estrella adquirió una expresión ausente, distraída, que no perdió ni siquiera en la vejez.

Vida simpatizaba con Eugenio. Era bien educado, sereno, amable. Y lo que más le gustaba era su forma de ser directa y sin rodeos. Un día, quizás unos tres o cuatro meses después de comenzados los repasos, Eugenio fue a verla a la cocina y le pidió que le diera un vaso de agua. Lo apuró y comenzó la conversación.

- Cuando sea grande me voy a casar con su hija.
- Tengo dos hijas.
- Sol es mi amiga. Me voy a casar con Estrella.
- ¿ Ya le preguntaste a ella si se quiere casar contigo?
- No, todavía, pero me va a decir que sí.

Vida rompió a reír y le dio un abrazo.

Poco a poco la situación en la escuela mejoró y en la casa las tensiones también comenzaron a aliviarse. Candelaria había dejado la bebida y se recuperaba lentamente. No obstante, a veces la ansiedad la atormentaba. Por aquellos días Basilio le regaló el crucifijo que la acompañaría por el resto de sus días y que sería una pieza clave en el esclarecimiento de los hechos que ocurrieron años después. Era un crucifijo rústico, de madera y cuerda, colgado de un cordón marrón, un crucifijo marinero.

— Lo compré hace muchos años en Brasil. Nunca me había separado de él. Tómallo, te proporcionará consuelo. A mí me ayudó cuando murió Ligia y pensé que mi vida se acababa. Ahora ya no lo necesito.

Candelaria colgó el crucifijo en su cuello y le dio un abrazo a su hermano. Desde aquel momento lo llevó siempre consigo. A veces lo enrollaba en su muñeca o lo ponía en el bolsillo y lo acariciaba cuando se sentía desolada o martirizada por sus demonios; lo apretaba hasta desvanecer la angustia que la ahogaba. Fue su amuleto en sus días de desconsuelo, cuando se

sentía perdida y sin esperanzas.

A pesar del sufrimiento, finalmente, Candelaria le ganó la batalla al alcohol. O al menos eso creyeron todos. Siete meses después del notorio trastorno catatónico se había transformado en una mujer diferente, serena. Consiguió mantenerse sobria, aumentó de peso y retomó su afición por el tejido. Incluso comenzó a ayudar a Vida a hacer dulces. Hasta creó una variante del dulce de fruta bomba pintona de Vida, que llevaba un almíbar de hebra gruesa con maní y pasas que resultó ser una delicia.

Por su parte Socorro se aburría. Libre de la responsabilidad de cuidar a su tía, le sobraba el tiempo. Vida le propuso retomar las clases de costura, pero Socorro se negó. Le dijo que prefería aprender a cocinar. Quería preparar las deliciosas recetas de cocina tal y como su tía las hacía, descubrir todos sus secretos. En realidad, su intención era disponer de tiempo para vigilar los movimientos de su padre. Continuaba con su comportamiento obstinado y rechazaba a Angélica Laredo y lo que tuviera que ver con ella, incluyendo las flores. Sin embargo, su padre estaba decidido a llevar adelante su relación amorosa, quisiera su hija o no.

Una tarde Basilio llegó al colegio a recoger a Sol y Estrella, más temprano que de costumbre. Les dijo que las iba a llevar al puerto. Allí corría la brisa y podían ver atracar los barcos. Las dejaría sentarse en el malecón y hasta quitarse los zapatos. Las niñas no podían salir de su asombro; semejante diversión estaba reservada para días especiales. No más llegaron al paseo marítimo, salieron corriendo del auto, pero Basilio las detuvo. Les dijo que alguien, muy importante para él, las estaba esperando para conocerlas. Entonces las guió hasta la entrada del puerto, justo donde mejor se distinguían los dos tonos de azul del mar. Allí, recostada al muro que protegía la ciudad del embate de las olas, estaba una mujer imponente. Llevaba un vestido largo de tela bordada blanca, de falda drapeada y pulseras de oro en ambos brazos. A su lado descansaba una canasta de flores. Sol tomó a su hermana de la mano y ambas bajaron la vista.

— Niñas, ella es mi novia. Quiero que la conozcan.

La mujer les sonrió y les dijo que eran muy bonitas, que estaba encantada de conocerlas y que su tío hablaba mucho de ellas. Las niñas balbucearon un saludo. Basilio cargó primero a Estrella y luego a Sol y las sentó en el malecón.

— Vamos, se pueden quitar los zapatos — las animó.

Ninguna de las dos reaccionó. Estaban rígidas, pegadas una a la otra, hombro con hombro. Sol, con los labios apretados, miraba en dirección contraria a su tío. Estrella, con los ojos muy abiertos y expresión confusa, no dejaba de observar a su hermana. Angélica se acercó, y con un gesto hábil se encaramó en el muro. Se sentó de cara al mar, se acomodó el vestido y le dijo a Basilio que le alcanzara la cesta de flores. La colocó entre ella y Sol. Poco después se quitó los zapatos, los puso al lado de la cesta, se levantó un poco la falda y dejó que las olas le acariciaran los pies. Sol observó los tres zapatos y miró a la mujer directamente a los ojos.

—¿ Por qué tienes tres piernas?

La mujer volteó el rostro hacia la niña con una sonrisa cómplice.

— Por la misma razón que tú tienes un ojo amarillo. Somos especiales.

Entonces Sol también se descalzó y de inmediato su hermana la imitó. Se pusieron de frente al mar y comenzaron a mover las piernas tratando de alcanzar las olas que batían contra el muro.

— Aquel barco viene de Italia y el de al lado de Alemania.

Angélica les explicó cómo reconocer la procedencia de los buques y cómo saber si traían mercancía o eran de pasajeros. Al poco rato la mujer y las dos niñas conversaban animadas. Cuando comenzó a caer el sol, Angélica sacó sus enseres de la cesta y les hizo una corona de flores a cada una; para Estrella una de margaritas blancas y para Sol una de flores amarillas y

moradas. Al regresar a la casa las niñas tuvieron a bien esconder las coronas, para no ofender a Socorro.

Poco después Basilio y Angélica se comprometieron. Vida decidió hablar con Socorro y le pidió que cambiara su actitud.

— Mi niña, esta es una guerra perdida. La boda es inevitable. Lo más sabio es aceptar sin patalear lo que no puedes cambiar.

Le dijo a su sobrina que harían un almuerzo familiar para propiciar un acercamiento entre ella y la prometida de su padre y para celebrar que la familia seguía creciendo.

El domingo del encuentro la casa amaneció inundada del aroma de las especias. Vida estaba cocinando enchilado de cordero, una de sus especialidades, con arroz blanco, plátanos maduros fritos y ensalada de vegetales de su propio huerto. Socorro la ayudó en la cocina con desgano y sin pronunciar palabra. Sol y Estrella jugaban en el patio, para disimular su entusiasmo por la visita. No querían herir los sentimientos de la prima.

Angélica llegó a las doce en punto acompañada de su novio. Se veía espectacular, con un vestido azul que le ceñía la cintura fina y le destacaba las caderas. La falda era amplia y larga hasta los tobillos. Había traído presentes para la familia: a Vida, un ramo de gladiolos; a las niñas, dos *corsages* de pequeñas flores blancas; y a Socorro una pulsera hecha con dos orquídeas prendidas a una cinta verde. Sol y Estrella abrazaron a Angélica, mientras que Socorro la saludó de manera cortés y le agradeció el presente. Durante la velada se comportó con corrección, pero se mantuvo distante.

Luego de disfrutar del flan de coco y el café, la familia se dirigió al jardín a hacer la sobremesa. Vida y Angélica se enfrascaron en una animada charla en torno a las propiedades medicinales de la sábila, el romero y la pasiflora. Ambas eran creyentes del poder curativo de las plantas. Candelaria introducía algún que otro comentario, sin parar de tejer al ganchillo. Socorro permanecía callada, sentada entre sus dos tías. Las niñas fueron las encargadas de enseñarle a Angélica el jardín, quien no escatimó en cumplidos que Vida apreció. Los hombres discutían el último juego de pelota de la liga regional, mientras bebían aguardiente de frutas. Basilio hasta se pasó de tragos.

Ya entrada la tarde y teniendo en cuenta el estado de su hermano, José se ofreció para llevar a Angélica a su casa e invitó a las niñas a acompañarlos para después dar una vuelta por el pueblo en el auto. Basilio se recostó en el sofá y se durmió en un instante. Cuando salieron roncaba con la boca entreabierta.

Vida se disponía a recoger la cocina cuando Socorro la abordó.

— A tía Candelaria le duele la cabeza y me acabo de dar cuenta de que no tenemos aspirinas. La botica cierra hoy temprano, voy rápido a comprarlas. No se preocupe tía, yo la ayudo cuando regrese.

Sin esperar respuesta se quitó el delantal y corrió hacia la sala. Comprobó que su padre dormía y cerró la puerta sin hacer ruido. Cruzó la calle y se cercioró de que no había testigos. Desató con rabia el lazo verde que sostenía la pulsera de orquídeas en su muñeca, la estrujó entre sus dedos y la arrojó en el contenedor de basura. Luego puso en el buzón de correos de la casa de enfrente una nota que contenía solo dos palabras: “Estoy lista”.



Eugenio cuando ya quería a Estrella.

Daño colateral

Basilio leía con atención el periódico que recién había recogido del portal de la casa. —¡ Tremenda noticia! Dicen que primero le disparó en el rostro al marido, luego lo apuñaló dieciséis veces y, para rematar, le amputó su miembro. Y eso que son gente de alcurnia.

—¡ Qué horror! — dijo Vida, mientras ponía las tazas de café con leche humeante sobre la mesa.

— Miren la foto, es una mujer bonita.

Basilio le pasó a su hermano el periódico abierto en la página correspondiente a la crónica roja. José se enfrascó en la lectura del artículo periodístico, mientras masticaba distraído un pedazo de pan. Vida, de pie detrás de él, leía en voz alta un fragmento de la noticia.

— La asesina se llama Lidia Leiva... y dicen que luego se entregó a la policía como si nada. Deja que Socorro se entere, porque mira que a esa muchacha le gustan los chismes. ¡Y este es uno gordo! Por cierto, no sé qué le ha pasado hoy que no ha venido a ayudarme con el desayuno.

Deseosa de ser la primera en darle la noticia del horrendo crimen, Vida se dirigió a la habitación de su sobrina. Se disponía a tocar cuando la puerta cedió. La ventana estaba cerrada, la cama impecablemente tendida y la puerta del armario abierto. Se sorprendió al ver las perchas de alambre vacías y las gavetas abiertas. Observó la mancha en la pared que deja la desaparición de un cuadro. Faltaba la fotografía de la madre de Socorro vestida de novia. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia la habitación de Candelaria. La encontró acostada, llorando con la almohada sobre la cabeza. Tenía en su mano derecha un trozo de papel, que apretaba con fuerza.

—¿ Qué te pasa? ¿Dónde está Socorro? Deja ver qué tienes en la mano, por favor.

Candelaria abrió el puño. Vida tomó el trozo de papel estrujado y húmedo de sudor y lágrimas y lo alisó, mientras sentía el latido de la sangre en sus sienes. Sintió el peso abrumador de las palabras escritas con la diminuta caligrafía de Socorro.

Querida tía:

Me voy porque sé que estás bien. Quiero ser feliz y mi padre no me quiere dar esa oportunidad. Es un egoísta. No tengo otra opción.

Cuídate mucho, mucho. Te voy a extrañar. Dales un beso a las niñas y a tía Vida de mi parte. Y no te preocupes, Bernardo me ama y me va a cuidar.

Que Dios te proteja. Te quiero mucho.

Socorro

Vida sintió que iba a desfallecer y se desplomó sobre el borde de la cama. Observó la hoja de papel arrugada por algunos minutos sin saber qué hacer. Luego se dirigió a la ventana, la abrió despacio y observó la calle vacía. Respiró profundo y le dijo a Candelaria que no se preocupara,

que todo iba a estar bien. Sabía que mentía. Entonces fue al comedor donde los hombres terminaban de desayunar. De nada valía retrasar lo inevitable. Les dio la noticia sin preámbulos.

— Socorro se fue. Se fugó con Bernardo.

Al ver los rostros sorprendidos de José y Basilio, Vida tuvo la impresión de que el suelo se estremecía bajo sus pies, y sintió el peso del aire enrarecido. Los dos la contemplaban consternados, como esperando una explicación. Ella no tenía nada más que decir. Transcurrieron algunos segundos, o tal vez fueron minutos, en los que nadie habló y el silencio se hizo insoportable. De repente, Basilio se levantó y la emprendió a patadas y puñetazos contra la puerta que daba al patio. Vida escuchó el ruido de los golpes y el crujir de la madera y se tapó el rostro con las manos. José observaba a su hermano con las manos en la frente y los codos apoyados en la mesa.

— ¡Basta ya, Basilio! Vamos a buscarla.

Cuando los hombres salieron, Vida se dejó caer en la silla del comedor. Se abrazó a sí misma, y hundió la cabeza en los hombros. Comenzó a balancearse hacia adelante y hacia atrás, temblando. Entonces se acordó de sus hijas. Las encontró escondidas detrás del armario. Estrella estaba llorando y Sol abrazaba a su hermana con actitud protectora. Las atrajo hacia sí y mintió una vez más.

— Tranquilas. No va a pasar nada.

Aquel día no las llevó a la escuela. Candelaria se sumió en un estado de melancolía y Vida intentó matar el desasosiego cocinando un arroz con leche que terminó por quemarse.

Angélica Laredo pasó por la casa al mediodía, cuando acabó de vender sus flores, en busca de noticias. Estaba preocupada por la ausencia de Basilio. Cuando Vida le contó lo ocurrido, la joven se sintió tan mal que Vida tuvo que prepararle una infusión de hojas de tilo para calmarle los nervios. Cuando por fin Angélica se recuperó y pudo irse a su casa, Vida se sentó en el portal y esperó con paciencia contando las horas; los hombres no regresaron.

Al día siguiente por la mañana, Angélica retornó y le dijo a Vida que había estado indagando, pero nadie en el pueblo había visto a la pareja. Lo que sí pudo averiguar era que José y Basilio habían estado preguntando por Bernardo en cada rincón del barrio de Las Ánimas.

Tarde en la noche, Basilio y José regresaron, cansados y taciturnos. Basilio no quiso comer, se dio un baño y se fue a casa de su novia sin pronunciar palabra. Entonces José le contó a su esposa que los habían encontrado, mas era ya demasiado tarde.

La mañana de la desaparición de Socorro habían recorrido el pueblo entero. Primero fueron a la pensión donde Bernardo se hospedaba, y según el dueño, había pagado las cuentas y había cancelado el contrato. No había dejado una dirección para reenviarle el correo. Luego fueron a la redacción de La Jornada, el periódico local para el cual Bernardo había estado trabajando como reportero. El redactor principal les dijo que no sabía por qué Bernardo había renunciado de forma precipitada, a pesar de que le habían asignado la cobertura del caso de la asesina de Cabo Azules. Preguntaron en los bares, las barberías, el mercado y en cuanto lugar se comentaba lo que sucedía en el pueblo. Nadie los había visto. Al anochecer, y como último recurso, decidieron preguntar en la terminal de ferrocarril. A través del inspector de trenes supieron que una pareja, cuyas características coincidían con las descritas por ellos, había tomado el tren para Juragüey la noche anterior.

Cuando Basilio supo que habían huido de Cabo Azules, no quiso perder tiempo. En un tono descompuesto, se dirigió al empleado de la taquilla de venta de boletines.

— ¿Cuándo sale el próximo tren para Juragüey?

El hombre, que anotaba algo en un libro de páginas grandes, le dirigió una mirada indiferente,

por encima de las gruesas armaduras de sus espejuelos.

— No hay pasajes para Juragüey, señor. Se cerró la venta. El tren ya va a salir.

El rostro de Basilio se transformó por la ira.

— Usted me vende un pasaje para Juragüey o yo viro al revés esta terminal.

José observó que el guardia de seguridad se dirigía a la ventanilla y corrió hacia su hermano. El empleado continuaba anotando en el enorme libro, impassible ante el enojo de Basilio, quien se aferraba al mostrador como si quisiera arrancarlo.

— Lo siento señor.

Un sonoro puñetazo acompañó al grito que opacó el sonido agónico de la locomotora. José tomó a su hermano por el brazo y lo apartó de la ventanilla. Basilio le pegó un puntapié a uno de los bancos del salón y luego se llevó las manos a la cabeza, resollando. El guardia de seguridad los abordó y preguntó el motivo del escándalo. José trató de explicar la situación.

— Disculpe, mi hermano necesita viajar a Juragüey... El tren todavía no ha salido pero el empleado se niega a venderle un boleto.

— La venta está cerrada, oficial — repitió el empleado incommovible.

— Por favor, es un asunto de vida o muerte — suplicó Basilio.

Por un instante José tuvo la impresión de que su hermano se iba a desplomar. Instintivamente trató de sostenerlo y al ponerle la mano en la cintura notó el fardo. Basilio se apoyó en el mostrador y respiró profundo. José comprendió la gravedad de la situación. Su hermano portaba una pistola.

El guardia de seguridad se dirigió al empleado.

— Véndale el pasaje a este señor y demos por terminado el asunto.

— Dos pasajes por favor — dijo José.

— No tienes que hacerlo, este es un asunto mío. Sabes que en Juragüey te están buscando.

José le dio una palmada en la espalda a su hermano, pagó los pasajes y ambos abordaron el tren a toda prisa.

Durante el viaje y con mucho trabajo, José logró que su hermano le diera la pistola. Basilio le dejó claro que no necesitaba un arma para ajustarle las cuentas al malhechor que había ultrajado a su hija.

Al llegar a Juragüey fueron directo al bar de Lucas, en la parte vieja de la ciudad. José pensaba que allí podía encontrar a alguien que les diera alguna información sobre el lugar donde pudieran estar ocultos Socorro y Bernardo. Además, en aquel tugurio era poco probable que se encontraran con algún miembro de la autoridad. Nadie lo reconoció.

En el bar, Basilio y José entablaron conversación con varios lugareños, quienes aceptaron gustosos compartir la botella de aguardiente que Basilio compró. Después de dos botellas y media, dieron con la persona adecuada: un joven nacido y criado en Juragüey, sin un centavo en el bolsillo, que decía conocerse el pueblo de cabo a rabo. Estaba dispuesto a localizar a la pareja por un precio justo. Acordaron verse al día siguiente en el parque, a las doce en punto.

El muchacho cumplió con su palabra; tenía información para ellos. Les dijo que unos forasteros: un hombre fornido y una mujer joven, estaban hospedados en una casa de citas en la peor parte del pueblo. Alguien le había dicho que venían de Cabo Azules.

El escuálido recepcionista de la mugrienta carpeta se escondió detrás del mostrador cuando Basilio irrumpió con violencia en el lugar. A pesar del nerviosismo, el empleado tuvo el buen tino de responder a sus preguntas.

— Habitación 206 — dijo, y con un gesto le mostró la escalera.

La puerta del cuarto no resistió la furiosa acometida de Basilio, pero el grito de una mujer lo

detuvo. Dentro de la habitación encontraron a Bernardo, que abrazaba a Socorro, con actitud defensora. Temiendo que su hermano perdiera la cabeza, José se interpuso entre él y la pareja pidiendo calma.

— Deja hablar a tu hija, Basilio.

Socorro se acercó a su padre y le habló en un tono suave, mirándole a los ojos.

— No le haga daño papá. Nos casamos ayer. No hay nada que usted pueda hacer.

Basilio se abalanzó hacia Bernardo y sujetándolo por la solapa lo levantó del suelo. Luego lo soltó, no sin antes zarandearlo con rabia. Socorro corrió a abrazar a su esposo, quien trataba de recuperar la compostura. Los tres hombres permanecieron alertas, sin atreverse a actuar ni a retirarse. Luego de algunos segundos de tensión, José tomó la iniciativa. Cogió a su hermano del brazo y lo obligó a salir de la habitación.

— Vamos Basilio. Socorro no está aquí en contra de su voluntad. Tienen la ley a su favor.

Durante el trayecto de regreso a Cabo Azules, Basilio le reiteró a su hermano que se casaría con Angélica Laredo tan pronto como fuera posible. No iba a permitir que el agravio que le infligiera su hija cambiara el rumbo de su existencia. La mañana siguiente les hizo saber su decisión a Vida y a Candelaria y agregó que para él Socorro estaba muerta y enterrada. Se mostró inmovible ante el llanto y las súplicas de las mujeres.

Una semana después, el anuncio oficial del matrimonio entre Basilio Ferrero y Angélica Laredo se publicó en la página de crónicas sociales del periódico La Jornada. La fuga de Socorro, en vísperas de la boda de su padre, desató toda clase de cuchicheos y chismes. También se acrecentaron los rumores sobre el supuesto secreto que Angélica Laredo mantenía bien escondido entre sus piernas.

Vida soportaba resignada las habladerías del pueblo. A pesar de que estaba agobiada y cumplía con las tareas del hogar como una autómatas, comenzó a notar las pequeñas faltas. Lo primero fue una botella de vino de cocinar que desapareció de la despensa. Aquel día se disponía a preparar un fricasé de pollo para la comida, cómo podía olvidarlo, era un ingrediente indispensable.

— Estoy segura de que estaba aquí. La compré no hace ni una semana ¿Crees que Candelaria...? — le preguntó a José que acababa de llegar del trabajo.

— Ella no cocina.

— Por favor, sabes a lo que me refiero.

— Espero que no.

— Después de lo de Socorro, Candelaria está muy rara. Está casi siempre acostada y come muy poco. Me preocupa. Voy a llamar a la doctora Cisneros.

— No llames a la doctora por gusto. Candelaria no tiene nada. Es natural que esté así, con lo que ha ocurrido. Yo voy a comprar el vino de cocinar para la comida.

Vida notó que su esposo se llevó la mano a la frente.

—¿ Qué te pasa?

— Me brinca un párpado — dijo — mientras presionaba un punto debajo de su ceja derecha — . ¡Ah! Basilio está atormentado con los preparativos de la boda. Pregúntale a Angélica si hay algo en que puedas ayudar. Ya falta poco.

Vida asintió, pero sabía que no iba a preguntar. Desde que Socorro se había marchado tenía un salto constante en el estómago, que no mejoraba ni con los cocimientos de hierbas medicinales que se preparaba, ni con los medicamentos que le había recetado la doctora Cisneros. Además, no tenía ánimos para hacer nada. También sufría de pesadillas. La noche anterior había visto en sueños a Lucía, la gitana. Le había transmitido otro de sus enigmáticos mensajes, que la había

perturbado.

— Si pierdes la luz, no verás lo real detrás de lo aparente. Siempre aguarda lo inesperado.

Vida se estremeció al recordar las indescifrables palabras. Un trueno retumbó súbitamente y un viento potente comenzó a tirar las ventanas. Vida se persignó y corrió a cerrarlas. En el pasillo se tropezó con Sol.

— Mamá, déjanos bañarnos en el aguacero, por favor.

— Por supuesto que no. Está tronando.

— Es solo un ratico..., hasta que venga papá..., te lo suplico.

— Te dije que no y punto. Vete para tu cuarto con tu hermana. Y no me molesten, que estoy ocupada.

Durante una semana llovió casi sin parar y el pueblo parecía haber quedado detenido en el tiempo. Las escuelas suspendieron las clases y los comercios cerraban temprano. Sin embargo, José y Basilio mantuvieron El Rincón del Minero abierto hasta pasadas las once de la noche. Habían escuchado hablar por la radio al director del observatorio municipal, quien informó que se avecinaba una terrible tormenta. Incluso los menos precavidos comenzaron a acaparar provisiones.

La Cruz Roja había estado advirtiendo de los peligros de inundaciones en las zonas más bajas del pueblo. El ras de mar de 1936 era todavía un mal recuerdo para los habitantes de Cabo Azules. Las autoridades del gobierno y las organizaciones civiles, incluyendo la Asociación Médica de Cooperación en Emergencias y Desastres, instruían a la población en las medidas de prevención y protección ante desastres naturales. Entonces y por alguna razón incomprensible para Vida, Basilio decidió adelantar la boda.

— Por si se acaba el mundo — fue la única explicación que dio.

Angélica, junto a sus padres y sus dos mejores amigas, se habían dedicado con ahínco a los preparativos del casamiento. No hay que olvidar que los padres de la novia gozaban de solvencia económica y estaban dispuestos a celebrar por todo lo alto que su hija, a pesar de los pesares, hubiera logrado un buen matrimonio. Encargaron las invitaciones, prepararon el ajuar de la novia, la decoración de la iglesia, el traje del novio, compraron los anillos y se ocuparon de cuanto detalle pudiera pensarse. Incluso les pagaron la luna de miel en un hotel de Acapulco.

La boda fue un acontecimiento en Cabo Azules. La ceremonia se celebró en la Iglesia del Carmen, un sábado a las cinco de la tarde, bajo un cielo plomizo y fuertes ráfagas de viento. Las amigas de Angélica, bajo su dirección, habían hecho un admirable trabajo en la decoración interior, que tenía como elemento primario las flores blancas. Dos pedestales de bronce sostenían enormes arreglos de rosas. Guirnaldas de margaritas y tul adornaban el lateral de los bancos de la iglesia y bajaban por las paredes, justo delante del alumbrado, creando una luz difusa que provocaba un ambiente de ensueño. La alfombra roja cubría desde el pórtico hasta el altar.

Cuando la novia llegó en un Cadillac negro, también decorado con cintas y flores, acompañada por su padre, grupos de curiosos se habían congregado alrededor de la iglesia. Todo el mundo quería ver a la novia de las tres piernas.

Angélica llevaba un traje de encaje y tul, blanco nieve, con unas enormes mangas de globo y la cabeza coronada por un tocado de perlas y cuentas. Dadas las condiciones del tiempo, la novia decidió prescindir del velo. Sostenía un ramo de crisantemos blancos engarzados en tul y follaje, en forma de cascada, que agarraba con dificultad a causa de la ventolera. A pesar de que había optado por una boda formal, Angélica quiso poner una nota de color en la ceremonia. Decidió sustituir el tradicional cortejo de señoritas vestidas de blanco, por cuatro muchachas, vestidas de azul cielo, con sombreros de igual color, decorados con rosas rosadas en miniatura y *bouquets* en

combinación. El detalle fue resaltado en la crónica social como algo moderno y chic.

En cualquier otra circunstancia, Vida hubiera disfrutado mucho los preparativos de la boda. Quizás hubiera recorrido las tiendas del pueblo, y habría pasado un día completo escogiendo los atuendos para ella y para las niñas. Pero nada le entusiasmaba y menos con aquel tiempo de perros. El día del matrimonio intentó animarse un poco y a última hora, compró unas camelias para decorar el sombrero que había escogido en combinación con su traje rosa perlado. A las niñas les puso los vestiditos de encaje amarillo pálido que les había comprado para el cumpleaños pasado. Observó horrorizada que les quedaban un poco cortos, pero ya no había tiempo para comprarles algo nuevo. Con un sentimiento de culpa, se esmeró en hacerles un peinado de trenzas entretejidas con cintas y enrolladas en la cabeza, y hasta dejó que las niñas se pusieran un poquito de su perfume. Candelaria quiso ponerse un vestido negro y sombrero con plumas y un velo corto del mismo color. No hubo quién la hiciera cambiar de opinión, a pesar de que Vida, e incluso las niñas, le dijeron que con aquel atuendo parecía que iba para un funeral.

En la iglesia los presentes trataban de mantener un ambiente festivo, pero resultaba falso. Angélica lucía serena, mientras que Basilio no dejaba de jugar con la leontina. Justo en el momento del sí, a Candelaria le dio un acceso de llanto y Vida tuvo que llevarla afuera, mientras que la familia de la novia y los invitados aparentaban no darse cuenta de lo sucedido. Solo a la salida de la iglesia, cuando el fotógrafo trataba de organizar los grupos de familiares y amigos para las fotos, se levantaron los ánimos y al final el ambiente se tornó alegre.

La fiesta se realizó en casa de los Laredo, con los familiares y las amistades más cercanas. La novia estaba radiante y conversaba animadamente con sus amigas. Basilio, José y el padre de Angélica se agruparon en el jardín, bajo un algarrobo, aunque el fango de las recientes lluvias y la intensidad del viento mantenía a la mayoría de los invitados adentro de la casa. Los hombres fumaban tabaco y bebían champaña, mientras trataban de hacerse oír por encima del ruido del viento. Las niñas jugaban con Eugenio y sus primos en la sala de la casa. Habían acompañado a la doctora Cisneros y al doctor Enrique Infante, quienes eran invitados especiales.

Vida intentaba seguir el hilo de la conversación que, a duras penas, sostenía con unas señoras, y buscaba con la vista a su cuñada. Había escuchado su risa exaltada en varias ocasiones. Estaba tan preocupada, que se disculpó y salió a buscarla. La encontró en el comedor de la casa. Conversaba con dos hombres jóvenes. Parecía estar alegre y desinhibida. Decidió abordarla, y en eso José la llamó para presentarle a la esposa de un viejo conocido. Vida saludó a la señora y se excusó del compromiso lo mejor que pudo.

Regresó al comedor en busca de Candelaria, pero ya no estaba allí. No la encontró en la sala, ni en la saleta, donde se reunían los invitados de mayor edad. En la cocina, una criada picaba trozos grandes de la torta sobrante, para repartirlos entre los invitados. Ni rastro de Candelaria. Salió al patio y comenzó a recorrer los senderos que serpenteaban a través del jardín, mientras sujetaba con fuerza el sombrero que ya había perdido las camelias. La encontró sentada en el muro de la fuente, sola, con una copa en la mano, con el pelo suelto y la ropa batida por el viento. A su lado, en el suelo, había una botella de champán vacía.

— No puedo creer que hayas estado bebiendo.

— Solo una copa. Al final es la boda de mi hermano.

Vida la observó con atención. Tenía los ojos enrojecidos, pero no parecía estar ebria. La ayudó a levantarse, le alisó el vestido y le recogió el pelo. La algarabía proveniente de la casa les anunció que era hora de despedir a los recién casados.

Durante algunos minutos la atención estuvo dirigida hacia la calle, donde los novios saludaban a los presentes en una confusión de abrazos y vivas. Las amigas de Angélica comenzaron a lanzar

arroz y buenos deseos hacia los novios. En la parte trasera del Cadillac negro aparcado frente a la casa, alguien había colocado un cartel que decía “Recién casados” y latas pintadas de azul y blanco, amarradas con cintas del mismo color, colgaban del parachoques trasero. Justo cuando Basilio se disponía a abrirle la puerta a Angélica, un auto de policía dobló la esquina chirriando las gomas y se estacionó bloqueando el tráfico. Luego, otro vehículo, negro, cruzó disparado frente a la casa de los Laredo.

— La asesina... ahí va la asesina — gritó alguien.

Los presentes corrieron hacia la esquina, para no perderse el espectáculo.

En aquel momento comenzó el aguacero torrencial.



Angelica Laredo vestida de novia.

El enemigo invisible

Vida sintió el estruendo y la lámpara de techo se hizo añicos. Los pedazos de vidrio se incrustaron en sus brazos extendidos encima de su cabeza. Temió que una enorme aguja de cristal, que caía oscilando, le traspasara el corazón. Abrió los ojos y se sentó en la cama jadeando, con la almohada en el pecho sofocando los latidos de su corazón. Un relámpago iluminó la semioscuridad del cuarto. La lámpara colgante se balanceaba, intacta, con el viento que se colaba por las rendijas de las ventanas.

— Está entrando agua.

Se enroscó en sí misma, se tapó los oídos, y esperó el inevitable ruido del trueno que se aproximaba.

La tormenta había estado azotando Cabo Azules durante casi una semana. Las zonas alrededor del puerto ya estaban inundadas y según los partes oficiales, aquello era solo el principio. Basilio y Angélica habían decidido posponer la luna de miel y él se había mudado para casa de su esposa. Vida seguía dilatando la tarea de desmontar la habitación de su cuñado, para convertirla en el cuarto de juegos que sus hijas le habían pedido. No tenía ánimos para nada. Desde la tarde de la boda la atormentaba un mal presentimiento.

— No soporto el cielo gris.

Se levantó consciente de que cada fibra de los músculos de su espalda reclamaba su atención, tanto le dolía. Se estiró, dio algunos pasos y se sentó en el banco de madera frente al tocador. Su propia imagen le resultó ajena. Notó las finas líneas alrededor de los ojos y algunos hilos plateados que resaltaban en la negrura de su cabello. Se pasó el dedo por los labios resecos, luego se recogió el pelo con las dos manos y se hizo una especie de moño, contemplando con curiosidad a la extraña del espejo. Observó la curva de sus senos por encima de la ropa de dormir, los agarró desde abajo y luego los soltó. Ya no parecían un par de toronjas maduras, como decía José. Sintió el olor a café recién colado y la voz de Sol que llamaba a su hermana. La puerta se abrió y la presencia de José disipó la opresión que sentía en el pecho.

— ¿Qué hora es?

— Casi las diez.

— ¿Por qué me dejaste dormir hasta tan tarde?

— Aprovecha, que el tiempo está bueno para eso. Yo me ocupo de las niñas.

Vida se levantó y se envolvió en la bata de seda rosada que Angélica le había regalado por su cumpleaños.

— No, te lo agradezco, tengo que hacer el almuerzo.

— ¿Quieres que compre comida china?

— ¿Con este tiempo?

— No te preocupes, es solo un momento, el chino no cierra ni aunque caigan raíles de punta.

— No mi amor, prefiero que no salgas. Yo preparo algo.

José se acercó, la agarró por la cintura y la besó en la boca. Comenzó a acariciarla mientras inhalaba su aroma, pero ella lo rechazó dándole dos palmadas en la espalda. Terminó de vestirse con prisa y salió del cuarto refunfuñando por el mal tiempo, no sin antes hacerle una mueca a la

intrusa del espejo.

Al llegar a la cocina advirtió que el viento había amainado y ya no llovía tanto. Recordó la calma que precedió al ras de mar que había destruido Cabo Azules hacía ya casi una década. ¿Estarían preparados para una catástrofe similar? Sintió que las manos le temblaban y abrió la despensa. Necesitaba verificar que tenían los insumos necesarios para sobrevivir durante y después de la tormenta. Fue entonces que notó la falta. Comenzó a mover frenéticamente los sacos de arroz y frijoles, el garrafón de aceite, las manos de plátanos maduros, las pencas de tasajo, bacalao y casabe, los botes de azúcar y sal. La botella de alcohol no estaba. Llamó a José a gritos.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?

—¿Dónde está el alcohol?

— En la despensa.

— No está. José, corre a la bodega del chino y compra una antes de que sea demasiado tarde.

¿Dónde está Candelaria?

— Creo que se está bañando...

Vida dejó a José con la palabra en la boca y se dirigió al baño con prisa. Comenzó a golpear la puerta, llamando exaltada a su cuñada. Podía escuchar el ruido del agua, pero Candelaria no respondía. Se disponía a regresar a la cocina cuando Sol la interceptó en el pasillo.

— Mamá, no encuentro a Prometeo.

Vida se dio cuenta de que no les había dado los buenos días a sus hijas. Abrazó a la niña y le dio un beso.

— Deja que venga tu padre cariño.

Estrella llegó corriendo y se abrazó a la cintura de su madre.

— Prometeo no aparece, ¿dónde estará mamá? — preguntó gimoteando.

Vida vio cómo la ventana del pasillo se abría con la fuerza del viento que había comenzado de nuevo a soplar. Se llevó las manos a la cabeza y les respondió a sus hijas, en un tono más fuerte del que hubiera querido.

—¿ Pueden dejar de preguntar por el perro, aunque sea un momento, por favor?

Las niñas contemplaban a su madre, boquiabiertas. Candelaria salió del baño, arrastrando los pies, con la bata mal abrochada y la toalla colgando del hombro.

—¿ Dónde está la botella?

— No sé de qué me hablas.

—¿ Tú cogiste el alcohol del reverbero?

— Por supuesto que no.

— Tía, ¿has visto a Prometeo? — intervino Sol.

— No mi niña, no lo he visto.

Vida observó desalentada cómo Candelaria cerraba con llave la puerta de su habitación. Les pidió a sus hijas que se tranquilizaran y cerró la ventana. José la encontró esperándolo en la puerta cuando regresó con la botella de alcohol.

— Prometeo no aparece, las niñas están desesperadas.

— No te preocupes, los animales presienten el peligro, debe estar escondido en alguna parte.

Justo en aquel momento arremetió la tormenta. A pesar de ser mediodía, la casa se sumió en la oscuridad cuando el servicio eléctrico se cortó. Bajo la luz de un quinqué Sol y Estrella, acompañadas por José, recorrieron la casa. Buscaron debajo de las camas, detrás del aparador, en la despensa y en el cuarto de costura. El perro no estaba. No pudieron entrar a la habitación de Candelaria, porque estaba cerrada con llave. De todos modos, Sol le preguntó a su tía desde afuera si el perro se había refugiado allí. Ella abrió la puerta, solo lo necesario para sacar medio

cuerpo por una rendija. Les dijo que ni había visto al perro, ni lo había oído ladrar. Le pidió a José el quinqué y le rogó que no la molestaran. La tormenta le daba miedo y quería pasarla en la cama. Volvió a cerrar la habitación con llave. José sacó la linterna de bolsillo y dio por terminada la búsqueda.

Aquella fue una noche larga. Se fueron a la cama después de que, a duras penas, se comieron un bocado de tasajo con casabe. Se acostaron todos en la cama matrimonial y Vida se acurrucó con su esposo abrazada por sus hijas. Los ruidos de la tormenta no la dejaron dormir; las ráfagas emitían sonidos como quejidos de almas en pena y la lluvia embestía con una fuerza salvaje. No obstante el miedo que la atenazaba, tenía la certeza de que iban a sobrevivir. Eran una familia. No había peligros que no pudieran afrontar, ni obstáculos que no pudieran superar.

El día siguiente amaneció en calma. A pesar de los reparos de Vida, José se dispuso a salir con las niñas en busca de Prometeo. Varios árboles se habían desplomado, pero las principales calles del barrio no estaban inundadas. Les explicó a sus hijas que la puerta del patio había estado abierta por un buen rato mientras él sacaba las ramas y las hojas caídas, antes de que saliera a comprar el alcohol. El perro podía haberse escapado sin que lo hubieran notado.

— No pierdan las esperanzas — les dijo mientras les cerraba las capas de agua.

Salieron de prisa. Vida contempló los nubarrones negros, el patio con las ramas de los árboles en el suelo y la tierra anegada. La sensación de opresión en el pecho retornó con una fuerza tal que le cortó la respiración. De pronto había reparado en que Candelaria no había salido a tomarse el buchito de café. Incluso en sus peores días, cuando se pasaba el día entero en la cama, mirando al techo, Candelaria no dejaba de tomarse su café matutino.

Se dirigió a la habitación de su cuñada y tocó a la puerta. No obtuvo respuesta. Trató de abrirla, pero estaba cerrada con llave. Golpeó fuerte y el silencio le respondió del otro lado. Recordó que José guardaba copias de las llaves de todas las habitaciones en la primera gaveta del aparador de la cocina, como precaución. Corrió frenética, buscó la llave marcada por José con el número tres y, temblando, abrió la puerta. La fetidez la golpeó, agresiva, tomándola por sorpresa. Tardó unos segundos en adaptarse a la semioscuridad del cuarto y, mientras tanto, su cerebro procesaba la mezcla de olores: alcohol, keroseno, orina, sudor, vómito. Aguantó la respiración tratando de controlar las arqueadas. Candelaria yacía en posición fetal, con la espalda hacia la puerta, inconsciente. Ropas, zapatos y botellas vacías estaban regadas por el suelo. Vida trató de acercarse a la ventana y al hacerlo tropezó con un orinal. El contenido se derramó. Hizo un esfuerzo por ignorarlo y empujó la madera hinchada por el agua de lluvia, hasta que la ventana cedió ante el peso de su cuerpo. Un soplo de aire fresco le devolvió el sentido de urgencia que había perdido por unos instantes. Se concentró en Candelaria. La tomó por los hombros, la zarandeó, la llamó por su nombre, le dio palmadas en la cara sin resultado. Le levantó el torso y le dio unos fuertes golpes en la espalda. Candelaria abrió la boca y exhaló un aliento ácido. Entonces Vida vio las hilachas. Aplicó presión en los cachetes, mientras introducía sus dedos en la boca de la mujer. Logró sacar un bulto ensalivado: era un pedazo de tela gruesa masticada. En la esquina del cuarto el quinqué yacía roto y sin mecha.

Cuando José regresó con sus hijas, cabizbajas y con los pies empapados, notó que algo fuera de lo común había ocurrido en su casa. No habían encontrado a Prometeo, pero él insistía en que no todo estaba perdido. Por la tarde irían hasta la sede de la Cruz Roja; quizás alguien de la autoridad había encontrado al perro y lo había puesto a salvo. José comprendió que la situación era grave cuando vio el auto de Basilio aparcado delante de la casa. La puerta estaba abierta y varios vecinos se congregaban en el portal. José les dijo a las niñas que esperaran en la acera y entró corriendo a la casa. Su hermano salía de la habitación de Candelaria con ella en brazos.

Vida los seguía detrás, de prisa, con una bolsa en la mano, despeinada y con un vestido puesto encima de la bata de casa.

— Tuve que llamar a Basilio. Vamos, José, Angélica se queda con las niñas. Está muy grave. Ya le avisaron a la doctora Cisneros.

La llevaron al hospital por las calles enfangadas, sorteando los árboles y los cables de electricidad caídos. Candelaria tuvo que ser hospitalizada en estado crítico. Según les explicó la doctora Cisneros, había ingerido tantas sustancias tóxicas que los riñones y el hígado podían fallar y las consecuencias eran impredecibles. También podía sufrir trastornos neurológicos severos. No había nada que hacer, excepto esperar a que la paciente saliera del estado de coma. Fue inmediatamente hospitalizada.

La recuperación del pueblo tomó tiempo. El servicio de electricidad estuvo suspendido por cinco días y los colegios cerraron por más de una semana. Las bodegas y pequeños negocios fueron abriendo poco a poco y los esfuerzos de limpieza y reconstrucción levantaron los ánimos y las esperanzas de los habitantes de Cabo Azules. José trataba de mantener El Rincón del Minero abierto hasta las once de la noche. Se necesitaban suministros para las zonas más afectadas por la tormenta.

Angélica y Basilio se habían mudado con ellos, para ayudar a Vida, que se pasaba casi el día entero en el hospital.

Una vez más Eugenio vino al auxilio de Sol y Estrella. Aprovechando que las clases estaban suspendidas y tratando de entretenerlas, el muchacho les había propuesto construir una casita en la ceiba del patio. Les explicó su proyecto: la construirían entre las ramas del árbol. Tendría puertas secretas y mirillas, adentro colocarían hamacas y hasta podrían poner una soga para bajar y subir sin tener que utilizar la escalera. Pero Sol y Estrella no estaban de ánimo para casitas de madera. Prometeo continuaba perdido.

— Lo voy a encontrar. Te lo prometo — le dijo a Estrella con una expresión que denotaba confianza.

Pocos días después, unos ladridos conocidos hicieron saltar de la cama a Sol y a Estrella. Con la ropa de dormir aún puesta, abrieron la puerta de la calle. Cuatro muchachos esperaban en el portal, enfangados y sudorosos, liderados por Eugenio, quien sostenía a Prometeo por una correa de cuero. El perro comenzó a saltar, saludando efusivo a sus dueñas. Eugenio lo soltó y Prometeo corrió hacia el interior de la casa. Sol y los tres muchachos lo siguieron corriendo, alentados por los gritos de la niña. Estrella miró a Eugenio, que se arreglaba tímidamente el ropón de dormir, con los ojos brillantes y el cabello alborotado.

— Ayer salí con mis primos y fuimos a la Cruz Roja. Allí no lo encontramos. Un señor nos dijo que un carrito estaba recogiendo a los perros callejeros para llevarlos a un albergue. Averiguamos la dirección y...

Sin dejarlo terminar la frase Estrella se abalanzó en los brazos de Eugenio. Él le acarició el pelo y le susurró al oído.

— Pase lo que pase, no tengas miedo. Yo estoy contigo.

Luego la besó en los labios y ella reaccionó asombrada de la intensidad de las sensaciones de su cuerpo adolescente. Entonces sintió paz y una melodía desconocida, muy dulce, la transportó a una dimensión de los sentidos hasta entonces desconocida. Angélica los encontró, cogidos de la mano, la puerta de la casa aún abierta, ajenos a todo, excepto a ellos mismos.

El día que la doctora Cisneros informó a los hermanos Ferrero que Candelaria podría quedar en un estado vegetativo, José tomó la decisión que les cambiaría la vida. Después de escuchar el parte médico, en la sala de espera del hospital, les dijo a su esposa y a Basilio que consideraba

que, por el bien de la familia, si su hermana sobrevivía, debería ser internada en un asilo.

— No me parece justo — le dijo Vida a su esposo.

— Amor, la hemos ayudado todo lo que hemos podido.

Basilio permanecía callado, observando la punta de sus zapatos.

— Estoy de acuerdo, es lo mejor — dijo después de algunos segundos de silencio.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Balbuceó una excusa y salió tropezando con las sillas del salón de espera. José tuvo que sostener a Vida, quien con ambas manos en la cabeza parecía que iba a desvanecerse.

— Dios mío, te lo suplico, no dejes que se muera.

Al parecer, la súplica de Vida fue escuchada porque, para el asombro de todos, una mañana, casi un mes después de la tormenta, Candelaria despertó. No era más que un esqueleto, con la piel arrugada, seca y la mirada mustia. Poco después fue internada en el Asilo de Enajenados de Cabo Azules, donde alcanzaría, años después, la notoriedad que nunca en su vida hubiera imaginado.

Durante los primeros meses los Ferrero solían visitarla cada domingo. El pabellón de mujeres estaba atendido por la Orden de las Hermanas de la Caridad y a las enfermas pasivas se les permitía recibir a sus familiares en el jardín rodeado de altos muros coronados con cercas de púas. Cuando Candelaria fue capaz de levantarse y salir, sus hermanos y sus cuñadas iban a verla, alternándose las visitas. Vida solía llevar un mantel de cuadros rojos que tendían en la yerba, debajo de una yagruma, sobre el que colocaba una cantina con ajíaco, empanadas y frutas frescas que le enferma devoraba. Cuando iban Angélica y Basilio también le llevaban golosinas. Por algún tiempo pareció que mejoraba. Había aumentado de peso y aunque permanecía en silencio durante las visitas, para su familia aquello no era una señal de deterioro mental, pues el mutismo y la frialdad habían sido siempre características de su personalidad. Sin embargo, el día que por fin habló sin parar, los hermanos decidieron que las visitas habían llegado a su fin.

Ese domingo Vida le había llevado muestras de encajes hechas por ella misma. No era muy buena tejiendo, la verdad, pero había decidido que la tradición de tejedoras de la familia no podía perderse. Para el asombro de todos, no más Candelaria terminó el almuerzo y estrujando los encajes en sus manos, rompió el silencio. Les contó con vívidos detalles cómo Maximiliano Ferreira, el personaje de leyenda, ladrón de ganado, la visitaba cada noche para convencerla de que se dejase cortar la mano derecha, como pago por los favores sexuales del bandido, los cuales comenzó a describir con lujo de detalles, hasta que su hermano la acalló con una bofetada.

— José, por Dios, está delirando.

— Nada más se puede hacer por ella.

A partir del momento en que cesaron las visitas, la salud mental de Candelaria se deterioró más. A las alucinaciones le siguió un período de euforia. Comenzó a orinarse en el piso y la emprendió con la ropa. Candelaria se enfurecía si intentaban vestirla y corría de un lado a otro, desnuda, por las salas del pabellón de mujeres. Solía esconderse debajo de las mesas de la sala de estar y el comedor, o pasaba horas enteras aferrada a los barrotes de la ventana de su cuarto, gritando improprios. El doctor Carranza decidió restringirla con camisa de fuerza. Fue la paciente más notoria de la institución, hasta que llegó Lidia Leiva, la mujer rica e instruida que había asesinado sin piedad a su esposo, el conocido banquero Alcibíades Peñalver.



Fotografía encontrada entre las pertenencias de Vida. Pudiera ser Candelaria poco después de su matrimonio en 1914. Se sabe que tuvo un perro llamado Fredo al que amó con locura.

Mala sangre

Lidia Leiva había sido recluida en el Asilo de Enajenados gracias a los esfuerzos de su abogado, el doctor Juan Infante, quien había esgrimido el poderoso argumento de que la mujer sufría de una extraña enfermedad mental que se caracterizaba por incontrolables crisis nerviosas. Había convencido a las autoridades de que la asesina debía estar bajo supervisión médica hasta que fuera juzgada y que nadie sería mejor para atenderla que el doctor Leónides Carranza, quien, además, había sido su médico personal durante mucho tiempo. En la decisión de no retenerla en prisión influyó, sin duda alguna, la posición social de la familia de la acusada, que pertenecía a la más rancia aristocracia terrateniente de la zona.

En el momento del crimen Lidia Leiva tenía treinta años. De padre español y madre francesa, poseía una belleza inquietante y modales altaneros. Se comentaba que, de soltera, consciente de sus encantos, había coqueteado con los mejores partidos de la zona, sin dejarse conquistar por ninguno. Cuando a los veinte años conoció a Alcibíades Peñalver, diez años mayor que ella y con una exitosa carrera en el campo de las finanzas, Lidia decidió que aquel era el hombre que satisfacía sus expectativas. Tras un año de apasionado noviazgo, se casaron y se establecieron en el Barrio de la Cruz, el más selecto de Cabo Azules.

Según testimonios de personas cercanas a la pareja, durante el noviazgo, Lidia y Alcibíades mantuvieron una relación tormentosa y parecían estar obsesionados el uno con el otro. Pero poco tiempo después del matrimonio, Lidia Leiva pareció consumirse. Perdió la alegría y se dedicó por completo a adorar a su marido con total sumisión. Desapareció de los círculos sociales y rumores de una extraña enfermedad mental comenzaron a circular desde aquel entonces.

El primero de los aparatosos episodios nerviosos que caracterizaron la enfermedad de Lidia Leiva ocurrió en público. Fue durante la cena de Noche Buena en casa del alcalde, cuatro o cinco años antes de que se cometiera el homicidio. Alcibíades Peñalver y su esposa Lidia eran los invitados de honor. El alcalde recientemente había creado una exitosa asociación comercial con el banquero, de la que había obtenido rápidas y jugosas ganancias. Aquella noche se habían reunido en casa del alcalde la aristocracia del pueblo, junto a algunos de los nuevos ricos que habían logrado penetrar la barrera de la alta sociedad. Los invitados esperaban la llegada de la pareja; sería la primera vez en mucho tiempo que Lidia asistiría a un evento social. Ni siquiera el mismísimo Alcibíades Peñalver pudo imaginar que su esposa pondría la nota discordante que arruinaría la velada y cambiaría el curso de sus vidas.

Al arribar nada denotaba en su actitud que algo como lo que ocurrió después pudiera suceder. Ella se veía más delgada, enfundada en un vestido color marfil con escote en corazón y pedrería incrustada; y Alcibíades, perfecto en su esmoquin negro, robaba la atención de los presentes con su carisma y elocuencia. Ambos intercambiaron saludos con los invitados, bebieron algunos cocteles y disfrutaron de los finos canapés. En el momento en que la campanilla anunció que la mesa estaba servida y los invitados comenzaron a tomar asiento, Lidia Leiva se desplomó. Al caer, arrastró consigo el mantel y parte de la fina vajilla para veinticuatro comensales se hizo añicos en el suelo. Su cuerpo agarrotado, tendido a lo largo, se sacudió con violentas contracciones, seguidas de movimientos desorganizados, gritos y desvaríos que, según algunos de

los presentes, tenían mucho de obsceno.

Nunca más fue vista en público y poco se supo de ella hasta el momento del crimen. Solo su médico personal, el doctor Leónides Carranza; el Padre Santiago, cura de la Iglesia del Carmen; y sus familiares más allegados, estaban autorizados por el esposo a visitar a la enferma. Una telaraña de rumores y especulaciones se tejió alrededor de la pareja, pero nadie pudo anticipar tan horrendo desenlace.

Desde el momento en que la propia Lidia Leiva llamó a la policía para informar que acababa de asesinar a su esposo, el crimen se convirtió en el acontecimiento del siglo en Cabo Azules. La forma en que se produjo era, de por sí, espeluznante: el hombre había sido apuñaleado varias veces, le habían disparado en pleno rostro borrando sus facciones y, por si aquello fuera poco, su pene había sido cercenado. Además, el caso tenía una extraña confluencia de ingredientes que provocó una obsesión morbosa en el público: dinero, locura y un toque lascivo que escandalizó a los más conservadores y fascinó a los menos tradicionales.

El interés en el caso fue creciendo a medida que se conocieron los detalles de la investigación policial, que se filtraron y se propagaron como la pólvora, a pesar de los esfuerzos, tanto de la familia de la víctima, como la de la inculpada, para mantener a la prensa alejada del asunto. Se comentaba que Lidia Leiva había alegado que su esposo tenía tendencias perversas y que la obligaba a realizar prácticas sexuales poco convencionales. También se decía que ella había mostrado cortaduras, rasguños y moretones, supuestamente infligidos por su esposo, los cuales fueron fotografiados, como parte del protocolo policial estándar para los casos de violencia.

Un periodista de La Jornada mencionó en un artículo publicado dos días después del crimen, que la policía había confiscado el diario personal de Lidia Leiva. Según el autor, que aseguraba haber visto el diario con sus propios ojos, había páginas enteras dedicadas a resaltar la adoración que Lidia sentía por su esposo, mientras que en otras mencionaba sus múltiples infidelidades y aludía a las diversas formas en que desearía matarlo. También se insinuó que algunos personajes importantes de la alta sociedad de Cabo Azules aparecían nombrados en el diario, por su supuesta participación en asuntos turbios y espinosos, cuya naturaleza el periodista no mencionó. Nunca se supo a qué se refería, porque el diario desapareció de la oficina de evidencias de la estación central, pocos días después del crimen, y el periodista renunció alegando una mejor propuesta de trabajo en la capital. Del mismo modo, corrían rumores de que la policía había retirado de la escena del crimen una colección de objetos de propósitos oscuros, los cuales también desaparecieron de la estación sin dejar rastro. No se instruyó investigación alguna para esclarecer el asunto de la desaparición de las supuestas evidencias.

Mientras Lidia Leiva permanecía recluida en el Asilo de Enajenados, el doctor Carranza continuaba actuando como su médico personal. El afamado médico no estuvo a salvo de la avalancha de rumores y murmuraciones que crecían a medida que pasaban los días y más información se publicaba, a veces distorsionada, sobre el asesinato de Alcibíades Peñalver. Muchos se cuestionaban cómo era posible que Leónides Carranza, siendo el doctor de la asesina, no tuviera conocimiento, o al menos sospechas, de lo que ocurría entre las cuatro paredes del dormitorio de la pareja. Hubo incluso quien se atrevió a insinuar que el doctor pudiera estar involucrado de alguna manera en lo que se decía que allí ocurría. Pero se dijo más, algunos especularon con la teoría de que la extraña muerte de la esposa del renombrado doctor, que había ocurrido muchísimos años antes, podría ser un indicativo de ciertas tendencias raras de Leónides Carranza, poniendo al galeno en la mira del escándalo y a riesgo de arruinar su reputación. Para acabar de perjudicarlo, hubo hasta quien especuló con el supuesto de que el doctor pudiera haber tenido algún grado de participación en el asesinato de Alcibíades Peñalver.

Tantos fueron los comentarios que Carranza llegó a requerir de asesoramiento legal. El doctor en leyes Juan Infante, abogado defensor de Lidia Leiva, le sugirió que la mejor estrategia era hacer oídos sordos a los comentarios. No había ninguna evidencia que vinculara al doctor con la acusada, que no fuera una estricta relación profesional, lo cual podía ser probado en la corte, si fuera necesario. Todo lo demás no eran más que habladurías. Entonces el doctor decidió irle de frente al escándalo y testificar como perito de la defensa, a insistencia del mismo abogado. Nadie conocía a Lidia Leiva mejor que él.

Leónides Carranza se concentró en la tarea con ahínco. Delegó la mayoría de sus funciones públicas, le transfirió sus pacientes a la doctora Amalia Cisneros y al doctor Enrique Infante y trasladó su cargo de jefe del cuerpo médico del Asilo de Enajenados a su colega el doctor Morales.

La presencia de Lidia Leiva en el Asilo de Enajenados pasó inadvertida para el resto de las pacientes durante algún tiempo. Su celda estaba ubicada en el edificio administrativo, en el ala opuesta al pabellón de mujeres, aislada del resto de los enfermos. Se decía que, a petición de la familia, se le había permitido la compañía de su mascota favorita, un gato de angora blanco, y que la mujer encaneció de la noche a la mañana.

Durante una visita del abogado Juan Infante para discutir con su cliente la estrategia de la defensa, Lidia Leiva tuvo uno de sus aparatosos ataques nerviosos. A partir de aquel momento los episodios se repitieron casi a diario y hubo que trasladarla a la sala de mujeres. El aristocrático gato de angora pasó a ser la mascota de las locas. Dado su estatus de reclusa, Lidia tuvo que ser atada a su cama con correas de cuero. Solo se le permitía deambular por zonas restringidas, con un grillete, durante ciertas horas del día. Teniendo en cuenta el deterioro mental de Lidia Leiva y la proximidad del juicio, el doctor Morales prescribió sesiones de hidroterapia con duchas de contraste, que consistían en lanzar chorros de agua fría y caliente, de forma alterna, a la paciente inmovilizada. Los aullidos de la asesina rebotaban en las altas paredes del edificio del manicomio.

El influjo nocivo de Lidia Leiva parecía haber alcanzado al resto de las locas. Incluso las más tranquilas comenzaron a manifestarse de forma agresiva. El número de pacientes en camisa de fuerza se incrementó con rapidez en el pabellón de mujeres, durante aquel tiempo.

Una tarde, Lidia Leiva se apareció en el comedor, arrastrando su grillete, con su gato de angora muerto en los brazos. Ante la mirada estupefacta de las locas, tiró el cuerpo inerte del gato en el medio del salón. Tal fue la conmoción que se produjo, que hubo que pedir refuerzos de otros pabellones. Lidia Leiva estuvo encerrada en el cuarto de paredes acolchonadas por varios días, pero a medida que se acercaba el día del juicio su actitud cambió y volvió a convertirse en la mujer soberbia que solía ser, una transición inexplicable, según le comentó el doctor Carranza a la doctora Cisneros.

En vísperas de la vista oral, los periódicos de todo el país publicaron en primera plana y con grandes titulares, las noticias de la causa. Los reporteros se dieron a la caza de cualquier elemento escandaloso que pudieran encontrar. Y una copia del informe de la autopsia de Alcibíades Peñalver llegó a manos de un reportero criminal de La Jornada, quien lo publicó de manera íntegra. Muchos se horrorizaron al saber que no se había podido determinar si la amputación del pene del pobre hombre había ocurrido ante-mortem o post-mortem. También la prensa obtuvo el reporte inicial de la policía. Según lo descrito por los primeros agentes que arribaron a la escena del crimen, Alcibíades Peñalver yacía desnudo en la cama matrimonial, atado de pies y manos. Ni el dinero de las familias implicadas en el caso pudo detener el escándalo.

La preparación de la defensa de Lidia Leiva requirió tiempo y esfuerzo. El doctor Carranza y

el abogado Juan Infante analizaron las posibles estrategias y argumentos. Después de valorar las opciones legales, el abogado concluyó que lo más conveniente era alegar que Lidia Leiva había cometido el crimen en un estado de enajenación mental, por lo cual estaba exenta de responsabilidad penal. El doctor Carranza sería el encargado de aportar los elementos clínicos para sostener la teoría de la defensa.

La doctora Amalia Cisneros estaba preocupada por lo que acaecía en el pabellón de mujeres del Asilo de Enajenados. Cada día eran más los casos de agresiones y peleas entre las enfermas y parecía que un estado de ansiedad extrema se había apoderado de ellas. Alarmada por los acontecimientos, decidió intervenir y exigirle al doctor Carranza su pronta actuación. Consciente de la gravedad de la situación decidió visitarlo. Según Amalia le contó aquel día al doctor Carranza, la influencia de Lidia Leiva era nociva. Algunas enfermas giraban sin parar sobre su propio eje, incansables, otras corrían de un lado a otro, mientras que las más tranquilas, no cesaban de pegar gritos. La sala de mujeres del Asilo de Enajenados era un caos total.

—Debes tomar carta en el asunto Leónides, antes de que las cosas se tornen fuera de control. El juicio te está robando demasiado tiempo. Hay otros pacientes que requieren de tu intervención inmediata.

—Mi querida Amalia, el doctor Morales está a cargo y está haciendo lo posible por controlar la situación. El juicio no debe tomar mucho más tiempo. Mi prioridad en estos momentos es la defensa de Lidia Leiva. Es muy importante, de encontrarla culpable podrían pedir la pena capital.

—No creo que vayan a condenar a una mujer a la pena de muerte. Nunca se ha ejecutado a una mujer en Cabo Azules, de hecho, creo que no ha ocurrido en el país.

—No podemos correr el riesgo. En mi opinión, Lidia Leiva sufre de un trastorno histérico, cuyo epicentro psicológico se halla en el hecho de que su esposo la obligó a involucrarse en perversiones que rechazaba a nivel consciente e inconsciente. Entonces, el crimen se produjo en un momento de ruptura con la realidad. El instinto de conservación obligó a Lidia Leiva a ver la muerte de su esposo como única forma de sobrevivir. Con toda seguridad, Lidia no era consciente de sus actos en el momento del crimen.

—Lo lamentable del hecho es que ella también es una víctima. Lidia Leiva amaba a su esposo, es indiscutible y ya sabes lo que se dice de sus infidelidades. Yo creo que fue un crimen pasional. No hay nada más parecido al amor que la locura. El estado mental de Lidia Leiva es particular, no es comparable con el caso de Candelaria Ferrero, por ejemplo.

El doctor se levantó y se acercó a la ventana. Había comenzado a diluviar.

—Tiene que haber un factor común. Una raíz universal, profunda en el cerebro humano, de donde florecen lo mismo el amor y la bondad que la locura y la maldad. ¿De qué depende que se desarrolle una u otra tendencia? Y lo que es más interesante aún, ¿cómo se puede curar la locura? ¿Es posible eliminar la perversión y las desviaciones? La respuesta es evasiva... pero yo voy a encontrarla, no importa cuánto me cueste...

—Te preparo una taza de té.

Cuando Amalia regresó con la taza humeante, el doctor contemplaba ensimismado el torrente de agua enfangada que corría cuesta abajo.



Lidia Leiva. Fotografía utilizada en la prensa sensacionalista de la época a propósito del asesinato.

El camino del retorno

Antes de que los últimos acordes de la música incidental se extinguieran, Vida se levantó. Recogió el tapete que había estado tejiendo y lo contempló con tristeza. No había manera de que le saliera bien el punto vareta. Dejó el tejido en la cesta de mimbre y observó los sillones vacíos al lado de la mesa que sostenía el radio. Apagó el equipo y suspiró decepcionada. Las vicisitudes de Esmeralda, la protagonista de la radionovela, habían dejado de emocionarla.

— La verdad es que me importa un comino si se casa con Don Alberto o con el hermano. Menos mal que mañana es lunes y hay audiencia en la corte.

Vida estaba fascinada con el juicio de Lidia Leiva, como tantos otros que venían de todas partes para ser partícipes del sonado evento. Era tal la excitación que le producían las sesiones de la corte, que no se perdía una por nada del mundo. Por suerte, Sol y Estrella ya iban solas a la escuela, porque ella madrugaba para poder alcanzar un puesto en la sala de audiencias. No más colaba el café, le daba un beso a su esposo y a sus hijas y salía corriendo para hacer la fila de los curiosos de la corte. Cada sesión era más excitante que la anterior, a medida que se acercaba el momento del veredicto.

A veces se preguntaba si aquella irresistible atracción que sentía por el caso de Lidia Leiva no sería un recurso para compensar su soledad. Porque lo cierto era que cada día se sentía más sola. Sol y Estrella vivían en el impenetrable mundo de los adolescentes, Candelaria estaba internada de por vida en un manicomio, Basilio estaba felizmente casado y José luchaba por mantener a flote El Rincón del Minero. Socorro, su bastón, su complemento, su incondicional compañera, había desaparecido y ella no había podido reponerse de semejante pérdida. Pero fuera esta la razón o no, Vida no podía controlar la exaltación que le producía la historia del asesinato del famoso banquero a manos de su esposa. José no comprendía la fascinación de Vida por aquel repulsivo suceso. Había concluido que las mujeres eran seres absurdos y complicados y que su esposa no era la excepción de la regla.

El ambiente de la corte le resultaba a Vida deslumbrante: el aire de seguridad de los magistrados, la ansiedad de los reporteros, la excitación del público. Entre los asistentes se podían distinguir dos bandos bien definidos: los partidarios y los detractores de Lidia Leiva. Vida estaba indecisa. Si se dejaba guiar por las apariencias, había una clara contradicción entre el hecho criminal y la persona que lo cometió. Pero en este caso no valía aquello de inocente hasta que se pruebe culpable. Lidia Leiva era una asesina confesa. Lo que estaba en juego era la responsabilidad criminal de la acusada y con ello su destino.

Contrariamente a lo que pensaba su esposo, Vida no sentía simpatía por la inculpada. Le molestaba su arrogancia y aquel aparente distanciamiento de la realidad, que la hacía parecer como si estuviera por encima del resto de los mortales. No se inmutó con los testimonios de los que la conocían, ni a favor ni en contra, ni con los alegatos de los peritos. No mostró reacción alguna cuando se presentaron fotografías de la escena del crimen. Lidia Leiva era un enigma, y Vida se empeñaba en comprender la razón que la llevó a matar a la persona que más amaba. ¿Sería por traición o por celos?

Además de su curiosidad por las pasiones humanas, y su inexplicable atracción por la macabra

historia, Vida tenía otra poderosa razón para asistir al juicio de Lidia Leiva. Estaba convencida de que Bernardo Ordoñez, el escribano, iba a aparecer en la corte en cualquier momento. Y cuando eso ocurriera, ella lo iba a abordar y le exigiría noticias de Socorro. Desde que se fugaron juntos, ya hacía más de un año, no habían sabido de ella. Bernardo fue uno de los primeros reporteros en cubrir la noticia del crimen. Vida estaba segura de que, si algo podía traerlo de vuelta a Cabo Azules, era su vocación de periodista. Pero él no había aparecido ni un solo día en el juzgado. No obstante, ella tenía cifrada su esperanza en el día del veredicto.

La mañana en que se haría público el destino de Lidia Leiva, una multitud de espectadores se congregó en la entrada del edificio de la corte. Partidarios de Alcibíades Peñalver, la víctima, portaban carteles con letreros exigiendo la máxima sentencia para la acusada, mientras que los partidarios de Lidia Leiva llevaban un clavel blanco en la solapa.

Vida no había podido dormir la noche anterior. Necesitaba llegar a una conclusión antes del veredicto. Si no lograba tener su propia opinión, ¿de qué había valido escuchar tantos argumentos a favor y en contra de la acusada en todas las sesiones en la sala de audiencias? Aquel día llegó a la corte segura de saber de qué bando estaba la justicia. Había sopesado cada elemento y llegó a una conclusión. En las afueras de la corte una mujer joven que portaba un cartel que rezaba: “Seguidores de Lidia Leiva”, repartía claveles blancos. Le pidió uno y se lo enganchó en la solapa de su vestido malva.

Logró escurrirse entre la multitud que luchaba por abrirse paso hacia la sala de audiencias, pero cuando por fin logró entrar, se encontró con que estaba repleta. Se respiraba un ambiente tenso. A duras penas, logró acomodarse detrás de la barrera que separaba al público del área destinada a los invitados. Desde aquella posición podía observar directamente a la acusada. Lidia Leiva mantenía una actitud arrogante, que incluso pudiera interpretarse como un desafío. Buscó entre los periodistas, Bernardo Ordoñez no estaba. Con la entrada de los magistrados, la sala de justicia se sumió en una inquietante atmósfera de solemnidad. El juez anunció el veredicto.

— Inocente por causa de enajenación mental.

Vida reaccionó como si le hubieran pegado una descarga eléctrica.

—¿ Que Lidia Leiva estaba loca?

Eso era lo que había dicho el juez, en otras palabras. Pues no, no lo creía. Mucho se había hablado de la supuesta enfermedad mental de la acusada, pero Vida no admitía que aquella fuera la causa del asesinato. Para ella estaba claro. Lidia Leiva era una mujer enamorada que había sufrido muchísimo con los desatinos de su marido infiel y abusador, hasta que no pudo más y lo mató. Desde su punto de vista la pasión y los celos, poderosos, muy poderosos sentimientos, la llevaron a cometer el crimen. Esperaba una sentencia leve que considerara todas las atenuantes. Nunca creyó la historia de los ataques de nervios. Loca estaba su cuñada Candelaria, que se había bebido hasta el keroseno del quinqué. Y nunca le había cortado el pene a nadie.

La reacción del público fue inmediata. Los partidarios de la víctima, perplejos solo por algunos segundos, comenzaron a gritar histéricos, mientras que los simpatizantes de la acusada se abrazaban llorando, sin saber a ciencia cierta qué estaban celebrando. El grito de “¡justicia!” fue la chispa de ignición de la riña tumultuaria. A partir de aquel momento la sala de la corte se convirtió en un campo de batalla. Defensores y detractores de Lidia Leiva se enfrentaban, de forma tal que no se sabía de qué bando estaba cada cual, ni quién le pegaba a quién. La trifulca en el interior de la sala provocó que decenas de personas corrieran hacia la salida, en una estampida que generó pánico.

Vida se protegió detrás de la barrera de madera y allí, agazapada, pudo ver cómo los magistrados, la acusada y los invitados salían por la puerta trasera. Sin pensarlo dos veces y

aprovechando la confusión, corrió en aquella dirección. Fue entonces cuando sus miradas se cruzaron, solo por un segundo. Los ojos verdes de Lidia Leiva tenían la dureza del acero.

Por fin, Vida logró salir a la calle. Una vez que estuvo lejos de la sala de audiencias, disminuyó la velocidad de su paso, tratando de controlar los latidos de su corazón. Llegó hasta el extremo del paseo marítimo y se detuvo, por un momento, a contemplar las olas.

— Dios sabe la verdad; él se hará cargo de juzgarla.

Recorrió a pie el trayecto de regreso, ajena al tráfico y a los ruidos de la calle. Al llegar a la esquina de su casa, pensó que quizás debería comprar cinco girasoles para adornar la sala. Las flores siempre le levantaban el ánimo. Se disponía a dar la vuelta para buscar algún vendedor, cuando divisó a la mujer rubia sentada en los escalones de la entrada. Había bajado de peso y llevaba los rizos que una vez fueron su orgullo recogidos en un moño. A su lado reposaba una vieja maleta de cuero. Socorro estaba cabizbaja, envuelta en un chal que Vida reconoció de inmediato. Ella misma se lo había regalado el día que cumplió los dieciocho años. Corrió a abrazarla.

— Por amor de Dios, mi niña, ¿dónde has estado todo este tiempo?

Socorro rompió a llorar. Se deshizo del abrazo y se cubrió el rostro con las manos; su cuerpo se estremecía por los sollozos.

— Vamos, cálmate, seguro que no ha pasado nada que no tenga solución.

— Ay tía, si usted supiera...

— Me lo vas a contar todo. Entra y date un baño. ¡Cómo se van a poner de contentas las niñas cuando te vean!

— ¿Dónde está tía Candelaria? Toqué, pero nadie me abrió la puerta.

— Candelaria ya no vive con nosotros... Está muy enferma.

— No me diga eso tía, por favor...

De nuevo, Socorro rompió a llorar. Vida la abrazó y le acarició la cabeza. De pronto se vio a sí misma, siendo una niña, después de haber cometido un acto horrendo, bajo circunstancias de vida o muerte. La visión le produjo una sensación de asfixia. Por un momento se preguntó si en el veredicto de Lidia Leiva habría estado buscando su propia redención. O si en aquella muchacha triste a la que amaba, cuya historia reciente desconocía, veía su propio reflejo, antes de que el amor la salvara. Respiró profundo mientras apretaba a su sobrina contra su pecho.

— Ya te explicaré lo de Candelaria. Ahora entra y acomódate.

Socorro recogió la maleta, pero no se movió. Vida la agarró por el codo y la haló suavemente. Ella se dejó conducir con paso vacilante.

— Tía, no sé si mi padre y José quieren verme...

— Esta es tu casa, no va a pasar nada. Además, José demora en regresar y tu padre no viene hoy por aquí.

Vida abrió la puerta y guio hacia adentro a la joven, tomada de la mano. De pie, en el medio de la sala, Socorro contempló el entorno. Casi nada había cambiado: los mismos cuadros, los mismos muebles, el mismo olor familiar. Solo faltaba el helecho en una de las esquinas. Vida miró a su sobrina y un estremecimiento la sacudió. ¿Qué podía haber pasado para que tanta tristeza velara aquellos ojos una vez radiantes? Intuyó que la conversación que se aproximaba iba a ser larga y difícil. Decidió darle tiempo, no agobiarla con preguntas.

— Enseguida te preparo algo de comer, debes estar muerta de hambre... Hay frijoles y carne con papas... las niñas no deben tardar. ¡Qué bueno que estás aquí! Acomódate y date un baño. Después conversamos.

Vida se fue a la cocina y dejó sola a Socorro quien se dirigió a su cuarto, tambaleándose,

como si estuviera ebria. Apretaba tan fuerte el asa de la maleta, que sus nudillos se tornaron blancos. Abrió la puerta despacio, conteniendo la respiración. Las cosas estaban tal y como ella las había dejado. Solo faltaba en la pared el cuadro de su madre vestida de novia. Lo sacó de la maleta y lo colocó en el lugar donde siempre estuvo desde que se mudaron a Cabo Azules. Se sentó en la cama y rememoró lo ocurrido en el último año. Comenzó a temblar y se abrazó a sí misma. Tenía que hacer un esfuerzo o no iba a ser capaz de enfrentar a su padre. Llenó la bañera y se sumergió en el agua fresca, con los ojos cerrados. Se lavó el pelo y se restregó como si quisiera levantarse la piel. Estaba poniéndose la ropa limpia cuando escuchó las voces de las niñas. Sol y Estrella irrumpieron en la habitación sin tocar a la puerta y se abalanzaron sobre ella.

— ¡Cómo han crecido! ¡Qué lindas están!

Prometeo entró ladrando y se sumó a la confusión, dando muestras de afecto con una efusividad tal, que por poco Socorro pierde el equilibrio. Vida entró corriendo al cuarto y agarró al perro por el collar.

— Está bueno ya, denle tiempo a su prima a que se componga. Sol, saca al perro del cuarto, por favor. Estrella, ¿Eugenio viene hoy?

— Sí, mamá.

— Me avisas cuando llegue. ¿Se lavaron las manos?

Vida casi tuvo que empujar a las niñas para que salieran del cuarto. Socorro terminó de cepillarse el pelo y se sentó en la cama con la vista perdida.

— Acaba de salir a comer...

— No, tía. Prefiero hablar con usted. Tengo que decidir qué voy a hacer.

Vida se sentó a su lado en el borde de la cama.

— Dime mi niña, ¿qué te ha pasado? ¿Por qué nunca me escribiste?

— Creo que fue por vergüenza. A los pocos días de fugarme con Bernardo ya estaba arrepentida. Después fue por miedo.

— ¿Dónde está tu esposo?

— Supongo que en Juragüey.

Vida contempló a su sobrina. Se restregaba las manos constantemente y notó que tenía una erupción roja en la piel. Unos surcos oscuros, profundos, alrededor de los ojos ensombrecían su mirada y tenía los labios contraídos en un rictus de amargura. Reparó con horror en los moretones en los brazos de Socorro que no había notado antes. Entonces comprendió el porqué del chal que llevaba, a pesar del calor, cuando la encontró sentada en los escalones del portal.

— Socorro, no quiero pensar que Bernardo te haya maltratado... No sé qué harían tu padre o tu tío si saben que algo malo te ha pasado...

— Ellos no van a saber la verdad. Nunca. Lo que le voy a contar tía, va a quedar entre nosotras. Júremelo, por favor.

Vida se llevó los dedos índices de ambas manos a los labios, formando una cruz y los besó. El toque en la puerta interrumpió la conversación. Era Estrella.

— Mamá, Eugenio está aquí. Vamos a ir para el patio.

— Pónganse a estudiar los tres y por favor, no nos interrumpan a menos que sea por algo urgente.

Socorro había terminado de desenredarse el pelo y comenzó su relato en voz baja, en cuanto Estrella cerró la puerta.

— La culpa fue mía. Él me quería, pero yo no. O tal vez yo no sirvo como mujer...

— ¿Qué quieres decir?

— No tengo por qué mentirle, durante mucho tiempo traté de engañarme a mí misma y a estas

alturas las mentiras no tienen ningún sentido. Nunca estuve enamorada de Bernardo, fue un espejismo, o un acto de revancha contra mi padre. O ambas cosas. Lo cierto es que nunca fui buena como esposa. Me imagino que sepa a qué me refiero.

Vida le cogió las manos y la animó a continuar.

— Nuestra noche de bodas fue un desastre. Yo pensé que las cosas no salían bien porque yo estaba nerviosa. Le pedí que me diera un tiempo y él me lo dio. Cuando Bernardo comenzó a trabajar en el juzgado de Juragüey, poco tiempo después de llegar, nos mudamos a una casita. Él dormía en la sala. Me decía que yo no sabía lo que era el respeto al matrimonio, que él tenía sus derechos. Finalmente accedí a que durmiéramos juntos. Le juro que me esforcé, pero las cosas siguieron saliendo mal. Bernardo perdía la paciencia conmigo. Yo me acordaba de usted y trataba de tener la casa linda y buena comida... Bernardo decía que prefería vivir en una pocilga y tener una noche de pasión. Tía, yo nunca he sentido pasión. No sé qué debería sentir. Un día me dijo que no tenía ni la decencia de fingir para complacerlo. ¿Cómo se puede fingir algo que no se conoce? Así sobrevivimos los primeros meses, discutiendo todo el tiempo. Luego Bernardo pareció perder el interés en mí. Llegaba tarde por las noches y casi no me hablaba. Yo estaba aliviada, pensaba que con el tiempo se resignaría a que tenía una mujer fría, pues no fue así...

— Socorro, no es tu culpa...

— Déjeme terminar, tía. No sé bien cuánto tiempo pasó, de repente Bernardo comenzó de nuevo a buscarme. Fue muy raro, un día se apareció con un ramo de flores y me rogó que lo amara. Esa noche lloró tía, como un niño... Me dio mucha pena. Me habló de irnos a la capital y de poner un negocio de redacción de cartas de amor. Hice todo lo posible, pero Bernardo quería algo que yo no podía darle. Soy un fracaso de mujer y él no pudo tolerarlo. Entonces comenzaron los problemas graves. Me insultaba, no me daba dinero, me humillaba. Las cosas fueron cada vez peor hasta que ocurrió algo terrible...

Socorro hizo una pausa. Tenía la cabeza gacha y los hombros hundidos. Vida le levantó la barbilla, la atrajo hacia sí y la abrazó. La joven continuó en un susurro.

— Fue hace dos noches. En cuanto llegó noté que había bebido. Ese día yo había cocinado un guiso de maíz... Usted sabe que me quedan buenos. Pues solo porque el guiso no estaba caliente Bernardo comenzó a gritar y a llamarme inútil y otros insultos que usted no puede imaginarse. Me dijo que yo era frígida, que se le había acabado la paciencia y que él me iba a demostrar lo que era un hombre de verdad... Entonces...

Socorro estalló en sollozos.

— Por el amor de Dios, cuéntame qué pasó.

Socorro se abrió la blusa y se bajó el sujetador. Vida se tapó la boca en un gesto de horror y no pudo contener las lágrimas de rabia. Los senos de Socorro mostraban huellas de mordidas y los pezones estaban inflamados.

— No puede imaginarse las cosas que me hizo tía...

— Tu padre lo va a matar... Tú lo sabes; y si no lo hace él, lo hago yo...

— Por favor tía, no diga nada, no haga nada. Él no va a venir a buscarme, bastante daño ya he hecho... La culpa fue mía...

— ¡No digas ni una vez más que la culpa fue tuya! ¡No lo fue! No tenía ningún derecho a abusar de ti de esa manera.

Socorro se acurrucó en los brazos de su tía. Ella le acarició la cabeza y la arrulló. Le prometió que nadie más en el mundo iba a lastimarla. Con su familia estaba a salvo. Luego pasaron unos minutos en silencio.

— También es mi culpa lo de la tía Candelaria, si me hubiera quedado a cuidarla no le habría

pasado nada. ¿Dónde la tienen tía?

— No es el momento para hablar de eso.

— Cuéntemelo, se lo ruego.

Con mucho esfuerzo Vida le relató cómo Candelaria había vuelto a beber sin control y cómo, no teniendo suficiente bebida, acabó por beberse el alcohol del reverbero y hasta el keroseno del quinqué, la noche de la tormenta. Le explicó cómo había estado al borde de la muerte, y cómo sobrevivió. No les quedó otra opción que internarla.

— Pobre tía Candelaria, si no me hubiera ido quizás ella se hubiera salvado.

— No te culpes Socorro. Era su destino. Esto es lo que nos ha tocado. Descansa un rato. José no va a tardar y estoy segura de que irá a buscar a tu padre en cuanto se entere de tu regreso. Es mejor que les des la cara hoy. A partir de mañana podrás empezar de nuevo... Eres joven...

— Yo estoy muerta por dentro, tía.

— No digas eso, hasta las cosas más difíciles se superan. Solo hay que confiar en el poder del tiempo y no perder la fe.

Socorro se tendió en la cama bocarriba, mirando al techo. Vida fue a abrir la puerta para salir, pero se detuvo.

— Solo una pregunta más, mi niña.

— Pregunte lo que quiera tía.

— Siempre pensé que Bernardo regresaría con el alboroto del juicio de Lidia Leiva, ¿por qué no vino?

— Porque le tiene más miedo a mi padre que a la muerte. Es un cobarde, por eso estoy segura de que no va a venir a buscarme.

Vida miró a su sobrina con compasión. Era una joven-vieja, una muerta-viva, el espectro de la muchacha alegre de ojos azules y rizos dorados que una vez fue. Demasiado había ocurrido en tan poco tiempo; se preguntó si habría remedio para tanto sufrimiento temprano. Tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

— Ponte una blusa de mangas largas cuando vayas a hablar con tu padre.

Cerró la puerta y la dejó a solas con sus pensamientos.

José regresó a su casa a la misma hora de siempre. Desde que entró se dio cuenta de que algo había ocurrido. Vida lo recibía siempre con una taza de café recién colado. No había olor a café. Tampoco oyó el sonido familiar de la radionovela. Encontró a su esposa en la cocina, meditabunda, sentada en el taburete de madera.

— Socorro regresó.

— ¿Cómo que regresó? ¿Y dónde está su marido?

— Lo dejó. José, Socorro se queda.

— Por supuesto, nadie la va a botar a la calle, solo que primero nos debe una explicación, a todos y, sobre todo, a su padre y a Angélica. ¿Dónde está?

— En su cuarto, descansando.

— Voy a buscar a Basilio.

Sin ningún entusiasmo Vida preparó la comida. El arroz se le pegó a la cazuela y las frituras se le quemaron, pero ni Sol ni Estrella pronunciaron una palabra al respecto. Vida les pidió que se fueran a su cuarto temprano. Iban a tener una reunión familiar, solo los mayores. Ninguna de las dos niñas protestó. Ella se dio un baño y se dispuso a enfrentar a su cuñado, e incluso a su propio esposo, si fuera necesario. No iba a permitir que Socorro saliera más dañada.

Basilio llegó con su hermano. Al entrar, tumbó la maceta de la areca del portal y luego tropezó con la mesa de centro de la sala. El búcaro saltó, como impulsado por una fuerza misteriosa y se

estrelló contra el piso. Nadie se inmutó. Socorro esperaba a su padre sentada en el sofá. Con el vestido de mangas largas aparentaba ser mayor. Vida estaba sentada a su lado. Basilio encendió un cigarrillo y se dirigió a la joven, con el rostro contraído por la ira.

— Ante todo sepa que, aunque me ha faltado el respeto de una forma imperdonable, usted es mi hija y yo soy un hombre. Dígame si hay alguna razón por la que yo tenga que salir a buscar a ese desgraciado.

— No papá, no pasó nada... El matrimonio no funcionó.

— Debía haberlo pensado mejor cuando se fue sin dar explicaciones.

— Lo sé y les pido perdón, a usted y a mis tíos. También quiero pedirle perdón a Angélica, personalmente. Ella no se merecía lo que le hice.

— El matrimonio es algo serio. Hay que tener razones de peso para romperlo.

— Las tengo y también tenía mis razones para irme.

— ¿Y cuáles eran esas razones, si se puede saber? A usted no se le podía tratar mejor en esta casa.

— Fue por lo de mi madre.

Basilio se acercó a Socorro hasta que sus rostros quedaron solo a unos pocos centímetros uno del otro. Vida retrocedió instintivamente. Socorro no se movió.

— Usted nunca podrá entender lo que le ocurrió a su madre.

— Ni usted lo que me ocurre a mí.

José trató de interponerse entre Basilio y su hija.

— No te preocupes, mi hermano, es mi hija. Te agradezco que la recibas y a ti también, Vida.

Dio media vuelta y salió sin despedirse. José salió detrás de él y Vida comenzó a recoger los vidrios del búcaro roto del suelo.

— Tienes que darle tiempo, no ha sido fácil por lo que él ha pasado.

— Yo también necesito tiempo. Le agradecería que me hiciera un favor, tía. Usted conoce bien a la doctora Cisneros. Pídale que me recomiende. Quiero trabajar en el Asilo de Enajenados.



Socorro Ferrero. Fotografía de 1944, poco antes de huir con Bernardo Ordoñez.

Afonía

El sonido rítmico, impertinente, retumbaba en el pequeño cuarto de reconocimiento. Candelaria Ferrero, sentada en la camilla, apretaba el crucifijo de madera entre las manos y golpeaba con los pies la mesa de aluminio que tenía enfrente.

— Tranquila, tía, que la doctora la va a reconocer.

— A las tres de la mañana, Maximiliano me dijo que ella tenía un cuchillo y yo no podía dormir porque me estaba vigilando. Quiere el perfume.

— Nadie le va a hacer daño tía, no se preocupe — dijo Socorro mientras la ayudaba a ponerse una bata blanca — . Doctora, ya está lista.

Amalia se acercó a la paciente y le dirigió una sonrisa.

— Cuéntame la historia del perfume.

— Es mi olor en un frasco, es muy valioso. Me lo quiere robar... No me deja sola. Maximiliano está siempre con ella. Es un frasco azul...

Amalia terminó de auscultar a Candelaria y luego le tomó la presión.

— Todo está bien

La doctora le dio un apretón de manos y unas palmadas en la espalda a la enferma.

— El resultado del examen físico es normal. Prepara el reporte. El doctor Carranza quiere todos los detalles. Incluye el peso y la altura.

Desde que Socorro comenzó a trabajar en la sala de mujeres del Asilo de Enajenados, muchas cosas habían cambiado para ella. Al principio se ocupaba de las faenas más duras en la lavandería y la cocina, hasta que se presentó su gran oportunidad y ella supo aprovecharla. Era disciplinada, eficiente y se dedicaba al trabajo como si su vida dependiera de eso. Aquellas cualidades no pasaron inadvertidas para la doctora Cisneros, quien además había notado cómo le brillaban los ojos cuando trabajaba. La doctora le propuso que la ayudara en las consultas y Socorro no la defraudó. Comenzó organizando las historias clínicas y reponiendo los suministros médicos. Poco a poco sus tareas fueron ganando en responsabilidad: tomaba notas, elaboraba reportes y se encargaba de la asepsia del instrumental de reconocimiento y curaciones. Se esforzó por aprender, y tanto estudió, que llegó a convertirse en una experta asistente. Estaba considerando seriamente estudiar enfermería.

Cuando Leónides Carranza decidió comenzar el experimento con las terapias de choque, no dudó de que Socorro sería la ayudante perfecta. Además de su probada eficiencia, el doctor tenía otro argumento para seleccionarla por encima de otras aspirantes, incluso de mayor experiencia. Había concluido que Candelaria Ferrero reunía los mejores parámetros para someterse a un tratamiento de choque con insulina y Socorro ejercería una influencia positiva sobre ella. Desde la llegada de su sobrina a la institución, Candelaria se había vuelto más dócil y esto era conveniente para el procedimiento, pues el paciente debía cooperar. Al doctor Carranza le fascinaba el caso de Candelaria Ferrero. Presentaba un cuadro clínico rico en delirios y alucinaciones y la tendencia creciente a la paranoia le resultaba intrigante. Su buen estado físico era un elemento adicional que la afirmaba como la primera candidata.

El novedoso procedimiento consistía en la administración de elevadas dosis de la hormona

insulina, capaces de inducir fuertes convulsiones en el paciente y llevarlo a un estado de coma. La reacción del organismo se producía debido a la disminución brusca de los niveles en sangre de la glucosa, uno de los nutrientes esenciales. El paciente debía permanecer en aquel estado durante el tiempo suficiente para, supuestamente, redirigir la actividad cerebral. Luego se administraba una solución de glucosa, con lo cual se lograba, en la mayoría de los casos, la recuperación paulatina. Una vez fuera del coma, el enfermo debería experimentar una mejoría en su estado mental. O al menos eso era lo que se esperaba.

El día del decisivo evento para la comunidad científica de Cabo Azules, Amalia llegó temprano y fue directo a la sala de cirugía menor, que había sido preparada para el procedimiento. La noche anterior había estado leyendo acerca de los novedosos métodos de choque, en una edición especial de la *Revista Médica Iberoamericana*, dedicada por completo a los avances en la psiquiatría. Era, sin dudas, un suceso sin precedentes en la región. Amalia sacó su cuaderno y se dispuso a tomar notas.

Observó con atención el entorno. En el medio de la habitación se había dispuesto una cama con barrotes; a la izquierda, una mesa auxiliar con el instrumental médico; y en frente, varias filas de asientos para los espectadores. Entre los invitados, no solo estaban los miembros del cuerpo médico y algunos miembros de la asociación de enfermeras, sino personalidades de la sociedad civil, que no entendían nada de medicina, pero no querían perderse el evento. Amalia se sentó en la parte reservada a los médicos. En el momento en que una enfermera comenzaba a preparar la inyección de insulina, Amalia vio entrar al doctor Enrique Infante. Hizo un movimiento con la mano para llamar su atención y él se abrió paso entre los concurrentes. Ocupó un asiento a su lado.

Candelaria Ferrero apareció acompañada de Socorro. Llevaba una túnica de algodón crudo hasta los tobillos, que le daba un aspecto espectral. La paciente se dejaba llevar de la mano de su sobrina. No ofreció resistencia para subir a la cama, ni manifestó oposición alguna cuando le ataron las manos y los pies, sin embargo, cuando vio entrar al doctor Carranza las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro desencajado.

— Maximiliano Ferreira quiere matarme — le susurró a Socorro.

— No, no quieren matarla, tía. Es por su bien. Yo estoy aquí y no me voy hasta que se despierte.

Le acarició las manos y le dio un beso en la frente. Luego se retiró y se ubicó detrás de la mesa, en una posición desde donde podía observar el procedimiento. El doctor le ordenó que anotara cada detalle de la reacción de Candelaria. Luego, con el movimiento sutil de quien dirige una orquesta, dio inicio al procedimiento.

La enfermera inyectó la solución de insulina en el hombro izquierdo de Candelaria. En unos instantes Candelaria Ferrero tensó el cuerpo y cerró los ojos. La enfermera le colocó el protector bucal, para evitar que se mordiera la lengua e introdujo con habilidad la sonda nasogástrica mediante la cual se administraría la salvadora solución de glucosa. De repente, la paciente comenzó a experimentar violentas convulsiones. Una enfermera le sujetaba la cabeza y otra las piernas, a la altura de las rodillas, para evitar que se golpeará, dado lo violento de las sacudidas. Socorro observaba y escribía en un cuaderno de tapa gris, con los labios apretados y el ceño fruncido. Pasado algún tiempo, que a Amalia le pareció una eternidad, el doctor ordenó la administración de la solución de glucosa. Un silencio expectante reinaba en la sala. Transcurrieron algunos minutos; entonces el cuerpo de la enferma se relajó. Poco después abrió los ojos y viró la cabeza, al parecer buscando a su sobrina. El doctor tomó los signos vitales y dio por concluida la sesión. Socorro se acercó a la camilla a atender a su tía, le secó el sudor del

rostro y le arregló el pelo y la ropa con cuidado. Minutos después, Candelaria era trasladada a una habitación privada, donde permanecería hasta la culminación del tratamiento. Según el protocolo diseñado por el doctor Carranza, se aplicarían sesiones alternas por dos o tres semanas, en dependencia de la evolución de la paciente.

Amalia comentó con el doctor Infante sus impresiones y decidió abordar de inmediato al doctor Carranza. Tuvo que esperar a que se despejara la sala para exponerle su punto de vista.

— Leónides, ha sido una experiencia impactante... Aunque me parece que Candelaria está sufriendo mucho, no sabría qué esperar...

— *Primum non nocere*, mi querida Amalia, no lo he olvidado. Considero que si sopesamos los riesgos y los beneficios, el peso se lo llevan los beneficios.

Amalia se disponía a expresar su opinión cuando vio al doctor Infante correr hacia ellos. Se sorprendió de verlo tan agitado, pues ya minutos antes se habían despedido. Presintió que era portador de alguna mala noticia.

— Disculpen la interrupción, es una emergencia... Vamos Amalia, Juan nos está esperando afuera, Doña Paula está muy mal.

Amalia se despidió del doctor Carranza y siguió a su amigo con un nudo en la garganta y el corazón acelerado. Era consciente de que su madre estaba muy enferma. Desde hacía varios años, Doña Paula había comenzado a presentar problemas renales, que se habían ido complicando con el transcurso del tiempo. Aquella tarde, el doctor Enrique Infante, quien había estado a cargo del caso, les habló claro a las hermanas Cisneros. Debían esperar lo peor. Amalia decidió que dejaría de trabajar para asistir y acompañar a su madre en sus últimos momentos.

La mañana siguiente del inicio del tratamiento con insulina, la doctora visitó a Candelaria y le practicó un reconocimiento profundo. No observó cambios en su estado físico y los signos vitales eran normales. Candelaria estaba pálida, por lo demás, parecía estar relajada. Amalia le pidió a Socorro que la mantuviera informada de la evolución de la paciente y se despidió. El doctor Infante se haría cargo de todos sus casos hasta que ella regresara.

Amalia se consagró por entero al cuidado de su madre. Pasaba los días observando el más mínimo cambio en el estado de la enferma y tratando de aliviarle el sufrimiento de la enfermedad terminal. Una tarde, Doña Paula salió del sopor en que se encontraba y pareció sonreír. Amalia le pidió a Alma que le preparara un jugo de naranjas a la enferma, y se dispuso a ponerle compresas frías en la frente para aliviarle la fiebre. Entonces Doña Paula habló por primera vez en muchos años.

— Hija...

Amalia dejó caer el recipiente que contenía el hielo. La voz de su madre ronca y susurrante, le era desconocida.

— Eugenio... Padre... Tabaco.

La anciana se había incorporado levemente y respiraba agitada, la vista fija en su hija con los ojos opacos. Amalia llamó a gritos a sus hermanas, quienes rodearon la cama de la enferma, ansiosas, pero la anciana se había sumido de nuevo en un estado de inconsciencia del cual no se recuperó. Doña Paula falleció al amanecer del día siguiente.

El velorio se celebró en la funeraria Hernández y de la Cueva, la mejor del pueblo. El féretro se expuso en la sala del segundo piso, la más grande, que estaba abarrotada. Grupos de personas se amontonaban incluso en las escaleras, el vestíbulo central y hasta en la calle. Además de las coronas de flores enviadas por la familia y los amigos, que ya no tenían donde acomodarse, se recibieron arreglos florales de la Asociación Médica de Cooperación en Emergencias y Desastres, la Escuela del Hogar y hasta del mismísimo alcalde.

En medio de la conmoción del suceso, y a pesar de la pena y del revuelo del velorio, Amalia no podía dejar de pensar en las únicas palabras que Doña Paula pronunciara en tantísimos años. Razonaba que el extraño suceso no había sido más que el resultado del delirio que precedió a la muerte, simplemente incoherencias. Pero las palabras le martillaban la cabeza: “Eugenio, padre, tabaco”. ¿Tendrían aquellas tres palabras algún sentido?

La tarde después del entierro, Amalia entró al cuarto de su madre. Sabía que no estaba preparada para ordenar sus pertenencias y mucho menos para deshacerse de ellas. No obstante, necesitaba buscar respuestas. Tenía la intuición de que ella había querido transmitirle algún mensaje importante, en sus últimos minutos de conciencia. Abrió la puerta del escaparate de caoba y se topó con algunos de sus objetos personales más queridos: un abanico chino, los álbumes de fotos de la familia y la vieja caja de bombones donde guardaba sus tesoros. Amalia se sentó en la cama y abrió la caja con curiosidad. Encontró las huellas de los más grandes amores de su madre: mechones de pelo de los cuatro nietos, envueltos en papel de china, con el nombre y la fecha de nacimiento de cada uno, un pañuelo de encaje de Alma, un manojito de postales que Amalia le envió en la época en que estudiaba medicina en la capital, un broche de Amada, muestras de bordados hechas por Almira, un camafeo colgado de una cinta negra que le regaló Amparo un día de su cumpleaños y su anillo de casada. En el fondo, envuelto en un pañuelo de seda y atado con una cinta azul, halló la petaca de tabaco de su padre. Salió de la habitación, corrió a su cuarto y cerró la puerta con llave.

Con las manos temblorosas, Amalia abrió la petaca. Todavía contenía picadura de tabaco, que había perdido el aroma, y papel para cigarrillos, que se deshizo entre sus dedos. Hurgó y hurgó, pero no encontró nada más. Acarició distraída el cuero de la petaca y suspiró. Cuando se disponía a regresar a contarle a Alma que, por un momento, había considerado que las últimas palabras de su madre podían tener un significado, su dedo índice tropezó con el borde superior de la petaca y se deslizó entre dos paneles de cuero. El bolsillo oculto era apenas perceptible. Adentro encontró la carta. Estaba fechada en mayo de 1936, más de diez años atrás.

Para Amalia. Por favor, leer después de mi muerte.

Mi niña chiquita, mi bonita:

Creo que me voy a morir pronto. Tal vez sea por el desastre del ras de mar que me siento tan desolada. Me da pena verte sola con un hijo, no obstante, confío en que Dios te protegerá para que puedas criarlo y soportar la responsabilidad de esta familia. Aunque Alma se ocupa de todo, tú eres quien nos sostienes. Quién lo iba a decir, la más pequeñita y la diferente. Sabes lo mucho que te quiero, aunque no te lo diga. Qué más quisiera yo que poder decírtelo, pero no puedo hablar. No es que no quiera, no puedo. Por las noches, cuando estoy sola, rezo bajito, y cuando me levanto y me enfrento a ustedes, las palabras se niegan a salir. ¿Cómo podría hablarles con la pena que llevo dentro? Es por eso que te escribo, porque no quiero llevarme este secreto a la tumba. Cuando me muera, haz lo que consideres correcto.

El día 17 de enero de 1914 murió tu padre. Se pegó un tiro. Nadie pensó que Manuel Cisneros fuera hombre de quitarse la vida. Lo cierto es que nunca llegas a conocer por completo a una persona, ni siquiera si duerme contigo durante años y años y te ha hecho hijos. Nunca imaginé, ni por un segundo, que mi esposo fuera capaz de hacer lo que hizo.

Poco antes de su muerte, tuvimos una larga conversación y él me confesó algo terrible que había hecho, años atrás. No soportaba el peso de la culpa. Ay hijita, no sé ni cómo decirlo: tu hermano Eugenio no murió de muerte natural. Tu padre lo mató.

Me imagino la cara de asombro que debes tener en estos momentos. Lo más probable es que no lo creas, pero te voy a contar lo que ocurrió. Eugenio estaba muy enfermo. Tuvo una extraña enfermedad que lo hizo envejecer antes que nosotros, sus propios padres. Manuel me dijo que al final de sus días ya no quería vivir. Sufría mucho. Quizás recuerdes, aunque eras muy pequeña, que Eugenio creció y murió en la tabaquería. Según tu padre, aquel día Eugenio estaba desesperado, tenía la piel ampollada y cualquier intento de aliviarlo le producía un dolor insoportable. Casi no podía respirar. Manuel me dijo que él mismo lo pidió. Le dijo que lo ayudara a terminar con tanto sufrimiento. Tu padre le puso la almohada en la cara y apretó fuerte. Fue el fin.

El día que me contó cómo había matado a su propio hijo, odié a Manuel. Le perdí la admiración y el respeto. Lo dejé de amar. Me quitó a mi hijo, dos veces. Primero, cuando se lo llevó a la tabaquería, por vergüenza, porque era distinto, y luego me lo mató. No era su derecho matar a un ser inocente. Según él, fue por misericordia. Se tomó el derecho que solo tiene Dios.

Yo le había llevado una taza de café y él estaba leyendo el periódico. Me dijo que teníamos que hablar y me lo contó todo. Por primera vez en mi vida le grité, lo ofendí, incluso le pegué. Luego le dije que nunca más me dirigiera la palabra. Me escondí en la cocina a llorar. Al poco rato escuché el disparo.

Han pasado muchos años y creo que me voy a morir. Quiero que lo sepas. Yo no he perdonado a Manuel Cisneros.

Ahora cargas tú con el peso del secreto. Es tuyo. Haz con él lo que quieras.

Te quiero mucho mi muñequita,

Tu mamá,

Paula.

Amalia releyó la carta varias veces. Por más que trataba digerir las palabras, la verdad que

revelaban le resultaba incompresible. Sentada en la comadrita del cuarto, se balanceaba rítmicamente, tratando de analizar sus atropellados pensamientos. Después de pensarlo mucho, prendió una vela y acercó el papel plegado a la llama. Contempló sobrecogida, como se convertía en cenizas el secreto de la mudez de su madre, la muerte de su hermano y el suicidio de su padre. Todavía con las manos temblorosas, decidió que de inmediato regresaría a trabajar.

El día que la doctora Amalia Cisneros entró a la sala de mujeres del Asilo de Enajenados, después de varias semanas de ausencia, lo primero que notó fue el silencio. El sol mañanero del caliente verano de Cabo Azules inundaba la sala, y el silencio pesaba, casi podía tocarse. Escuchó a alguien toser, algún que otro murmullo y el sonido de quien arrastra una silla, pero no parecían sonidos reales. Fue directo a la habitación de Candelaria.

Socorro estaba con ella, como cada día durante el tiempo que había durado el tratamiento. La paciente había recibido un total de diez sesiones de terapia con insulina, y aunque Amalia había estado al tanto de su evolución, necesitaba hacerle un exhaustivo examen físico. Primero leyó el reporte final del doctor Leónides Carranza. Según lo expuesto por él, el método de choque con insulina había sido un éxito ya que la paciente había experimentado una sustancial mejoría: las ideas delirantes habían disminuido, la ansiedad se había controlado hasta un nivel que no afectaba la funcionalidad de la enferma, y no mostraba señales de autoagresión.

Amalia examinó a Candelaria. Observó los cardenales y las magulladuras en los brazos y las piernas, probablemente debido a los golpes durante las convulsiones, las laceraciones en la boca y la lengua.

— Doctora, llora mucho y pasa horas enteras con la vista fija en aquella pared. Y me dijo que se había vuelto invisible — dijo Socorro mientras acariciaba las manos de la enferma.

La doctora Cisneros no tenía entrenamiento en psiquiatría, sin embargo, conocía bien a Candelaria Ferrero. Por eso sabía que no había mejorado, sino mutado. Antes expresaba su sufrimiento interior con síntomas aparatosos. Ahora estaba enclaustrada dentro de su propia anatomía. Sabía que la ahogaba la tristeza, y era presa de una angustia que no podía exteriorizar.

“Quizás someterla a este tratamiento no fue la mejor decisión” pensó Amalia, “pero ¿cuál es la mejor forma de liberar a un enfermo de su agonía?”.



Autopsia, principios del Siglo XX. De la colección de fotografías de la doctora Amalia Cisneros.

Adiciones y substracciones

La doctora dejó el instrumental de reconocimiento sobre la bandeja cromada y observó a la mujer que, con un movimiento brusco, rechazaba la ayuda que Socorro le brindaba para levantarse de la camilla.

—Usted está embarazada.

Lidia Leiva le dirigió a la doctora una mirada incrédula, luego sonrió por lo bajo y elevó la barbilla. Estiró la falda de su uniforme de interna y volteó la cabeza en otra dirección.

Aquella mañana muy temprano la jefa de enfermeras había enviado un auto a recoger a Amalia, pues debía ir con urgencia al Asilo de Enajenados. Como no era su día de consultas, pensó que quizás Candelaria se había complicado; después del tratamiento con insulina su salud era delicada, pero le extrañó que Socorro no le hubiera avisado ella misma.

La jefa de las enfermeras la esperaba a la entrada de la puerta principal. Le dijo que el asunto era urgente y grave. Lidia Leiva había sido remitida para observación el día anterior por causa de vómitos y mareos. También había tenido un dolor intenso en el bajo vientre. La Junta Directiva exigía un reporte de inmediato. Se temía que, a pesar de las medidas tomadas para proteger su integridad física, alguien hubiera querido atentar contra su vida. Toda la información referente al caso era confidencial. Aún revoloteaban algunos periodistas alrededor del asilo buscando noticias sobre la famosa asesina.

Mientras se lavaba las manos, Amalia se preguntaba qué dirían los miembros de la Junta Directiva cuando supieran del diagnóstico. Sin dudas los tomaría por sorpresa, a ella misma le había resultado extraño. Aunque los embarazos eran comunes entre las pacientes psiquiátricas, sobre todo en las recluidas en las salas de mínima seguridad, el caso de Lidia Leiva era diferente. Permanecía aislada y solo salía al patio una hora al día acompañada de una cuidadora. Alguien iba a tener que explicar lo sucedido ante la Junta Directiva y temía que su amigo Leónides Carranza se vería en problemas. Se secó las manos y miró de frente a la paciente.

—Usted comprende que tengo que reportar su estado.

—No puedo tener hijos. Estuve casada durante muchos años y nunca salí embarazada.

—Estoy segura, tiene entre doce y quince semanas de embarazo.

Con movimientos felinos, Lidia Leiva se acercó a la doctora y trató de agarrarla del brazo, pero Socorro se interpuso entre ellas.

—Si estoy embarazada, sáquemelo.

Amalia ignoró el comentario, y llamó a la cuidadora para que la llevara a su habitación. Mientras Socorro recogía el instrumental para esterilizarlo, Amalia se preguntaba cuántas cosas estarían ocurriendo en el Asilo de Enajenados de las que ella no estaba enterada. Puso una nota en la historia clínica y le dijo a Socorro que si había alguna novedad no dejara de avisarle. Debía redactar el reporte en la mayor brevedad, pero primero tenía algo que hacer.

El auto la esperaba para llevarla a su casa, y ella le dijo al chofer que la dejara en la oficina del doctor Carranza. Esperó inquieta a que el doctor terminara con un paciente e irrumpió en el consultorio sin dar tiempo a que la anunciaran. De pie, frente al notable doctor, con el cuerpo rígido y las manos apoyadas en el buró Amalia disparó las palabras sin darle tiempo ni para los

buenos días.

—Lidia Leiva está grávida de tres meses; estoy segura. Nunca me lo hubiera imaginado. No tengo la menor idea de quién pueda ser el padre, ni sé cómo lo van a explicar. Esto va a ser un gran problema Leónides.

El doctor Carranza cerró la historia clínica donde había estado documentando el diagnóstico y tratamiento del paciente que recién había atendido. De repente, se levantó y en el acto vertió el tintero sobre los documentos que tenía encima del escritorio. No pareció importarle.

—¡El psicoterapeuta!

Amalia, estupefacta, le dirigió una mirada inquisitiva. Entonces el doctor Carranza le contó que hacía aproximadamente medio año, un catedrático de la Escuela de Psicoanálisis de la capital había pedido autorización a la dirección del hospital para evaluar a Lidia Leiva. Según él, estaba interesado en la aplicación de técnicas de hipnosis en sujetos que perpetraron crímenes violentos, para esclarecer sucesos traumáticos ocurridos en la niñez, que pudieran estar suprimidos. Presentó una carta de recomendación de la Sociedad Nacional de Psicoanálisis y se le autorizó entrevistar a la paciente. Estuvo unos tres meses reuniéndose con Lidia Leiva.

—Pues el profesor hizo algo más que una profunda evaluación psicoanalítica. Debes estar preparado, Leónides, este es un asunto complicado que puede traer consecuencias administrativas y tú eres su doctor. Debo informar al director de inmediato, yo hice el diagnóstico. También creo que deberías avisarle a Juan Infante.

Amalia se sentó sin saber qué estaba esperando. De repente se sentía agotada. Observó al doctor Carranza moverse con pasos largos de un lado a otro del consultorio. Por algunos minutos, ninguno de los dos habló. Finalmente, el doctor se detuvo y se secó el sudor de la frente con un pañuelo de hilo que sacó del bolsillo del pantalón.

—Creo que va a rodar más de una cabeza en la Junta Directiva. Es indispensable demandar discreción para evitar un escándalo. Yo llamo al director, tú ocúpate del reporte. Amalia, sé que está de más decírtelo, Lidia Leiva requiere de una atención esmerada durante el embarazo. Tenemos que evitar problemas mayores.

Pero Lidia Leiva estaba buscando complicaciones de forma consciente y voluntaria. Considerando que había presentado dolor abdominal y sangramiento vaginal, la doctora Cisneros le había ordenado reposo absoluto y ella se negaba a permanecer acostada. Tuvo que ser trasladada a una celda bajo estricta supervisión. No obstante sus intenciones de malograrlo, el embarazo llegó a término. Lidia Leiva no presentó crisis convulsivas durante el período de gravidez.

Una tarde de febrero, fría como pocas, tras diez horas de trabajo de parto, nació un varón sano, de siete libras y cuatro onzas de peso. El parto hubiera transcurrido sin complicaciones, de no haber sido por la falta de cooperación de la mujer y la obvia repulsión que mostraba hacia las personas que la rodeaban e intentaban ayudarla.

Según las normas del Asilo de Enajenados, los hijos de las pacientes eran entregados a la Casa de Misericordia el mismo día que venían al mundo, después de que las madres los alimentaran la primera vez. Aquel único contacto entre la madre y su hijo era considerado un acto de humanidad. Cuando Socorro intentó poner el niño en los brazos de Lidia Leiva, ella lo rechazó con desprecio. Amalia ordenó entonces que llevaran al recién nacido a la sala contigua, donde una madre de leche se encargaría de alimentarlo. En el último momento, Lidia Leiva cambió de opinión y pidió amamantar a su hijo. Amalia accedió y Socorro le colocó al bebé en los brazos. Con calma, la mujer introdujo el pezón en la boca de la criatura, quien comenzó a succionar con avidez. Luego apretó la cabeza del bebé contra su pecho. La doctora Cisneros reaccionó

rápidamente.

—¡Cuidado, lo va a sofocar!

Socorro se abalanzó sobre ella, pero Lidia Leiva se negaba a liberar al niño. Al ver que el forcejeo no daba resultados y sin pensarlo dos veces, Socorro clavó sus dientes en el brazo de la mujer. Al sentir el grito y la flacidez de los brazos, Socorro aprovechó para arrebatarse el bebé. En ese instante dos cuidadoras entraron y sujetaron a Lidia Leiva, impidiéndole levantarse de la camilla. Amalia observó alarmada el color oscuro de la tez del niño y procedió a atenderlo. Solo cuando escuchó el llanto del recién nacido, dio las instrucciones.

—Socorro, observa al niño, asegúrate de que esté bien —luego se dirigió a la cuidadora—. Ha tratado de matar a su hijo, restrínjala. Voy a informar a la dirección.

Lidia Leiva, con el pelo revuelto, el rostro enrojecido y la respiración entrecortada, comenzó a vociferar, dirigiéndose a la doctora. Muy a su pesar, Amalia se quedó inmóvil al escuchar las palabras alteradas de la mujer. Socorro, con el bebé en brazos, también se detuvo, de espaldas a la recién parida.

— Lo hubiera matado igual que maté a mi marido, con placer. No me arrepiento de lo que hice. Maldito bastardo.

— Llévensela.

Las cuidadoras se llevaron a rastras a la mujer que continuaba profiriendo oprobios dirigidos al recién nacido. Socorro acunaba al bebé en sus brazos tratando de controlar su respiración agitada.

— Doctora, voy a quedarme con él hasta mañana. Quiero estar segura de que lo alimenten y de que esté bien. Temprano lo llevo a la Casa de Misericordia.

— Buena idea, gracias.

La doctora Amalia se quedó sola. Se asomó a la ventana y se cubrió el rostro con las manos, solo por unos segundos. Después se quedó quieta, contemplando las pocas estrellas que podía observar entre los barrotes. Sintió lástima por los habitantes de Cabo Azules, por los pacientes que no fueron atendidos durante el juicio de la asesina, y por sí misma. Lidia Leiva se había burlado de todos, de los magistrados y los policías, de los doctores y los abogados. Debería estar en la cárcel y no en una institución médica, pero ya no había remedio. Se dispuso a completar la historia clínica con las instrucciones de postparto e hizo una llamada telefónica para informar acerca del incidente. Después le dijo a la enfermera de turno que se iba a casa. Pidió que le avisaran si la paciente presentaba alguna complicación.

A las tres de la madrugada la madre de leche alimentó al bebé por última vez. Socorro la despidió y salió al balcón a coger un poco de aire. En un rato saldría para la Casa de Misericordia, quería llegar antes de la misa matutina. Entonces fue cuando escuchó la conversación de dos cuidadoras que fumaban en el patio central.

— Dicen que lo quiso matar. Qué pena que no lo logró, no puede ser más que un engendro del diablo venido de semejante vientre.

— Ese se muere pronto, siempre hay alguien dispuesto a librar al mundo de los enviados de Satanás.

Sin pensarlo dos veces, Socorro entró corriendo a la habitación, sacó al bebé de la cuna, lo cubrió con una manta y recogió su bolso. Abandonó el edificio por la puerta trasera.

Al llegar a su casa abrió la puerta con cuidado, entró y cerró, tratando de no hacer ruido. El pasillo de la casa estaba levemente iluminado por la luz del foco de la calle. En el reloj de pie pudo ver que eran poco antes de las cuatro. El bebé jermiqueó y Socorro se detuvo con el corazón golpeándole el pecho.

— Shhh, tranquilo —dijo en un susurro, acunando al bebé en sus brazos.

De pronto, la luz del pasillo se encendió y se topó de frente con Vida, que había salido envuelta en su bata de dormir.

—¡ Socorro! ¿Qué haces aquí con un bebé?

— Tía, lo quieren matar.

—¡ Qué! ¿A quién quieren matar? ¿Hay que llamar a la policía? Voy a despertar a José... ¿Alguien te viene siguiendo?

— Tía, por favor, cálmese, no es lo que usted piensa... No hable alto que va a despertar a mi tío y no sé qué le voy a decir... No corremos peligro... Tengo un asunto importante que hablar con usted.

— Socorro, espero que no estés metida en problemas...

— Se lo juro, tía, déjeme explicarle...

— Mira, mejor vamos para el comedor, acomodamos al bebé y me dices. En cualquier momento da un berrinche y va a despertar a todo el mundo en esta casa.

Vida entró a su cuarto, agarró su almohada y unas sábanas limpias. José dijo algo entre sueños y se viró para el otro lado. En puntas de pie, Vida salió del cuarto y se dirigió de prisa al comedor, donde preparó una especie de camita encima de la mesa. Examinó a su sobrina mientras colocaba al bebé. Con el vestido gris y los zapatos de cordones que usaba para trabajar parecía tener más de veintitrés años que recién había cumplido. Notó cuánto se parecía a Candelaria. Socorro acomodó al bebé, se estiró y se quejó de dolor de espaldas. Vida se acercó a la mesa a contemplar al recién nacido que dormía apaciblemente.

—¡ Qué belleza! Míralo, ¡qué rosadito! Déjame mirarle las manitos y los pies. Es perfecto y, mira, tiene una marca de sangre en el cuello.

—¡ Ay Dios! ¿Qué es eso? ¿Le habrá hecho daño esa degenerada?

Al ver los movimientos nerviosos de Socorro, Vida se apresuró a responder.

— Tranquila, es una mancha de nacimiento. Recuerdo que la hija de mi vecina allá en Juragüey tenía una en la cara, y su madre decía que era la marca del pico de la cigüeña que la había traído de París.

Socorro sonrió y arropó al bebé, contemplándolo embelesada.

—¿ Por qué lo trajiste a la casa y qué historia es esa de que lo quisieron matar? ¿Quién es “esa degenerada”?

— Lidia Leiva es la madre.

Vida se tapó la boca y abrió los ojos desmesuradamente.

—¿ Y quién es el padre?

— Nadie lo sabe, es un secreto.

Sin dejar de contemplar al pequeño, Socorro le contó a su tía cómo Lidia Leiva había querido asfixiar a su hijo y cómo ella lo había salvado, gracias a una mordida que le dio por puro instinto. También le mencionó los comentarios de las cuidadoras que había escuchado por casualidad.

— Tengo miedo de que lo maten.

Vida escuchaba la historia con la boca abierta.

— No te preocupes, eso no sucederá. Cuando lo entregues en la Casa de Misericordia, nadie sabrá quién es. Allá llegan niños todos los días, lo sabes mejor que yo. Las monjas lo van a criar hasta que pueda coger su propio camino, o quizás tenga suerte y alguna familia lo adopte.

— Tía, yo no quiero entregar al niño... Me quiero quedar con él.

Por un instante Vida tuvo un pensamiento que la acercó al borde del pánico. ¿Y si el parecido entre Socorro y Candelaria no fuera solo en lo físico? Desechó de inmediato la idea nociva.

—¿ Por qué te quieres quedar con él? Eres joven, puedes tener tus propios hijos. Y si quieres uno que no sea tuyo, ¿por qué precisamente el hijo de Lidia Leiva?

Socorro no respondió de inmediato. Durante algunos minutos acarició, abstraída, la espalda del bebé. Cuando habló, tenía lágrimas en los ojos.

— Siento que hay una conexión entre este bebé y yo. Algo ocurrió en el momento que se lo arranqué a ella de los brazos, algo profundo. Luego, cuando lo estaban alimentando, no podía dejar de mirarlo. Sentí lástima por él y una emoción muy fuerte. Fue un sentimiento de protección, algo dulce. Conmigo nada malo le sucederá. Quizás Dios me está dando una nueva oportunidad.

— Entonces hay algo más que yo no sé.

Socorro respiró profundo y comenzó a hablar sin levantar la vista.

— Cuando regresé no le conté todo lo que me ocurrió. A los seis meses de casada, salí embarazada. Yo no estaba contenta. No quería un hijo de Bernardo; no quería ser madre. Al final me resigné; yo misma había estropeado mi vida, pero no amaba al ser que estaba creciendo dentro de mí. Ya se me empezaba a notar la pancita, y así, sin avisar, perdí a la criatura. Estaba en la cocina y sentí calambres en las piernas, de pronto comencé a sangrar. Fue rápido. El médico dijo que lo había expulsado todo. Primero sentí alivio, había deseado tanto que no naciera... Después algo cambió, estaba desesperada, como si hubiera perdido una parte importante de mí. Me pasé días sin querer levantarme, no comía, no tenía deseos de nada, ni de bañarme. Bernardo, en vez de comprender mi tristeza, se ponía furioso. Desde que perdí a mi hijo, me sentí vacía, muerta, y nunca más dejé que Bernardo me tocara. Hasta que pasó lo que usted sabe.

— Ante todo, debiste habérmelo contado y, segundo, el hecho de que no aceptaras a tu marido en tu cama, tampoco le daba derecho a abusar de ti. Hubiera podido dejarte o...

Socorro la interrumpió y, por primera vez durante toda la conversación, la miró a los ojos.

— Tía, ya eso es pasado. Bernardo está fuera de mi vida, y yo estoy sola. No me voy a volver a casar, eso ya está decidido. Hace tiempo siento que me falta algo, pero no sabía qué era. Ayer, cuando Lidia Leiva trató de matar a su hijo y yo lo salvé, sentí que Dios me estaba dando la oportunidad de recuperar al hijo que perdí por falta de amor.

Vida se levantó y contempló al bebé. Luego se acercó a su sobrina, le pasó el brazo por la cintura y la abrazó.

— Mi niña, las cosas que se sienten no necesitan explicación. Tus sentimientos son importantes, solo que la realidad es diferente. No te puedes quedar con el bebé, así como así. Ve y entrégalo a la Casa de Misericordia. Después hablamos de cómo podrías adoptarlo. Creo que lo debemos consultar con la doctora Cisneros, ella te puede recomendar con el abogado, Juan Infante. Él te podría ayudar con los trámites legales. También tenemos que escuchar la opinión de José. Si vas a adoptar un niño y lo piensas traer a esta casa, él debe dar la autorización. No te preocupes, no creo que se niegue. Te quiere como a una hija y le encantan los niños. Y si hay algún problema, yo me encargo de convencerlo. Por tu padre no tienes que preocuparte, eres mayor de edad e independiente. Un hijo es algo muy grande, Socorro, hay que pensarlo muy bien. Lo discutimos más tarde. Ahora vete. Está amaneciendo y es hora de entregar al niño.

— Los trámites pueden tomar tiempo. ¿Y si me dan otro? ¿Si no puedo reconocerlo?

— Recuerda la fecha de hoy y la marca del pico de la cigüeña.

Socorro recogió al bebé y lo arrulló, cantándole una canción de cuna al oído.

— Se va a llamar Alberto, como aquel personaje de la radionovela. Alberto José Ferrero.

Socorro besó a su tía en la mejilla y juntas se dirigieron a la sala. Cuando la joven con el bebé en brazos se disponía a salir, se detuvo y, con expresión de súplica, se dirigió a su tía.

— Necesito que me jure por sus hijos muertos, que nunca nadie va a saber que el niño que yo

adopté era el hijo de Lidia Leiva.

— Te juro que por mi boca nadie se va a enterar.

Socorro salió y Vida cerró la puerta. Recogió las sábanas de encima de la mesa del comedor y las puso en el cesto de la ropa sucia. Entonces fue cuando escuchó en la lejanía el llanto de un recién nacido. Agarró su almohada y se dirigió al cuarto. Se metió en la cama lentamente y se pegó al cuerpo de su esposo. José se volteó y ella le dio un beso.

—¿ No te pareció oír que lloraba un bebé?

— No, mi amor, debió haber sido un sueño.



Niños de Cabo Azules.
Fotografías de la colección de Amalia Cisneros. 1920-1925.

Amores tempranos

El aroma era tan intenso que enmascaraba el olor del café. Mientras Basilio bebía ensimismado la segunda taza, vio cómo su cuñada plantaba delante de él la olla repleta de guayabas lavadas.

— Pélalas y córtalas a la mitad. Separa las más grandes para hacer cascos, y deja las más chiquitas o las que estén un poco averiadas para hacer mermelada. Ahí tienes para rato, así esperas a José. La reunión de los masones debe terminar a las seis.

Vida reparó en los profundos surcos de la frente, los ojos enrojecidos y las ojeras, como cavidades, de su cuñado. De repente tuvo el fastidioso pensamiento de que Basilio no era feliz. Él se levantó, agarró un cuchillo de encima de la meseta y se dispuso a cumplir su tarea.

— ¿Qué le pasa a Estrella? La vi en el portal y me pareció que estaba disgustada.

— Últimamente es como si a mis hijas les hubieran cambiado las cabezas... Estrella está así porque no la dejé ir al parque.

— ¿Y por qué no la dejaste ir? ¿No iba Sol también? Seguro se iban a reunir con Eugenio y sus primos.

— Sol no quiso ir y si no van juntas, no va ninguna de las dos. Ellas lo saben. Pues a Estrella le dio una pataleta. Quisiera que hubieras visto con la rabia que miraba a la hermana. Le dijo que era una egoísta y que se creía mejor que nadie. Y Sol, que siempre ha sido tan bravucona, toda mansa, sentada en el piso con un libro en las piernas. Ni siquiera levantó la vista. A Estrella la castigué por bocona y a Sol por dejarse gritar por su hermana.

Vida observó los movimientos monótonos de Basilio y las frutas pulposas abiertas a la mitad.

— Vida, tus hijas se están convirtiendo en mujeres y no quieres admitirlo. ¿Cuántos años van a cumplir? ¿Dieciocho? Es una edad peligrosa, acuérdate de lo que pasamos con Socorro.

— Por eso mismo tengo que mantenerlas bajo control. Y hablando de Socorro, ya tiene decidido ir a casa de la doctora Cisneros para tratar el asunto de la adopción.

Basilio soltó el cuchillo. Recogió en silencio las frutas que había pelado y las puso en una fuente de cristal que Vida había colocado al lado de la olla. Recogió las cáscaras y las depositó en el cesto de la basura.

— Ya sabes mi opinión al respecto.

— Sí, pero ella está decidida y eso hay que respetarlo. Es mayor de edad.

Basilio había dejado clara su posición el día que discutieron el tema en familia. La reunión se había producido a petición de Socorro, aunque Vida pensaba que era demasiado pronto para hacer pública tan monumental decisión. Consideraba que era importante que razonara con la mente fría, sin dejarse llevar por las emociones. Pero Socorro estaba resuelta y había insistido en anunciar su deseo de ser madre.

Días antes de la reunión familiar, Vida había conversado con José y le había planteado el asunto. Él estuvo de acuerdo. Si un niño hacía feliz a Socorro, él no pondría reparos. Solo pedía que ella discutiera el asunto con su padre y Angélica. Entonces, y como siempre que se avecinaba un acontecimiento importante en la familia, Vida preparó un almuerzo dominical: cocinó quimbombó con carne de puerco y bolas de plátano.

Aquel domingo Basilio y Angélica llegaron temprano, todavía ajenos a la noticia que se avecinaba. Socorro fue más efusiva con su padre que de costumbre y eludió dar la menor pista sobre el propósito de la reunión, hasta que todos estuvieron juntos en la sala. Esperó a que se acomodaran y se paró en el centro, como quien va a pronunciar un discurso. Llevaba un vestido blanco, unas *ballerinas* de minúsculos cuadros rojos y blancos y el pelo suelto. Vida pensó que sin el atuendo gris que usaba para trabajar, parecía una niña atrapada en un cuerpo de mujer.

Socorro pidió silencio, recorrió con la vista a los presentes, respiró profundo y dio la noticia mirando a su padre de frente.

— Voy a ser madre.

Basilio palideció y comenzó a balbucear. Angélica le apretó la mano, como señal de que no interrumpiera a su hija. Socorro continuó con una sonrisa.

— He decidido adoptar un bebé.

Angélica se llevó las manos a la cara en un gesto de asombro y luego sonrió. Sol y Estrella se miraron confundidas y luego comenzaron a reír de forma nerviosa. Basilio se puso de pie y se acercó a su hija.

— No entiendo de qué estás hablando. Eres divorciada.

— No necesito estar casada para adoptar, papá. Solo necesito tener solvencia económica y ser una persona decente. Mis tíos me van a dar una referencia, si la necesitara.

— Angélica y yo estamos buscando... Si adoptas un niño sería mayor que tu hermano.

Vida intervino, convencida de que aquella era la causa del rostro demacrado de Basilio.

—¿ Angélica está embarazada?

— No, todavía.

Vida volvió a su asiento desconcertada. Socorro exhaló hasta que sus pulmones se quedaron vacíos y su cuerpo se dobló ligeramente hacia delante. Contempló a la esposa de su padre, tan joven, quien, nerviosa, trataba de acomodar la falda de su vestido largo sobre sus tres piernas. Sintió pena por ella y también por su madre. Ambas se habían enamorado de un hombre que no pensaba más que en sí mismo. Cuando se dirigió a su padre su voz tenía una nota de rabia.

— Yo he decidido adoptar un hijo. Usted puede tener todos los que quiera.

Basilio se levantó y se enfrentó a su hija.

— Pues yo no estoy de acuerdo, no sería sangre de los Ferrero.

Socorro se acercó a su padre con los ojos brillantes, y las manos en su vientre. Sus palabras sonaron como un desafío.

— Le juro por la memoria de mi madre que voy a amar y a cuidar a ese niño como si fuera mío. No creo que le deba ninguna otra explicación.

José se levantó y fue hacia la ventana. Prendió un cigarrillo y le pidió a Vida que fuera a hacer una colada de café.

— No te molestes, Vida. Nosotros ya nos vamos — dijo Basilio, agarrando del brazo a su esposa.

— Pero, ¿me van a dejar con el almuerzo preparado?

— Otro día, Vida. Gracias.

Durante unos segundos todos los presentes parecieron haber quedado atrapados en el medio de una acción que no sabían cómo concluir. Basilio de pie, al lado de su hermano, intentaba halar a su esposa. Angélica se resistía mientras apretaba las manos sobre su pecho, como si sintiera dolor, y José contemplaba la escena con el cigarrillo entre sus labios. Sol y Estrella se miraban una a la otra con expresión alhelada. Vida estaba de pie, al lado de Socorro, y la sostenía, como si la joven se fuera a caer.

Angélica fue la primera en reaccionar. Se levantó, agarró su bolso, se dirigió a Socorro y le dio un abrazo.

— Felicidades. Ojalá yo pueda darte pronto la misma noticia.

Basilio se dirigió a la puerta y puso la mano en el picaporte.

— Angélica, nos vamos ya.

Entonces fue cuando Estrella hizo la pregunta que rompió la tensión del momento.

—¿ Hembra o varón?

— Varón.

Sol y Estrella comenzaron a brincar, dando gritos de alegría. Vida abrazó a su sobrina, que reía con los ojos llenos de lágrimas y José, aún con el cigarrillo en la boca, cerró la puerta detrás de su hermano y fue también a felicitar a Socorro. Vida pensó que todos hubieran reaccionado de la misma manera si en vez de varón, hubiera dicho hembra.

Sol y Estrella comenzaron a bombardear a su prima con preguntas: ¿cómo se va a llamar?, ¿cuándo lo traen?, ¿cuándo vamos a comprar la canastilla?, ¿lo podemos sacar a pasear? Vida tuvo que intervenir.

— Niñas, ya está bueno, que la van a volver loca. Vayan a poner la mesa. Socorro, vamos a terminar el almuerzo.

Vida se dirigió a la cocina y con movimientos rápidos comenzó a destapar las ollas.

— Corta los tomates, es lo único que falta.

Socorro la tomó por el brazo y le dio un abrazo, con los ojos llenos de lágrimas.

— Gracias, tía.

— De nada mi niña. Lo único que queremos es que seas feliz. Y por tu padre no te preocupes, ya sabes cómo es.

— Creo que me considera un fracaso. No está orgulloso de mí.

— Nosotros sí lo estamos. Tienes un corazón muy grande. No luches más con él. Algún día comprenderá. Y está bueno ya de lagrimitas, caramba. Vamos a celebrar.

Durante el almuerzo, Socorro les contó que el niño se llamaría Alberto José. Alberto, por su personaje favorito de la radionovela, y José, por su tío. Estrella sugirió que se llamara José Alberto, en vez de Alberto José. Le parecía más sonoro. Sol movía el quimbombó de un lado a otro del plato, sin llevarse el tenedor a la boca. Cuando Socorro le preguntó su opinión, dijo que no sabía, que al final era lo mismo. A Vida le llamó la atención que Sol no diera un criterio. José dijo estar orgulloso de que el hijo de su sobrina llevara su nombre. Al final, la mayoría estuvo de acuerdo en que José Alberto era el nombre adecuado.

Luego Socorro les comentó que le pediría una recomendación a la doctora Cisneros para que el doctor Infante la ayudara con el caso. Él como abogado no se encargaba de casos de adopción, pero Vida le aseguró que no había de qué preocuparse. Durante la conversación, Vida notó que Estrella estaba eufórica y que casi no había probado la comida. Con el cubierto suspendido en el aire, lanzó una idea que los sorprendió. Propuso poner un almanaque en el comedor y cada día, quien primero se levantara, debía marcar con una cruz la fecha del día corriente, para simbolizar que quedaría un día menos para la llegada de José Alberto. Todos estuvieron de acuerdo con el recurso de contar los días. Vida se quedó pensativa. Aquella era una idea que parecía salida de la cabeza de Sol, no de la de Estrella. ¿Qué les estaba pasando a sus hijas?

El almanaque tenía seis cruces el día que Vida y Socorro fueron a casa de la doctora Cisneros a discutir el asunto de la adopción. Vida contempló su imagen en el espejo. Era un día importante. El vestido morado obispo le quedaba un poco ajustado, pero no lucía mal. Fue al cuarto de Socorro a preguntarle si quería ponerse sus aretes de perlas, y la encontró sentada en la cama,

contemplando la fotografía de su madre en traje de novia. Se había puesto un vestido negro y los zapatos de cordones de trabajar. Llevaba el cabello en una trenza que luego había enrollado en el centro de su cabeza. Le dijo a su tía que no quería ponerse aretes.

— Muchacha, si parece que vas a un funeral...

— Yo me siento bien así, tía. Voy a ser madre. Me gusta el aspecto que tengo, es respetable.

Nuevamente un pensamiento oscuro atravesó la mente de Vida. Pensó que mientras más rápido Socorro tuviera al bebé, mejor sería. Se sentó a su lado en la cama.

— Antes de ir a hablar con la doctora Cisneros, tenemos que ponernos de acuerdo. Yo juré por mis hijos muertos, pero ese juramento tiene excepciones.

— No, por favor, usted misma me enseñó que son sagrados.

— Mantengo mi palabra, solo que a la doctora Cisneros hay que decirle la verdad y al abogado también. Sabes que no es un bebé cualquiera el que quieres. Hay que hablar claro con ellos y sopesar las posibles consecuencias.

A regañadientes, Socorro accedió. Se dirigieron juntas a la cocina. Vida preparó una bolsa con dos potes de mermelada de guayaba y le dio otra a Socorro para que pusiera la vasija de cristal que contenía los cascos de guayaba destinados a la familia Cisneros. Cuando se disponían a salir, Estrella las abordó.

— Mamá, déjame ir con ustedes.

— No, Estrella. Lo más probable es que nos demoremos. Basilio y Angélica quizás pasen por aquí más tarde. Quédate con tu hermana acompañando a tu padre.

Vida notó algo inusual en el rostro de Estrella.

— ¿Qué cosa es eso? ¿Te pintaste los ojos?

— Mamá, déjeme ir, por favor.

— Te dije que no, y lávate la cara.

De pronto, Sol apareció detrás de su hermana. Venía corriendo.

— Déjenos ir mamá, por favor. A papá no le molesta quedarse solo, pregúnteselo. Así vemos a Eugenio y a los primos.

— Hummm... No le dije a la doctora que ustedes irían, no me gustan las visitas sin anunciar, pero bueno, está bien. Les doy quince minutos para que estén listas, si no, se quedan.

Vida y Socorro se sentaron en la sala y en mucho menos de lo esperado las gemelas salieron, listas para la visita. Vida escudriñó el rostro de Estrella, quien había tenido a bien lavarse la cara. Se había puesto una falda ancha de guinga roja y una blusa blanca con mangas de globo rematada con puntilla. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, que amarró con un lazo rojo, había dejado varios mechones sueltos que le enmarcaban el rostro. Sol se había puesto un mono azul, de tirantes, con el dobladillo de las patas remangadas, y unos zapatos planos. Se había dejado el cabello suelto, partido a la mitad, que le llegaba por debajo de la cintura.

Vida no pudo dejar de pensar en la belleza de sus hijas. Eran gemelas idénticas, pero no podían ser más diferentes. Ya hacía mucho tiempo que no aceptaban que las vistieran iguales, como cuando eran pequeñas, Estrella siempre de rosado y Sol de azul. Basilio tenía razón. Ya no eran niñas.

— Bueno, vamos. A ver si volvemos a tener niños en la familia.

En casa de las Cisneros, Alma recibió a la comitiva con muestras de afecto. No se cansó de elogiar a las gemelas y se sorprendió de que Socorro ya fuera una mujer hecha y derecha. Llamó a gritos a Eugenio y a Manuel. Miguel y Antonio, los hijos de Amparo, estaban en las clases de música. Al parecer, ambos eran talentosos y tocaban varios instrumentos. Les dijo a Sol y a Estrella que fueran directo para el patio, allí de seguro iban a encontrar a los muchachos. Luego

guió a Vida y a Socorro hacia la saleta.

— Amalia viene enseguida. Les voy a colar un poquito de café.

En apenas unos minutos la doctora Cisneros llegó, las saludó con mucho afecto y se sentó en el sillón de mimbre frente a las dos mujeres.

— Díganme, en qué puedo ayudarlas.

Socorro le dirigió a su tía una mirada suplicante.

— Socorro quiere adoptar un niño, un bebé, y quisiéramos saber si nos puede recomendar con el señor Infante para que la ayude con los trámites legales.

— Por supuesto. Te felicito Socorro. Hay tantos niños necesitados de amor, pero estoy sorprendida, eres muy joven para tomar semejante decisión. Me imagino que lo hayas pensado bien, porque adoptar un hijo es un acto irreversible.

— Doctora, estoy segura. Quiero un hijo ahora y es que..., bueno..., quizás mi tía le pueda explicar mejor...

Vida se arregló la falda, y puso la cartera en la silla de al lado. Estuvo silenciosa por unos segundos y luego miró a la doctora.

— Socorro quiere adoptar al hijo de Lidia Leiva.

Amalia miró a Socorro con expresión de asombro, sin decir nada.

— Le estamos revelando un secreto que juré guardar, pero no podemos mentirle. Ni a usted, ni al abogado.

Alma tocó discretamente a la puerta, dejó sobre la mesa de centro la bandeja con las tazas humeantes y se retiró. Durante un tiempo ninguna de las tres mujeres pronunció palabra. Vida y Amalia saboreaban el café. Socorro no probó el suyo.

— Me imagino que tu decisión tenga que ver con el incidente que presenciamos. Fuiste muy valiente, Socorro. Creo que no necesitas explicarme. Coincido con ustedes en que a Juan hay que decirle la verdad. Tengo entendido que a la familia de Lidia Leiva se le notificó del embarazo y del nacimiento del niño y no mostraron intención alguna en reclamarlo. De todas formas, Juan se los confirmará.

— Eso ya es un alivio, pero yo tengo otra preocupación doctora — dijo Vida.

— Pregunte lo que quiera, de más está decirle que esta conversación es privada.

— Es que lo que hizo Lidia Leiva fue tan horrendo... ¿Usted cree que pueda ser alguna especie de tara familiar?

— No hay antecedentes de eventos violentos como asesinatos o suicidios en la familia de Lidia Leiva. Además, pienso que la maldad no se hereda. Un hijo es un milagro y una caja de sorpresas. Ya sea natural o adoptado. No creo que haya elementos que apunten a una tara familiar. Si la decisión está tomada, mañana mismo hablo con Juan para que comiencen los trámites.

Socorro se levantó como un resorte, se agachó delante de la doctora y puso sus dos manos sobre las de la mujer. Las agarró, se las llevó al pecho:

— Usted me ha salvado la vida.

— Eres una persona muy especial, Socorro. Levántate. Vamos a ver a mis hermanas y a los muchachos.

Desde la entrada del comedor se podía observar el patio interior. Los helechos, las buganvillas y los marpacíficos eran frondosos. Vida vio a Sol, sentada en un cantero, entre las flores, dibujando figuras en la tierra con una rama. A su lado, Manuel intentaba armar un viejo radio. No vio a Estrella, ni a Eugenio. Durante unos minutos se entretuvo conversando con las hermanas Cisneros. No quería ser desatenta, pero una visita demasiado larga era inapropiada, así que fue a buscar a sus hijas, mientras Socorro continuaba hablando de su maternidad adoptiva.

Salió al pasillo y se encontró de pronto con Estrella, que venía corriendo. Tenía el rostro encendido por el rubor y una sonrisa contenida. Detrás apareció Eugenio.

—¿ Y ustedes de dónde vienen?

Eugenio se paró delante de Estrella y se dirigió a Vida.

— Fuimos a buscar un libro, al despacho...

—¿ Y dónde está el libro? — le preguntó Vida a Eugenio, mientras escudriñaba el rostro de su hija.

— Eh... Lo dejamos. A Estrella no le gustó.

De pronto el rostro de Eugenio cambió y se cubrió de una seriedad que le daba una apariencia de persona mayor.

— Vida, ¿puedo visitarla mañana? Quiero hablar con usted de un asunto serio.

— Pues me parece que sí, que tenemos que hablar, Eugenio. Te espero mañana a las cuatro.

Socorro, Sol y Amalia se unieron al grupo. La despedida tomó todavía algunos minutos. Ya en la calle, Sol y Estrella se adelantaron. Vida caminaba despacio y Socorro, que en su exaltación mantenía un paso más rápido, se detuvo a esperarla.

—¿ Qué le pasa tía? ¿No está contenta?

— Claro que lo estoy, por fin vas a adoptar a tu niño. Tenía mis sospechas, pero ya sé lo que le pasa a Estrella..., es Eugenio.

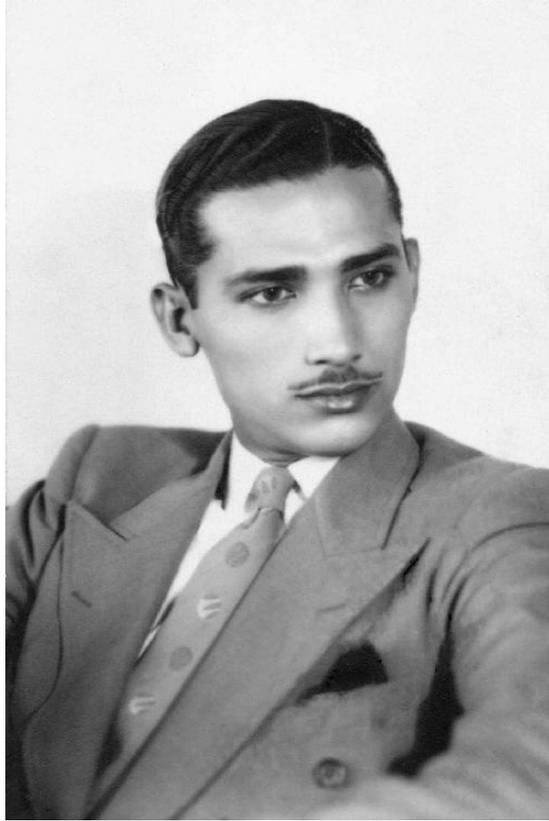
— Si le voy a ser sincera, yo también me lo imaginaba. Desde que eran unos niños han estado pegados, como si tuvieran imán.

— Mañana va a la casa, ya no están para jueguitos. No creo que Eugenio me defraude. En cuanto a Sol, no puedo imaginar lo que le está pasando. Desde hace varias semanas está retraída, callada.

Socorro se detuvo de pronto y se llevó ambas manos a la cara. Con la boca abierta contemplaba a su tía.

—¿ Y ahora a ti qué te pasa?

— Ay Dios santo, ¿cómo pude olvidarlo? Tía, creo que yo sé lo que le pasa a Sol. Me va a tener que perdonar, yo con lo de José Alberto estoy en otro mundo. Ahora me siento más serena y con la mente clara, y me acordé de algo. Yo estuve presente cuando ocurrió lo que quizás ha cambiado a Sol.



Eugenio Infante. Fotografía de 1948.

Calidoscopio

Según Socorro, ella agarró el cuchillo y corrió hacia la sala cuando escuchó el grito. Cuando llegó, el hombre alto estaba en el pasillo, parado frente a Sol, quien descalza, con el pelo chorreando agua y una toalla enredada alrededor del cuerpo desnudo, lo miraba con fiereza. Al ver llegar a Socorro armada con el cuchillo, el hombre puso los brazos en alto y comenzó a balbucear.

—Entré porque pensé que alguien corría peligro... La puerta estaba sin llave... Oí a la joven gritando “auxilio” ...

—¡Yo no grité “auxilio”, grité “Socorro”!

Sol se dirigió a su prima con el rostro rojo de ira y el ojo amarillo brillando.

—¡Te estaba llamando porque este señor casi derrumba la puerta!

Sin soltar el cuchillo y sin quitarle los ojos de encima al hombre, Socorro se interpuso entre él y la joven.

—Sol, ve para tu cuarto, ahora mismo.

La joven dio media vuelta y corrió hacia el fondo de la casa. Socorro observó al intruso por algunos segundos. El hombre continuaba con los brazos en alto, paralizado, con los ojos casi fuera de las órbitas.

—Y usted señor...

—Ponte, doctor Abilio Ponte, mi auto se rompió... Escuché gritos...

Socorro dejó el cuchillo sobre la mesa y se acercó al sujeto quien observaba los movimientos de la mujer aún con los brazos en alto.

—Creo que ha habido un malentendido, señor. Mi nombre es Socorro — y sin poder contenerse por más tiempo rompió a reír.

Al comprender lo embarazoso de la situación, el hombre soltó una carcajada. Con actitud resuelta, Socorro lo cogió del brazo, abrió la puerta y lo empujó fuera de la casa. Salió con él al portal, y cerró la puerta. El hombre trataba de controlar la risa y había comenzado a sudar copiosamente. Tenía la frente y el cuello empapados. Socorro no pudo dejar de notar que el señor Ponte era un hombre atractivo y elegante. Iba de traje y corbata, llevaba un reloj de pulsera de oro con manilla de cuero y un anillo con una piedra negra. Calculó que tendría poco más de treinta años. Alto y de complexión atlética, tenía el cabello cobrizo, ondulado y bien recortado. Llevaba un delgado bigote que le daba el aire de un actor de cine norteamericano cuyo nombre Socorro no pudo recordar.

—¿Y qué lo trajo a usted a nuestra casa, señor Ponte?

—Mi auto. Se descompuso justo enfrente, ahí está, es el negro... Toqué para pedir ayuda y mire el incidente ridículo que provoqué. Actué de buena fe, se lo aseguro.

El hombre continuaba sudando como si todos los poros de su cuerpo hubieran decidido expulsar hasta la última gota de líquido corporal. El señor Ponte se aflojó el nudo de la corbata y se secó el sudor de la cara con un pañuelo de hilo blanco.

—Le pido mil disculpas.

—No se preocupe señor, que no es para tanto. Con lo de su auto no lo puedo ayudar. Mi tío no

está en la casa, pero el vecino de al lado es mecánico. Vaya a verlo de parte mía.

El hombre sacó las llaves del bolsillo y comenzó a jugar con ellas. Mencionó que recién había llegado al pueblo para instalarse. Iba a ocupar una posición de médico residente en el Asilo de Enajenados.

— Mire usted qué casualidad, yo trabajo ahí, en el asilo.

— ¿Sí? ¿Es enfermera? Quizás haya escuchado de los últimos tratamientos.

— No, no soy enfermera. Soy asistente.

Socorro tosió y se alisó el delantal.

— Bueno, doctor Ponte, ha sido un placer, quizás nos veamos en el asilo.

— El placer ha sido mío... ¿Me permitiría despedirme de la joven? Quisiera disculparme por el equívoco.

Socorro se acercó a la ventana y se asombró de ver a Sol a la entrada del pasillo, con el cuerpo pegado a la pared, pendiente de la conversación. Se había puesto un vestido estampado, que a Socorro le pareció que era de Estrella, y sandalias blancas. Le dirigió a su prima una mirada suplicante. Socorro inclinó la cabeza en gesto de aprobación y le abrió la puerta. Sol salió y miró de frente al hombre. Para sorpresa de ambas, el doctor Ponte tomó la mano derecha de Sol y la acercó a su barbilla. Luego dobló un poco el cuerpo y le dio un beso suave, apenas un roce, en el dorso de la mano. Socorro, petrificada y con la boca entreabierta, no opuso la menor resistencia.

— Mil disculpas y todo mi respeto — le dijo el hombre con voz profunda.

Luego liberó la mano de la joven, se llevó la suya al pecho y le dijo:

— Tiene usted unos ojos preciosos—. Dio media vuelta y salió casi corriendo. El auto estuvo parado frente a la casa hasta muy entrada la noche.

Socorro terminó el relato, dejó a un lado la frazada que estaba tejiendo y observó a Vida, quien tenía el ceño fruncido y la mirada perdida.

— ¿Cuándo estuvo aquí ese señor?

— Dos o tres días después de que dejé al bebé en la Casa de Misericordia, el día que Estrella se sintió mal y fueron a ver a la doctora Cisneros. ¿Se acuerda? José había sacado a pasear al perro. Usted sabe cómo estaba yo de angustiada. Además, tenía el radio puesto bastante alto. Cuando el señor Ponte se fue, a mí me dio un ataque de risa, pero a Sol no le hizo ninguna gracia. Me pidió que no le contara a nadie lo que había ocurrido, porque le daba mucha vergüenza que un extraño la hubiera visto medio desnuda. Perdóneme tía, debí habérselo dicho.

Vida continuó moviéndose en la mecedora, mientras se abanicaba con un pericón andaluz. Los movimientos suaves se fueron acelerando y Vida pensó que, por alguna razón, no podía sincronizar el movimiento de la mecedora con el de su propia mano. De pronto, todo comenzó a girar y sintió que le faltaba el aire. Un cúmulo de sentimientos que no podía explicar, luchaban unos contra los otros por salir a flote. Necesitaba separarlos, para intentar comprenderlos. Respiró profundo y trató de pensar con calma. Al final, todo se reducía a una razón básica, lógica, y común. Sus hijas habían crecido y estaban conociendo el amor. Al menos Estrella estaba enamorada. En cuanto a Sol, era evidente que aquel hombre había despertado en ella alguna emoción intensa. Entonces, si la llegada del amor era algo esperado e inevitable, ¿por qué le dolía?

Por primera vez analizó que sus hijas eran mayores de lo que era ella cuando nacieron y murieron los jimaguas, sus primeros hijos. Se transportó hasta su adolescencia y se vio con la ropa rota y cubierta en sangre, sacándole el ojo a su padrastro, en un legítimo acto de defensa propia. Frente a ella estaba Juana, la India. ¿Entonces se preguntó qué habría sentido su madre

cuando ella desapareció?

Socorro detuvo la mecedora poniendo sus dos manos en el respaldo.

—¿Qué le pasa tía? Se quedó lela, como en el aire...

—Nada mi niña..., que me estoy poniendo vieja. Ocupate hoy de la comida.

Aquella noche el insomnio se adueñó de las mujeres de la casa. Socorro pensando en si por fin el abogado lograría que le aprobaran la adopción; Vida preocupada porque no podía proteger a sus hijas de los estragos del amor; Sol se debatía tratando de comprender por qué había perdido el sosiego; y Estrella tenía una angustia que le oprimía el pecho. En medio de la madrugada decidió hablar con su hermana. Sabía que estaba despierta. Se pasó para su cama, se acurrucó con ella y le confesó la razón del miedo que la atenazaba.

—¿Tú crees que papá esté de acuerdo con que me case con Eugenio?

—Claro, Estrella, él lo quiere mucho.

—Pero..., es mulato..., hasta ahora éramos amigos, no es lo mismo. Sol, si papá se opone, yo me voy con Eugenio y que pase lo que pase. No puedo vivir sin él.

Sol se sentó en la cama y encendió la lámpara de la mesa de noche.

—¡Cómo se te ocurre! Eso no va a pasar, pero si pasara y mamá lo permite, yo me voy contigo.

Sol abrazó a su hermana y le acarició la espalda.

—Te voy a decir un secreto.

Entonces le contó sobre el diario que había comenzado a escribir el día que un señor alto la quiso salvar, sin que corriera ningún peligro, y de cómo su cuerpo reaccionó ante el tímido beso con una intensidad que la dejó perpleja. Cada página hablaba de sensaciones hasta entonces para ella desconocidas, pero tan poderosas que le quitaban el sueño y la calma y le hacían cuestionarse si su vida no habría sido más que la espera de aquel momento definitivo que la hizo sentir como si saltara al vacío. Le confesó a su hermana que no lo había visto más, y que lo iba a buscar, dondequiera que estuviera, para que él le explicara los misterios del amor. Cuando terminó de leer y cerró el diario, Estrella tenía lágrimas en los ojos.

—Mira, está amaneciendo —dijo Sol.

Saltaron de la cama y se acercaron a la ventana. El cielo se llenó de tonos rosa, que en instantes pasaron a naranja y luego a amarillo. Mientras la salida del sol se mezclaba con los ladridos de Prometeo y los pasos de Socorro en la cocina, las gemelas, cogidas de la mano, como una sola persona frente a su propia imagen, juraron que siempre podrían contar la una con la otra, sin importar las decisiones que tomaran, sin juzgarlas, sorteando los escollos que la vida les pusiera en el camino, en las buenas y en las malas, como dos en una, por siempre.

Vida se había levantado más temprano que de costumbre y decidió limpiar la alacena. La ansiedad la ahogaba pensando en el momento en que Eugenio llegara para decirle lo que ella ya sabía. Tenía que mantenerse ocupada. Notó que sus hijas estuvieron muy calladas durante el desayuno. Estrella casi no probó bocado, dijo que le dolía la cabeza y se fue a su habitación.

El día transcurrió lento. A las cuatro en punto de la tarde Eugenio tocó a la puerta. El joven traía dos ramos de rosas, uno de claveles rosados y tres girasoles.

—Las rosas blancas son para usted. Las rojas son para Estrella. Los claveles son para Socorro y los girasoles son para Sol.

Vida recogió las flores y le dio las gracias. Con los ramos todavía en las manos, observaba al joven que tanto conocía, y que en aquel momento le parecía un extraño. Advirtió que había perdido el aspecto de niño travieso y tenía una profundidad en la mirada que no había observado antes. Se dio cuenta de que le temblaban las manos y pensó que, si él no hablaba de inmediato,

ella rompería a llorar. Eugenio se puso las manos en los bolsillos y con los hombros encogidos comenzó a hablar, con un ligero temblor en la voz.

— Hace mucho tiempo que estamos enamorados, usted lo sabe, Vida. ¿Se acuerda cuando le dije que me iba a casar con Estrella? Pues a eso he venido. Amo a Estrella y me quiero casar con ella.

Vida dejó caer los ramos de flores sobre la mesa y le dio un abrazo. Sol, que escuchaba escondida detrás de la puerta, salió corriendo a buscar a su hermana, dando gritos de alegría.

— ¡Mamá dijo que sí!

Las dos hermanas, cogidas de las manos, regresaron corriendo a la sala, pero Vida les dijo que la visita sería corta, prefería que Eugenio se fuera antes de que llegara José. Quería hablar primero con él y programar la fecha de la visita formal para la petición de mano.

La conversación con José fue más fácil de lo que esperaba. Se lo contó cuando ya estaban acostados, después de hacer el amor. José miraba al techo, relajado, con la cabeza de su esposa sobre su pecho y las piernas entrelazadas. Él jugaba con las hebras de su pelo.

— El tiempo pasa..., lo veía venir. Lo único que no sabía era cuándo. Vida, tú me conoces mejor que nadie. Si hubiera querido evitarlo, o si desconfiara de Eugenio, no le hubiera dado entrada en esta casa. Si hubiera sospechado algún tipo de deslealtad o de falta de respeto, hace rato que habría tenido con él una conversación de hombre a hombre.

Vida abrazó a su marido y le hizo la pregunta al oído.

— Entonces, ¿no te importa tener nietos de color café con leche?

José rompió a reír.

— ¿A mí? Yo me casé con la mujer más linda del mundo, que es hija de una india y que de seguro tiene un abuelo chino, porque si no, de dónde sacaste esos ojos...

Vida se encaramó encima de su marido y le dio un beso apasionado. Él la acarició con ternura. Por unos minutos permanecieron en silencio, disfrutando de la intimidad. De pronto el rostro de José se ensombreció.

— Sabes cómo es este pueblo. La gente va a decir cosas que nos dolerán. Siempre habrá quien piense que es un matrimonio por interés. Después de todo, los Cisneros y los Infante son de buena posición y nosotros no.

Vida volvió a besar a su esposo y le mordió los labios. Después se incorporó y le respondió:

— Por eso no te preocupes, no será la primera vez. Para las malas lenguas tengo piel de cocodrilo y Estrella tendrá que acostumbrarse.

Una semana después, Eugenio Infante y Estrella Ferrero se comprometieron formalmente. El acontecimiento se celebró con un almuerzo en casa de las Cisneros, con un lechón asado en púa en el patio de la casa. Los primos de Eugenio le pusieron el ritmo a la fiesta. Miguel tocó la guitarra y Antonio la tumbadora. Manuel cantó los boleros de moda. Tenía una voz espectacular y sorprendió a los Ferrero, que nunca lo habían escuchado cantar.

Aquel día además del compromiso, se celebró que Eugenio y las gemelas se habían graduado con notas excelentes y en dos meses se irían a la capital a estudiar en la universidad. Eugenio quería ser médico, como su madre y su tío. Estrella había decidido ser farmacéutica y Sol estudiaría Ciencias Físico Químicas.

Vida pensó en cómo su existencia había cambiado desde el día que decidió huir con José. Nunca habría imaginado, ni por un instante, cuando corría descalza por las calles polvorientas de Juragüey, que tendría unas hijas que irían a la universidad. Muy duro que habían trabajado para lograrlo. De nuevo recordó a su madre. Le molestaba el pensamiento inoportuno, culpable. ¿Qué habría sido de ella? Sabía que contaba con recursos para sobrevivir, era habilidosa y

manipuladora. Vida sintió rabia consigo misma. Era el compromiso de su hija, ¿por qué entonces pensaba en su madre? Decidió unirse a Angélica y Basilio, que iban camino al patio. Al parecer, Manuel y sus primos iban a ofrecer otra ronda de canciones.

Después del compromiso, las visitas de Eugenio a casa de los Ferrero cambiaron de tono. Ya no eran aquellos tres chiquillos corriendo por el patio, tumbando mangos y aguacates o conversando sobre sellos de correos o las últimas aventuras que publicaban en los folletines. Sol trataba de dejarles espacio y solo los acompañaba por un rato. Vida se hacía la de la vista gorda cuando pasaba por la sala y los veía separarse de un salto y aparentar que habían estado observando las láminas de un libro.

Una tarde Vida se sorprendió al ver llegar a Eugenio acompañado de su madre. La doctora Cisneros se disculpó por no haber anunciado la visita, pero necesitaba hablar con ellos de un asunto importante. Se trataba de Candelaria. Estaba preocupada por el deterioro de su estado mental. Había transcurrido más de un año desde la famosa terapia de choque con insulina. La mejoría había sido relativa. Los delirios y las alucinaciones disminuyeron por algún tiempo, sin embargo, Candelaria sufrió un franco deterioro de las funciones cognitivas. Era incapaz de leer y escribir, incluso ya no podía ni tejer. Solo hacía unos garabatos en un cuaderno de dibujos del cual no se separaba, últimamente su estado había comenzado a empeorar. Las ideas delirantes habían regresado, incluso con un fuerte componente obsceno, es decir, Candelaria había experimentado una franca regresión. Amalia terminó de beber el café que Vida le había brindado, se levantó y recogió su maletín.

— Ahora hay algunos cambios importantes en el asilo. Llegó un doctor nuevo y Leónides está pensando en probar otro tratamiento. Es un tipo de cirugía. Candelaria está entre los posibles candidatos. Quise venir personalmente porque quiero que tengan tiempo para valorar si van a dar la autorización.

Vida comenzó a estrujarse las manos. Después de unos segundos de silencio y ante su mirada implorante, la doctora se acercó y le tomó las manos.

— No soy partidaria de las terapias de choque, nunca he creído que Candelaria tuvo una mejoría. Con respecto al nuevo tratamiento, no tengo elementos suficientes para apoyarlo o rechazarlo. Además, la psiquiatría no es mi especialidad. La elección consiste entre no hacer nada o correr un riesgo muy alto. La decisión es de ustedes.



Sol vestida de Estrella. Foto de cumpleaños, 1946.

Laberinto

La caja de madera que contenía el extraño aparato yacía sobre la mesa de aluminio con ruedas, junto al punzón y al martillo. Un hombre delgado y taciturno que vestía de negro sacó de la caja unos cables acoplados al aparato. Uno de ellos se ramificaba y los extremos se engarzaban a una especie de cintillo metálico terminado en unas almohadillas. El hombre colocó el cintillo sobre la mesa y sacó un segundo cable, uno muy largo de color verde, que conectó al tomacorriente. Entonces el aparato pareció cobrar vida propia. Dos pequeños bombillos se iluminaron y la aguja del panel de vidrio comenzó a agitarse. El señor de negro verificó algo en el aparato y luego se retiró a una esquina.

Una vez más, la sala de cirugía menor del Asilo de Enajenados de Cabo Azules había sido preparada para un relevante acontecimiento médico. Podían distinguirse cinco camillas alineadas. Tres enfermeras y dos asistentes permanecían serios y silenciosos, esperando la llegada de los doctores y los pacientes. Socorro no actuaría como ayudante del doctor Carranza. Él había decidido exonerarla. Consideraba que la joven no estaba preparada para participar, por segunda vez, en un tratamiento experimental donde su tía Candelaria estaría involucrada como paciente.

José Ferrero y su esposa Vida habían visitado la consulta del doctor Carranza días atrás, y le habían transmitido su preocupación en relación con el nuevo procedimiento. La salud de Candelaria era delicada y el tratamiento con insulina no llegó a satisfacer sus expectativas de mejoría. Sentados en los butacones de cuero, frente al monumental buró de caoba, los Ferrero escucharon con las manos entrelazadas, las razones del doctor Carranza.

—Candelaria sufre de una enfermedad grave. Sin una intervención, no se puede esperar mejoría alguna. Después del tratamiento con insulina la evolución fue positiva, no me cabe la menor duda, pero desgraciadamente la enfermedad que padece es compleja y ha tenido una recaída.

Con voz apagada y sin soltar las manos de su esposo Vida se dirigió al doctor.

—¿No se podría esperar un poco?, es que está tan frágil...

—Mi señora, tiempo es lo que no tenemos. Si Candelaria continúa así, vamos a tener que considerarla desahuciada. Su estado apunta a un agravamiento rápido y, pronto, va a ser un imperativo restringirla. No es lo que ninguno de nosotros desea. Este procedimiento les ha devuelto las esperanzas a muchos enfermos mentales. Algunos de ellos, incluso, han regresado a sus hogares. Y por los trámites legales no se preocupen, el documento que usted firmó, José, cuando el tratamiento con insulina es amplio en cuanto a las facultades conferidas, por lo tanto, es aún válido. Ahora, si me lo permiten, tengo pacientes esperando.

Vida y José salieron del consultorio confundidos. Sin dudas había esperanzas, sin embargo, Vida sintió que un peligro, tan opresivo como una premonición, pesaba sobre ellos. La sensación, casi tangible, la atrapó hasta el día mismo del procedimiento, aquel día que para ella se convirtió en un eterno ayer.

Leónides Carranza entró en la sala acompañado de un hombre alto, de pelo cobrizo, que llevaba una bata blanca y ambos saludaron a los presentes. La audiencia se reducía, exclusivamente, a profesionales de la medicina, que habían llegado de todo el país. No obstante,

la sala estaba llena. Con aire teatral el doctor Carranza se dirigió al público.

—Queridos colegas, una vez más Cabo Azules es la ciudad pionera en el desarrollo de la psiquiatría del país. Lo que ocurrirá aquí cambiará el curso de la historia de la medicina nacional. Quiero presentarles al doctor Abilio Ponte, el nuevo médico residente de nuestra institución. Él tiene la misión de llevar a un nivel superior lo que hoy van a presenciar. Este procedimiento solo ha sido probado en pacientes de forma individual, en la capital. Hoy vamos a practicar la intervención quirúrgica, en serie, en cinco casos.

Contempló al público esperando una reacción. La sala permaneció en silencio. Entonces el doctor Carranza se volvió y con un gesto le indicó al hombre de la bata blanca que se adelantara.

El doctor Ponte carraspeó y dio un paso hacia delante. La voz le tembló al comenzar la disertación.

— La lobotomía transorbital es una cirugía simple, novedosa y efectiva. Ha sido ampliamente utilizada en los Estados Unidos, con resultados asombrosos, en casos de compulsiones incontrolables, psicosis, estados de melancolía e incluso para dolores crónicos. Los pacientes no necesitan preparación previa. Nosotros decidimos, como medida preventiva, reducirles el desayuno a una taza de té. El objetivo de la cirugía es cortar las conexiones nerviosas entre el lóbulo frontal y el resto del cerebro. Para esto se utiliza un punzón que se introduce por debajo del párpado superior, a través de la cuenca del ojo, hasta alcanzar la zona del cerebro. Una vez encajada la herramienta en la corteza pre-frontal, se golpea el extremo para cercenar los nervios. No toma más de diez minutos por paciente. Otra ventaja es que no se requiere de anestesia.

El doctor Enrique Infante levantó la mano y dirigió la pregunta al doctor Ponte.

—Si no se necesita anestesia, ¿cómo se controla el dolor del paciente?

El hombre prosiguió la explicación con aire de seguridad.

—Los pacientes son reducidos a la inconciencia mediante electrochoque de mediano voltaje. Cuando despiertan, el procedimiento ha finalizado.

El doctor Enrique Infante se puso de pie y esgrimió su pipa apagada, dirigiéndose al joven doctor, dispuesto a establecer un careo.

—Según su explicación, con el instrumento filoso se cortan los nervios y se aísla la corteza pre-frontal. Entonces, ¿cómo se sabe que se ha llegado al sitio adecuado para efectuar el corte?, y una vez efectuado...

El doctor Carranza levantó el brazo derecho a la altura del pecho, con la palma de la mano en dirección al público, en señal de detener la discusión. Dio tres pasos hacia delante y con aire autoritario se dirigió al doctor Infante.

—Estimado colega, le recomiendo que lea algunos de los reportes del doctor Walter Freeman, el neurólogo norteamericano, padre de la lobotomía. Ahora vamos a darles paso a los pacientes.

Enrique se sentó y se revolvió en el asiento, incómodo. Se dirigió a Amalia, en voz baja.

—¿Qué se piensa este engreído?, he leído varios reportes de médicos norteamericanos que se oponen a la lobotomía.

Amalia no respondió. No podía sacudirse el desasosiego que la agobiaba y que se iba acrecentando a medida que se acercaba el momento de la intervención quirúrgica.

Los pacientes llegaron en medio de un silencio sobrecogedor. Eran dos mujeres y tres hombres. Amalia distinguió la figura sombría de Candelaria Ferrero, que caminaba dando tumbos, con la mirada perdida. Era la tercera en la fila de los pacientes. Cada uno de ellos fue restringido en la camilla, con las manos y los pies atados con correas de cuero.

El doctor Ponte colocó el cintillo metálico acoplado al extraño aparato en la cabeza del primer paciente, con las almohadillas en las sienes y el señor del saco negro accionó el

interruptor del aparato de electrochoque. El cuerpo del paciente se encorvó, para luego caer desmadejado sobre la camilla. El doctor Ponte retiró el cintillo de la cabeza del paciente inconsciente. El hombre de negro empujó la mesa metálica con ruedas y la dirigió hacia la siguiente camilla. Repitió el procedimiento en el segundo, tercero, cuarto y quinto paciente.

Detrás, y con movimientos mecánicos, el doctor Carranza comenzó a ejecutar la operación. Una enfermera tapaba con un paño blanco la mitad del rostro del enfermo y le sujetaba la barbilla. El doctor levantó el párpado del ojo derecho del paciente e introdujo el punzón hasta que quedó clavado en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Luego aplicó unos golpes precisos con el martillo sobre el extremo del punzón. Repitió lo mismo en el ojo izquierdo del paciente. Luego prosiguió con la misma rutina en el segundo, tercero, cuarto y quinto paciente. A Amalia le recordó la línea de producción de la fábrica de una famosa película de Charles Chaplin. La intervención quirúrgica concluyó en un tiempo asombrosamente corto.

La doctora Cisneros notó que la paciente de la tercera cama demoraba en reaccionar. Observó cómo el doctor Ponte le tomaba el pulso y apoyaba la cabeza en el pecho de la enferma. El resto de los operados despertaban gimiendo. Las enfermeras repartían espejuelos oscuros para proteger la visión de los recién operados de la luz del día y de paso ocultar los hematomas que se iban formando debajo de los ojos. El doctor Carranza ordenó que se retirara la tercera camilla.

Amalia se levantó de un salto y salió de la sala de cirugía menor. No escuchó cuando el doctor Carranza proclamó el éxito del evento, ni los aplausos de los concurrentes. Entró a la habitación contigua por la puerta que daba al pasillo. Llegó justo en el momento en que el asistente principal declaraba la muerte legal de Candelaria Ferrero.

Amalia permaneció desconcertada al lado del cuerpo todavía tibio de la muerta. No podía creer que todo hubiera ocurrido en solo unos minutos, frente a ella y a decenas de médicos y enfermeras. Los otros cuatro pacientes habían regresado a sus habitaciones por sus propios pies y no se quejaron de dolor o molestia alguna. Las enfermeras entraron a quitarse las cofias y los delantales. Los asistentes completaban las historias clínicas, en medio de un silencio tenso. Nadie miraba a la muerta.

Minutos después, los doctores entraron a la habitación. El doctor Carranza dio órdenes de documentar la evolución de los pacientes cada una hora. Pretendía publicar un artículo en la *Revista Iberoamericana de Medicina* y necesitaba datos precisos. Amalia buscó la mirada esquiva del doctor Carranza. Él se lavó las manos e intercambió unas palabras por lo bajo con el doctor Ponte. Amalia se plantó delante de él.

—¿Cómo pudo ocurrir esto, Leónides?

—Amalia, eres médico, sabes que la línea entre la vida y la muerte es tenue y fácil de romper.

—Pero, ¿cómo no valoraste que ella no estaba preparada para soportar la operación?

Leónides le tomó la mano y la apretó ligeramente. Amalia se estremeció. Desde hacía muchos años no la sacudía el rayo, esa sensación inusual, como de corriente eléctrica, que experimentaba de vez en cuando y solo con algunas personas. Pero ahora tenía un matiz atemorizante, diferente a lo que sintió cuando se conocieron, a raíz del ras de mar de 1936, y sus vidas se cruzaron.

—Di órdenes de avisarle a la familia. Amalia, estás llevando los asuntos personales a un plano profesional.

—De ninguna manera. Ya hablaremos. Por ahora solo quiero asegurarme de que van a recoger sus objetos personales y voy a esperar a que lleven el cuerpo a la morgue. Yo me ocupo del resto.

Cuando comprobó que todo estaba en orden, Amalia salió del hospital y le pidió al chofer que la llevara a la casa de los Ferrero.

Al llegar, abrió la puerta del auto aún en marcha y corrió en dirección a la casa. Observó que

algunos vecinos estaban en la calle, en pequeños grupos, conversando en voz baja. Impaciente, tocó a la puerta varias veces. Las ventanas estaban cerradas y no se escuchaba ruido alguno dentro de la casa. Después de unos largos minutos, Sol abrió la puerta.

—Dile a tu madre que estoy aquí, por favor.

Vida demoró en llegar a la sala. Al ver a la doctora se abrazó a ella sollozando. Tenía el rostro desencajado y los ojos inflamados. Amalia la abrazó y por unos segundos ninguna de las dos mujeres profirió palabra. Vida se desprendió del abrazo e instó a la doctora a que se sentara.

—No tengo palabras para consolarla, Vida. No puedo explicar lo ocurrido. ¿Dónde está José?

—No ha regresado de casa de Basilio. Fue a darle la noticia.

Amalia observó a su amiga de tantos años. Tenía la ropa desordenada y el pelo revuelto y parecía más pequeña, vulnerable.

—Por favor, dígame a Eugenio que venga, Sol y Estrella están desconsoladas. Y de Socorro..., ¿qué le puedo decir...?

—Entiendo. ¿Hay alguien a cargo de los asuntos del velorio?

—No, no hemos tenido cabeza para eso todavía. ¿Quién va a querer ir al velorio de una loca? Así es como la veía la gente, como algo insignificante, un trasto inservible, sin valor...

Amalia agarró a Vida por los hombros y la sacudió ligeramente. Vida levantó la vista, aún ahogada por los sollozos.

—Los enfermos mentales son personas especiales que viven en una dimensión que nos es ajena. No todo el mundo lo comprende. Candelaria tuvo su propio mundo. No fue responsable de sus actos. Dejó una familia que la amó y merece una despedida. Por favor, déjeme encargarme de todo. Se lo ruego.

Vida accedió. Amalia salió a la calle y le pidió al chofer que fuera a buscar a Eugenio y a Manuel para que acompañaran a las gemelas. Pidió permiso para hablar con Socorro, que se negaba a salir de su habitación. Permaneció varios minutos a solas con la joven, con la puerta de la habitación cerrada. Luego Socorro salió y dijo que iba a preparar cocimiento de hojas de tilo para todos. Amalia se dirigió a la sala y esperó a que José y Basilio regresaran. Les dio el pésame y les pidió que aceptaran su ayuda. Eugenio y Manuel llegaron con el chofer minutos después. Les dijo que se quedaran en la casa, acompañando a la familia, hasta que ella avisara que todo estaba listo en la funeraria.

Al amanecer del día siguiente, se dirigieron a la funeraria Hernández y de la Cueva. El velorio trascurrió en una capilla privada. Solo miembros de las familias Ferrero y Cisneros asistieron. El doctor Enrique Infante y su hermano Juan, el abogado, fueron también a darles el pésame a los hermanos de la fallecida. Allí pasaron el día y la noche, juntos, tomando infusiones de hierbas y llorando a la loca de la familia.

Estaba casi amaneciendo cuando Amalia se decidió a hablar con Socorro. La joven estaba sentada en una esquina de la sala de estar, sola, con el cuerpo encogido, los brazos cruzados y los ojos llenos de lágrimas. Amalia se sentó a su lado.

—Sé que no es el mejor momento, pero necesito hablar contigo. No lo haría si no fuera porque es importante y porque no tengo mucho tiempo. Te pido por favor que seas discreta y no le menciones a nadie esta conversación. Tengo mis razones. Necesito que hagas un esfuerzo y me contestes algunas preguntas sobre tu tía Candelaria.

—Pregunte lo que quiera, doctora.

—Según tengo entendido, tuvo delirios de carácter sexual en esta última etapa. ¿Antes de su ingreso en el Asilo de Enajenados, escuchaste alguna vez a Candelaria utilizar algún tipo de lenguaje obsceno?

—Ay doctora, si mi tía era una dama, la mujer más fina del mundo. No, jamás la escuché decir nada prosaico. Yo la conocía muy bien, siempre la cuidé, solo estuve separada de ella cuando me casé y me fui a Juragüey. Se lo aseguro, mi tía Candelaria no hablaba vulgaridades y en mi casa el sexo nunca ha sido tema de conversación.

—Entonces, ¿sabías que tu tía había tenido, en su juventud, tendencias sexuales un poco..., ¿cómo podría decirlo..., inusuales?

Socorro sonrió con tristeza.

—No me lo dijeron, pero yo oí la conversación entre mi tía Vida y usted cuando Candelaria tuvo aquello tan raro, el trastorno catatónico. Después, como usted sabe, tuve acceso a su historia clínica.

Amalia se quedó pensativa por unos segundos.

—Según creo recordar, Candelaria tuvo una crisis con delirios sexuales después que salió del coma alcohólico. ¿Recuerdas algo de aquel episodio?

—Mi tía me lo contó, yo no estaba en Cabo Azules cuando ella tuvo aquella crisis. Además, está en la historia clínica. Candelaria estaba obsesionada con Maximiliano Ferreira, el bandido, usted sabe. Una vez, sin más ni más, durante una de las visitas de mi tía Vida y mi tío José, les contó unas historias prosaicas sobre el bandido. No sé por qué mi tía Candelaria tenía esa obsesión con un personaje que casi nadie recuerda. A veces le daba por repetir Maximiliano, Maximiliano, muy bajito, como una letanía.

—El cerebro es un órgano misterioso y es más complejo aún cuando se trata de personas con una enfermedad mental.

—¿En qué está usted pensando doctora? ¿Por qué me pregunta esas cosas?

—No lo sé, pero tengo la sensación de que la muerte de tu tía no fue casual.

Socorro abrió los ojos y ahogó un grito.

—Por favor, Socorro, no llames la atención... Mis pensamientos no son lógicos, son intuitivos. No obstante, sospecho que hay algo raro en esta historia. Necesito tu ayuda, no voy a descansar hasta que averigüe si hubo gato encerrado.

Socorro respiró profundo.

—Estoy lista, doctora.

—¿Cómo era la vida de Candelaria en el asilo cuando no estaba en crisis? Quiero decir, su comportamiento con las otras pacientes. Yo no suelo visitar las salas, solo la enfermería. Cuéntame.

—Cuando no estaba en crisis se pasaba el día deambulando de un lado a otro. Mi tía no hacía ruido al caminar, era como si volara, a veces me asustaba porque la encontraba detrás de mí y no la había oído llegar. Otras veces tenía que buscarla por todas las salas, se me perdía, y al final la encontraba mirando por alguna ventana, o escondida detrás de una puerta. Me decía que se volvía invisible. No hablaba con nadie. Lo único que le gustaba hacer, aparte de observar y caminar de un lado a otro, era dibujar. Yo le regalé un cuaderno, de esos de páginas grandes, porque ya no le cabían los garabatos en la vieja libreta que tenía. Le encantó el cuaderno.

—Necesito más información, aunque tengo que organizar mis pensamientos. Solo un par de preguntas más, por ahora. Pronto vienen a llevarse el cuerpo. ¿Alguna vez Candelaria coincidió con Lidia Leiva?

—Habría que revisar las historias clínicas. Tengo entendido que Lidia Leiva estuvo en la sala de mujeres por algún tiempo, antes del juicio, supongo que hayan coincidido. Aunque yo no trabajaba en el asilo en aquella época, he escuchado la historia de cuando Lidia Leiva degolló a su gato.

—Ahora presta atención. Te aseguro que lo que te voy a preguntar no tiene relación con tu proceso de adopción. Necesito saber qué se comentaba entre el personal del asilo cuando Lidia Leiva salió embarazada.

Socorro cambió de posición y esquivó la mirada de la doctora.

—Por favor, es imprescindible que yo tenga la mayor información posible.

—No entiendo qué tiene que ver eso con mi tía.

—Quizás no tenga relación alguna, no lo sé, solo contesta mi pregunta, por favor.

Socorro bebió agua de un vaso de cristal que reposaba en una mesa de mármol verde, al alcance de su mano.

—Se decía que el padre de la criatura tenía que ser alguien con poder, quizás de la Junta Directiva, o de más arriba.

—¿Alguna vez oíste hablar de un psicoanalista que visitaba a Lidia Leiva?

—No, yo no la atendía a ella, no conocía los detalles de su tratamiento.

—¿Te dice algo el nombre Abilio Ponte?

Socorro reaccionó sorprendida.

—¿El doctor? Estuvo hace poco en la casa...

—¿Cómo es eso de que estuvo en tu casa?

Entonces Socorro le contó el incidente del malentendido entre Sol, ella y el doctor Ponte.

—¿Por qué me pregunta por él, doctora?

—Fue el asistente de Leónides en las lobotomías.

Un funcionario de los servicios funerarios se acercó e interrumpió cortésmente la conversación entre las dos mujeres.

—Doctora, en veinte minutos sacamos el cuerpo. Necesitaría que pase por la oficina a revisar los últimos documentos, por favor.

—Gracias, estoy con usted enseguida.

Amalia recogió su bolso y se dirigió a Socorro.

—En cuanto puedas, recoge los objetos personales de Candelaria. Pedí que los dejaran en la oficina de la administración. Llévalo todo a mi casa. Cualquier cosa puede ser importante. Esto es un pacto, Socorro. Ni una palabra a nadie, por favor. El silencio es nuestro mejor aliado.



Asilo de Enajenados de Cabo Azules, 1945.

Dibujos rotos

Amalia recibió la bolsa de papel marrón de manos de Socorro y el peso de la realidad de que Candelaria Ferrero se había ido para siempre la estremeció. Desde el día de la lobotomía las imágenes se repetían una y otra vez en su mente: el punzón y el martillo colocados encima de la fría mesa de aluminio, el aparato de electrochoque con los cables colgando como extremidades muertas y la mujer pálida entrando al salón, dando tumbos, con la mirada huidiza, de animal acorralado. Había repasado cada detalle del procedimiento y todavía no podía comprender lo que había ocurrido. Que Candelaria había fallecido frente a decenas de espectadores, donde el doctor Infante y ella misma fueron testigos, era un hecho. Sin embargo, no podía sacudirse la sensación de incoherencia, de disonancia, de que algo no encajaba. ¿Dónde estaba la incongruencia? ¿Sería que su vieja intuición le estaba gritando algo que no comprendía?

Amalia apoyó la mano sobre el respaldo del sillón y trató de controlar la sensación de inestabilidad que la abrumaba. Se sentó lentamente y por unos segundos sostuvo su cabeza entre las manos.

—Doctora, ¿se siente bien?

—No es nada, solo estoy cansada. Gracias por traerme sus cosas, Socorro.

—Solo dejé en casa su ropa. Por más que busqué, no pude encontrar el crucifijo. La enfermera me dijo que recordaba que lo tenía la noche antes de la lobotomía, pero nadie supo adónde fue a parar.

Socorro se refería a un crucifijo de madera y cuerda, que Basilio le había regalado a su hermana años atrás, y que ella adoraba. Siempre lo llevaba consigo.

—Si me necesita, no deje de llamarme. Ahora tengo que irme. No sé si el abogado le dijo que esta mañana aprobaron la adopción. Mañana voy a recoger a José Alberto a la Casa de Misericordia.

Amalia se levantó y le dio un abrazo.

—Felicidades, Socorro. No quiero que te preocupes por lo que te dije sobre la muerte de tu tía. En realidad, no sé ni qué estoy buscando. Tú concéntrate en tu hijo. Seguro que Eugenio irá mañana a conocer al nuevo miembro de la familia. Mis hermanas y yo iremos otro día.

Cerró la puerta de la casa tras Socorro y observó la bolsa. Aunque le era difícil controlar la comezón de la ansiedad, decidió esperar hasta la noche sin abrirla; necesitaba paz y concentración para encontrar la pista que desentrañaría el misterio de la muerte de Candelaria Ferrero.

Aquella noche no hizo la sobremesa después de la comida, ni se reunió con Eugenio y sus primos en el patio antes de dormir para comentar los acontecimientos del día. Se retiró temprano, alegando sentirse indispuesta. Contempló la vulgar bolsa de papel que la atraía como un imán. La abrió y sacó poco a poco los objetos que contenía, las únicas huellas de la existencia de una pobre loca. Los fue colocando con cuidado encima de la cómoda: una peineta de nácar, un frasco de agua de violetas, dos pequeños muñecos que Socorro había tejido a croché, una estropeada libreta de escuela de hojas rayadas, un deteriorado cuaderno de dibujos con portada de cartón y páginas grandes, y una vieja foto de una mujer bella, con un complicado peinado y crisantemos en la cabeza. Los tesoros de Candelaria.

Miró la libreta sin decidirse a abrirla. Después de un rato, la hojeó rápidamente. Cada milímetro de papel contenía una palabra, una frase, un garabato, vestigios de una existencia complicada e incomprensible. Se acomodó en la comadrita y se dispuso a estudiar con detenimiento cada página. Las primeras contenían textos; frases sueltas, y palabras escritas en cualquier dirección, atropelladas unas con las otras. La caligrafía era tan pequeña que era casi ilegible. Amalia logró entender algunas frases: “me quiero ir”, “me tienen encerrada”, “no me dejan regresar”. Eran anotaciones sobre su estado de ánimo. Luego las oraciones se redujeron a palabras sin sentido aparente: “cállate”, “maletas”, “limonada”, retazos de pensamientos. Como era de esperar, las páginas no estaban fechadas. Recordó que Socorro dijo que le había regalado el cuaderno de hojas grandes a su tía. Entonces Candelaria usó la libreta por algún tiempo, antes de que Socorro comenzara a trabajar en el Asilo de Enajenados, concluyó Amalia, quizás desde que se recuperó del coma alcohólico. Era una posibilidad. Sacó de su maletín un bloc con tapas de nácar e hizo algunas anotaciones. Luego se dispuso a analizar los dibujos. El reloj de cuco de la sala indicó que eran ya las nueve de la noche. Apenas había comenzado. Un toque suave interrumpió sus pensamientos. Era Alma que le traía una taza de té de menta y mejorana.

—¿Te sientes mejor?

Amalia asintió y cogió la taza de porcelana que contenía el aromático líquido verdoso. Supo que Alma había notado los inusuales objetos sobre la cómoda y la vieja libreta que dejó caer encima de la cama, cuando escuchó el toque. Una fuerte sensación de culpa la invadió. No debía haber mentado. Agradeció en silencio que su hermana la dejara sola sin hacer preguntas.

Se dedicó a estudiar los dibujos. Siempre aparecía una flor de cinco pétalos, con un tallo y dos hojas. Al principio la imagen se repetía, como si se multiplicara; luego los trazos comenzaron a complicarse. De cada pétalo surgían fragmentos de animales y humanos (brazos, piernas, alas, ojos) que se entremezclaban, en una metamorfosis que a Amalia le produjo mareo. Luego había varias páginas donde las líneas habían sido, al parecer, hechas con furia, pues el papel estaba rasgado. El dibujo de la última página le llamó poderosamente la atención. Era una figura de pie, híbrido entre animal y hombre, con los brazos extendidos como en cruz, sosteniendo en la mano derecha lo que parecía ser un látigo. Candelaria había repetido una sola palabra, cientos de veces, alrededor de la figura, con su caligrafía menuda: “Maximiliano”.

Amalia cerró la libreta y se dispuso a preparar otra tisana. Le dolía la cabeza y estaba cansada, como si los dibujos le hubieran robado la energía. La casa estaba en silencio. Ya todos se habían ido a la cama.

Se tomó su tiempo antes de abrir el cuaderno de dibujo. En su mente trató de seguir un orden cronológico. El cuaderno correspondía a la etapa entre la llegada de Socorro al Asilo de Enajenados y la terapia de choque con insulina. Poco tiempo después del arriesgado tratamiento, Candelaria perdió la capacidad de dibujar. Cuando Amalia abrió la primera página, se llevó ambas manos a la cara y un grito de horror se le escapó de la garganta. Debajo de un montón de trazos atropellados, que parecían hechos por una mano —o un cerebro— fuera de control, se observaban figuras humanas y un animal, un gato, envueltas en una escena de violencia.

A pesar del horror que aquello le provocaba, Amalia llegó hasta el final. Cada página contenía imágenes similares, cuerpos desnudos, mutilados, sangre, lágrimas, sexo brutal, y un gato. Al inicio de las hojas, con trazos gruesos, había un conjunto de tres figuras: un círculo, un triángulo y una medialuna. El círculo y la medialuna estaban cruzados por una línea más fuerte, como si estuvieran tachados.

Amalia cerró el cuaderno y se sentó en el borde de la cama. Era evidente que no podría dormir, su cerebro bullía tratando de comprender el significado de los perturbadores dibujos.

Sabía que nada podría detenerla hasta que no llegara a descubrir las respuestas a las preguntas que surgían en su mente.

Al filo del amanecer decidió que necesitaba consultar sus dudas y sus temores con su mejor amigo. Eran las siete de la mañana cuando llegó al consultorio que había compartido por casi treinta años con el doctor Enrique Infante, su confidente, el hermano del amor de su vida y el amor de la vida de su hermana Almira; la única persona a quien se atrevería a contarle lo que sospechaba. Lo encontró en su despacho, fumando su pipa de madera tallada, con una taza de café negro en la mano. Sin darle tiempo a terminar de saborear la infusión, le soltó de un tirón y a grandes rasgos la historia de los dibujos, su línea de razonamiento y la conclusión a la que había llegado: algo terrible estaba ocurriendo en el Asilo de Enajenados y la muerte de Candelaria Ferrero no había sido casual.

El doctor Infante la contempló en silencio.

—Aquí están los dibujos..., míralos —le dijo Amalia depositando con fuerza sobre el buró la libreta de hojas rayadas y el cuaderno.

El doctor Enrique Infante terminó su taza de café y volvió a encender su pipa. Después de varias bocanadas de humo se decidió a hablar.

—Amalia Cisneros, te conozco de toda la vida, he estado contigo en tus mejores y peores momentos y nunca te había visto tan turbada. Lo que me dices es muy serio y, antes de involucrar a la justicia, debemos hacer un análisis exhaustivo de los dibujos, los dos juntos, a ver si llegamos a las mismas conclusiones. Luego tendremos que indagar. Solo te pido que dejes a un lado las emociones. Tenemos tiempo, mi primer paciente tiene cita para las nueve, ¿a qué hora es el tuyo?

—Hoy no tengo pacientes por la mañana.

—Entonces siéntate, dame un tiempo y después vamos a conversar.

El doctor Infante se sumergió en la contemplación de los dibujos. Comenzó por la libreta y luego pasó a analizar el cuaderno, respetando el orden cronológico que Amalia había establecido. Luego le pidió a Amalia que le expusiera la evolución de la enfermedad mental de Candelaria. Amalia, que había recuperado la compostura, se acomodó en el asiento y comenzó la explicación.

—Candelaria Ferrero es uno de los casos más fascinantes que he tratado, fui su doctora hasta que la internaron en el Asilo de Enajenados. Creo que estuvo enferma siempre, pero si bien el desarrollo de la enfermedad fue lento en el transcurso de su vida, a partir del coma alcohólico, los síntomas se precipitaron y el deterioro fue rápido y devastador. Aunque nunca Leónides ha dado un diagnóstico específico, es evidente que Candelaria sufría de una enfermedad mental severa, quizás esquizofrenia. Te voy a dar algunos elementos. Se casó a los dieciséis años con un hombre mayor que ella, quien murió poco tiempo después. A partir de ese evento comenzó a practicar el voyerismo.

Enrique hizo un gesto de sorpresa, casi saltó del buró, arrastró una silla y se sentó frente a Amalia, con el cuerpo inclinado hacia adelante.

—Muy interesante..., creo que es el primer caso conocido en Cabo Azules de una mujer con semejante perversión y, perdona, no he usado la palabra en un sentido peyorativo. Ahora comprendo la fascinación de tu amigo, el doctor Carranza, con el caso, aunque me llama la atención que no haya explotado más la vertiente sexual de la enfermedad mental. Quizás los médicos del Asilo de Enajenados sabían que Candelaria era voyerista, pero el doctor Carranza no lo mencionó cuando aplicó el tratamiento con insulina; recuerdo con claridad aquel día. Tal vez sus preceptos morales tan rígidos, lo frenaron de evaluar la parte clínica del asunto. O quizás al ver el deterioro físico y mental tan grande, consideró las tendencias sexuales como un simple antecedente.

—Tienes razón, Leónides ha obviado el tema y quizás fue por razones morales. La primera en condenar sus actos fue la propia Candelaria. Luchó consigo misma, tratando sin resultados de ahogar sus deseos e inclinaciones. ¿Puedes imaginarte su inmensa soledad, su dolor? Fue su secreto hasta que ocurrió un evento que cambió su vida. Solo se lo contó a su cuñada Vida, de hecho, sus hermanos desconocen esa faceta de su enfermedad. A veces me pregunto si en realidad Candelaria era la voyerista que decía ser, o si a partir de su propio rechazo, desarrolló un cuadro de alucinaciones sexuales. Nunca lo podremos comprobar. Siendo ya una mujer madura se enamoró de un hombre más joven y decidió huir con él. Lo que sí es un hecho es que su ruptura con ese joven fue por espiar intimidades ajenas y que ya en aquella época era alcohólica.

Enrique se incorporó, buscó su pipa y comenzó a moverla con cierto nerviosismo entre las manos. Contempló a Amalia con tristeza.

—Mi querida amiga, de veras te admiro. La tarea que te propones es monumental. Según creo entender, pretendes resolver el supuesto asesinato de una enferma mental, con antecedentes de perversión y alcoholismo, que se produjo durante un procedimiento quirúrgico del cual tú, yo y una docena más de personas fuimos testigos, practicado, además, por uno de los médicos más afamados de esta ciudad.

Amalia se levantó bruscamente y se plantó delante de su amigo. En un gesto inusual en ella, se puso ambas manos en la cintura y con la barbilla elevada, desafiante, disparó las palabras como dardos.

—Sí, eso es lo que pretendo y, ¿sabes por qué?, porque Candelaria era un ser humano, loca, borracha o lo que fuera, pero merecía respeto, y nunca dañó a nadie, excepto a sí misma. Es cierto que era diferente en términos morales, sin embargo, eso no es más reprochable que violar a las enfermas en el asilo o ir a los burdeles a humillar a las putas. Ni más censurable que la actitud de hombres como Luis, tu hermano, que engañan y manipulan los más puros sentimientos ajenos, para después huir de sus responsabilidades, como cobardes. Sí, me siento identificada con Candelaria, es mi guerra personal, porque yo también soy diferente: nací jorobada, mujer y negra y muchas burlas he tenido que soportar para llegar adonde estoy. La defiendo porque tampoco soy perfecta, concebí un hijo sin estar casada, un acto deplorable desde el punto de vista moral, y a la vez, la prueba de amor más grande de mi vida, del que nunca me arrepentiré y porque, además, no es justo...

Amalia rompió a llorar. Enrique se levantó y le dio un abrazo. Durante algunos minutos él la sostuvo en los brazos acariciando su cabeza hasta que poco a poco los sollozos se fueron apaciguando.

—Voy a buscar un poco de té.

Cuando el doctor Enrique Infante regresó a su despacho con la tetera, dos tazas y la azucarera en una bandeja de plata, la doctora Amalia Cisneros estaba sentada, con los ojos secos, revisando su bloc de notas. Enrique puso la bandeja sobre la mesa y le añadió dos cucharaditas de azúcar a la infusión.

—¿Hay algún otro elemento sobre la paciente Candelaria Ferrero que sea de relevancia clínica que no hayamos discutido?

— Sí —contestó Amalia—. Su cuadro clínico estuvo dominado por las ideas delirantes relacionadas con el personaje del bandido Maximiliano Ferreira.

Enrique Infante encendió su pipa despacio y lanzó algunas bocanadas de humo en forma de círculos.

—¿Qué ves en esos primeros dibujos? —le preguntó a Amalia.

—La caída en una espiral de miedo y dolor, pensamientos disgregados, lucha constante

consigo misma.

—Estoy de acuerdo. También considero que expresan furia y confusión. Me llama la atención la criatura humanoide. Entonces, ¿consideras que esa figura constituye la expresión de las tendencias sexuales de Candelaria, en un momento de ruptura total de su equilibrio mental y emocional?

—Sí, creo que el dibujo fue hecho en el período en que Candelaria sufrió la crisis delirante de connotación sexual con el personaje de Maximiliano Ferreira.

Enrique se levantó, prendió el ventilador y abrió la ventana.

—¿Te has preguntado por qué esa obsesión con Maximiliano Ferreira?

Amalia se quedó pensativa.

—No, no pensé que tuviera una razón específica.

—Si le estamos buscando sentido a la expresión de los pensamientos de una mente perturbada, entonces tenemos que cuestionarlo todo. Algunas cosas pudieran tener sentido, otras no. Debemos debatir los elementos principales de su cuadro clínico. La historia de Maximiliano Ferreira es muy vieja, ya casi nadie habla de él. ¿Por qué la obsesión de Candelaria precisamente con ese personaje?

Amalia tardó algunos segundos en responder.

—No había pensado en ello. Asumí que era un delirio.

—Es posible que sea un delirio, algún tipo de evocación distorsionada. Ocúpate de averiguar con los Ferrero si pudiera existir alguna conexión.

Amalia hizo la anotación. Enrique Infante continuó hablando mientras fumaba con fruición.

—Pasemos entonces al cuaderno de dibujos que fue un regalo de Socorro cuando ya trabajaba en el Asilo de Enajenados. Según tu interpretación, esos dibujos coinciden con la etapa en que Lidia Leiva fue recluida en el asilo. ¿En qué te basas para llegar a esa conclusión?

—Si te fijas, en todos los dibujos aparece un animal. Lidia Leiva era la única interna a la que se le autorizó la compañía de un gato. No sé si recuerdas que antes del juicio, Lidia fue trasladada a la sala de mujeres, porque comenzó con las crisis convulsivas y un buen día degolló al pobre animal.

—Recuerdo la historia, mas no estoy convencido. El gato pudiera ser una alucinación.

—Por supuesto que sí, pero hay más elementos que reafirman mi teoría. Candelaria era voyerista, le gustaba espiar, esconderse. Según Socorro, tenía la capacidad de trasladarse sin hacer ruido. Cuando no estaba en crisis, disponía de libertad para andar por el edificio. Los dibujos tienen un explícito contenido sexual y violento. Lidia Leiva es una asesina, una mujer cruel en extremo, que además tenía un gato...

—Que fue degollado antes del juicio.

Amalia cerró el cuaderno de notas, se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación mientras exponía su criterio.

—El gato pudiera ser un símbolo, pero tenemos un hecho categórico. Lidia Leiva estuvo embarazada y parió. Fue la única paciente embarazada en esa época, con un régimen de confinamiento especial. Sospecho que sostenía prácticas sexuales violentas con alguien y que Candelaria lo sabía. De alguna manera sus dibujos expresaban el mensaje que ella no era capaz de transmitir.

— El enigma es: ¿con quién?

—Y la respuesta nos llevaría al responsable de la muerte de Candelaria. Estoy segura de que no fue casual. La silenciaron porque sabía el secreto de Lidia Leiva y por ende podía perjudicar a alguien.

Enrique se dirigió a su buró, sacó la caja de tabaco y relleno la pipa en un ritual que a Amalia le pareció interminable. Luego habló pausadamente.

—Doctora Cisneros, tienes una mente muy fértil. No voy a descartar tu teoría de plano, pero te confieso que es bastante increíble.

Un toque discreto en la puerta interrumpió la conversación. La enfermera entró y le informó al doctor Infante que su primer paciente había llegado. Él le pidió que lo disculpara, demoraría algunos minutos. Una vez que la enfermera salió, Amalia continuó exponiendo con vehemencia su punto de vista.

—Sé que no tengo elementos objetivos, estoy dejándome llevar por mi intuición. La lobotomía fue practicada por Leónides y Abilio Ponte. Por supuesto que no sospecho de Leónides, es un colega y amigo, pero sí de Abilio Ponte. ¿De dónde salió ese doctor? ¿Qué lo trajo desde la capital hasta Cabo Azules? La plaza era temporal y se suponía que la cubriera alguno de los doctores jóvenes locales...

—Amalia, esa es una acusación muy seria.

—Si fuese acusación ya hubiera ido a la policía. Escúchame, y si te convengo, lo que tenemos que hacer es buscar los elementos para, al menos, lograr que se inicie una investigación. Yo creo que hay dos posibilidades. Te voy a explicar la primera. Según me contó Leónides, Lidia Leiva recibió visitas de un psicoterapeuta venido de la capital, poco tiempo antes de que saliera embarazada, quien estaba interesado en aplicar técnicas psicoanalíticas en personas que hubieran cometido delitos violentos. ¿Será que el doctor Ponte y el psicoanalista son la misma persona? No lo sé, pero creo que vale la pena averiguarlo. De serlo, tendría más de una razón para silenciar a Candelaria, una de ellas sería que se sintiera, de alguna manera, amenazado por ella. La segunda opción es aún más complicada. El padre del hijo de Lidia Leiva pudiera ser una persona de la Junta Directiva o alguien importante en esta ciudad y Candelaria lo sabía. Entonces, el supuesto doctor Ponte pudiera ser un asesino a sueldo.

Enrique contemplaba a Amalia con asombro.

—¿Te parece irracional..., descabellado?

El doctor Enrique Infante no respondió de inmediato. Estaba absorto en la contemplación del contenido de la taza de té. Finalmente, lo bebió de un tirón y luego se dirigió a Amalia, quien contemplaba el paisaje a través de la ventana.

—Mi querida amiga, puede que Abilio Ponte sea el padre del hijo de Lidia Leiva, el asesino o ambas cosas. ¿Pero cómo pudo asesinar a Candelaria delante de nuestras propias caras?

—Eso lo vamos a investigar. La autopsia es obligatoria para los pacientes que fallecen en el Asilo de Enajenados. Puedo pedir una copia del reporte. Ocúpate tú de revisar las historias clínicas de Candelaria y Lidia Leiva para ver si mi cronología es acertada. Verifica que hayan coincidido en la misma sala. Yo voy a hablar con Vida para ver si puedo sacar algo en claro sobre Maximiliano Ferreira.

—Perfecto. También voy a hablar con Juan para que verifique a Abilio Ponte. Él sabe cómo hacerlo. ¿Crees que podrás visitar a los Ferrero esta misma tarde?

—No, hoy le entregan a Socorro su hijo adoptivo y la casa va a ser un caos. Me temo que tendremos que esperar.

—Cuenta conmigo Amalia. Si aquí hay algo sucio, vamos a descubrirlo. ¡Ah!, y otra cosa, ven mañana temprano, pero como paciente. Creo que tienes la menopausia y necesitas un chequeo.

Amalia lo contempló por algunos segundos con la mano en el picaporte y no pudo dejar de sonreír.



El doctor Enrique Infante en el consultorio que compartía con la doctora Amalia Cisneros. Fotografía de 1925.

Ruido

Amalia se detuvo frente a la casa de los Ferrero, sorprendida por el inusual jaleo proveniente del interior.

—¿Qué es ese alboroto?

Entró al portal y tocó a la puerta. Dudaba que alguien pudiera escuchar el toque con semejante ruido. Aguzó el oído. Por debajo del llanto estridente de un bebé y el timbre agudo del teléfono, se distinguían voces agitadas. Volvió a tocar con mayor fuerza. Después de algunos minutos, Sol le abrió la puerta. Tenía una expresión asustada y jugaba nerviosamente con el borde de su falda. El teléfono paró de sonar, pero a los pocos segundos volvió a retumbar. Amalia vio a Vida al final del pasillo. Salía corriendo de uno de los cuartos en dirección a la cocina. Sol tomó a Amalia de la mano, la hizo entrar y cerró la puerta.

—José Alberto no para de llorar, Socorro no sabe qué hacer...

—Llévame a donde está el bebé.

Amalia llegó a la habitación, guiada por el sonido de un llanto persistente y desconsolado. Sol se había movido con tanta rapidez, que la había perdido de vista al doblar la esquina del pasillo central de la casa. Socorro y el bebé ocupaban ahora la habitación que había sido de Candelaria. Estaba decorada en tonos azul y verde con cortinas en diferentes tonos y las paredes cubiertas de estampas marinas: un cuadro de un caballito de mar rodeado de caracoles y otro de un gracioso pulpo agarrado de un ancla debajo del agua. La luz que entraba por la ventana abierta inundaba la habitación. En la cuna, el bebé de unos cinco meses pataleaba frenético, con la carita roja y los pequeños brazos estirados. Parecía estar furioso. Socorro y Sol lo contemplaban espantadas. Amalia cerró la ventana y corrió la cortina. Luego, con movimientos rápidos, se acercó a la criatura y lo alzó, sosteniéndolo por debajo de los hombros. Como por arte de magia, el bebé dejó de llorar. Amalia lo examinó con atención.

—Dame una frazada, el niño tiene frío.

—¡Pero si hay un calor horrible! —protestó Socorro.

—Los bebés no equilibran la temperatura igual que los adultos. Ponle el mosquitero por favor, hay que protegerlo de los insectos.

Con destreza, Amalia envolvió al bebé en la frazada ligera que le alcanzó Socorro, lo puso bocabajo en la cuna y le dio unas palmaditas en la espalda. José Alberto suspiró agotado, cerró los ojos y se durmió al instante.

Sol abrió la última gaveta del canastillero, sacó el mosquitero de encaje y tul y cubrió la cuna. Socorro se había sentado en el sillón de madera barnizada, con la vista fija en el techo y ambas manos presionándose las sienes. Con las yemas de los dedos índice y del medio, comenzó a hacer movimientos circulares por toda la frente. Esperó algunos segundos, para estar segura de que el bebé estaba tranquilo y luego se levantó con trabajo, como si le hubiera caído encima el peso de los años que todavía no había vivido. Se acercó a la cuna, se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. Amalia le tomó la mano y le dio un apretón de consuelo.

—No te preocupes Socorro, el bebé no está enfermo, el llanto es su reacción a un entorno desconocido. Debes observarlo para comprender cómo se siente y, sobre todo, evita comunicarle

tu ansiedad. Es importante que tenga horarios estrictos, bañarlo y sacarlo al aire libre por la mañana y por la tarde. Llévalo a la consulta para pesarlo y ajustarle el plan de alimentación. La maternidad es difícil, pero gratificante. Vas a conocer el amor más grande de tu vida.

Recogió su maletín y se dispuso a salir. Sol estaba recostada a la puerta del cuarto, contemplando la escena entre aliviada y sorprendida. Se apartó para darle paso a la doctora, abrió la boca, y comenzó una frase que, al parecer, José Alberto interpretó como una orden para romper de nuevo a llorar. Socorro se llevó las manos a la cabeza como si quisiera halarse el pelo.

—Pónganle música —dijo Amalia y salió de la habitación.

Sol fue corriendo a buscar el radio. Amalia se dirigió a la cocina y encontró a Vida de pie, abanicándose con furia y contemplando el aparato telefónico, que una vez más había comenzado a sonar. Cogió el auricular con rabia y se lo llevó al oído.

—¡Oigo!... No... Socorro está ocupada en estos momentos... Sí, le daré su recado... ¿María, me dijo?... Gracias, hasta luego.

Colgó el teléfono y se quedó con la vista perdida. Luego reaccionó y se dirigió a Amalia.

—Perdóneme doctora, es que no soporto este aparato, lo instalaron hace tres días y no para de sonar... Ya todos los amigos de las niñas tienen el número y la mitad de los empleados del Asilo de Enajenados han llamado a Socorro... ¿Ya Eugenio le dio el número? Es muy fácil, 4556...

—Sí, gracias. Al principio es molesto, pero un teléfono es muy útil, indudablemente.

Vida destapó las ollas que estaban encima del fogón y luego se detuvo a recoger unos granos de arroz de encima de la meseta de la cocina. Sin levantar la vista comenzó a hablar.

—Es que todo ha cambiado en esta casa desde la muerte de Candelaria...

Una lágrima comenzó a deslizarse por su mejilla. La secó con el dorso de la mano y disimuló su falta de compostura acomodándose el delantal. Amalia aprovechó la pausa para introducir el tema que la había traído a la casa aquella tarde.

—Vida, necesito hablar con usted sobre su cuñada Candelaria, por favor, ¿podiera ser?

Vida movió la cabeza afirmativamente y le hizo una señal a Amalia para que tomara asiento en uno de los taburetes de madera.

—¿Qué quiere saber doctora?

—Hay cosas que no comprendo y quisiera...

Sol irrumpió en el comedor con el rostro radiante.

—José Alberto se durmió. Le pusimos el radio bajito y se quedó rendido.

Vida se recogió el pelo mustio con las dos manos. Lo torció e hizo un moño en el centro de la cabeza con unas horquillas que sacó del bolsillo del delantal.

—Está bien Sol, déjame conversar con la doctora. Dile a Socorro que venga, esa muchacha se va a volver loca... Y llama a tu hermana para que salude a la doctora. Discúlpeme, ni café le he brindado, enseguida hago una colada.

Sol salió corriendo en dirección a la habitación de Socorro y Vida y Amalia se dirigieron a la cocina. Como una automática, Vida cogió una taza de medir y una vieja lata de galletas del estante, abrió la lata y llenó la taza de medir de granos de café tostado. El aroma invadió el recinto. Vertió los granos de café en el molinillo de hierro que estaba atornillado a la meseta de madera y comenzó a molerlos lentamente. Contemplaba con indiferencia, el polvo negro que recogía en una vasija de cristal. Preparó el colador, encendió el fogón, y puso a calentar el agua. Luego se viró y le dio el frente a la doctora, que la contemplaba sentada en el taburete de madera. No hizo esfuerzo por ocultar las lágrimas.

—No sé si estoy enferma o si esto que siento es tristeza. No puedo dormir, me duele todo el cuerpo y no tengo ánimos para ayudar a Socorro con el niño... Me da pena... José Alberto es lo

más importante para ella, pero yo no puedo... No tengo fuerzas. No puedo creer que Candelaria se haya ido... Ahora me arrepiento de no haberla visitado con más frecuencia. Le dejé esa responsabilidad a Socorro y no era justo. La pobre Candelaria...

—El período de duelo es difícil, Vida. De todas formas, si quieres, pasa por el consultorio, para hacerte un chequeo.

Socorro llegó a la cocina de la mano de Sol; tenía el vestido estrujado y los ojos inflamados. Vida sirvió el café y las invitó a pasar al comedor. Socorro y Amalia apuraron el contenido de las tazas. Vida solo probó el suyo. Se levantó, recogió la vajilla y se dirigió a su hija, que no se despegaba de Socorro.

—Déjanos solas y ve a ver qué está haciendo tu hermana que no ha venido a saludar.

—Estrella está hablando por teléfono con Eugenio en el cuarto.

—Sí, es cuando único no suena el teléfono. Dile que cuelgue. Vete ya, tengo que conversar con la doctora.

Sol se fue corriendo del comedor. Socorro hizo ademán de salir, pero Vida la detuvo.

—Quédate, por favor. Doctora, no hay nada sobre Candelaria que Socorro no pueda saber.

Amalia sacó el bloc de tapas de nácar y comenzó el interrogatorio.

—Candelaria tuvo delirios con un personaje de la leyenda popular, Maximiliano Ferreira, ¿crees que había alguna razón que pudiera explicar esa obsesión?

Vida se sentó despacio en el borde de la silla, mientras se secaba las manos en el delantal.

—Ya yo había olvidado esa historia. Es un secreto que tiene que ver con la familia y que nunca le conté a nadie. Lo supe por Candelaria. El apellido de la familia no era Ferrero, sino Ferreira. Maximiliano Ferreira, el bandido, fue el padre de Máximo, el padre de José, Candelaria, Basilio y las demás. Paloma Tejeda, la esposa de Maximiliano, se ocupó de cambiar el apellido de su hijo después de la muerte del padre, para evitar la humillación de estar emparentados con él. En aquella época era una vergüenza. A Candelaria se lo contó su madre y ella me lo confió antes de huir con Francisco, su segundo marido.

Socorro observaba a su tía con la boca abierta. Vida continuó.

—Ella era la única de los hermanos que lo sabía. Debí decírselo a José. No sé por qué lo oculté, después lo olvidé.

Amalia tomaba notas con rapidez. Cerró el bloc y se dirigió a Vida.

—Otra pregunta, según me contó Socorro, el doctor Abilio Ponte estuvo en esta casa, al parecer, por casualidad. ¿Alguien de la familia ha tenido noticias de él después de la lobotomía? ¿Ha hecho intentos por acercarse a algún miembro de la familia?

—No, que yo sepa —dijo Vida.

—El doctor Abilio Ponte ya no está en Cabo Azules, se fue ayer—dijo Socorro.

Amalia hizo un gesto de asombro, guardó el bloc en su cartera y se puso de pie.

—¿De dónde has sacado esa información?

—Mi amiga Ana, la que trabaja en la recepción del asilo, vino esta mañana a ver a José Alberto y me lo contó. Dicen que renunció.

Un grito agudo, venido de detrás de la puerta, interrumpió la conversación. Vida se levantó y se dirigió al pasillo. Vio la figura de su hija Sol, corriendo en dirección a la sala.

—¿Qué hacías oyendo la conversación? —gritó—. Ven acá...

Trató de alcanzarla, pero Sol entró al baño del pasillo y cerró la puerta con pestillo. Durante algunos minutos, Vida trató infructuosamente de que su hija abriera la puerta. Regresó al comedor arrastrando los pies. Iba a decir algo, quizás una excusa sobre el comportamiento de Sol, y en eso llegó Estrella. Abrazó a Amalia e intercambiaron unas palabras. Luego, la doctora pidió hacer una

llamada. Desde el teléfono de la cocina marcó el número del consultorio. Quería hablar con Enrique Infante, pero la línea estaba ocupada. Después marcó el número de su casa. Al primer timbrado, Eugenio contestó.

—Hola cariño, me hace falta un favor, no puedo comunicar con el consultorio y necesito hablar con Enrique. ¿Puedes ir un momento y decirle que desocupe el teléfono, que tengo información importante que darle? Dile que voy a casa de Leónides, necesito confirmar algo, que lo llamaré desde allá. Sí, Eugenio, te voy a pasar a Estrella, por favor, no te demores, es importante que hable con Enrique.

Amalia fue a darle el auricular a Estrella, ella se despidió con premura y salió corriendo hacia su habitación. Antes de cerrar la puerta gritó “yaaaaaaa” para que colgaran la extensión de la cocina. Amalia colgó y contempló a Vida, que se había sentado en la vieja mecedora. Al parecer, estaba concentrada en escuchar el tic tac del reloj de pared; el sonido del tiempo que se le escapaba entre las manos. Amalia notó que su antes exuberante cabellera negra se había tornado gris. Se despidió de ella y de Socorro. Paró el primer taxi que encontró en la avenida y le pidió al chofer que la llevara a la casa del doctor Leónides Carranza.

Por su parte, Enrique Infante no había podido comunicarse por teléfono con la casa de las Cisneros. Su hermano Juan había llegado y estaban prestos a analizar los dibujos de Candelaria. Le gustaría que Amalia escuchara la opinión de su hermano de primera mano.

Juan había mostrado interés en el tema. Primero quiso que su hermano le expusiera los sucesos que los llevaron al análisis de los dibujos. Enrique se acomodó en el sillón y comenzó la exposición de los hechos.

—La línea cronológica de Amalia es correcta. Lidia Leiva y Candelaria coincidieron en la sala de mujeres del Asilo de Enajenados antes del juicio. Lo comprobé estudiando las historias clínicas.

—¿Algún otro dato interesante?

—Lo interesante es lo que no pude encontrar. Leónides le mencionó a Amalia que un psicoanalista había estado visitando a Lidia Leiva, antes de que ella saliera embarazada. Al parecer, sospechaba que aquel sujeto podría ser el padre de la criatura. Sin embargo, en la historia clínica de Lidia Leiva no hay constancia de las visitas del psicoanalista. Le pregunté a la secretaria del director, de forma indirecta y no parecía saber de qué estaba hablando. Después interrogué a la cuidadora de Lidia Leiva y dijo no recordar a ningún doctor de la capital que por aquel entonces la hubiera visitado.

Juan paseaba por el despacho, jugando con la cadena de su reloj de bolsillo.

—Entonces alguien está mintiendo —dijo—. O el psicoanalista no existe, o alguien ha borrado toda evidencia de su paso por el Asilo de Enajenados y ha coaccionado a los testigos para que no hablen.

Enrique se levantó y observó a su hermano como al adversario de una partida de ajedrez. Expuso su criterio, despacio, como quien mueve una reina sobre el tablero.

—Sí, es intrigante. Si consideramos estos elementos, todo apunta a la segunda de las teorías de Amalia. Alguien de la Junta Directiva, o algún político importante, estuvo involucrado sexualmente con Lidia Leiva.

Juan rechazó la jugada.

—Podiera ser, pero es muy pronto para aceptar una u otra teoría. Escucha lo que pude averiguar sobre Abilio Ponte. La familia Ponte es conocida en la capital. Abilio es el heredero de una de las más grandes fortunas del sector industrial, nuevos ricos, ya sabes. Su padre es el mayor inversionista de la industria ferroviaria, sin embargo, él no parece tener el menor interés en los

trenes.

—¿Y qué lo trajo por estos lares?

—Al parecer, el doctor Ponte está fascinado por los misterios de la mente humana e intrigado en extremo por la complejidad de las perversiones. Todo parece indicar que quiere ayudar a los que sufren en el infierno de la locura. Creo que esto explica por qué vino hasta Cabo Azules. No tiene historia criminal; eso está confirmado.

—¿Podiera ser un impostor? —preguntó Enrique.

—No, mira lo que acabo de recibir.

Sacó del bolsillo interior del saco un recorte de periódico.

—Abilio Ponte está comprometido con una joven de la aristocracia capitalina. Este es el anuncio del compromiso en la crónica social.

Enrique miró con atención la foto que encabezaba el artículo periodístico. El hombre miraba hacia un lado, con aire distraído, mientras que una joven rubia, de complexión atlética y nariz aguileña, colgada de su brazo, sonreía mirando a la cámara.

—Es él, no cabe duda. Entonces podemos eliminarlo de la lista de sospechosos —dijo Enrique mientras depositaba el recorte de periódico sobre el buró.

—No, todavía no; el asunto es complicado. Me gustaría hablar con él antes de eliminarlo. Pero eso puede esperar. Déjame ver los dibujos.

Enrique abrió la gaveta de su buró y sacó la libreta de rayas y el cuaderno.

—Aquí los tienes, tanto la libreta como el cuaderno pudieran proporcionarnos alguna pista. La libreta corresponde a la primera etapa...

Juan cogió el cuaderno de tapas de cartón. Tenía los ojos brillantes y una actitud de guerrero, como si aquellos dibujos contuvieran un secreto fascinante. Se sentó en el sillón junto a la ventana, se ajustó las gafas y comenzó a hojearlo, observando con atención cada detalle.

—Juan, debes comenzar por la libreta de rayas, es la que corresponde a la primera etapa...

—No, estoy tratando de buscar otro punto de vista. La cronología ya está verificada, no es lo que me interesa.

Enrique observó a su hermano con admiración. Juan era famoso en Cabo Azules por su agudeza mental y su meticulosidad, cualidades que le habían sido de gran utilidad en su profesión de abogado. Para su sorpresa, Juan no demoró mucho observando los dibujos. Cerró el cuaderno con un golpe seco y lo depositó encima del buró. Se sacudió las manos y se dirigió a su hermano Enrique.

—Estoy de acuerdo con ustedes, son escenas violentas, sin embargo, no podemos asegurar que reproduzcan la realidad que Candelaria estaba viviendo en el momento que creó los dibujos. Asumir que fue partícipe de los actos violentos, es pura especulación. La violencia tiene efectos terribles en el ser humano, efectos perpetuos. No podemos descartar que Candelaria haya tenido algún tipo de experiencia agresiva en el pasado y que, en su confusión mental, la estuviera recreando como un acontecimiento del presente.

—Tienes razón... Creo que estamos en un callejón sin salida.

—No, todavía no hemos terminado.

Juan cogió la libreta y comenzó a hojearla. Pasó rápidamente las páginas repletas de dibujos de flores mutantes, hasta que llegó a las hojas rasgadas, con los trazos fuertes.

—Observa esto, Enrique..., me llama la atención... ¿Qué pudo ocurrir para que Candelaria dejara de hacer los dibujos complicados y creativos, de forma súbita? Estos trazos están hechos con rabia, fijate, el papel está rasgado. Candelaria estaba furiosa cuando hizo esto. ¿Qué pudo ocurrirle? ¿Quizás fue testigo de algún acto, algo que le produjo enojo y miedo? ¿O quizás fue ella

la víctima? Sé que estoy especulando, pero aquí ocurrió un cambio de actitud que debemos tener en cuenta.

La asistente del doctor Enrique Infante tocó a la puerta y entró con una bandeja con dos vasos de limonada fría. Los hombres no pudieron dejar de agradecer la iniciativa; la temperatura estaba más alta que lo normal en esa temporada. Con el vaso aún a medio beber, Juan siguió hojeando la libreta. Se detuvo en la página del dibujo de la criatura humanoide.

—Fíjate, Enrique, aquí Candelaria escribió la palabra Maximiliano muchas veces. ¿Sabes a quién se refería?

—Al bandido, el de la leyenda popular, estaba obsesionada con ese personaje. Hoy Amalia fue a casa de los Ferrero a averiguar si hay algún tipo de conexión...

—Creo que ese aspecto de la historia es irrelevante —interrumpió Juan— al menos desde el punto de vista criminal. Quizás pueda ayudarlos a desentrañar los pensamientos tormentosos de Candelaria, pero no va a aportar ningún elemento en relación con los supuestos encuentros sexuales.

Enrique suspiró desalentado y se dispuso a encender su pipa. Juan colocó la libreta abierta en la página de la criatura humanoide y el cuaderno de hojas grandes exponiendo el primer dibujo, aquel donde mejor se observaban los participantes en la escena violenta: un hombre, dos mujeres y un gato. Se alejó unos pasos y comenzó a hablar, como si lo hiciera consigo mismo.

—Los dibujos solo serían significativos si pudieran dar una pista de cuándo o de dónde se produjeron los encuentros sexuales, o de quiénes estuvieron involucrados...

Súbitamente Juan se adelantó, puso las manos sobre el buró y bajó la cabeza hasta colocarla a escasos centímetros de la página abierta del cuaderno de hojas grandes.

—Oh, creo que estoy dejando volar mi imaginación..., pero..., tal vez aquí pudiera haber una pista...

Enrique dejó la pipa sin encender sobre el buró y se acercó a su hermano. Juan se separó unos pasos, y comenzó a pasear por la habitación con las gafas de leer en la mano.

—¿Dime qué ves? No centres la atención en la escena..., fíjate bien..., pudiera decirse que los trazos son como un encabezamiento...

Enrique contemplaba la página con interés. Entusiasmado por su descubrimiento, Juan hojeó con rapidez las páginas del cuaderno.

—No me cabe la menor duda..., aquí hay una pista, se repite una y otra vez. Candelaria Ferrero nos está diciendo algo...

—Son solo garabatos —dijo Enrique.

Juan, quien no podía contener su excitación, comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, con las manos entrelazadas en la espalda.

—Analiza, Enrique. Describe lo que ves.

—Un círculo tachado, un triángulo y lo otro pudiera ser..., ¿una medialuna?... No sé, son solo trazos, quizás pudiera ser una letra..., una E...

—¡Exacto! Es la letra E... ¡Épsilon!... Mira bien... Si consideramos el alfabeto griego, la primera letra sería Phi, la segunda Delta y la tercera Épsilon. Phi Delta Épsilon, el nombre de la fraternidad médica internacional.

Enrique observaba a su hermano estupefacto. Juan agarró una hoja de papel, e hizo la inscripción $\Phi\Delta E$. Movía el pliego con rapidez frente a la cara de Enrique.

—¡Esta es la pista que habíamos estado buscando!

Enrique se rascaba la cabeza con expresión de incredulidad.

—No veo la relación...

Juan se paró delante de su hermano. De pronto, cierta lobreguez opacó su anterior euforia.

— No entiendes porque no tienes todos los elementos. Un estandarte de la fraternidad Phi Delta Épsilon adorna la pared del salón de reuniones de la Junta Directiva del Asilo de Enajenados. En innumerables ocasiones me reuní con el doctor Carranza en ese lugar cuando preparábamos la defensa de Lidia Leiva. Tal vez hemos estado rodeados de pistas, detalles que nunca tomamos en cuenta por mucho tiempo...

— Pudiera ser una extraña coincidencia —dijo Enrique.

— No creo en coincidencias. Si lo que estoy pensando es cierto, algo atroz ha ocurrido en el Asilo de Enajenados. Como abogado he visto cosas horribles, pero si estoy en lo cierto, lo ocurrido va más allá de lo que se puede aceptar.

Enrique contemplaba a su hermano con los hombros caídos. Sin levantar los ojos del piso comenzó a balbucear.

— No entiendo... No puedo pensar... Somos colegas.

— Creo que descubrimos un buen punto de partida para una investigación criminal.

— ¿Entonces la muerte de Candelaria pudiera ser, efectivamente, algo intencional, como supone Amalia? —preguntó Enrique, quien agarró con movimientos nerviosos la pipa y chasqueó el mechero de oro que se negaba a encender.

— ¿Un asesinato quieres decir? No lo sé..., todavía. ¿Puedes llamar a Amalia por favor? Es imprescindible ponerla al tanto.

Enrique marcó varias veces el número de la casa de las Cisneros sin éxito. La línea parecía estar interrumpida.

— Intentalo otra vez, por favor —dijo Juan.

Un toque leve detuvo la acción. Eugenio asomó la cabeza y pidió permiso para entrar. Estaba jadeando y tenía la camisa empapada de sudor. Saludó a Juan y se dirigió a Enrique.

— Buenas tardes tío, disculpa, mamá ha estado tratando de llamar, y el teléfono le daba ocupado. Dice que tiene noticias, que es importante...

— ¿Dónde está tu madre ahora, Eugenio? —preguntó Juan.

— Cuando me dio el recado estaba en casa de los Ferrero, pero iba a salir para casa del doctor Carranza porque tenía algo que confirmar.

Juan cerró el cuaderno de Candelaria y lo colocó junto a la libreta de dibujos en la gaveta del buró de su hermano.

— ¿Cuándo llamó tu madre, Eugenio?

El muchacho bajó la mirada y se metió las manos en los bolsillos.

— Fue hace rato, la verdad, me entretuve hablando por teléfono con Estrella.

Juan cerró la gaveta de un golpe y se dirigió a saltos hacia la mesa del teléfono. Con movimientos ansiosos, buscó en la libreta que su hermano mantenía al lado del aparato, el número de teléfono del doctor Leónides Carranza. El sonido agobiante de la línea ocupada repiqueteó en sus oídos.



Juan Infante, abogado.

El crimen perfecto

Julia, la empleada doméstica de Leónides Carranza, abrió la puerta y dijo que el doctor no recibía visitas, que se sentía indispuesto.

—Dile que me urge hablar con él, por favor.

Amalia puso su maletín de cuero sobre la mesa de la sala y permaneció de pie, con los brazos cruzados. Movía con ansiedad la pierna derecha. El reloj de péndulo comenzó a sonar, eran las seis de la tarde y ya estaba oscureciendo. Julia regresó, encendió la luz de la sala y le dijo que el doctor la esperaba en su despacho.

—No necesitas acompañarme, Julia.

Se dirigió de prisa hacia el despacho, tocó a la puerta y, sin esperar respuesta, entró. Sobre la mesa de centro, un candelabro de bronce soportaba tres velas encendidas. Las sombras de las llamas parecieron retorcerse agónicamente cuando ella cerró la puerta. Escuchó la voz de Enrique Caruso que brotaba, poderosa, del gramófono. La lámpara Tiffany, colocada en la esquina de la habitación, al lado del buró de madera tallada, proyectaba una luz íntima y cálida. Leónides Carranza reposaba en un sillón estilo inglés, con el cuerpo relajado y los ojos cerrados. Sin abrirlos se dirigió a Amalia.

—Debe ser algo importante lo que te trae por aquí cuando has venido sin avisar.

—Lo es.

—Te escucho.

Amalia se sentó frente a él, cruzó las piernas, suspiró, entrelazó los dedos de las manos y, sin quitarle la vista a las sombras de las llamas del candelabro, comenzó a hablar. Las palabras salieron atropelladas.

—Desde el mismo día que ocurrió, he tenido la sospecha de que la muerte de Candelaria Ferrero no fue accidental. El caso es que comencé a investigar y he encontrado indicios, no evidencias, de que en el asilo han estado sucediendo cosas extrañas, graves, y creo que Abilio Ponte pudiera estar involucrado.

Leónides abrió los ojos, se incorporó en el sillón y, durante algunos segundos, observó a Amalia con expresión perpleja. Ella cambió de posición, incómoda por el silencio que pesaba en la habitación.

—¿No dices nada? Leónides..., estoy sorprendida, esperaba alguna reacción de tu parte...

Una llovizna impertinente había comenzado a entrar por la ventana y con el soplo del viento las llamas de las velas se apagaron. Leónides se levantó y cerró la ventana.

—Necesitas unas vacaciones, Amalia. Una vez mencionaste que te gustaría ir de viaje con Eugenio, a Jamaica, creo que dijiste.

—¿No me crees?

Leónides se paró al lado del buró y comenzó a golpear la superficie con los nudillos de su mano derecha. El choque del anillo de ónix contra la madera producía un sonido monótono y enervante.

—Lo que creo es que te has presentado en mi casa, sin avisar, sin estar invitada, a decirme que algo terrible está pasando en la institución a la que pertenezco, a la que le dedico la mayor parte

de mi precioso tiempo. ¿Cómo te atreves?

Amalia lo miró alarmada. El tono amenazante en la voz del doctor ponía una nota discordante en la conversación.

—Leónides..., creo que si está pasando algo debemos averiguarlo...

—Dime qué sabes —la interrumpió en forma tajante.

—No mucho. Candelaria Ferrero dejó unos dibujos que sugieren actos de violencia sexual. Se lo comenté a Enrique y él a Juan y estamos tratando de buscar elementos para iniciar una investigación.

Leónides se recostó al buró con los brazos cruzados. Tenía el ceño fruncido y los labios sin color.

— Ya veo..., involucraste a los Infante ¿Y no hubiera sido mejor que hablaras conmigo, que me consultaras mi opinión?

— A eso he venido, no comprendo tu actitud, estás actuando como si yo fuera tu enemiga.

— Estás agrediendo mi reputación.

— No, estoy tratando de proteger a esas pobres locas...

Un toque leve en la puerta interrumpió la conversación. Julia asomó discretamente la cabeza para comunicar que había terminado sus labores, si el señor no necesitaba nada más, le gustaría irse a su casa.

— Gracias Julia, puedes irte. Hasta mañana.

Amalia trató de ignorar la tensión del ambiente, la barrera que de repente se había creado entre ellos. ¿Cómo era posible que ella no hubiera pensado que el doctor pudiera considerar el asunto como una ofensa personal? Decidió tomar la iniciativa y tratar de obtener la mayor información posible. Si Leónides no quería cooperar, ella iba a tener que continuar las pesquisas sin su ayuda.

—¿ Es cierto que Abilio Ponte renunció?

— Sí, es cierto, no somos compatibles. No tenemos los mismos puntos de vista.

Amalia se levantó de un salto y se dirigió hacia la mesa del teléfono.

— Tengo que llamar a Enrique, es importante que Abilio Ponte no salga de Cabo Azules. Quizás Juan encuentre un recurso para retenerlo...

Cuando quiso descolgar el teléfono, Leónides le sujetó la mano impidiéndole que alcanzara el auricular. Amalia se soltó y dio dos pasos atrás. Su turbación duró unos segundos. Luego se dirigió nuevamente al doctor. Soltó una parrafada casi sin respirar.

— Escúchame, Leónides. Pienso que hay alguna relación entre Abilio Ponte y Lidia Leiva. Sospecho que él es responsable de la muerte de Candelaria. ¿Cómo vamos a permitir que se vaya? ¡Tenemos que hacer algo!

Leónides Carranza dejó caer con fuerza el puño cerrado sobre el buró. El ruido del puñetazo retumbó en la habitación en penumbras. Pálido, y con el cuerpo rígido, se paró frente a Amalia.

— Ahora estás pisoteando mi orgullo —le dijo—. ¿De verdad piensas que un medicucho venido de la capital iba a cometer un asesinato, durante un procedimiento público del que yo era responsable? Eres demasiado ingenua. Con tus sospechas me menosprecias, socabas mi autoridad y me faltas el respeto.

Un escalofrío recorrió su espalda. Amalia mantenía la vista clavada en algún punto localizado en el sillón inglés que Leónides había ocupado antes, y los pensamientos corrían en su mente unos tras otros, precipitados, convulsos, inconexos. Algo andaba mal. Las piezas del rompecabezas no encajaban. Respiró profundo varias veces y miró de frente a su colega. Leónides, que contemplaba el gramófono, parecía haber recuperado la compostura. Le dirigió una mirada apática y subió el

volumen de la música. La voz de Caruso invadió el espacio.

—¿Te apetece una taza de té?

Sin esperar respuesta, salió de la habitación. Amalia esperó que Leónides se alejara y descolgó el teléfono. Necesitaba hablar con Enrique. Las manos comenzaron a temblarle cuando comprobó que no había tono de discar. Comenzó a pasear por la habitación, tratando de razonar. En cuanto Leónides regresara, le diría que debía asumir su responsabilidad y contribuir con la investigación, aun cuando estuviera en juego su reputación y su orgullo profesional. Distraída, comenzó a pasar los dedos por las cubiertas de los libros que se alineaban en el segundo entrepaño del librero. Había sido un error no considerar una posible reacción defensiva por parte de Leónides, debía haberlo consultado con Enrique. De pronto, sus dedos tropezaron con un espacio entre dos libros. Sin pensarlo, introdujo la mano y agarró un objeto que estaba oculto entre dos de los volúmenes de la enciclopedia farmacéutica. El descubrimiento la golpeó como un bofetón imprevisto. Era un crucifijo de madera y cuerda. Un crucifijo marinerico. De repente, escuchó un ruido seco y luego el tintineo de unas llaves. Con premura puso el crucifijo sobre el buró. “¿Por qué cierra la puerta de la calle?“, pensó.

Luego, las luces de la sala se apagaron. Leónides Carranza apareció con un manojito de llaves en la mano. Con parsimonia, las colocó en la gaveta del buró. Amalia trató de disimular su nerviosismo.

— Creí que me habías brindado té...

— No recuerdo que aceptaras.

En un acto instintivo, Amalia se colocó detrás del sillón inglés. No podía soportar el peso de la duda que se iba acrecentando en su mente.

—¿Por qué tienes este crucifijo?

—¿Qué tiene de particular?

—Pertenece a Candelaria Ferrero...

Leónides tomó el crucifijo y lo colocó en el librero. Luego se sentó en el butacón detrás del buró, y comenzó a jugar con una pluma de fuente.

— Amalia Cisneros, hace muchos años que nos conocemos, ¿cuántos? Más de diez. Antes de nuestro primer encuentro había escuchado muchas cosas sobre ti. ¿Sabes qué pensaba? Que no eras más que una improvisada. Después descubrí que eres inteligente, quizás demasiado.

Colocó la pluma de fuente en la escribanía de cuero y agarró un abrecartas de plata. Comenzó a deslizar la afilada hoja sobre la yema de sus dedos. Amalia contempló espantada cómo la sangre comenzaba a brotar. Sin inmutarse por el daño que se estaba infligiendo, Leónides continuó hablando, sin levantar la vista, como hipnotizado por el color rojo brillante del líquido que brotaba de sus dedos.

—¿Tienes algún secreto, Amalia? No, no tienes que contestarme. Por supuesto que tienes secretos. Todos los tenemos. Algunas personas viven en armonía con sus insignificantes y miserables secretos. Otros estamos atrapados por ellos.

Amalia, parapetada detrás del sillón inglés, era incapaz de moverse. Sentía sus miembros rígidos, y un sudor frío que le corría por la espalda. ¿Qué significaba aquella actitud extraña de autoagresión? ¿Por qué Leónides tenía el crucifijo de Candelaria? Repasó en su mente sus teorías respecto a los supuestos hechos que ocurrieron en el Asilo de Enajenados. ¿Había llegado a la conclusión errónea? Se decidió a hablar, tratando de controlar el temblor de su voz.

— Siempre he sabido que tú tienes un secreto. Hace mucho tiempo te dije que, si alguna vez querías compartirlo, podías contar conmigo.

Permanecieron en silencio por algunos segundos. Leónides tenía el rostro pálido y sus manos

temblaban de manera perceptible. No hizo ningún esfuerzo por disimularlo. Sin levantar la vista comenzó a hablar.

— Mi primer recuerdo húmedo proviene de una paliza que me dio mi madre. No sé por qué soy como soy. Quizás el origen de mi..., pudiéramos llamarle..., debilidad, se remonte a alguna experiencia de mi niñez. Pero lo importante no es la causa, sino la consecuencia. Disfruto el dolor, es mi adicción. Y ella lo descubrió.

— ¿Te refieres a tu esposa?

— ¿Encarnación? No, ella era una mojigata, nunca se lo imaginó. Me refiero a Lidia Leiva.

Amalia se alejó algunos pasos. El peso de la confesión la abrumó. Se resistía a comprender el significado de aquellas palabras.

— ¿Lidia Leiva y tú? Lo que me cuentas no tiene sentido.

— La cordura y lo irracional son dos caras de una misma moneda, mi querida Amalia. Algunas mujeres son como el opio. Lidia es una de ellas. Planeé seducirme desde el primer día en que fui a verla, cuando tuvo aquella crisis nerviosa en casa del alcalde. Creo que lo hizo para vengarse de su marido, ¿qué más da? Lidia Leiva me hizo saltar al vacío, me impulsó a disfrutar de mis más oscuras pasiones, de mis más escalofriantes deseos. Ella es mi complemento. La otra mitad que había estado buscando durante todos estos años.

Amalia sintió el sudor en sus manos y los latidos de su corazón. Trataba de enfocar su mente para procesar la información que estaba recibiendo. No podía ser verdad, o al menos ella se resistía a creerlo. Optó por no interrumpir.

— No te voy a negar que al principio tuve cargos de conciencia. Me sentía pecador, sucio, traidor y, también, víctima. Pero el mismo pecado me llevó a un estado de irreflexión que me permitió sobrevivir. Ella es el centro de mi vida. Si he cuidado mi reputación, fue porque Lidia me lo exigió, porque hasta mi buen nombre había dejado de importarme. ¿Cómo supo de mi debilidad? No lo sé. Es habilidosa, sin lugar a duda una experta. Una vez que descubrió mi flaqueza, la explotó hasta convertirme en su esclavo, un pobre ser que mendiga un poco de su amor.

— ¿Cómo pudiste hacerlo? Eres médico. No puedo entender esa clase de transgresión. A pesar de toda su maldad, Lidia Leiva era tu paciente, confiaba en ti.

— No me interesa discutir las implicaciones morales de mi conducta. No niego que ha sido difícil. He tenido que mentir, que disimular, que ocultar mis sentimientos, mi pasión. La etapa más difícil fue el período alrededor del juicio. Juan Infante estaba conmigo todo el tiempo, preparando la defensa. Después, cuando Lidia fue internada en el asilo, tuve todo el tiempo del mundo. Yo era su médico, teníamos sesiones privadas.

— Entonces nunca hubo un psicoanalista de la capital...

— No, no lo hubo.

A Amalia le tomó un minuto comprender las implicaciones de la confesión.

— ¿Y los miembros de la Junta Directiva nunca sospecharon de ti? ¿No se imaginaron que podías ser el padre de la criatura?

— Quizás esa idea cruzó por la mente de más de uno, pero Lidia se encargó de desviar la atención. Se las agenció para seducir al secretario de la Junta Directiva. Las investigaciones no llegaron muy lejos. Además, nunca subestimes el poder del rumor. Yo me encargué de sembrar la semilla de la duda con respecto al alcalde. Visitó a Lidia en el asilo varias veces, a petición de su familia.

— Entonces los dibujos de Candelaria...

— Reflejaban una realidad. Ese era nuestro secreto. Candelaria fue una páticipe involuntaria.

Aunque su mente estaba perturbada, no podía obviar sus instintos. La involucramos en nuestro juego, disfrutamos de su perversión. Pobre criatura, nunca supo que la estábamos utilizando. No tienes que decirme que es morboso, o perverso. Lo sé. Expresarlo me libera de una carga muy pesada. Ya no es un secreto.

Amalia recordó la imagen de Candelaria Ferrero, su fragilidad espectral, su desamparo, su extravío. Sintió las lágrimas pugnando por salir. No era el momento de dejarse arrastrar por las emociones. Salió de detrás del sillón y dio algunos pasos en dirección a la puerta.

—No te reconozco Leónides, ya no sé quién eres. Te aprovechaste de una pobre enferma, abusaste de ella y reforzaste sus delirios.

—Era inevitable. Lidia tenía una obsesiva sensación de conexión con Candelaria. Como si compartiera sus mismos demonios.

—Tú la mataste.

Leónides se paró y se dirigió al librero. Agarró el crucifijo y comenzó a acariciarlo.

—Candelaria Ferrero murió durante una lobotomía que fue practicada en público.

—No, tú la mataste.

—¿Cómo pude hacerlo? —dijo Leónides con una sonrisa.

Amalia respiró profundamente, cruzó los brazos y levantó la barbilla.

—Ya veo, me estás retando. No creas que eres tan listo. Yo estaba presente durante el procedimiento, seguí cada uno de tus movimientos. Abilio Ponte estaba a tu lado, te ayudó durante el proceso. También estaban las enfermeras. Era imposible. Entonces, si no pudiste matarla durante la lobotomía, la mataste antes. Cuando Candelaria llegó a la sala de procedimientos era un cadáver andante.

Leónides dejó el crucifijo y comenzó a pasearse por la habitación.

—Eres brillante, Amalia. Tienes razón. Luminal, querida amiga, el barbitúrico de moda. Me encargué de darle en el té del desayuno la cantidad suficiente para deprimir su sistema respiratorio. No resistió el electrochoque. Cuando le practiqué la lobotomía, ya estaba muerta.

—Pero ¿por qué?

—Fue una apuesta. Lidia aseguraba que nadie podía cometer dos veces el crimen perfecto, ni siquiera yo.

Amalia tuvo que sujetarse del respaldo del sillón. Por unos segundos sintió náuseas y una sensación de ahogo. Con el pecho a punto de explotar, observó a quien había considerado su amigo durante tantos años. Se llevó las manos a la boca en un gesto de horror al comprender el significado de aquella confesión.

—¿Dos veces?... ¡También asesinaste a tu esposa! Entonces los rumores que han circulado por este pueblo durante tantos años tenían sentido.

Leónides sonrió.

—Lo de Encarnación no fue premeditado. En medio de una discusión por un asunto de dinero, dijo que necesitaba refrescarse. Entró al baño y yo la seguí. Continuamos discutiendo mientras ella buscaba el agua de azahares y las sales de Epsom. Estaba sentada en el borde de la bañera, con el grifo abierto. Traté de convencerla, quise que entrara en razones. No transó. Acabé sosteniendo su cabeza dentro de la bañera por un tiempo mayor del que ella pudo resistir. Sabía que cualquier perito forense podría descubrir que había muerto ahogada. Entonces simulé lo de la caída, con el rostro dentro del plato de agua del perro. Sabes que tengo un sentido del humor muy especial. No puedes dejar de reconocer que fue genial. Sí, los rumores aún continúan, no obstante, nunca se pudo probar que yo tuviera ningún grado de participación en el hecho.

Amalia contempló al hombre de pie frente a ella. Tuvo la sensación de que el tiempo se había

agotado, el peso de tantas mentiras parecía demolerla. Leónides Carranza era su enemigo, uno muy peligroso. Trató de controlar el temblor de sus manos y pensó en su hijo. No podía dejarse atrapar. Leónides, aquel desconocido, se dirigió con calma hacia el buró de madera tallada. Se frotó las sienes y suspiró.

— Ya nada me importa, Amalia. Mi vida sin ella no tiene sentido. Después que nació la criatura las cosas se han puesto difíciles para nosotros. Ya no podemos vernos como antes y la muerte de la loca ha complicado las cosas.

Parada frente al hombre, evaluó sus posibilidades. Tenía que salir de la habitación. Horrorizada, vio cómo Leónides abría despacio la gaveta del buró y sacaba un revólver. Con la vista clavada en el objeto, el médico continuó hablando.

— Creí que había ganado la apuesta, pero comenzaste a husmear. Me obligas a volverlo a hacer. Ahora será más complicado: ¿se puede cometer tres veces el crimen perfecto?...

— Leónides..., somos amigos..., no puedes... —dijo Amalia mientras trataba de acercarse a la puerta.

— Conoces el secreto y has involucrado a los Infante. Juan no estará tranquilo hasta que no sepa la verdad. Por eso, tú y yo vamos a construir una nueva verdad y es esta: Abilio Ponte es el responsable de la muerte de Candelaria Ferrero y los incidentes en el Asilo de Enajenados nunca existieron.

Amalia contemplaba petrificada al doctor Carranza. Tenía que salir a toda costa del despacho. Trató de dirigirse a la puerta, y Leónides le bloqueó el paso.

— No puedo ocultar que estuviste aquí, así que vas a llamar a Enrique Infante y le dirás que tienes pruebas de que Abilio Ponte mató a Candelaria por accidente durante el procedimiento, que yo lo confesé. Puedo resolver con facilidad un litigio ético y más si se trata de la muerte de una loca.

— El teléfono no funciona...

— No seas tonta, solo está desconectado. ¿Crees que no te conozco? Vas a hacer esa llamada y también le vas a decir que estás convencida de que los dibujos de Candelaria no tienen ningún sentido, que mañana le explicas cómo llegaste a esa conclusión. Vas a hacer exactamente lo que te digo, o tu querido Eugenio, el rey de tu vida, sufrirá alguna clase de accidente, o quizás desaparezca sin dejar rastro... Sabes que puedo hacerlo.

Las luces de varios automóviles se colaron por la ventana dándole a la escena un aspecto fantasmagórico. El ruido los tomó por sorpresa. Toques fuertes en la puerta, voces de hombres llamando al doctor Carranza. Eran los hermanos Infante. En el brevísimo momento de desconcierto de Leónides Carranza, Amalia tomó de la mesa de centro el candelabro de bronce y lo estrelló contra los vidrios del librero. Pedazos de cristales cayeron por todas partes. Movida por el terror y el instinto de conservación, Amalia salió corriendo del despacho. Se dirigió a la sala, consciente de que el hombre la venía persiguiendo. Comprobó que la puerta principal estaba cerrada con llave y con todas sus fuerzas le gritó a Juan que la rompiera. A tientas se dirigió hacia la saleta, chocando con algunos muebles. La cruzó corriendo hasta llegar al baño de invitados, a la entrada del primer cuarto. Abrió la puerta y la cerró por dentro. Contempló con horror que había caído en una trampa. El enrejado de la ventana reducía a nulas las posibilidades de escapar. Se pegó a la pared y se cubrió la cabeza con los brazos. Entonces sonó el disparo.

Los eventos ocurrieron con tal rapidez que Amalia no podía recordar el orden en que sucedieron: vidrios rotos, voces, golpes fuertes, gritos, un disparo. Luego silencio. Permaneció agachada con la cabeza cubierta por sus brazos hasta que una voz conocida la hizo sentir segura.

— Amalia, abre, por favor. Ya todo pasó.

Abrió la puerta y abrazó llorando a su amigo Enrique Infante.



Leónides Carranza vestido de gala. Fotografía fechada en 1920.

Secretos y misterios

El día que Leónides Carranza se suicidó, Amalia Cisneros determinó revelar sus propios secretos. Durante algún tiempo tuvo que posponer su decisión, debido a los asuntos relacionados con la investigación criminal y a las consecuencias que acarreó la muerte del doctor. Por una parte, tuvo que presentar declaración en la policía y, por otra, lidiar con las cuestiones profesionales que se derivaron del suceso.

La junta directiva de la Asociación Médica de Cooperación en Emergencias y Desastres de Cabo Azules dictaminó, por unanimidad, borrar toda huella del quehacer del doctor Carranza. El alcalde, por su parte, resolvió que su nombre fuera eliminado de la lista de próceres locales. Aquel había sido uno de los grandes orgullos del doctor, que su nombre hubiese sido cavado en piedra, en la pared frontal del edificio del ayuntamiento. Ocurrió después del ras de mar que destruyó la ciudad en 1936, cuando el programa que propuso para eliminar las epidemias fuera un éxito (con la ayuda de la doctora Amalia Cisneros, por cierto).

Si el doctor Leónides Carranza no hubiera cometido dos asesinatos previos a su suicidio y si no hubiera sido evidente su intención de agredir a Amalia Cisneros, probablemente Lidia Leiva hubiera sido condenada por seducirlo. Sin embargo, con el comportamiento criminal del doctor, la asesina salió beneficiada. De brutal homicida, pasó a ser la víctima de un médico inescrupuloso, que se aprovechó de su posición de poder para abusar de ella, quebrantando uno de los más sagrados compromisos: el juramento hipocrático. Y en medio de las infructuosas discusiones morales que se desataron en torno al tema, sobre todo en las esferas intelectuales de Cabo Azules, un buen día, Lidia Leiva desapareció del Asilo de Enajenados. Se decía que había sido trasladada a un hospital psiquiátrico cuya localización no fue divulgada, aunque también se comentaba que su influyente familia había pagado una fortuna para sacarla del país. Unos decían que había escapado hacia España, otros que hacia los Estados Unidos. Lo cierto es que nunca más se supo de ella.

Poco tiempo después del fatal hecho que la enfrentó a su propia vulnerabilidad, Amalia Cisneros confesó el primero de sus secretos. Reunió a la familia entera en el patio de la casa. No le fue difícil revelar la verdad acerca de la muerte de su padre, Manuel Cisneros, y de su hermano Eugenio, tal y como ella lo supo a través de una carta que dejó su madre. Dijo que se sintió aliviada al liberarse de la responsabilidad de tener escondido tan terrible secreto familiar. Lo contó sin detenerse, y cuando terminó, se dio cuenta de cuánto había pesado sobre sus hombros. Esa noche las hermanas Cisneros, junto a sus descendientes y a Juan y Enrique Infante, encendieron velas por la tranquilidad de las almas del patriarca Cisneros y de su hijo muerto.

El segundo hecho que Amalia había ocultado con celo era aún más intrigante, porque tenía que ver con algo íntimo, algo que todos los que la conocían consideraban incondicional: su amor por Luis Infante. Solo que esta vez no fue capaz de revelarlo frente a la familia, así que decidió contárselo a Amparo, y esta se lo dijo a Almira y Almira a Alma y a Amada. Sus hermanas no podían creerlo. Amalia le fue infiel a Luis Infante, el gran amor de su vida..., con el pensamiento.

Conoció al responsable de su desliz espiritual en la época en que se moría de nostalgia por su novio y él estaba disfrutando de la vida en los Estados Unidos, sin dedicar ni una fracción de segundo a pensar en ella. Sucedió antes del “desencuentro” que le dio vida a su hijo Eugenio. Ella

había comenzado a recibir anónimos acompañados de fotos de desconocidos; el autor de los extraños mensajes la incitaba a descubrir su identidad. La historia era tan extraña como para despertar el interés de cualquier mujer, incluyendo a Amalia Cisneros, por más absoluto que fuera su amor por Luis Infante. Y entonces ocurrió el evento que con tanto afán ella escondió. Valiéndose de sus contactos en la prisión de Cabo Azules, averiguó el nombre y la dirección del enamorado y, años después, lo fue a buscar para que le dijera por qué la había amado tanto, o quizás para enfrentar su propia pasión oculta. Pero no pudo encontrarlo y el hombre de los anónimos se convirtió en la incógnita de lo que pudo ser y no fue. Lo cierto es que no lo olvidó. Se preguntaba cómo hubiera sido su vida, si en vez de adorar a Luis Infante, se hubiera dejado llevar por la obsesión de un hombre tan apasionado.

Otro misterio sin develar fue el de Sol. Algo le ocurrió en la capital, cuando era estudiante universitaria, que le cambió la vida. Según Socorro, Sol tuvo una crisis nerviosa al saber que Abilio Ponte, aquel doctor que se parecía a Errol Flynn, y que ayudó a Leónides Carranza en la infame lobotomía, se fue de Cabo Azules. Estuvo en cama durante varios días, sin querer comer, ni bañarse. Todo parece indicar que cuando se fue a la capital a estudiar Ciencias Físico Químicas, iba dispuesta a encontrarlo. Pero pasó algo que ella no ha querido contar; ni siquiera después de haber transcurrido más de medio siglo.

Sol era lo contrario de su hermana Estrella. No sabía bailar y no le gustaban las fiestas. Prefería leer y escuchar música clásica. De niña era lista, alegre y arriesgada, sin embargo, cuando regresó a Cabo Azules, después de graduada, era una persona diferente. Triste, solía decir Socorro. Usaba el pelo corto y ropas un poco masculinas, según ella para diferenciarse de Estrella, que era una muñeca tan bonita y arreglada. Dicen que eso les pasa a veces a los gemelos, aunque en su caso parecía haber algo más que el mero hecho de resaltar la diferencia.

A Sol nunca le gustó hablar de ella, pero le encantaba repetir las historias de Estrella y Eugenio. Decía que no alcanzarían las palabras para describir lo que su hermana Estrella llegó a sentir por Eugenio y él por ella. Eran como dos personas fundidas en una, o dos medias personas. Contaba que cuando fijaron la fecha de la ceremonia matrimonial, poco tiempo después de regresar ostentando sus flamantes títulos universitarios, los Cisneros armaron una fiesta con una enorme comelata. Decía Socorro que a Estrella y Eugenio les gustaba bailar apretaditos, comunicándose con los movimientos y las miradas, como si estuvieran solos en el salón de baile.

La boda fue el más sonado evento social en Cabo Azules en 1956. No solamente ambas familias eran muy reconocidas en el pueblo, sino que, además, fue un matrimonio interracial, lo cual no era muy frecuente en aquel tiempo. Por aquella época, los primos de Eugenio, los dos hijos de Amparo y el de Amada, eran muy populares en el pueblo. Los tres eran músicos y tocaban con la orquesta *All Stars*, la más famosa de Cabo Azules. Para la fiesta, los Cisneros y los Ferrero no repararon en gastos y la orquesta *All Stars* tocó hasta el amanecer. Solo Vida, la madre de la novia, no estaba feliz. La razón pudiera parecer pueril, pero para Vida no lo era. No hubo quién convenciera a Estrella de que se pusiera un ajuar de novia. Se casó con un sencillo vestido de guipur, que le resaltaba la figura de sirena, y como complemento una tiara adornada con pequeñas flores y perlas.

Después de casados Estrella y Eugenio se mudaron a un apartamento en el mismo corazón de la parte nueva del pueblo. Para asombro de todos, poco tiempo después, Sol regresó a la capital. ¿Alguna vez se sabrá lo que le ocurrió? A veces se necesita que alguien recuerde por nosotros, pero también hay secretos que no quieren ser revelados, y hay historias que no merecen ser contadas. Como la de Juana, *la India*, la madre de Vida, quien apareció un día sin avisar, poco después del nacimiento de Amaya, la primera hija de Estrella. Dijo que había llegado para

quedarse. Se instaló en la que había sido la habitación de Socorro y se pasaba el día entero en la mecedora, mascando tabaco. No hay nada relevante que contar sobre Juana, *la India*, aunque vivió más de cien años.

La vida es compleja y a algunos les toca sufrir más que a otros. Lo que le ocurrió a Socorro con su hijo, por ejemplo, fue terrible. Un día José Alberto desapareció sin dejar rastro. Salió y no regresó, así, sin más ni más. Por aquel entonces él tendría poco más de veinte años. Según Socorro, la mañana de domingo en que salió para no regresar, solo un detalle de su actitud le había llamado la atención. Le dijo: “Voy a salir, Socorro” y cerró la puerta. ¡Cómo podía decir que era un detalle! ¡Era medular! No le dijo: “Voy a salir, mamá”. A José Alberto nunca le dijeron que fue adoptado, porque, de hecho, no lo fue. Juan Infante el abogado, lo inscribió legalmente como hijo de Socorro.

La desaparición sumió a la familia en una crisis total. Socorro estuvo en cama días y días y Estrella y Sol recorrieron el vecindario poniendo carteles con la foto de José Alberto. Se dio parte a la policía, la familia pagó por un anuncio en el periódico y Sol fue a la radio a pedirle ayuda a la población. Incluso se ofreció una recompensa por información sobre el paradero de José Alberto. Pero nada. Al parecer se desvaneció, se esfumó, se lo tragó la tierra. Algunos están convencidos de que fue tras el rastro de su madre, sin embargo, no hay la menor evidencia para demostrarlo.

Sobre la mujer de las tres piernas, Angélica Laredo, nunca se supo si era cierto aquel venenoso rumor de que tenía dos vaginas. Murió de un embarazo ectópico cuando apenas tenía treinta y dos años. Para Basilio fue el fin. Se refugió en el alcohol. José y Vida nunca dejaron de ayudarlo, a pesar de lo difícil que fue lidiar con su adicción. Hasta que un día apareció muerto, en la cama que había compartido con la esposa a la que adoró, ahogado en su propio vómito.



Estrella Ferrero en su luna de miel.

Otro Martini azul

Mi abuela Vida decía que solo se regresa al lugar del que se ha renegado por dos razones: dinero y amor. Yo regresé a mi pueblo natal buscando respuestas. Supongo que eso es amor. Al final, he dado vueltas y vueltas hasta quedar exhausta. He disuelto palabras, filtrado memorias y recristalizado imágenes, como una alquimista que busca el elixir de la vida.

No sé por qué le he contado todo esto, tal vez sea una excusa para evocar a mis ancestros o una obsesión. A veces me pregunto si lo que quiero es vivir una vida que no me pertenece, o si me reinvento, en un infinito juego donde percibo lo imaginario como real, y viceversa. Pero ¿no es eso lo que hacemos todos? ¿No es así como construimos nuestros recuerdos, inventando lo que no podemos recordar?

Hay algo que no le he contado ¿Se lo digo ahora, antes de que me tome otro Martini? Mejor que sí, porque si no, me pongo sentimental, y lo más probable es que lllore, y cuando lloro soy insoportable. Lo descubrí en mi último viaje a Cabo Azules.

De los Cisneros-Infante quedan pocos por aquellos lares. Uno de los primos de mi padre, Miguel, aún vive en el pueblo y sus hijas son contemporáneas conmigo. Los demás andan desperdigados por el mundo. De los Ferrero, allá no queda nadie. Hablé con muchas personas y casi todas recordaban a mi familia. Mientras caminaba por el pueblo, a veces me encontraba con alguien que me decía que mi abuela Amalia lo había recibido en este mundo. También otros recordaban, o habían oído hablar de El Aro de Oro y El Rincón del Minero. La historia de las siamesas, las niñas que nacieron unidas por una membrana verde y fueron separadas por el médico que después resultó ser un asesino, se ha convertido en una leyenda popular. ¡Qué suceso aquel! También encontré algunas amigas de mi madre y de mi tía Sol, ya muy ancianas. No lo pudieron evitar y lloraron cuando hablaron de ellas, sobre todo de mi madre. Pero nadie mencionó de forma directa lo que ocurrió. Por supuesto, asumieron que lo sabía. Acaso lo supe, pero lo olvidé, o mejor dicho, lo borré de mi memoria.

A medida que se acercaba el momento de mi regreso, la sensación de haber obviado algo esencial me ahogaba. Por eso, después de mucho indagar sin descubrir aquel acontecimiento perdido en el tiempo, me fui a la biblioteca municipal y busqué el periódico local de 1965, el año en que nos mudamos a la capital. Con la determinación que me caracteriza, revisé los microfilmes del diario La Jornada de los meses antes de que mi familia dejara, abruptamente, Cabo Azules. Y descubrí el gran secreto de la familia en un artículo periodístico:

Cabo Azules, 23 de agosto de 1965: La ciudad se encuentra desolada por la horrible tragedia que afectó a una de las más ilustres familias de nuestra comunidad. En el día de ayer, domingo 22 de agosto, a las tres de la tarde, el doctor Eugenio Infante aparcó su Ford en la gasolinera Esso Azul, ubicada en la esquina de la avenida Primera y la calle Segunda del Barrio de las Ánimas. En el auto viajaban su esposa, la señora Estrella Ferrero, y sus dos hijas: Amaya de ocho años, y

Camila, de siete. El Doctor Infante se dirigió al interior de la tienda de la gasolinera acompañado de Amaya. La señora Estrella permaneció en el auto con Camila, que se había quedado dormida. Regresaban de un viaje a la playa Santa Marina.

Según el testimonio de Eusebio Martínez, empleado de la tienda, el doctor Infante pidió cuatro coca-colas y un paquete de galletas. No había otros clientes adentro. Martínez afirmó que en el momento en que el doctor pagaba la compra, un joven que fue descrito como de tez cetrina, y complexión robusta, empujó la puerta y amenazó a los presentes con un arma. Todo ocurrió en cuestión de segundos. Las palabras del hombre alertaron al Doctor Infante, quien se inclinó a proteger a su hija. El asaltante disparó cuando el doctor abrazaba a la niña. La bala atravesó el cuello de Amaya e impactó el pecho de Eugenio Infante. Ambos fueron trasladados al Hospital General de Cabo Azules. Todos los esfuerzos del personal médico fueron infructuosos. Amaya falleció en el trayecto al hospital y su padre tres horas más tarde.

El alcalde de Cabo Azules, la Asociación Médica de Cooperación en Emergencias y Desastres, la Escuela del Hogar y otras instituciones cívicas de nuestra ciudad, han expresado sus más sentidas condolencias a la doctora Amalia Cisneros, madre del doctor Infante, y a su viuda, Estrella Ferrero, por tan irreparables pérdidas. Los hermanos Infante —Enrique, médico y Juan, abogado— ambos retirados, tíos paternos del doctor Eugenio Infante y dignos miembros de la sociedad civil de nuestra ciudad, también recibieron las condolencias.

Los cuerpos estarán expuestos en la Funeraria Hernández y de la Cueva a partir de mañana. Se espera que personalidades del gobierno y el pueblo en general irán a presentarles sus respetos.

Después de leer el artículo quedé conmovida. Para mí fue una sorpresa. Siempre pensé que mi padre y mi hermana habían muerto en un accidente de tránsito. No recuerdo absolutamente nada de aquel episodio. Entonces comprendí muchas cosas: mis terrores nocturnos, la sensación de vacío, mi rara conexión con el pasado. Y mis fantasmas, los que poblaron mi soledad de niña perdida.

Las primeras visiones fueron unos gemelos. Supongo que eran los que parió mi abuela Vida, cuando era adolescente y que murieron recién nacidos, allá en la sierra. Aparecieron de pronto y nos propusieron a mi hermana y a mí ser nuestros compañeros de juegos. Como no tenían nombres, no podíamos llamarlos. Entonces Amaya quiso nombrarlos: Aldo y Adel. Ellos encantados, así podrían burlar al olvido. Luego les inventamos las vidas que no vivieron. Construimos sus historias de tal modo que podían ser contadas al derecho o al revés o pertenecer lo mismo a uno que al otro y no eran bebés, sino niños de nuestra edad, que crecieron con nosotras.

Más tarde se presentó el ahorcado. La noche que lo vi por primera vez grité tanto que mi abuela Vida entró corriendo al cuarto, con la bata de casa desabrochada y sin sus espejuelos. Ella era cegata, pero aquel día logró llegar a tientas hasta mi cama y me abrazó hasta que pude recuperar el aliento. Le conté del hombre con la soga al cuello. Me dijo que era el alma de Maximiliano Ferreira, mi tatarabuelo, el bandido famoso, quien después de atormentar a mi bisabuelo Máximo Ferrero — que fue vigía de un faro y murió en circunstancias extrañas —, y a mi tía abuela Candelaria, la loca de la familia, se convirtió en un fantasma benévolo, protector. Gracias a eso nunca más le tuve miedo. Todavía suelo encontrármelo en cualquier esquina de la casa, lustrando sus botas.

La mujer del crucifijo en traje de novia llegó después. Emergió en uno de mis sueños

recurrentes y se convirtió en mi compañera de nostalgias. El sueño en realidad era ridículo. Ella estaba frente a mí, con el vestido de cola y el velo de tul desplegado, moviendo con suavidad un crucifijo brillante que colgaba de una cinta de seda negra, con un compás de péndulo. Yo quedaba hipnotizada. Luego ella me tomaba de la mano y me conducía a un orificio, en una explanada donde la hierba era azul. Antes de que pudiera reaccionar, la mujer del crucifijo y traje de encaje blanco me empujaba, y yo me deslizaba por una espiral de colores que me disolvía, hasta aterrizar convertida en un charco de pintura amarilla. Sí, toda mi anatomía reducida a unos mililitros de un líquido viscoso, parecido a la mostaza. Quizás de ahí me venga la aversión a los vestidos de novia. Me he casado varias veces y nunca me he puesto uno de esos trajes, como tampoco lo hizo Estrella, mi madre. Me pregunto si mi rechazo al atuendo nupcial pudiera tener un componente genético.

Creo que ya se ha dado cuenta de que mi familia es mi vida. También he soñado con José Alberto, el hijo de Socorro, después que desapareció. Enterarme de que era hijo de Lidia Leiva, la famosa asesina de Cabo Azules fue lo más emocionante que me ocurrió en mi adolescencia, después de mi primer orgasmo. Él pudiera estar vivo, es solo diez años mayor que yo. Quizás pueda encontrarlo, con las nuevas tecnologías, esto de la Internet y el Facebook. Nadie sabe. Me gustaría intentarlo.

Hay otro fantasma que no he mencionado, uno muy especial porque fue mi primer amor: Esteban Cisneros. Sí, mi primo abuelo, el chulo, aquel que fue condenado a muerte, allá por el 1920, por el asesinato de una puta famosa. Mi abuela Amalia estaba convencida de que fue una sentencia injusta. Lo fusilaron por asuntos de política y por envidia. En fin, a los doce años a mí aquello no me importaba y yo moría de amor por él. Una vez que encontré la foto de Esteban Cisneros en una vieja caja de sombreros, quedé flechada. Qué cosas tiene la adolescencia, dicen que son las hormonas. Aún conservo aquella foto. ¡La verdad que era guapísimo! Yo lo imaginaba rodeado de imponentes y arrolladoras mujeres, admiradoras del macho absoluto, y deseaba ser una de ellas. Ahora me parece absurdo, en realidad nunca me han gustado los hombres demasiado bien parecidos y no soporto el machismo. ¿A quién se le ocurre enamorarse de un muerto? Bueno, a mí.

Cuando comencé este viaje al pasado no sabía adónde me llevaría, lo cierto es que ahora, después de tantas cosas descubiertas, soy más tolerante conmigo misma. Y creo que no estoy tan loca como dicen. De cierta manera, mi investigación genealógica me ha hecho comprender de dónde vengo y por qué soy como soy. ¿Pero, qué pensarían de mí mis antepasados, si me hubieran conocido? La idea de ser el futuro de mis antecesores me parece insoportable, asfixiante. ¡Ay, estoy extenuada de tanto rumiar mis pensamientos!

¿Ha escuchado aquello de que “no hay azul sin amarillo y sin naranja”? Dicen que lo dijo Vincent van Gogh. Yo, la verdad, no sé lo que quiso decir, porque, que yo sepa, el naranja, como color individual, se obtiene de la combinación del amarillo y el rojo. Además, la mezcla de naranja y amarillo no produce azul. Qué confusión. ¿Sería que van Gogh lo dijo por lo del Martini azul? Bueno, no sé si al pintor le gustaba tanto como a mí. Si usted contempla el contenido de una copa de Martini azul verá que aparecen en el fondo pequeños cristales amarillos y naranja, ¿sería adicto al Martini Azul también el maestro?, ¿o era él mi alma gemela? No lo creo. Yo no sé pintar. Tampoco le añado ninguna sustancia extraña a la bebida. Es solo una ilusión, una quimera, como mi propósito de descubrirme a mí misma escarbando en el pasado.

Es hora de crear un nuevo cóctel, de jugar con los ingredientes, de encontrar la vida en el azul, el amarillo y el naranja. Por si acaso voy a sacar dos copas más. Quién sabe si

Candelaria Ferrero y Esteban Cisneros decidan venir esta noche.

El Martini del olvido

Seleccione primero la copa y póngala a enfriar. Mezcle media onza de jugo de naranja, una onza de jugo de limón y una onza de jarabe simple. Viértalo en la copa. En una coctelera con hielo agregue una onza y media de vodka, media onza de vermut blanco extra seco y dos onzas de Azul de Curazao. Agite bien y vierta la mezcla en la copa de cóctel. Trate de no romper las fases, disfrute de la sensualidad de los líquidos, entremezclándose lentamente. Sustituya la tradicional aceituna por una ramita de fragante yerbabuena.



Al piano, Camila y Amaya, en 1960.

Fotos de familia





El Rincón del Minero. En la foto superior, José y Basilio Ferrero (con gafas). En la inferior, Vida. Fotografías de 1950.



La hora del café en El Rincón del Minero. Cabo Azules. Fotografía de 1950.



Arriba Socorro y su hijo el día en que ella lo recogió en la Casa de Misericordia. Debajo, José Alberto en su primer cumpleaños y el día de su primera comunión, vestido de marinero.



Procesión de la virgen del Carmen, Cabo Azules 1943. Al centro, Estrella como la virgen María.



Equipo de natación de Cabo Azules al que Sol perteneció en la etapa de bachillerato. Instantánea tomada por ella.
Con los años se convirtió en una excelente fotógrafa.



Última fotografía de Estrella Ferrero con sus dos hijas Camila y Amaya.

Sobre la autora



Mar Ledea nació en una ciudad enclavada a orillas del Golfo de Guacanayabo, Cuba, el año del inicio de la revolución sexual, el invento del marcapaso y el estreno de la película *Psycho*. Aunque creció y se formó en La Habana nunca perdió las nostalgias de pueblo pequeño. Investigadora científica y profesora universitaria, muta profesionalmente y se convierte en traductora y redactora técnica al emigrar a los Estados Unidos en el año 2004. Con una vasta experiencia en la redacción de artículos científicos, académicos y pedagógicos, incursiona por primera vez en la escritura de ficción con esta su novela, *La maga del olvido*. Conocedora de los misterios de las transformaciones químicas y las sustancias curativas, Ledea es adicta a las historias de crímenes, ferviente admiradora de las ciencias forenses y una compulsiva coleccionista de fotos antiguas. Actualmente reside en la ciudad de Miami.

Agradecimientos

La maga del olvido es un sueño hecho realidad gracias a muchas personas que durante los años que duró este proyecto lo ayudaron a germinar y crecer hasta convertirse en la obra que es hoy.

Quiero comenzar por agradecer a María Elena Soto, por sus brillantes sugerencias y comentarios, y por su valiosa colaboración en todas las etapas de la creación de esta novela, especialmente por la inestimable contribución en ponerle rostros a los personajes. A Jacqueline Zerquera por el excelente trabajo de restauración de las fotografías utilizadas en el libro, por su participación en el desarrollo del concepto estético de la ilustración junto a María Elena Soto y por la realización del *booktrailer*. Gracias a las dos por todo el amor que le pusieron a este proyecto y por su amistad.

Quiero también agradecer a Lourdes Cairo, quien me tomó de la mano y juntas viajamos a través del proceso creativo de esta obra, quien me habló de los colores, olores y sabores de la escritura y me enseñó a saborearlos. Le agradezco a Lourdes que haya sido mi mentora, mi editora y mi amiga. Sin ella *La maga del olvido* no existiría. A Margarita Mosquera por su contribución en la edición de la novela, sus acertados consejos e inestimable ayuda. A Josefina de Diego por su inteligente lectura e inapreciables sugerencias. A Alina Guerrero Morgade por el diseño de las cubiertas, por soportarme y complacerme. A Patricia García Díaz por aceptar ser nuestra modelo para las cubiertas. A Hiram Rivery (Ruzzo), Mily Moré y Roots Empire Productions por la música para el *booktrailer*. Gracias también a Alex Bermúdez, José Carlos Oviedo y Juan Carlos Otero por su contribución. A Daysi Granados por prestarme su fabulosa voz para el *booktrailer*. A Leonardo Hernández, de *Solitos*, Ciudad de Panamá, por la creación de la receta del Martini del olvido para esta novela. A Leonardo Soto por ser nuestro *liaison* y facilitar el trasiego de fotos entre La Habana y Miami, a pesar de tantas dificultades.

Agradezco a mi amiga Dolores Misrahi, por estar conmigo en la difícil época en que se gestó esta novela, por su ayuda incondicional y su comprensión. A Hubert Corrales por apoyarme cuando los personajes pugnaban por crecer y él soportaba como nadie mis interminables historias. A mis amigos, los que leyeron innumerables versiones y las enriquecieron con sus opiniones: Eduardo García, Milena Díaz, Patricia Pérez, Aymee Herrera, Alejandro Arrechea, Marianexy Yanez, Ania Valdés, Magdalena Quiala y Dolores Misrahi.

A mis antiguos estudiantes de La Facultad de Farmacia de la Universidad de la Habana por contribuir a que germinara en mí la pasión por escribir, en especial a Lester Noroña por ser mi fan número uno. A mis colegas de Miami por facilitar que este proyecto se hiciera realidad. A los que no creyeron en mí, por el reto.

Mis agradecimientos a todos los que compartieron conmigo sus recuerdos y cedieron sus fotografías de familia para que formaran parte de esta historia: María Elena Soto, Jacqueline Zerquera, Aymee Herrera, Anette Astudillo, Patricia Pérez, familia Masvidal-Dennis, Cesarina Masiques, y Hubert Corrales.

A Chaikovski por su sinfonía No 6 *Patética*, sin la cual el personaje de Candelaria Ferrero no hubiera nacido.

A Milena, Aymée y Patricia por apoyar cuanto idea se me ocurre por más loca que parezca.

A mi hermana Puchi por ser la fuente de inspiración de esta novela.

Y por supuesto a mi hijo Pablo Estévez y a mi compañero en la vida Frank Cisneros por su incondicional apoyo y por todo el amor que me dan. Sin ellos esta obra no hubiera sido posible.

Mar Ledea



Miami -Tenerife-La Habana
Martini Azul Productions